

Miguel Eduardo Pardo

Todo un pueblo

Edición de Álvaro Contreras

EL
NÚMERO
YO Ediciones

Miguel Eduardo Pardo

TODOS UN PUEBLO

Miguel Eduardo Pardo

TODOS UN PUEBLO

Edición de Álvaro Contreras

EL
NÚMERO
YO Ediciones



EL
NÚMERO
YO Ediciones

© Voces perdidas. Documentos
Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes

Miguel Eduardo Pardo. *Todo un pueblo*
1ª edición, 1899
2ª edición, 1903

© Edición digital: El número yo, 2025
© Edición, estudio crítico y notas de Álvaro Contreras, 2025

Colección dirigida por:
Jenny Muchacho
Laura Uzcátegui
Richard Escalante

Consejo editorial:
Julio Ramos
University of Berkeley

Vicente Lecuna
John Jay College of Criminal Justice (CUNY)

Nathalie Bouzaglo
Northwestern University

Diego Rojas Ajmad
Universidad Nacional Experimental de Guayana

Concepto de colección:
Kataliñ Alava

Diagramación:
Laura Uzcátegui

Corrección:
Diego Rojas

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

E-Book: Depósito legal: ME2025000078

E- Book: ISBN: 978-980-11-2223-4

DOI: <https://doi.org/10.53766/LIBULA/Miguel.2025>

Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”

AV. 1 La Hoyada de Milla, #1-40. Mérida, Venezuela.

iilgpfebr@gmail.com

<http://www.gonzalopiconfebres.human.ula.ve>



El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes–Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA (www.saber.ula.ve).

Índice

8	Estudio crítico: Miguel Eduardo Pardo y la ciudad finisecular
38	Agradecimientos
40	Nota de edición
42	Todo un pueblo

Estudio crítico

Miguel Eduardo Pardo y la ciudad finisecular¹

Álvaro Contreras

1. Inventar la ciudad

Hacia finales del siglo XIX, el escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo inventa una ciudad, traza sus modos de vida, las pautas de su organización social, dibujando así, en el imaginario de la literatura finisecular, el espacio urbano como el escenario de los conflictos políticos y morales, de las oportunidades de ascenso social, el lugar donde los pícaros y los astutos se ganan la vida, donde todo tiene un precio: un cargo público, un asunto familiar o un secreto de alcoba:

Desigual, empinada, locamente retorcida sobre la falda de un cerro; rota a trechos por espontáneos borbotones de fronda, pudiendo apenas sostenerse sobre los estribos de sus puentes; caldeada por un irritante y eterno sol de verano; sacudida a temporadas por espantosos temblores de tierra; castigada por lluvias torrenciales, por inundaciones inclementes; bullanguera, revolucionaria y engreída, era Villabrava una ciudad original, con puntas y ribetes de pueblo europeo, a pesar de sus calles estrechas y de sus casas rechonchas, llenas de flores y de moho (Pardo, 1899: 70).

Había una iglesia de moda y una Asociación de Padres de familia como las de Madrid; un Jockey Club como el de Londres; un Bazar de Caridad como el de París; una noche de moda como en La Habana y un teatro curiosísimo que no tenía rival ni precedente, al cual teatro llamaban Coliseo y no tenía más que una fila de palcos, un piso de butacas y una cosa que sabe Dios por qué apellidaban paraíso; donde el humanísimo rebaño villabravense, en lo mejor y más serio de una representación –dejando paso franco a sus instintos– chillaba, silbaba, relinchaba y coceaba indistintamente, para aplaudir o protestar según su leal saber y entender. Dijérase que en Villabrava el bufante populacho tomaba a empeño vengarse de su triste condición de rebaño pateando desde arriba a la aristocracia pseudo-ilustre que ostentaba en los antepechos de los palcos sus riquezas y sus nombres. Mas, como decía Julián Hidalgo, si la titulada aristocracia villabravense era una aristocracia de guardarropía sin génesis conocido, el populacho era digno del análisis de un sociólogo despiadado.

Y léase bien que donde hemos escrito populacho no decimos pueblo (pp. 85-86).

¹ Una primera versión de este trabajo apareció en *Contexto. Revista Anual de Estudios Literarios* (San Cristóbal-Venezuela), Vol. 27 (29): 11-31, 2023.

Villabrava, más que un nombre, parece un apodo; su carácter figurado no alude al espíritu guerrero de una ciudad, sino al estado belicoso y grotesco de un pueblo. La ciudad de Pardo evoca, a primera vista, otras ciudades imaginadas por la narrativa venezolana de la época: la ciudad de los *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez, o la ciudad mercantilista e impotente (por falta de *hierro*) de Rufino Blanco Fombona. Sin embargo, también conviene recordar su afinidad con la ciudad satírica y cómica dibujada en revistas humorísticas, en cuadros costumbristas (*Guasa pura*, 1895, de Rafael Bolívar; *Chanzas y verdades*, 1896, de Eugenio Méndez y Mendoza) y en novelas (*Don Secundino en París*, 1895, de Francisco Tosta García). Así pues, la ciudad, en este sentido específico, toma su lugar como escenario de conflictos políticos y morales, un experimento social en ese cruce de ideas y temas con el que el siglo XIX trataba de explorar la cuestión del ascenso y la movilidad social, y expresar su sorpresa ante lo que esta movilidad incluía: la equivalencia de valores, una sociedad de intercambio donde todo se negocia y todos pactan, donde los actos y acontecimientos tienen un precio moral y económico; la imagen de unos personajes dispuestos a gozar de los bienes que ofrece la modernización, urgidos de transformar sus formas exteriores en objetos ideales y, para ello, decididos a apropiarse de lo *ajeno*: palabras, poses, modas; una manera secreta de percibir los excesos en la incómoda oposición holgazanes/honrados, de captar formas otras de sociabilidad como indisciplinas, y hacer del que ve, un mirón; del que siente, un sensiblero; del que oye y habla, un chismoso.

Uno de los modos de entender la ciudad como “conglomerado heterogéneo y confuso” (Romero, 1999: 311), está en los temas enumerados anteriormente y, en particular, en la oposición entre la conciencia del narrador y los personajes. Es una oposición no muy diferente de la que subyace en varias novelas de la época, fundada en la incompatibilidad de valores: por un lado, la imagen *científica* del escritor médico que diagnostica el clima físico y moral de la sociedad y, por el otro, la experiencia de unos personajes grotescos, carentes de *sanas* normas de sociabilidad. Este narrador finisecular tiene la certeza de pertenecer a otra escala axiológica, pero una escala que identifica prejuiciadamente enfermedad con ausencia de norma, que llama desorden a las diferencias, e iguala la idea de cambio social con ese fantasma liberal del caos social. Sin embargo, la evidencia de estas polaridades no podía seguir expresándose en una prosa bella, breve, exquisita, pensada en relación con los refinamientos del arte y de la vida: la narración de un nuevo estilo de vida apelaba a un modo de escritura que, sin abandonar el tono moralizante, fuera capaz de captar la heterogeneidad social e histórica de la ciudad. Las formas narrativas de esta ciudad fijarían los términos de una visión narrativa y social aprendida en el ejercicio del periodismo y, sobre todo, de una transformación de las estrategias descriptivas a partir de aquellas otras derivadas del costumbrismo, de la literatura satírica, y ligadas estrechamente a la mirada burlesca de los espacios sociales, a un vistazo del mundo social desde la lengua del chisme y la caricatura, a una percepción temporal de la vida nacional desde la práctica de un realismo grotesco. En 1895, en el prólogo a uno de sus libros de crónicas, Pardo había sentenciado: “*Volanderas* podrá ser un libro harto majadero en detalles y harto frívolo en conjunto; pero *latoso*, académico, estirado, con severidades de dogmático o con hinchazones de filósofo, nunca; y tétrico mucho menos” (1895: VII).

De este modo, el relato que Pardo hace de la ciudad no se detiene sólo en los tonos que materializan una teoría moral de la escritura, sino que también da lugar, con la incorporación de la imagen grotesca, del chisme, de las máscaras del deseo, a formas narrativas que van más allá de lo decible y lo visible, permitiendo la visibilidad de nuevas identidades en un mundo *caótico*. Esta era la lengua que la vieja institución literaria rechazaba por materializar unas relaciones sociales, una manera de hablar, de ver y de ser. Esas viejas maneras de figurar las relaciones sociales en el espacio citadino eran las que estas nuevas escrituras urbanas cuestionaban, rompiendo las relaciones entre los cuerpos y las palabras, la conciencia y la conducta de los personajes. Así resultan un poco más claras estas palabras finales de Pardo en el prefacio a *Volanderas*: “De servir para algo, sirvo para escribir estas cosas que desdeñan los literatos circunspectos, morfamolotes y *funerarios...*” (id.).

Aunque escrita para contar los modos de vida de una comunidad sin normas, *Todo un pueblo* es primordialmente una novela descriptiva centrada en la visión grotesca de un personaje: la ciudad de Villabrava, y los diversos grupos sociales que allí conviven: militares como el general Tasajo, económicos e inmigrantes como Anselmo Espinosa, en alianza con el poder político; familias de falsos linajes como las Pérez Linaza y las Tasajo, jóvenes promesas literarias como el “sublime” Florindo Álvarez, el “indispensable” Arturo Canelón, el “eminente” Francisco Berza y el “perfumado mameluco” Teodoro Cuevas. A estos grupos y personajes hay que sumar el “levantisco” Julián Hidalgo, la segunda figura principal desde el punto de vista narrativo. La historia de la ciudad sería entonces la historia de un signo amorfo en tiempos modernos; señala el lugar de unos elementos, sociales e históricos, en su etapa de descomposición. Para contar esta historia, Pardo invoca términos como *retorcida, desigual, rota, caldeada, bullanguera*; solo así puede entender la formación de esta realidad y considerar por qué tal situación se prolonga como normal. La terminología del enroscamiento y de la contorsión sugiere el análisis de ese desarrollo desigual, en el que las características de la ciudad resultan atribuibles a los personajes. Esta estrategia de presentación permite, tanto a Pardo como a otros novelistas, imponer una distancia paródica e irónica respecto al mundo representado; autoriza, además, a desarrollar una perspectiva crítica respecto a la organización de los espacios de sociabilidad, trátase del club, del café, del teatro, de las fiestas familiares. A todo lo largo de la novela encontramos la mirada obsesiva del narrador por transformar estos espacios en lugares de actuación del populacho. Hasta aquí, Pardo hace poco más que reformular la tradición venezolana de representar estos espacios, no como lugares de aprendizaje, donde se exhibía buena conducta y corregían malos hábitos (este era el ideal que postulaban los manuales de urbanidad), sino como lugares donde estaba excluido cualquier principio de civilidad. En el caso del teatro, debería entenderse como el lugar clásico de representación, de escenificación y encuentro de las clases sociales, un mundo ordenado según las reglas de actuación y jerarquización espacial donde la función de representación subraya el sistema de clases. Es necesario recordar aquí cuadros de costumbres como “Escenas de teatro” (1857), de Luis Correa, publicados en *El Mosaico*; el libro de Francisco de Sales Pérez, *Ratos perdidos* (1876), colección de cuadros costumbristas sobre el movedizo contexto físico y moral de la ciudad; o el tex-

to de Nicanor Bolet Peraza, “El teatro de Maderero” (1894). Con distintos acentos, estas obras habían alertado sobre la confusión entre orden y bullicio, virtud ciudadana y sociabilidad popular o, en términos de Pardo, entre pueblo honrado y populacho. Pero aquello que en los cuadros de Correa y Bolet Peraza era simple rochela, falta de civilidad, en Pardo se ha transformado en hostilidad social; lo que eran interacciones y roces entre grupos, llámense populares e ilustrados, deviene en Pardo en una fotografía grotesca llevada a la metaforización animal. Esta presentación del teatro como espacio primitivo, selvático, sin jerarquías, funda una nueva representación de las dinámicas sociales, una experiencia de la ciudad captada en dos elementos: la conducta y el lenguaje. Por esta vía, el llamado populacho quizás sea menos una causa de la falta de civilidad que una consecuencia de ella.

En realidad, esta estrategia moralizante forma parte de la construcción del punto de vista sobre la ciudad que Pardo compartía hasta cierto límite con los escritores costumbristas. Sin embargo, también opera como medida histórica para contrastar los ideales políticos y literarios de dos generaciones: aquella a la cual pertenece el propio Pardo, Luis López Méndez, César Zumeta, Lisandro Alvarado, y que José Gil Fortoul retrató en su novela *Pasiones* (1895), y la generación finisecular villabravense. Gil Fortoul expresa en su novela, siempre de manera utópica, lo que podríamos llamar el programa de vida intelectual de la generación de 1888: jóvenes que leen en francés, alemán e inglés, visten de manera tradicional, acostumbrados a las discusiones públicas (plaza Bolívar, cafés), rebeldes en sus ideas, no bohemios; jóvenes-imágenes de una sociedad organizada en sus valores sociales y culturales, opuesta a las tiranías. Así comienza la novela de Gil Fortoul:

Muy jóvenes, muy amigos, unidos por la recíproca atracción de sus inteligencias, por más que se dedicaran a carreras y ocupaciones distintas; los unos, cursantes de Derecho o de Medicina en la Universidad Central; los otros, empleados de comercio, habían establecido una especie de círculo nocturno en la Plaza Bolívar, donde comentaban los sucesos del día, formaban proyectos literarios, hablaban del Gobierno y discutían los problemas políticos de la actualidad, antes de marcharse cada cual al teatro, al club del Ávila, a la sociedad de “Amigos de la Ciencia”, a un baile, a hacer visitas o a dormir (1956: 157).

¿Qué sucede en los cafés y plazas de Villabrava? Veamos:

Bajando unos peldaños más en la escala social, se encontraban los cafés, con salones para señoras: En los salones de “hombres solos” la asamblea, es claro, era híbrida, deliciosa, igual a todas horas, igual el barullo de copas, de carcajadas, de rodar de dados de *póker*, igual las conversaciones, igual todo...

En un grupo de políticos se mataban por si un general tenía o no tenía el bigote a lo Víctor Manuel; y en una reunión de escritores de al lado, los que no se despellejaban se hacían la barba, por no hacerse otra cosa menos digna. —¡Oh!, ¡la nueva generación —decían— un prodigio, una verdadera cosecha de artistas, de pensadores, de vates laureados; un arca de Noé tripulada de genios de toda especie! (Pardo, 1899: 83-84).

[...]

Así como el café Indiano era el refugio obligado de toda aquella dorada, afeitada y empolvada juventud, la Plaza Central fue por muchos años el baluarte inexpugnable de todo lo famélico, desocupado e inútil de la indolente capital. Y de la misma guisa que

fueron arrojadas ignominiosamente las recusadas de la sociedad, fueron saliendo de allí los sablistas de oficio, los músicos ambulantes, los periodistas inservibles, etc., quedando posesionados de la invicta Plaza los políticos “influyentes”, los banqueros, la falange adinerada del comercio que no conocía otro idioma que el del “alza y baja del bacalao”, y a quien Luis Acosta bautizó con el apodo de “Mantecaje adinerado”; los escritores jóvenes aspirantes a cónsules y los cónsules aspirantes a ministros; algunas criadas de servir de casas ricas y los siete sabios de Villabrava: venerados y venerables sujetos que formaban corro aparte para “deliberar”, arreglar el país y cebarse ferozmente en el goce de una charla augusta, patriarcal... y académica (p. 85).

Lo que estos párrafos subrayan es cómo el problema moral, individual o grupal, se ha transformado en un modo social de comportamiento. Este es uno de los planteamientos centrales de la novela y quizás lo más difícil de capturar. Ya hacía varias décadas que el pensamiento ilustrado había planteado el mismo problema con más claridad. Me refiero al ensayo de Cecilio Acosta “Lo que debe entenderse por pueblo”, de 1847. La claridad del planteamiento no se refiere a su percepción, sino a las herramientas de análisis utilizadas, a esa división en bloques rígidos entre lo ilustrado y lo popular, en otras palabras, quien dirige la nación y quienes obedecen a la autoridad pública. La posición de Acosta puede situarse históricamente de mejor modo si entendemos su defensa del uso legítimo de la palabra *pueblo* como una crítica al concepto de pueblo como *voluntad* política manejado por los *facciosos* liberales (1982: 56-72); la perspectiva ilustrada de Acosta manifiesta entender la imagen del pueblo como categoría moral, apoyándose para ello en las correspondencias de opinión pública y tranquilidad social. Esos bloques rígidos entre pueblo y populacho fueron los que vieron resquebrajarse los cuadros de costumbres finiseculares de Francisco de Sales Pérez (*Ratos perdidos*, 1876), y que Pardo asedió desde el interior en su novela mediante largas digresiones donde salía siempre el fantasma teológico de la condena al lujo y a la disipación. En cualquier caso, este carácter digresivo de la novela, que la emparenta con la tradición novelística hispanoamericana, no era un defecto de estructura narrativa sino el modo de articular y expresar la necesidad de un cambio político y moral de la sociedad. Y en esta medida, la crítica de las sociabilidades no hacía más que inscribirse en una práctica exegética que había comenzado, por lo menos para el ámbito venezolano, hacia 1840 con los textos costumbristas de Fermín Toro, Juan Manuel Cagigal y Daniel Mendoza (Contreras y Sandoval, 2018). Pero, en relación con este momento fundacional, se puede decir que la narrativa de Pardo se mueve en otra red social: la de las preocupaciones de una burguesía finisecular obsesionada por el origen (del dinero y de las familias) y por exhibir los signos de riqueza, esas dos típicas ideologías de la “mentalidad burguesa” señaladas por José Luis Romero: “éxito económico” y “ascenso social” (1999: 375). Aquí lo decisivo es la manera como Pardo observa los signos de este nuevo linaje, la forma como mira los usos de esos signos, los cuadros que compone cada vez que espía la genealogía del *mantecaje adinerado*. Tanto para las escenas familiares como para las ciudadanas, la elección del narrador queda circunscrita: puede hablar de los intereses de los personajes distintos a los suyos, pues no son iguales y no hay igualdad posible; puede hablar de la avidez de los otros y de sus propias contenciones, pues el mundo del narrador no tiene equivalencias; allí nada se negocia. En fin, puede postular un orden y unos principios ideales en nombre de la civilización, y en nombre de estos prin-

cipios relacionar enfermedad con exceso, desorden con diferencia; puede igualmente postular la imagen del letrado-médico que cuestiona la metáfora de la cohesión social, y buscar las fuentes explicativas del *mal* en el ambiente moral, en la naturaleza de las instituciones urbanas. Es entonces en la insistencia sobre la doctrina de la regeneración social donde se vuelve complejo el diagnóstico del narrador del *caos* social como impase de la racionalidad, y su inquietud por la pureza, la rectitud, la limpieza, en términos higiénicos y morales.

2. Ciudad y resentimiento

Veamos con más precisión algunos de estos aspectos en la novela de Pardo. Desde un principio, *Todo un pueblo* fue leída como el producto de un acto de venganza del autor contra la sociedad. Para Gonzalo Picón Febres, ese “gesto iracundo de desprecio” (1906: 396) era, al igual que para muchos de sus contemporáneos, la señal comprensible a través de la cual Pardo se relacionaba con la sociedad caraqueña. Tanto odio falsificaba la realidad y, sin embargo, “cuánta miseria que es verdad” (p. 398); en su conjunto no deja de ser “una de las novelas satírico-sociales más sobresalientes que se han escrito en la América Española” (p. 396). Para la crítica literaria del momento se trataba, más allá de la valoración del estilo y de la verosimilitud de las acciones de los personajes, de comprobar los grados de realidad de la novela en relación con ciertos patrones retóricos y ciertas pautas psicológicas del autor.² Refiriéndose al estilo de la novela, aclara Picón Febres: “es brusco, precipitado y fuerte como un bronce; pero en medio de esa brusquedad y fortaleza, que son el sello distintivo del temperamento luchador del novelista, abunda en elocuencia y en adjetivación lujosa” (p. 399). Así como en la naturaleza del estilo era posible rastrear una teoría de la sensibilidad del artista, de igual manera era posible identificar el universo de la voz narrativa con el dominio de la voz autoral, de donde derivaban, por un lado, las equivalencias entre la calidad del trabajo literario y la materialidad de un modo de vida y, por otro, los reclamos sobre la responsabilidad social del escritor. En la base de esta identificación, hay un reconocimiento del doble nivel de la forma literaria. Por un lado estaba la valoración del lenguaje artístico, que implicaba unas reflexiones precisas sobre lo bello y lo vulgar, lo elevado y lo bajo del arte, en correspondencia con el mundo jerarquizado de la representación; por otro, la valoración ética de las imágenes derivadas de esta representación, que mostraban los grados de responsabilidad social del escritor y consagraban su autoridad enunciativa. A partir de estos principios generales, el escritor

² En *Sensaciones de París y Madrid*, Gómez Carrillo habla de su encuentro en la capital francesa con Pedro Emilio Coll, “el único español que escribe en francés sobre cosas españolas” (1900: 52). Se refiere a las crónicas publicadas por el escritor venezolano en el *Mercure de France* y tituladas, no como señala Gómez Carrillo, *Lettres d'Amérique*, sino *Lettres Latino-Américaines*. En algún momento de la conversación, Coll le habla de la novela recién publicada por Pardo en Madrid: “Es una verdadera obra de combate –me dice– en la cual la frase palpita y sufre como un organismo humano. Léela, chico. Todas las vehemencias, todas las pasiones, todas las desesperanzas y todas las tristezas de Pardo, están allí. Y en medio de todo eso, una mirada azul, una mirada femenina, tierna, doliente y sensual, vaga cual una sombra de Ofelia endulzando la violencia del cuadro... Te gustará, chico...” (citado por Gómez Carrillo, p. 52). Sobre Pardo, su oficio de cronista finisecular y las tensiones con el campo cultural venezolano, ver Contreras (2024).

se legitimaba como autoridad social, exhibiendo el manejo racional de unas reglas retóricas y gramaticales ajustadas a la representación de lo “bello”, como también subrayando el carácter ético de esta representación.

No es de extrañar, entonces, que el mismo elemento de venganza señalado por Picón Febres se vuelva, treinta años después, el fundamento central esgrimido por Angarita Arvelo a la hora de evaluar la obra de Pardo. Luego de señalar la pobreza de “estilo” y de “arte” de *Todo un pueblo*, agrega: “Deduzco que Pardo fue un hombre al margen de la sociedad capitalina, del círculo llamado ‘mundo social’, antaño delimitado a las claras por clases. Perteneció quizás a la clase media inferior. Acaso tuvo contratiempos originados de su condición” (1938: 47).³ Lo que emerge entre las “amarguras personales” de Pardo y el “mundo social” es una escritura vengativa, dirigida “a desacreditar e impugnar la vida y costumbres de una clase social superior a la suya, aludida con rencor y con odio” (p. 48). Que haya procurado indicar con más precisión que Picón Febres el origen del odio de Pardo contra la sociedad caraqueña, que tuviera la osadía de darle a la condición social de Pardo un carácter central en su crítica literaria, no se opone al hecho de que Angarita Arvelo intentara, mediante unas reflexiones deterministas, darle a dicha condición social una valoración negativa. Aquí el crítico propone dos compromisos: identificar como modelo de referencia el mundo delimitado de un grupo social, y marcar con una advertencia moral las relaciones entre clases sociales. La perspectiva de estos compromisos suprime el juego de representaciones entre lo personal y lo social, confundiendo el estudio de las relaciones sociales con una evaluación de la conducta personal. La venganza solo sugiere así un triste acuerdo: su atracción está limitada a la carencia de unos principios morales. De allí que la responsabilidad social incluya la exigencia, para el caso de Pardo, del pacto entre buena conducta y mejoramiento social. Angarita Arvelo evita el riesgo de nombrar las cosas por su nombre. Lo que él llama vivir al margen del mundo social se funda en la sólida creencia, difundida hacia finales del siglo, de considerar ese mundo y sus circuitos editoriales como medios de legitimación artística, y de imaginar el concepto de clase como totalidad homogénea. En otras palabras, ese mundo representaría un recinto delimitado por jerarquías educativas, sociales e incluso raciales; lo demás, aquello que Angarita llama margen, constituía el amplio terreno donde la mayoría de los escritores finiseculares negociaban su profesión literaria. A esta esfera, densa y compleja, Ángel Rama dio el nombre de “cultura democratizada” (1985: 41). Pero, ¿cómo hacer visible la experiencia de estos escritores de la cultura democratizada? El análisis lleva a Rama a proponer la revisión de varios aspectos de esta experiencia: explorar “con atención” sus biografías, poner “los ojos en de qué vivían”, examinar “los empleos que alcanzaron y el círculo en que gracias a ellos se integraron”: solo así podría recuperar-

³ Dos años después de Angarita Arvelo, en 1940, Picón Salas seguía cuestionando el estilo “chabacano” de Pardo: “había sabido recoger con firmes trazos realistas y picante mordacidad algunos aspectos de la vida de las ciudades criollas, pero, ¿qué chabacano y pobre resulta el estilo de Pardo cuando se le compara con el de Díaz Rodríguez” (1984: 150). Es clásico el desliz de Picón Salas al atribuirle a Pardo la autoría de dos novelas: *Villa brava* y *Todo un pueblo*. Para José Antonio Castro, “[e]videntemente, Don Mariano no había leído la novela en cuestión”. Castro le reprocha, además, el que siga repitiendo aquel estereotipo del novelista “resentido, chabacano, desaliñado, violento” (1976: 12).

se “ese hirviente demos que la democratización impulsaba, cuyas energías, cuyas ambiciones de ascenso social, cuyo oportunismo, cuyos modelos extraídos del catálogo epocal importado, compartieron fehacientemente” (p. 50).

Esta cuestión vuelve a ser planteada por Rafael Di Prisco, añadiendo casi nada a lo precedente. Para este crítico, *Todo un pueblo* se caracteriza por “un realismo simple, de pobre o escasa elaboración literaria, con una estructura novelesca basada en personajes de un marcado aunque falso intelectualismo” (1969: 102). En el ámbito de este ejercicio crítico, la literatura obedecía a motivaciones psicológicas o sociales. Esto significaba privilegiar la figura del escritor solo para afirmar su inserción en un cuadro de pasiones o frustraciones sociales. *Todo un pueblo*, continúa Di Prisco, forma parte de la corriente pesimista en la novela venezolana, tendencia que “se confunde a menudo con un sentimiento de frustración que acompaña a los personajes, y que es consecuencia de la disposición emocional del escritor” (p. 110); esta frustración “debe buscarse preferentemente en el mundo que rodea al creador y no solo en la interpretación deformada de ese mundo” (p. 111). La novela se transforma así en un pretexto “para que el escritor deje salir su contenida vehemencia” (p. 116). El crítico hace desaparecer la venganza para transformarla elegantemente en “irrefrenable emocionalidad del escritor” (p. 117).⁴

Quizás debe verse aquí, en la valoración realizada por la institución literaria de la vida y obra de Pardo, la intensidad de una pregunta solapada que, formulada en el plano político y cultural, aparece con más insistencia hacia finales de siglo XIX: ¿cuál es el origen del resentimiento? Muchas cosas —relaciones sociales, tensiones entre sociedad y Estado— quisieron explicarse con esta pregunta. Se trata de una suerte de búsqueda de los males nacionales a través de un *otro* definido como anomalía, bien por causas políticas, sociales o biológicas. Esa experiencia básica del monstruo político fue expuesta en 1882 por Eduardo Blanco a través de la figura de Zárate. En realidad aquí el problema no es si el bandidaje, como irregularidad del cuerpo social, provoca el enfrentamiento entre un tipo de vida y las leyes del Estado. Blanco crea un bandido como una fuerza salida de la historia, una fuerza que busca la venganza personal (contra Sandalio Bustillón) en medio de un mundo de valores aristocráticos y linajes puros (la familia Delamar).

Dentro de ese círculo de asociaciones entre rebeldía y resentimiento, *Todo un pueblo* constituye para la crítica literaria un notable ejemplo. La ciudad de Villabrava se convertiría en el mejor escenario para detectar aquellos agentes que permitían una rápida movilidad social. Allí, las palabras, las acciones, los gestos de las personas tenían un espesor más social; se observaban los

⁴ Juan Darío Parra hace una observación análoga. Según él, la novela modernista venezolana (Manuel Romero García, Gonzalo Picón Febres, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona) está “movida de frustración, derrotismo y sobre todo de un angustioso nihilismo” (1973: 110). Como consecuencia de esta afirmación, señala con alguna solemnidad que *Todo un pueblo* es una novela “llena de angustia y de odio” (133). Domingo Miliani resume todas estas posiciones respecto a Pardo de la siguiente manera: “La crítica no perdonó a Miguel Eduardo Pardo la valentía de autopsiar toda una sociedad. Se dijo que *Todo un pueblo* era obra de un resentido social, producto de un complejo de inferioridad por mestizaje. Pese a tales afirmaciones, fue la primera novela urbana por su materia, escrita con excelente prosa de sátira” (1985: 53).

choques desde sus respectivos lugares, intentaban tejer nuevas y acomodaticias relaciones con la sociedad y el Estado. Es este momento cambiante, de acomodados y reacomodados, el percibido por Pardo, según la institución literaria, como inestable y caótico. Si la caridad constituía, en novelas como *Zárate*, *El sargento Felipe*, ese sentimiento personal a través del cual se neutralizaban las reivindicaciones de justicia social, de manera que en última instancia la rebeldía se presentara como una fuerza autodestructiva, en el mundo de Villabrava se analizan las vidas familiares haciendo hincapié en la carencia de escrúpulos. Para los escritores finiseculares era fácil distinguir los elementos que se aliaron en la configuración de la ciudad como caos, esos mismos elementos por donde fluía la movilidad social: el dinero y la política. Había un solo requerimiento: ser audaz (como el Sandalio Bustillón de *Zárate*).⁵

En este sentido, las observaciones de Pardo repiten las advertencias ya planteadas por Francisco Tosta García (*Don Secundino en París*, 1895) y que, de manera puntual, se formularon como condición de la nueva sociedad. A través de su personaje don Secundino Becerra, hijo de un rico hacendado llamado Primitivo Becerra, a quien la Guerra Federal deja casi en la ruina por estar en un bando neutral, Tosta García nos presenta, en un tono narrativo deliberadamente irónico y jocoso, la historia de un personaje para quien la ciudad se ha convertido en un lugar de comercio y oportunidades políticas, un escenario de poderes, de peleas entre grupos con apariencia de partidos políticos. Este es el legado paterno que recibe Secundino: la ciudad como un lugar de aventuras para hombres “sin olor, sin color y sin sabor” (Tosta García, 1957: 179), un lugar que requiere de comportamientos sociales osados, audaces, sin escrúpulos, donde la política se vive como fuerza y picardía.

Este es el mundo que describe Pardo en calidad de testigo hacia finales del siglo, pero su descripción se complica aún más debido a esa perspectiva familiar con que refiere los hechos. Si el énfasis en esa perspectiva distanciada e irónica le permitía a Tosta García trazar la imagen del típico político de provincia que, con astucia y dinero, logra alcanzar relevancia en los asuntos públicos, evitando por este medio confrontar las valoraciones en torno a la idea de resentimiento, la prosa de Pardo no da tregua a las imágenes de hostilidad que cruzan las relaciones sociales. Hay algo más que una diferencia de perspectiva y de tono entre Tosta García y Pardo. A esas maneras cercanas de observar el mundo villabravense, los reclamos hechos a una sociedad por su falta de correspondencia entre clase y moralidad; a esa preocupación por situar los personajes en la escena social por su conducta y su habla, fueron los que la crítica literaria no tardó en agrupar bajo la ideología del resentimiento. Este cambio en la visión de los procesos sociales, más cercana y, por lo tanto, más complicada, fue acompañado de una renovación en el lenguaje narrativo. Fue a esta manera de mirar las relaciones sociales en el espacio urbano, seguido de un lenguaje que, según los literatos, era chabacano y vulgar, lo que la tradición historiográfica calificó de resentimiento. Ahora bien, ¿qué idea de la vida social tienen los que concibieron la novela de Pardo como una venganza del autor contra la sociedad caraqueña? La idea de resentimiento se entendió entonces como el

⁵ He ampliado estos temas en Contreras (2006 y 2012).

del *otro* dirigido a un *yo* cohesionado por las ideas de clase y raza. En el reclamo que hace el resentido, ese *yo* central ve una marca de su origen y de su lugar social. Ese origen aludiría tanto a un lugar de enunciación, con sus tonos y modulaciones, como a una condición social y racial (e incluso sexual). Serían las marcas presentes en ese origen las responsables de legitimar o no los reclamos del resentido, e incluso señalar la oposición entre la visión del rebelde y la del simple inconforme.

La crítica literaria extrajo esta idea de resentimiento del prólogo de Pardo a su propia novela. Allí el autor cuenta la experiencia del regreso a “mis lares” luego de una estadía en Europa, y el consecuente abandono del oficio literario “por la política”: “salí por casualidad diputado al Congreso, y me apedrearon en la vía pública” (1899: IX). Toma la decisión entonces de encerrarse en su despacho, “y como no tenía nada que hacer y la funesta manía de borrar papeles es ya en mí un mal que no tiene cura, escribí *sin querer* el presente librejo” (ídem.). Desde ese momento, las cosas cambiaron para el autor. Un día, mientras caminaba por las calles caraqueñas, le ocurrió lo siguiente:

- [...] un señor, muy respetable por cierto, se me vino encima gritándome:
—¡Pero, hombre de Dios, cuándo sentará usted cabeza! ¿Es verdad lo que me han dicho?
—¿Qué le han dicho, amigo mío? —le pregunté asustado.
—Que ha escrito usted un libro espantoso, horrible contra la sociedad.
—¿?... (ídem.).

El libro, según confiesa el mismo Pardo, supuso la ruptura de los compromisos personales con su comunidad, un cambio en la forma de relacionarse con el medio intelectual, un distanciamiento físico y moral de “aquellos mundos”; en fin, una expulsión de “mis lares” que fue interpretada como alegoría de las relaciones del intelectual con la sociedad, relaciones mediadas por una condición de clase y raza. Sin embargo, la respuesta por su expulsión está igualmente en los signos grotescos percibidos en la realidad. Habiendo elegido el modo narrativo grotesco entre todos los posibles, atribuye esa elección a la sociedad misma, y ve en ese estilo de narrar un rasgo inequívoco de la realidad misma. ¿Cómo es la mirada que interroga el mundo de Villabrava? La mirada que dirige el resentido al exterior descifra agresiones que solo estarían destinadas a él, descubre hostilidad en las palabras, acciones y gestos de los otros. Pero ¿cuáles son las evidencias de esa disputa? Las referencias a la hostilidad de un mundo exterior deberían comprenderse como una alianza de proyecciones interiores y construcción imaginaria de adversarios.

Ahora bien, en el punto más alto de esa asociación entre rebeldía y resentimiento, ¿cómo escucha la sociedad esa voz del resentido?, ¿cómo detecta su voz?, ¿por qué el medio social —es la lamentación central de Pardo— ve y oye “en cualquier cosa que yo escribo reflejos del odio extinguido ya en mi espíritu” (p. XII)? Venganza, odio, rebeldía, constituyen ideas que fueron identificadas en su momento con ese modo de narrar expuesto en su novela. El intelectual resentido,⁶ fundada su posición extrema en una especie de enajenación del cuerpo social, era así

⁶ Jameson estudia el tema del resentimiento como parte del horizonte de luchas de clases en el siglo XIX, dentro de las

visto como producto de ese acento especial que colocaba en la conducta y en la conciencia de los personajes, como resultado de esa manera formal con que ponía en contacto el estilo de vida con las cualidades de las personas, así como las relaciones entre lo que son o dicen ser los personajes y lo que hacen. Para narrar este mundo de cambios, de intrigas y chismorreos, Pardo apela a los modelos narrativos de la sátira y lo grotesco, modelos que permitían trazar una relación explícita entre el cuerpo, la educación y la conciencia de los personajes. Pero ¿cómo hace Pardo para narrar ese mundo finisecular tan movedido socialmente, atravesado de deseos personales, aspiraciones sociales y *falta* de moralidad? La prosa de Pardo se vale de las estrategias narrativas del realismo grotesco, no como modo narrativo de contención sino de deformación, transformando los personajes en representaciones de un mundo de excesos. Gracias a ese procedimiento, es decir, gracias a esa suerte de explicación psicológica que justificaba un estilo narrativo, la visión grotesca fue pensada como un universo de palabras inadecuadas, como un tipo de escritura que perturba la visibilidad de las cosas y altera la forma de los signos, como un mecanismo narrativo derivado de las pasiones del resentido. El resentimiento explicaría entonces las bajas pasiones de Julián Hidalgo (protagonista de la novela), y “la prosa confianzuda” (Pardo, VII) del autor. Sus contemporáneos también entendieron dos cosas fundamentales: 1) lo que hacía que el resentimiento no fuera una simple crítica justa era el tono del reclamo, como si ese tono altisonante y pasional hubiera alterado la visión de la realidad, y 2) el resentimiento aludía a un tipo de conducta, la de los intelectuales fracasados y amargados que hacían de sus frustraciones personales una vocación revolucionaria. Estas ideas conducían a la construcción estereotipada del intelectual resentido. En este fin de siglo, la institución literaria imaginó el relato del resentido como ese relato que impugna la legitimidad de las nociones de linaje y moralidad, que cuestiona la autoridad de un grupo social y económico, sacando a la luz sus prejuicios clasistas y racistas.

3. Ni original ni desequilibrado

Este ha sido el camino de los estudios críticos acerca de Pardo y su novela: el de la concepción de una escritura que hacía visible su condición social. Al tratar de ubicar este relato de venganza en el marco narrativo de su obra, se vieron obligados o bien a recurrir a la explicación del carácter de Pardo, o bien a la descripción grotesca de los personajes de *Todo un pueblo*. Esta argumentación se

“figuras arquetípicas del Otro” (1989: 93). Para el estudio del resentido, “la cuestión esencial que debe señalarse no es tanto que se le teme porque es malo, sino más bien que es malo porque es Otro” (í.d.). Según Hayden White, Jameson “atribuye a la novela un papel crucial para la comprensión de los intentos del escritor burgués para hacer frente y trascender la condición de *ressentiment* que considera como el ‘ideologema’ o la ‘fantasía de clase’ de la burguesía general” (1992: 73). Agrega: “Lo que la literatura occidental moderna consigue en el curso de su desarrollo a partir del romanticismo es una sublimación del *ressentiment*, dotándola de una forma tan perfecta como para convertirla en objeto de deseo. El escritor modernista no solo escribe o refleja *ressentiment*, sino que positivamente lo quiere, pretende y celebra —y, además, lo hace vaciando toda representación de la vida de cualquier contenido concreto” (p. 174). Ver además los trabajos de Michael André Bernstein (1992), Stefano Tomelleri (2013: 259-276), y Patrick Lang (2013: 55-70).

se apoya básicamente en la presentación que el autor hace de sí y de su obra en el prólogo de su novela. Aquí se revela, al igual que en sus crónicas, como un espectador quisquilloso de la vida privada y social, aunque, a diferencia de autores como Francisco Tosta García o Manuel Díaz Rodríguez, para la comprensión de estos modos de vida deba recurrir al tono grotesco. Es en *Todo un pueblo*, más que en *Don Secundino en París* (1895) o *Ídolos rotos* (1901), donde la comprensión del mundo social se muestra menos compasiva y más abiertamente polémica. Pardo introduce un elemento importante que sigue siendo significativo: marca con un gesto político su lugar, social e institucional, como escritor; señala las formas de actividad que determinan su lugar como intelectual. Recordemos algunos comentarios de Pardo en su prólogo:

Varias obras muy valientes, muy atrevidas, muy pujantes, acaban de salir por ahí, escritas en un lenguaje que busca escándalo; y no han conseguido alborotar a nadie. Luego, la mía, que en un punto a rebeliones está por debajo de todas ellas, ni siquiera alcanzará el alto honor de una bullanga regional.

En esas varias obras y en ciertos determinados capítulos, se toca, aunque incidentalmente, una tesis que tiene algún lejano parentesco con la tesis que constituye, en absoluto, mi novela. Consecuencia: si no la publico en seguida, va a resultar fuera de tiesto y pasada de moda. Así va, como estaba, acribillada de tachones y rayas arbitrarias, a manos del cajista. La crítica de pormenores y faltas gramaticales tendrá donde hincar el diente; pero los desaciertos naturales de un lenguaje brusco y desenfadado como el mío, nada importan, cuando lo que afecta al público, en realidad, es el fondo, la totalidad de lo escrito [...].

[...]

No soy el protagonista de mi novela —aunque esto también es de uso corriente y permitido — porque mi protagonista es algo así como un alucinado que suspira y sueña y toma por el lado serio empresas que el mundo no permite realizar. Yo lo sacrifico todo al dolor de la verdad; no deseo ser como él, un batallador, para no ser una víctima.

Entre ese protagonista atormentado, que ansía una revolución gigantesca en medio de una sociedad podrida; y un Luis Acosta, personaje secundario, que ahí se mueve a su modo y quiere arreglarlo todo a puñetazos, prefiero ser esto. Un puñetazo formidable no es una razón, lo sé; pero es una realidad aplastante.⁷

[...]

En cuanto a Villabrava, debían evitarme los maliciosos asegurar de una vez por todas, que es sencillamente una ciudad indeterminada, supuesta. Quizás por esto, y sin quizás, Villabrava no pertenezca al surtido ordinario y sea de las que entran pocas en libra. Las ciudades creadas resultan casi siempre milagrosas. Tengo, no obstante, la vehementísima sospecha, por no decir la seguridad absoluta, de que aquellos mismos suspicaces, mal pensados y clarividentes seres que me echaron a volar el libro “inédito”, van a echar a volar también nuevas ofensivas mentiras a propósito de Villabrava creyendo encontrar analogías entre esta y cualquiera otra ciudad de las muchas que se ofrecen ellas solas a la censura literaria.

[...]

Sí; mi libro es todo eso y mucho más. Sin embargo, no puedo afirmar en absoluto que él constituya la historia de un pueblo entero, sino el reflejo de una época (Pardo, 1899: XII-XIV).

⁷ La cuestión de la representación de la violencia es, en consecuencia, en este contexto siempre un problema de disfraces democráticos. En su nota necrológica, el editor de *El Cojo Ilustrado* recuerda a Pardo como “Hijo de sí mismo”, “Hombre de vibrante voluntad inexorable”, y se pregunta retóricamente: “¿Audaz? ¿Colérico? ¿Vehemente? ¿Acaso cruel? Sí, en grado eminente, pero en noble actitud” (1905: 642).

En términos generales, esta era la manera como el escritor finisecular sin un linaje patricio desafiaba la cultura intelectual institucionalizada; el modo de intervenir un campo intelectual resguardado por la autoridad de la ciencia e instituciones de prestigio como la Academia de la Lengua; la forma como el escritor finisecular presentaba sus credenciales artísticas: una presentación de contrastes entre su vida andariega, siempre en apuros económicos y el oficio de cronista, tres maneras de vivir que marcaban una experiencia común. Esta experiencia se mueve dentro de una situación real, como es la aceptación y problematización de su lugar dentro de los espacios institucionales de la época. Como si previniese los juicios de muchos de sus contemporáneos, Pardo presenta su defensa alegando que ha escrito ese *librejo* sin odios: escribe el prólogo para referir las condiciones sociales y económicas de su escritura, y para protestar contra aquellas representaciones de lo literario basadas en una circunstancia social que legitimaba dicho modo de escritura. Y es en este punto donde podemos considerar lo que se llamó rebeldía o venganza. En contraposición a la fama de buen estilista que se hizo acreedor Manuel Díaz Rodríguez con sus obras *Sensaciones de viaje* (1896) y *Confidencias de Psiquis* (1896), Pardo insiste en incluir un pacto de veracidad en la lectura de su obra. El objetivo de este pacto era menos incorporar unas vivencias que introducir esa fuerza modeladora de su rebeldía, poner de relieve esta identidad rebelde como producto de una representación de sí mismo dissociada del medio. El mismo Rubén Darío en su libro *La caravana pasa* [1902] dejó constancia de cómo fue leída la obra de estos dos escritores: Pardo, “autor de una buena novela venezolana”, de un “temperamento de luchador”, escribe en el periódico madrileño *El Herald* “generalmente sobre asuntos políticos sudamericanos, y en especial sobre los sucesos de su patria, Venezuela, en donde, dado su carácter, no será difícil verle ocupar un puesto público” (1917: 171). La segunda parte de este bosquejo inscribe la figura de Pardo en el panorama de los escritores oportunistas. La crítica no reparó en que esta doctrina del oportunismo conducía a una correlación explícita entre visibilidad pública y jerarquización del trabajo literario. De este problema planteado por Darío entre los asuntos literarios y los temas políticos, de donde derivan con cierta certeza las promesas de una carrera no intelectual sino política, estaría exenta la figura de Díaz Rodríguez, “espíritu de excepción”, integrante de la “aristocracia mental de nuestra América”, “entendimiento serio y reflexivo”, alejado de las “bulliciosas tentativas de un arte de moda”; “Desde su primer libro, la nobleza de su pensamiento y la distinción de su estilo le colocaron en un lugar aparte en nuestra literatura” (í.d.).

Darío interpreta a Díaz Rodríguez desde un espacio intelectual, un espacio mítico que él mismo, más que asignarle una validez local, representa con su obra en la literatura hispanoamericana: la idea de un estilo y un espíritu de excepción, la proposición de una prosa reflexiva cuyo mérito consiste en el hecho de trabajar por su ennoblecimiento y su vocación universalista. Es claro que este mito moderno de la *aristocracia mental* es una categoría estética proyectada sobre un fenómeno histórico: en el modernismo esta categoría se sostiene gracias a una jerarquización social del trabajo literario.

Así, Gonzalo Picón Febres, en un artículo sobre Díaz Rodríguez, señalaba que las diferencias entre *Sensaciones de viaje* y las crónicas de Pardo (*Viajeras*, 1892; *Al trote*, 1894; *Volanderas*, 1895),

formaban parte de un catálogo de oposiciones que iban desde la evaluación del estilo (mágico, original, subyugante, en uno; vehemente y animado, en otro), hasta las formas de representación de la realidad y sus transformaciones en un valor estético y social: mientras uno, con su “talento extraordinario”, posa la mirada en el “conjunto excelso, en la síntesis suprema” (1898: 702), el otro se detiene en los detalles de la realidad; el uno, más poético; el otro, más realista; en el primero hay “belleza literaria, más cariño hacia la forma limpia, más arte, en suma”; en el segundo domina la verdad y la realidad exacta; en Díaz Rodríguez, Picón Febres encuentra “lo que quisiera hallar en Pardo con mayor claridad y precisión: conocimiento del idioma, y gentileza y distinción y señorío en su manejo” (p. 703). Una lectura atenta de las palabras y expresiones que arman este juego formal de oposiciones, revelaría las conexiones del lenguaje de la crítica con las convenciones sociales del momento: “gentileza y distinción” aluden a una educación especial, a unas relaciones jerárquicas e idealizadas, a unas normas de escritura transferidas al mundo moral y cultural del escritor. Parece justo decir que estos eran los modos como se configuraban los campos de batallas en la vida intelectual de la época, y cómo se interceptaban en esos campos normas estéticas y prioridades personales, relaciones sociales e ideas sobre literatura, prestigios artísticos y expectativas publicitarias, en fin, las maneras como se negociaban las relaciones literarias y personales entre los distintos grupos intelectuales de la época.

Pero, ser “nada más que cronista”, escribir en “lenguaje brusco y desenfadado”, sin atender ciertas reglas gramaticales, constituye no solo una manera de indicar las condiciones y el origen de la escritura, sino también un nuevo modo de ver la ciudad. Fue esta nueva visión de la ciudad la que le permitió a Pardo reflexionar sobre el lenguaje de la novela y su rol como escritor, sobre su deseo de escribir en formas expresivas irregulares y su temor a ser recordado “como ente original y desequilibrado”. Ese lenguaje tosco y osado de Pardo, como diría Bajtín, “huele” entonces a un contexto específico (1986: 225). Es en este contexto donde se plantea el problema, específicamente de la novela, de las jerarquías literarias fundadas en la concepción de un estilo elevado, y la respuesta de Pardo a esta concepción, atacando lo moral como fundamento de dichas jerarquías. Este era el horizonte verbal y social del estilo *tosco* de Pardo, un horizonte donde la proyección de su autoimagen de rebelde y marginado serviría como estrategia para redefinir su inserción en otro lugar cultural. Su imposibilidad de simular una prosa repujada, adornada, nos lleva a pensar que lo brusco y desenfadado remiten no solo al campo estilístico sino también al político, es decir, a un debate sobre las figuraciones de la ciudad en el campo letrado de la época.

Podemos empezar a derivar esta figuración observando cómo Pardo exhibe su rebeldía en el prefacio, cómo interpreta su novela, cómo re-presenta su lugar de escritor en la literatura finisecular. Al ser una novela sobre lo que José Luis Romeo llamara “las ciudades burguesas” (1999: 295-382), Pardo se muestra interesado en subrayar tres puntos clave: aclarar que él no es “embustero”, no es el “protagonista” de su novela, ni Villabrava es Caracas. Este reclamo de sinceridad y de no identidad, adquiere sentido si pensamos en las convenciones que rigen los modos de lectura de sus contemporáneos. Esta aclaración, sin embargo, pareciera no dispensar a Pardo de su osadía. Incluso, puede decirse que generó un efecto contrario: tanta negación (“no soy”,

“no estoy”, “no quiero”) aumentaba la sospecha sobre la sinceridad de su confesión. Los intentos de Pardo por responder anticipadamente, punto por punto –él no es Julián Hidalgo, los personajes no son retratos de sus enemigos, no es una novela de odios, Villabrava no es Caracas– los temas que la crítica literaria a la postre desarrollaría, fueron leídos como actos de un enmascaramiento desesperado del autor, motivando y legitimando una lectura a contrapelo de sus afirmaciones.

La figura de Julián Hidalgo, y en menor medida la de su amigo Luis Acosta, están relacionadas con el retrato de este ambiente de relajación donde transcurren las acciones. Pardo fija su mirada en los distintos caminos sociales y fisonómicos por donde se despliegan esas relaciones, dejando ver, a ratos, el contenido de la ciudad a través de tales caminos: “mozo de regular estatura, delgado, pero recio y fuerte”, “pronunciadamente trigueño, casi cetrino”, “ojos escudriñadores”, “pelo negro, indómito”, “cara alegremente fea” atravesada por una cicatriz “que, vista de perfil, creyérse una marca hecha con un hierro encendido” (Pardo, 1899: 18); he aquí las líneas que cruzan el retrato “físico” de Hidalgo. Este era el recurso estilístico utilizado por la narrativa finisecular para identificar el origen de aquellas realidades que se suponían habían sido cubiertas por la educación; la rebeldía de Julián se dejaba ver en sus acciones, pero también en su pelo y en la cicatriz de su rostro; con la palabra cetrino el narrador nombraba la procedencia de Julián, la génesis de sus perturbaciones raciales. A través de este retrato, que es en verdad el documento legal de una realidad descubierta, la novela muestra los elementos socialmente perturbadores de sus héroes. En el caso de Julián, se nos comunican varias opciones. Una posibilidad está centrada en la sangre mestiza del protagonista; otra, en el desacuerdo entre los deseos del protagonista y el medio social; otra, en la presentación de sí mismo como alguien que pretende producir un eje normativo que regule la vida y, una última, en la imagen de la naturaleza como potenciación de lo instintivo. Cada una de estas opciones da una explicación de la conducta rebelde de Julián, de su posición ambivalente respecto a los procesos modernizadores: por su conducta se revela como un defensor de los valores familiares, del honor, de la castidad; por su comportamiento político, se muestra como un inconforme; por su sensibilidad social, como alguien enfrentado a las sociabilidades de la época.

4. Sociedad, democracia y grotesco

Las razones que hacen de Hidalgo un rebelde son las mismas que incitan a Villabrava a comportarse como una ciudad semicivilizada. ¿No se trata acaso de dos aspectos del mismo problema? Cuando Hidalgo explica en su famosa conferencia (reléase el capítulo X de la novela) el origen histórico de Villabrava, el principio racial es invocado para dilucidar el “estado sociológico” (p. 95); ese principio racial toma el valor de una justificación superior de mayor actuación que las reglas sociales ordinarias. La elección de un pasado se vuelve entonces una opción política, pues, a la vez, se reordenan los relatos que conforman la historia de ese pasado, el punto de origen de una trama y de una descendencia. Precisamente, la elección de ese pasado es la que crea la identificación del intelectual liberal con el mito positivista de la regeneración. Aquí la clave no es

tanto la apelación al discurso providencial del positivismo, cuanto la noción determinista que, en ese enfoque pesimista de la historia nacional, poco a poco se iría convirtiendo en el signo de una cultura escrita y explicada bajo impulsos pasionales. En efecto, ese núcleo determinista de una psicología social haría posible, desde el punto de vista de Hidalgo, una interpretación modernizada de la colonia y la conquista, permitiría pensar las tramas sociológicas y biologicistas que intervienen en la constitución de un sujeto colectivo revoltoso e insensible; igualmente haría posible, como apunta Oscar Terán, la identificación de un tipo de narrativa histórica no interesada en “alcobas y batallas” sino en las “fuerzas” que pululan en las profundidades de la sociedad (2000: 102).

En Villabrava, en ese mundo de hibridez racial conformado por “una sociedad risible y deliciosamente dividida en castas; una sociedad sin génesis bien esclarecido, que tuvo, como las sociedades europeas, su aristocracia, su clase media y su plebe” (Pardo, 1899: 98), se aglutina la invención de falsos árboles genealógicos y la generación de una “prole” “heterogénea, mestiza, fatal” (p. 99). Lo que se llama igualdad define en Villabrava no una institución social sino un ajuste de cuentas entre clases, los límites de una sociabilidad en cuyo interior viven todos los villabravenses con plena satisfacción de sus rencores y sus farsas. El problema está en el argumento biológico e historicista en que se apoya Pardo para considerar los acontecimientos sociales como caos y no como una dinámica propia de la modernización social. Obsérvese hasta qué punto en el diagnóstico del problema era común adoptar las tesis del pensamiento positivista. José Gil Fortoul, por ejemplo, identifica en sus “Cartas a Pascual” [1898] los elementos raciales y climáticos como responsables de la “inferioridad orgánica”, proponiendo como recetas para curar este mal medidas higiénicas e inmigración de hombres “robustos y emprendedores” (1983: 223). Manuel Díaz Rodríguez, al aludir a los procesos de movilidad social de fin de siglo, hablará en *Ídolos rotos* de “una democracia organizada para los peores” (1919: 156), una democracia hecha a la medida del populacho: “enferma desde su origen” (p. 258), “andrajosa” (p. 160) y “corrompida” (p. 285).⁸

Ahora bien, Pardo parece estar dispuesto a aceptar el diagnóstico del positivismo con la condición de que sea posible fijar la cuestión no tanto en términos orgánicos o políticos como de sociabilidad. No se trata de negar en la argumentación de Hidalgo la presencia de las razones hereditarias como explicación de los desequilibrios sociales, sino de observar el acento especial que Pardo pone en el tema de las reformas de las sociabilidades, de la conducta, de la educación y los

⁸ El cuento de Blanco Fombona, “Democracia criolla”, incluido en su libro *Cuentos americanos* [1903], revela esa visión del pueblo democrático tratado como ciudadano por el discurso político oportunista, pero en la realidad acechado por la malaria. Es significativa la ubicación geográfica del relato: los llanos. De estas tierras llaneras hacía sesenta años había partido hacia la capital Palmarote, *tipo original*, representante discursivo del carácter nacional (aludo al cuadro de costumbres, “Un llanero en la capital”, 1849, de Daniel Mendoza). Ahora Blanco Fombona reformula este imaginario de la cultura nacional, al introducir un nuevo elemento en ese territorio simbólico de la nacionalidad: ese pueblo llanero, objeto de discursos democráticos, es de una “palidez mortal”; se trata de peones tratados “como recuas”, “cloróticos, palúdicos, ulcerados, cadavéricos, gente de hospital, tenían algo de fantoches macabros (1913: 147).

usos del lenguaje.⁹ Cuando Julián Hidalgo exclama: “La democracia es mentira” (Pardo, 1899: 99), lleva la discusión sobre el “estado sociológico” al terreno de la carencia de vínculos familiares y societarios, instala el problema social en una dimensión donde volverían a articularse *conciencia pública* y *deberes ciudadanos*, desafiando así el posterior pesimismo médico de Díaz Rodríguez.¹⁰

Hay una diferencia crucial entre analizar el problema social como enfermedad y como mentira. La enfermedad sobre la que se articula el argumento de Díaz Rodríguez es producto de la corrupción de unos valores puros y abstractos como la patria; tiene un significado negativo relacionado con la remodelación de ese pedestal cultural desde el cual el intelectual ilustrado fijaba un sentido oscuro a los procesos de movilidad social. La mentira en Pardo alude a esas articulaciones contradictorias de lo social capturadas por un ojo materialista, típico de aquellos intelectuales incorporados a la cultura democratizada finisecular.¹¹

¿Qué realidades capta este ojo materialista y de qué lado están, cuáles y cómo son esas experiencias visuales del plano material que recorre ese ojo crítico? La mirada sobre el pasado de los personajes, sus hábitos, su conducta, sus maneras de pensar y hablar; sobre los escenarios como el salón familiar, lugar de encuentros donde se exponen ideas, se traman las intrigas sociales, se miden las reputaciones sociales y literarias, se decide el destino de los jóvenes, se representa todas las formas legibles del dinero, esa sala familiar donde los personajes revelan sus pasiones y mezquindades, donde se ve el rostro del dinero en las decisiones jurídicas y políticas: todo esto define ese estado visual del narrador. Del “acaudalado banquero” Anselmo Espinosa, el narrador dará detalles de su nacimiento “sobre los trapos podridos de una tienda de inmigrados” (p. 47), su “pelo siempre erizado como el de un jabalí”, “manos regordetas”, “pies enormes”: “Atormentado por su nacimiento humilde hubiera dado la mitad de su hacienda en cambio de un nombre sonoro, de un segundo apellido que le diera visos de nobleza” (p. 50). En el cuerpo de Providencia Pérez Linaza el narrador encuentra la oportunidad para revelar ciertas verdades grotescas de la ciudad: “era, en efecto, una providencia monstruosa, colosal, abundante de pechos, sobrada de espaldas, rolliza de cintura”, “caderas tan abultadas y *violentas*” que la hacían parecer “una de esas poderosas yeguas normandas” (p. 39); en los centros literarios (“nido de chismes”), en la clase media, impa-

⁹ Véase la lectura acertada que realiza Miguel Ángel Campos del capítulo x de la novela de Pardo. El objeto de los juicios de Pardo, según Campos, “es el discurrir de los ciudadanos en un plano ceñible y real de lo colectivo, los vicios engendrados en el lento quehacer de lo acumulado y bajo las tensiones de la disolución del sentido de la herencia común” (2005: 178). Sobre la causa de los desequilibrios del medio social, agrega: “A ratos pareciera ir hacia la comodidad de las condenas lombrosianas, pero a tiempo percibe la autonomía de lo irregular, da con fuentes más reales y así pone al final de una lista de carencias aquella de *la conciencia pública sin articulaciones*. Toda una categoría societaria en manos de un avezado Briceño Iragorry cincuenta años después. El desamparo de lo ciudadano, el espejismo de lo urbano como amontonamiento de edificios, las ‘silbas canallescas’ que ofenden a las damas, y todo un largo repertorio de haceres torvos denuncian la existencia de lo amorfo, el simulacro de civilidad” (p. 179).

¹⁰ La cuestión del fracaso del “pensamiento democrático-liberal-burgués, de sus correlatos sociales y culturales (positivismo, optimismo, igualitarismo, laicismo, realismo) y de sus valores de sostén (Razón, Progreso, Libertad, Ciencia, Democracia)” en la novela de Pardo, ya fue expuesta con anterioridad por Beatriz González Stephan, 1983.

¹¹ Ángel Rama asigna una marca histórica, clave dentro del modernismo, a los “intelectuales de la *cultura ilustrada*” y los “escritores de la *cultura democratizada*” (1985: 102).

ciente por “entrar tumultuosa y desaforadamente en el desorden político; para meter los brazos hasta el hombro en las arcas nacionales; para pelearse como lobos a la vista de la presa de un cargo público cualquiera” (p. 106); en las costumbres de “aquel pueblón” habituado a “tejer y destejer enredos, chismes y anécdotas” (p. 164); en los discursos poéticos del “flamígero y tornasolado” Arturo Canelón; en el lenguaje solemne de los poetas homéricos (“Los flamantes triunfos legendarios; / la patria bendecida; / la que fue a despertar a los cóndores / en la montaña ungida...”, p.79); en las expresiones verbales con las que villabravenses acompañan la noticia de un “hombre cosido a puñaladas”: “¡Caracoles!”, “¡Carambita!” (p. 80). A todo ello el narrador agrega el siguiente comentario: “Esto, que resulta trivial, frívolo y hasta estúpido, es, escudriñado y ahondado, la más dolorosa prueba de la descomposición social de un pueblo entero” (íd.). Hay una escena suplementaria sobre la que el narrador arroja toda la luminosidad grotesca: se trata de las fiestas privadas de la burguesía villabravense, con sus “minués, rigodones, trozos de ópera, número de violoncelo y flauta y tarantelas al piano”:

Y luego, allá a las once, en medio de un barullo infernal, se abrieron los salones de baile y apareció radiante, en todo su esplendor, ese mundo villabravense que bulle y brilla en las grandes fiestas. La espuma, la *high-life*, lo más bello, dorado y engomado de la sociedad, confundido con una no escasa multitud de personas sin nombre y sin prestigio. Porque en Villabrava, a pesar de sus rangos aristocráticos y sus divinas procedencias, casi todas las familias andan emparentadas o liadas con muchas gentes sin puesto determinado en la sociedad. Y aunque sospechadas, comentadas y despellejadas a diario en todas las tertulias, lo mismo las Linaza que otras de su jaez, no podían prescindir de invitarlas a sus fiestas rumbosas, ya por la posición monetaria, ya por sus ocasionales influencias políticas y por otra multitud de circunstancias a que se veía esclavizada eso que allí se llama “la espuma”, por mal nombre.

Apenas apareció este híbrido resplandeciente mundo a las puertas del salón, el revuelto y curioso público de afuera que llenaba las ocho grandes ventanas de la casa estalló en un ¡oh! inmenso de admiración y de rabia a la par.

En los primeros momentos todo fue muy bien [...]. Al cruzar Providencia por el medio del paseo llevando a Florindo casi a rastras, una segunda exclamación, más atronadora e incivil que la primera, brotó de la muchedumbre de las ventanas. La monumental señorita lucía su audaz descote Caraman-Chimay: estaba completamente desnuda de los senos, como en París, con los pezones apenas ocultos por una ligera malla de encajes.

Desde aquel instante, la concurrencia que sudaba, se estrujaba y pateaba en la calle, dejó como siempre paso franco a sus instintos y empezó por poner motes a los bailadores, para acabar gritando y dando golpes furiosos sobre los balaustres. Un verdadero escándalo, en que señoras dignas de respeto fueron injuriadas por el anónimo montón, y caballeros de reputaciones intachables castigados con las más horribles frases de la canallería andante [...].

[...] después de medianoche, cuando se abrió el *buffet*, se declaró entre los hombres la grosería sin rodeos. A codazos y empujones se abrían paso en el comedor. Daba vergüenza aquella desaforada acometida a los sandwiches, pasteles, trozos de pollo y rajadas de salchichón, sin contar los dulces, vinos, frutas y sorbetes que abundaban en los aparadores.

Cien brazos se extendían, cien mangas se engrasaban al pasar por sobre los manjares, cien manos se disputaban sobre los platos una tajada. Un joven elegante que no había hecho más que pasearse por los corredores en toda la noche, la emprendió con una pierna de pavo, arrancándola fiera y denodadamente sin trinchete, y otro se robó una botella de vino Borgogne. Las señoras que llegaban del brazo de algunos caballeros fueron casi atropella-

das por media docena de barbilindos que traían los chalecos atestados de comestibles.

[...]

Y Florindo, el insigne Florindo, no pudiendo resistir al entusiasmo que la fiesta aquella le producía, tomó la determinación de beberse íntegra una botella de Champagne. Media hora después se daba en los corredores de bofetadas con Teodoro Cuevas, porque encontró a éste comiéndose con Providencia un fiambre en uno de los bosquecillos más retirados del jardín (pp. 204-207).

Estamos ante una de las escenas predilectas del mundo carnalesco: la fiesta devenida en batalla, con su galería satírica de tipos sociales.¹² En el caso de Pardo, estos son los efectos de un punto de vista narrativo abrumado por la circulación de los falsos orígenes, méritos, reputaciones y valores sociales, y que postula en su lugar un mundo diferente al vivido por los personajes, un mundo de jerarquías, donde se persiguen grandes y mejores sueños. El trazado desde lo ficcional de ese mundo ético tiene entonces su contraparte en esa cartografía de las pasiones humanas realizada por Pardo de la ciudad burguesa, un espacio ciudadano sometido a la mirada despiadada de lo grotesco y la burla. En su libro *Lo grotesco*, asegura Wolfgang Kayser que uno de sus motivos apunta a “la disolución de todo orden dentro de un grupo social localmente definido y el distanciamiento que se apodera de toda una ciudad” (1964: 78); si recurre a la acumulación de formas desproporcionadas es para destruir las ideas de claridad y orden, para producir lo monstruoso y revelar la arbitrariedad de un mundo que se distancia.

Pardo ve no una ciudad moderna, cosmopolita, sino el desorden de sus proporciones, esos dos lados de lo grotesco señalados por Kayser: lo deforme y lo cómico, lo horrible y lo bufonesco; mira además los juegos de comicidad entre lo que representa o cree representar un personaje y lo que dice, piensa, o su vestuario; observa cómo las nuevas clases sociales cubren con trapos su arribismo; ve, escucha y ridiculiza los usos sociales y académicos de la lengua, los usos duales del lenguaje: el oral cotidiano, lleno de expresiones vulgares, y el escrito público, castizo, elevado, como si los personajes habitaran dos mundos discursivos; escucha esas palabras profanas que vienen de la calle, entran por las ventanas, desvelando y ridiculizando los esplendores del mundo interior burgués; critica los rituales de consagración literaria, los usos de ese lenguaje florido que ilumina la fisonomía de algunos círculos intelectuales, pues como reconoce Gutiérrez Girardot, la crítica a “la persona y a las instituciones” era una “crítica ‘ilustrada’ a las visiones del mundo y a las situaciones sociales y políticas que se cristalizaron en ellas” (2001: 70). En este sentido, Pardo se diferencia de los escritores contemporáneos al ofrecer la imagen de la ciudad moderna como un laboratorio de lo grotesco, productora de esperpentos. Trata de elegir las escenas donde es notoria la ausencia de normatividad, señalando esas combinaciones risibles entre ser y parecer, acudiendo a la exageración como el lenguaje que hace visible la enfermedad de Villabrava. En este modo de leer la ciudad resalta la tipificación de grupos sociales, la caricaturización de personajes y sus lenguajes, los retratos grotescos, el recurso a la sátira como medio de análisis político, social y

¹² Ver el libro de Mijail Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, 1987.

moral.¹³ La estrategia es puntual. Pardo elige un objetivo –un personaje o una escena– e intenta exagerar un aspecto del mismo (rostro, conducta, gestos). El resultado es una caricatura donde destaca la fealdad, la deformidad y los defectos del objetivo elegido. Los temas de estos retratos satíricos son diversos: abarcan desde el comportamiento social hasta la manera como se manejan los asuntos políticos, indicando las contradicciones entre lo que aspiran representar los personajes, sus defectos personales y la comicidad de sus acciones. Precisamente, estas palabras y acciones hiperbólicas son las que han privado a Villabrava de sociabilidades modernas; esos tonos grotescos e irónicos de la escritura materializan una imagen moralizante de Villabrava, una rígida norma social, una norma sin flexiones; marcan esa preocupación deliberada del narrador por organizar la sociedad, por racionalizar la vida cotidiana y disciplinar las costumbres. ¿Cómo puede una imagen, un cuerpo, una ciudad cargarse de grotesco? Para Baudelaire, la caricatura tiene una relación directa con sucesos “políticos” y “religiosos” (1988: 15), es una operación que se rige por la deformación de las líneas del rostro (de ahí la predilección de Daumier por las fisonomías animalizadas), precisamente allí donde tiene lugar el dolor, la risa grotesca, lo angélico y lo demoníaco: “La risa y el dolor se expresan con los órganos en los que residen el mando y la ciencia del bien o del mal: los ojos y la boca” (p. 18). Aquí el poeta francés establece una estrecha vinculación entre la risa, concebida como “síntoma” o “diagnóstico” (p. 33) de un estado de las cosas (su apariencia o rigidez) y eso “algo de profundo, de axiomático y de primitivo” (p. 34) que tiene lo grotesco. Deformando el rostro, el artista hace aparecer todas “las miserias del espíritu, todos los ridículos, todas las manías de la inteligencia, todos los vicios del corazón” (p. 77).

El libre juego entre deformación fisonómica y descomposición social está sostenido por esa saturación de deseo que recorre el relato, y permite al narrador una abierta distancia respecto a ese mundo ridículo (pero no frágil) de Villabrava, un claro desacuerdo entre sus deseos y los de los personajes. Es esta organización de los deseos de los personajes en un relato de ambiciones la que produce, no el humor de novelas como *Don Secundino en París*, sino la risa grotesca, ese tono burlesco que transforma la novela en una caricatura de costumbres y a los personajes en bufones. Más allá de lo visible, la ciudad revela el funcionamiento de varios planos del deseo: deseo de parecer, de posar, de figonear la vida privada en la superficie material de las cosas y que, al decir de Rama, “contagió la totalidad de las operaciones que conformaban la cosmovisión social” (1985: 86). Es necesario apoyarse en estas maneras de operar del deseo para percibir, por un lado, la naturaleza de las pasiones en el relato y, por otro, aquellas fuerzas ausentes en el texto que domesticarían el desenfreno pasional. Si tenemos en cuenta los resultados de estas operaciones de equivalencias en el mundo social, se comprende cómo la representación de las pasiones (odios, celos, amor) postula un orden moral en el relato y hace inteligible el deseo mismo como deformi-

¹³ Este carácter satírico no pasó desapercibido para Picón Febres: *Todo un pueblo* “es una de las novelas satírico-sociales más sobresalientes que se han escrito en la América Española” (1906: 396). Rubén Darío, por su parte, descubre en la novela de Pardo no el retrato de una ciudad sino el de “*South América*”: “*Todo un pueblo* debería ser todo un continente” (1907: 338); seguidamente afirma su carácter sociológico: “Es la lucha del espíritu de civilización con un estado moral casi primitivo... En este libro de literato hay el pensamiento de un sociólogo” (id.).

dad; cómo la imagen del deseo, en tanto contagio expandido por los espacios de la ciudad, elimina cualquier modo de complicidad entre esos personajes, ávidos de nuevos estilos de vida, de inventarse un linaje, y un narrador contenido, austero, sosteniendo el valor ético de su figura en medio de un mundo de imposturas. Y dado que estamos en un ambiente de relajó, las consecuencias sociales de esta investidura moral del narrador son varias. Legítima las ideas pedagógicas de su discurso, autoriza sus diatribas contra el bochinche ciudadano, le permite sugerir unos valores paralelos que no aparecen en el texto (el pueblo honrado, la familia virtuosa, el trabajo decente), pero que adquieren desde esa misma ausencia el significado de domesticadores del deseo; hace de la *renuncia* un espejo sin manchas, desvíos o caídas, que le devuelve su propia imagen purificada.¹⁴

5. Ciudad y deseo

Esa nueva “fórmula erótica de la modernidad” hecha de deseos y máscaras, señalada por Rama (1985: 88), no sólo condiciona la representación del idilio romántico, sino que condiciona todavía más la clasificación de los deseos en función de las subjetividades perversas. En efecto, la figuración del cuerpo femenino –el de Isabel Espinosa, novia de Julián, y de Susana Pinto, amante de Anselmo Espinosa– señala un límite del control que define la medida disciplinaria sobre lo social, pero que también define la novela como esa máquina visual encargada de registrar los excesos de la ciudad. Mientras que el deseo y la máscara se distribuyen según los grados de legitimidad de las pasiones, el exceso y lo carnal se entretajan con el lenguaje moral; mientras las escenas de amor se exhiben como una puesta a prueba de esa legitimidad, las pasiones del cuerpo desordenan la conciencia de los personajes. Ahora bien, el narrador dispone de ciertas regulaciones visuales para ajustar la representación de esas pasiones a criterios morales. De momento, hay que señalar dos escenas clave en la novela.

La primera de ellas transcurre en el “gabinete de costura” de Isabel. Allí está ella: dieciocho años, “grandes ojos garzos”, pelo rubio, “boca pequeña y húmeda”, “seno arrogante”, “caderas de estatua griega”, trabajando en un “complicado y caprichosísimo bordado” (Pardo, 1899: 156). En esa misma habitación, escondido, Julián vigila y admira los movimientos de su novia. Cuáles detalles contempla Julián que exaltan su imaginación. Ella está “sin corsé, dejando adivinar a través de su vaporoso traje las más gloriosas líneas de su cuerpo” (p. 160). Al encontrarse la pareja, comienza el juego amoroso de “sí” y “no”: la bordadora, enfurecida, tratando de golpear con el canastillo la cabeza de Julián; él, arrodillado, besando la mano que pretende castigarle:

Tal vez, y sin tal vez, compadecida de tanta humildad, a usanza de las diosas de fantásticas

¹⁴ Como ha señalado Josefina Berrizbeitia el “diagnóstico” “del mal de Villabrava” tiene como centro “el temor frente a unos cambios que cuestionan el orden –social, racial, político– establecido”, de donde partiría “la nostalgia no solo por un tiempo mítico que Julián y su cultura representan sino también por una instancia autoritaria y paternalista que en el pueblo supo contener los excesos de un pueblo considerado inmaduro para el ejercicio de su autogestión” (2007: 33).

leyendas que templaban sus rigores y sus cóleras al ver a los héroes que habían incurrido en su enojo, arrodillados ante ellas, la joven se siente sin fuerzas para rechazar estas nuevas vehementes pruebas de adoración irresistible, y las corresponde también con la misma vehemencia.

Minutos después la rubia y adorable cabecita de Isabel reposa sobre el pecho de Julián, y las agujas, los alfileres y las revueltas madejas son allí mudos impasibles testigos del más hermoso, melancólico y encantador idilio que cerca de una mesa de labor se ha desarrollado entre dos enamorados que se adoran y están solos... (pp. 160-161).

En la segunda escena la trama amorosa es completamente diferente, aunque en estrecha relación con la primera. Aparece la pequeña Susana, de “carnes admirablemente distribuidas en curvas y ondulaciones” (p. 126), de sus grandes ojos negros y de su cuerpo se desprendía “una lujuria involuntaria”, “tenía temblores, palpitaciones y olfateos en su nariz” (p. 127), los labios siempre húmedos; luego se nos dice, siguiendo una lógica médica, que el de Susana es un “caso fisiológico” (p. 163): es una mujer criolla “propicia” a la lujuria, hay en ella algo “involuntario”, “inconsciente”, “irresponsable”, lucha contra aquello que le produce “asco” y a la vez no se siente con suficiente fuerza para rechazarlo; por último, lo de Susana y Anselmo es lubricidad, “amor maldito” (p. 162). Ahora se necesita un escenario para que se produzca el choque entre la conciencia de Susana y su cuerpo voluptuoso. El narrador compone ese escenario donde Susana exhibe su *irresponsabilidad* sentada en una mecedora. De nuevo estamos en una habitación burguesa, esta vez poco iluminada, casi en penumbras; allí están Anselmo y Susana, acaban de discutir, no sabemos sobre qué, pero lo adivinamos. Julián está en la cárcel, y Anselmo le propone a Susana un negocio (“la satisfacción de su carnal codicia”, p. 129) a cambio de la libertad de Julián. Esta primera tentativa fracasa. Días después vuelve a repetirse la escena. Y esta vez triunfa la carne. Susana *cae*, una caída calificada por el narrador de “violenta, ignominiosa, estúpida” (p. 149). El problema fundamental para el narrador será el siguiente: dado un cuerpo sensual, ¿cómo revelar su secreto sin castigarlo, o, en otras palabras, cómo castigarlo sin verlo? Faltaría poco para que el narrador atribuya a ese cuerpo la culpa de su prosa voluptuosa. Vemos entonces el cuerpo de Susana a través de los ojos lujuriosos de Anselmo:

Antes de poseer a Susana, la había desflorado con el pensamiento. Adivinó, como todo libertino, a través del amplio vestir de la mujer, a la hembra de formas portentosas; y la hembra superó a todo cuanto su depravada imaginación soñara. Sobre los ojos lánguidos y las mejillas encendidas y la boca jugosa e incitante que él había visto, triunfaron los ocultos y juveniles contornos de la viuda: palidecieron ante la criatura ideal de seno todavía sólido, que el tiempo jamás ultrajó; ante la criolla de talle ondulante y hechicero, de caderas opulentas, magníficas, tornátiles; caderas de belleza absoluta, de atracción casi diabólica... (pp. 163-164).

Estas escenas refieren dos maneras de ajustar la representación del deseo al orden social, de poner en discurso lo normal y lo patológico, producir un saber sobre las faltas y los desvíos sociales e individuales, interrogar cuánto de erotismo tiene cabida en el lenguaje novelístico. Pero más allá de una fácil oposición entre discurso racional y discurso moral, los detalles de estas escenas están

relacionados con las nuevas normas para nombrar el juego de los placeres, con la mirada neurótica del narrador buscando anomalías y desviaciones en la superficie de los objetos-cuerpos. Colocadas frente a frente estas dos escenas, interesa de modo particular el procedimiento compositivo del narrador: haciendo una gran elipsis, deja aparecer reclinado el cuerpo de Isabel; colocado bajo los ojos de su amante, el cuerpo de Susana aparece quebrado; el primero en reposo, el segundo agotado. Así, el narrador que denuncia las perversiones no deja de correr el riesgo de cierta complicidad con lo visto, pues amplía o reduce el campo de visión según sus necesidades, combina a su antojo lo visto y lo sugerido según sus reglas de representación. Sin embargo, habría que preguntarse, siguiendo a Foucault, “si desde el siglo XIX, la *scientia sexualis*, bajo el afeite de su positivismo decente, no funciona al menos en algunas de sus dimensiones como una *ars erotica*” (1991: 90). Hasta cierto punto, el diagnóstico médico presente en muchas novelas latinoamericanas finiseculares constituía el espacio donde adquiriría visibilidad aquello que retóricamente se llamaba *el sacrificio a Venus* (Gómez Carrillo dixit). Pero es necesario aclarar lo siguiente. No se trataba de exponer sexualidades abiertas, orgasmos desenvueltos; el campo literario había codificado una manera de nombrar el *ars erotica*; bajo una retórica de líneas y movimientos, silencios y espasmos, se hacía un examen de la conciencia y del cuerpo en términos médicos y eróticos. De esta manera se inventaba, como apunta Foucault, un “placer diferente”: el de la producción de verdad, “placer en la verdad del placer, placer en saberla, en exponerla, en descubrirla” (íd.). Es este tipo de placer confiado al lenguaje literario el que adquiere visibilidad en la estructura moral del relato. En el prólogo a su novela de 1898, *Del amor, del dolor y del vicio*, el escritor guatemalteco Gómez Carrillo introdujo una breve reflexión sobre la inmoralidad en la novela moderna relacionada precisamente con la carencia de una “visión completa” de la “vida de los sentidos” (1898: 7). Expone varios episodios considerados “naturales” en la novelística actual; en estos episodios el “novelista puede decir” sin contratiempos lo que sucede: “Dos personas se sientan ante una mesa, y el novelista puede decir: ‘comieron’”, “dos obreros entran en una taberna, y el novelista puede decir: ‘se emborracharon’”; ahora bien, cuando “dos enamorados se acuestan juntos en la misma cama” el novelista “no puede decir lo que hicieron... ¿Por qué? Porque es inmoral. Pero, ¿por qué razón es inmoral? Sin razón ninguna, porque sí...” (1898: 6). Una representación *completa* “del sacrificio a Venus” (p. 8) estaba fuera de los regímenes de visibilidad del lenguaje literario de la época; a pesar de ello, al interdicto de la visión, al deseo prohibido de ver todo, se sobreponía la fascinación en producir con astucia un discurso sobre la verdad y el placer.

Este es el fondo sobre el que deben colocarse las escenas amorosas de la novela. Lo que variaba de una escena a otra era no sólo la visibilidad de algunas zonas del cuerpo sino la presencia del deseo y sus nuevas reglas, los mecanismos discursivos para revelar el disfraz, lo oculto e íntimo de cada personaje. En este sentido, el cuarto de costura es la escena donde lo erótico se ofrece como espectáculo doméstico y domesticado, donde el tejido amoroso puede, a pesar del “irreparable desastre” del canastillo, volverse a trenzar según las reglas del idilio romántico. Allí Isabel funge de heroína sentimental apegada a su rol teatral. La segunda escena se diferencia de la primera porque apunta no tanto o no sólo a lo sexual, sino, principalmente, a una ilegitimidad que vacía de sentido,

(de linaje) las nociones de honor y familia. La naturaleza exuberante y el descontrol del cuerpo se revelan así como operaciones que ponen en discurso el mal de Susana, corroborando esa carrera dispareja apuntada con insistencia por el narrador entre progreso y moral, entre civilidad y moralidad. Todo sucede como si la mediación de la medicina produjera la verdad del mal: cuando los signos del cuerpo se convierten en síntomas, estos se trasmutan a su vez en la clave sexual de su enfermedad, asegurando el diagnóstico: “un verdadero caso de histerismo”, y la fórmula médica: baños fríos, tranquilidad, buena alimentación, y un “cambio de aires”, en otras palabras, expulsar el deseo fuera de la ciudad.

Si tenemos en cuenta el tipo de crítica planteada por Pardo, es inevitable que su tratamiento sobre aquello que desean los personajes fuera tan irrevocable: política, sexo y dinero. Estos objetos de deseo eran fáciles de reconocer pues aparecían a menudo en la lengua brava de la villa como simulacros de civilidad respecto a los principios que rigen el mundo del trabajo. Condenado desde un principio por todas las corrientes literarias moralistas, el chisme se presenta entonces no sólo como esa palabra límite entre lo público y lo privado, entre el flujo instantáneo del lenguaje callejero y los deseos privados, sino también entre la medida de lo normal y la forma inacabada de lo insólito. Picón Febres, a propósito del personaje Providencia Pérez, confiere a las imágenes del chisme un contenido antropofágico, las llena de un bajo realismo abriendo una cesura irrefutable entre esa “alma proterva” que se nutre “de morder la honra ajena” y el decoro ciudadano (1906: 399). A los chismosos la lengua los domina, están sometidos al acto de oír, contar e inventar historias cuya autoridad nadie tiene la fuerza de contradecir: “abreven deliciosamente la sed y hartan las hambres con sangre y carne”, “hieren con los ojos”, “destrozan con la lengua viperina” y “matan con la risa de hiel emponzoñada” (í.d.). Esta es la razón por la cual Baudelaire fue capaz de vincular lo angélico y lo demoníaco a esos dos órganos –los ojos y la boca– donde se asientan el poder y el conocimiento del bien y del mal; el dilema de ese rostro vampiresco, con su fondo de teatralidad, es que está sustraído a toda racionalización concebible y a su vez hace inteligible eso que Baudelaire nombraba como “axiomático” y “primitivo”. El chisme, con su mezcla de realismo grotesco y melodrama, da nombre a lo innombrable, le da un rostro a las pasiones ocultas de los personajes y, por lo tanto, se constituye en el modo distintivo de hablar en ese mundo anárquico. Francine Masiello ve en el chisme la posibilidad de “clasificar la vida privada” de otro modo, “de poner en orden los nuevos valores que rigen la sociedad”, de “especular sobre la identidad del otro y nombrar los secretos de cada uno” (1995: 458); “el chismoso y el reportero denuncian la perversión, le quitan la máscara a la gente para separarla del ciudadano auténtico” (í.d.).¹⁵ Si separa lo falso de lo auténtico, como propone Masiello, se sugiere que el chisme tiene como función revelar verdades ocultas, quitar las máscaras sociales, descubrir dónde están los simuladores. Al chismoso lo movili-

¹⁵ En esta misma línea de análisis de Masiello, están las observaciones de Carmen Díaz respecto a las estrategias regulatorias del chisme. Para Díaz, el chisme actúa “como un elemento de regulación social en pequeñas comunidades sujetas por una elite que no está dispuesta a ceder su espacio frente a posibles intrusos, que por las razones mencionadas pretendan compartir los beneficios y privilegios de una clase social a la que no pertenecen” (2005: 104). Ver también Ruiz (2013).

zan las acciones trasgresoras escondidas en el ámbito privado, e identificando trasgresión con castigo, vigila la conducta de las familias y los círculos de sus relaciones personales. Sin embargo, el chisme no es sólo una operación de ajuste. Supone otros mecanismos que pasan por el goce de la palabra, de una verdad producida entre lo real y lo posible. ¿Dónde residen entonces las razones del chismoso? Pierre Mayol da con una respuesta: el chismoso “busca ‘una razón para todo’, mide todo con la vara de la conveniencia” (1999: 17). Según Mayol, la conveniencia actúa como una especie de filtro de aquello “que no tiende a la claridad”, crea una “estructura de intercambio” (í.d.) que permite a cada persona moverse entre el sometimiento a la vida colectiva y el reconocimiento de los signos de su pertenencia, despliega un saber sobre cómo cada uno debe actuar y comportarse. Esto pone en evidencia algo fundamental: si el chisme continúa siendo ese “rumor interrogativo incoercible” (í.d.) que detecta las alteraciones del cuerpo social y expulsa lo extraño, es porque se considera a la conveniencia como una práctica cotidiana capaz de explorar los espacios públicos en función de los comportamientos y los sucesos. A través del chisme –encarnación del deseo desenfrenado– fluiría entonces un sentido de normatividad y una red de convenciones: modos de sentir, pensar y actuar.¹⁶ En este sentido, el chisme también plantea algunas preguntas sobre las retóricas del distanciamiento narrativo y la visión grotesca, sobre ese relato pesimista en torno a los procesos de modernización, sobre los modos de inserción social del intelectual y el estuche moral que pretende construir alrededor de su figura. Como esos grandes narradores moralistas del XIX, la susceptible y decorosa seriedad del intelectual finisecular quiere hacernos olvidar que lo que pretende hacer creer (y proponer) también es producto (muchas veces) de rancias convenciones.

Referencias

Acosta, Cecilio (1982). “Lo que debe entenderse por pueblo.” *Obras completas*, Tomo 1, Caracas: La Casa de Bello. pp. 56-72.

Angarita Arvelo, Rafael (1938). *Historia y crítica de la novela en Venezuela*, Berlín: Imprenta de August Pries Leipzig.

Bajtín, Mijail (1986). “La palabra en la novela”. *Problemas literarios y estéticos*, La Habana: Ed. Arte y Literatura. pp. 83-268.

Bajtín, Mijail (1987). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid: Alianza.

¹⁶ Esta misma narrativa realista establecía el correlato entre el chisme (y sus marcas genéricas) con la boca insatisfecha de la mujer fatal finisecular: la boca sería ese canal devorador de los deseos, es allí donde se forman todos los excesos del cuerpo y la ciudad. Recordemos el personaje Teresa Farías de la novela *Ídolos rotos*: su boca insaciable amenaza la “vida”, todos los “proyectos”, la “libertad”, la “gloria” de Alberto Soria: “la enorme y dulce boca insaciable” (Díaz Rodríguez, 1919: 249).

Baudelaire, Charles (1988). *Lo cómico y la caricatura*, Madrid: Visor.

Bernstein, Michael André (1992). *Bitter Carnival: Ressentiment and the Abject Hero*, Princeton University Press.

Berrizbeitia, Josefina (2007). “Realismo, naturalismo y decadentismo: categorías problemáticas en la modernidad venezolana”, *Iberoamericana* (Madrid/Frankfurt) (26): 29-44.

Blanco Fombona, Rufino (1913). *Cuentos americanos*, París: Garnier Hermanos. Juicios críticos de Henri Barbusse y J. Ernest-Charles.

Campos, Miguel Ángel (2005). “La literatura cruel”. Carmen Díaz (Compilación y prólogo), *Mirar las grietas. Diálogos interculturales en la Venezuela contemporánea*, Mérida (Venezuela): Vicerrectorado Académico – Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad de Los Andes. pp.177-187.

Castro, José Antonio (1976). “Miguel Eduardo Pardo y el club de los odiantes”. *Revista de Literatura Hispanoamericana* (Maracaibo) (11): 11-16, jul.-dic.

Centro de Investigaciones Literarias (1974). *Diccionario General de la Literatura Venezolana*, Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes-Centro de Investigaciones Literarias 1974.

Contreras, Álvaro (2006). *Escenas del siglo XIX. De la ciudad letrada al museo silvestre*, Mérida (Venezuela): Instituto de Investigaciones Literarias - Universidad de Los Andes.

Contreras, Álvaro (2012). *Estilos de mirar. Ensayo sobre el archivo criollista venezolano*, Caracas: Editorial Equinoccio.

Contreras, Álvaro (2024). “Estudio crítico. Miguel Eduardo Pardo y la crónica modernista hispanoamericana”. *Miguel Eduardo Pardo, Crónicas*. Mérida (Venezuela): El Número Yo. pp. 15-41.

Contreras, Álvaro, y Carlos Sandoval (2018). “Prologo”. *Costumbrismo venezolano (antología particular)*, selección y notas de A. Contreras y C. Sandoval, Caracas: Fundavag Ediciones. pp. 11-28.

Darío, Rubén (1907). *España contemporánea*, París: Garnier Hermanos.

Darío, Rubén (1917). *La caravana pasa*, Madrid: Mundo Latino. Prólogo de Alberto Ghirardo.

Di Prisco, Rafael (1969). *Acerca de los orígenes de la novela en Venezuela*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Díaz Orozco, Carmen (2005). “Cartografías del rostro: la lengua de los chismosos”. Carmen Díaz (Compilación y prólogo), *Mirar las grietas. Diálogos interculturales en la Venezuela contemporánea*, Mérida (Venezuela): Vicerrectorado Académico – Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad de Los Andes. pp. 101-109.

Díaz Rodríguez, Manuel (1917). *De mis romerías y Sensaciones de viaje*, Madrid: Ed. América.

Díaz Rodríguez, Manuel (1919). *Ídolos rotos*, Madrid: Ed. América.

El Cojo Ilustrado (1905). “Miguel Eduardo Pardo”. *El Cojo Ilustrado* (Caracas) (332): 642, 15 de octubre.

Foucault, Michel (1991). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, 18 edición, México: Siglo XXI.

Gil Fortoul, José (1983). “Cartas a Pascual” [1898]. *La doctrina positivista*, T. 1, Caracas: Ediciones del Congreso de la República. pp. 221-231.

Gil Fortoul, José (1956). “Pasiones”. *Obras completas*. Vol. VI., Caracas: Ministerio de Educación. pp. 19-88.

Gómez Carrillo, Enrique (1898). *Del amor, del dolor y del vicio*, Madrid: Imprenta del “Madrid cómico”.

Gómez Carrillo, Enrique (1900). *Sensaciones de París y Madrid*, París: Garnier Hermanos.

González Stephan, Beatriz (1983). “*Todo un pueblo: modernismo / modernidad: la crisis finisecular en Venezuela*”. *Escritura* (Caracas) (16): 251-272, julio-diciembre.

Gutiérrez Girardot, Rafael (2001). “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”. *El intelectual y la historia*, Caracas: La Nave Va. pp. 57-106.

Jameson, Fredric (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid: Visor.

Kayser, Wolfgang (1964). *Lo grotesco. Su configuración en pintura y literatura*, Buenos Aires: Ed. Nova.

Lang, Patrick (2013). “Max Scheller’s Analysis of *Ressentiment* in Modern Democracies.” *On Resentment*, edición a cargo de Bernardino Fantini, Dolores Martín Moruno y Javier Moscoso,

Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing. pp. 55-70.

Masiello, Francine (1995). “«Horror y lágrimas». Sexo y nación en la cultura del fin de siglo”. Beatriz González, Javier Lasarte et al., *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas: Monte Ávila / Universidad Simón Bolívar. pp. 457-472.

Mayol, Pierre (1999). “Habitar”. Michel de Certeau et al., *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*, México: Universidad Iberoamericana.

Miliani, Domingo (1985). *Tríptico venezolano*, Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.

Pardo, Miguel Eduardo (1899). *Todo un pueblo*, Madrid: Imprenta de La Vida Literaria.

Pardo, Miguel Eduardo (1895). *Volanderas (Pluma y lápiz)* (Dibujos de A. Pons), Caracas: Tipografía El Cojo.

Parra, Juan Darío (1973). *Orígenes de la novela venezolana*, Maracaibo: Universidad del Zulia.

Picón Febres, Gonzalo (1898). “A Manuel Díaz Rodríguez”. *El Cojo Ilustrado* (Caracas) Año VII (164): 702-704, 15 de octubre.

Picón Febres, Gonzalo (1906). *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, Caracas: Empresa El Cojo.

Picón Salas, Mariano (1984). *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Caracas: Monte Ávila. 1era. edición 1940.

Rama, Ángel (1985). *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo: Fundación Ángel Rama.

Romero, José Luis (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Medellín: Universidad de Antioquia.

Ruiz, Bladimir (2013). “Mujer, clase y proyecto nacional en la Venezuela de finales del siglo XIX: *Todo un pueblo* de Miguel Eduardo Pardo”. *Cuadernos de Literatura* (Bogotá) (33): 202-222.

Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Tomelleri, Stefano (2013). "The Sociology of Resentment." *On Resentment*. Edición a cargo de Bernardino Fantini, Dolores Martín Moruno y Javier Moscoso. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing. pp. 259-276.

Tosta García, Francisco (1957). *Don Secundino en París* [1895], Caracas-Madrid: Artes Gráficas Helénica, S.A. Estudio de Virgilio Tosta García, Prólogo de J.M. Vargas Vila.

White, Hayden (1992). *El contenido de la forma*, Barcelona (España): Paidós.

Agradecimientos

El proyecto de realizar una edición crítica de *Todo un pueblo* comenzó hace muchos años. Como parte de unos seminarios de investigación en aquellos lejanos tiempos de docencia en la Universidad de Los Andes, emprendí la tarea, junto con un grupo de estudiantes, de transcribir algunas novelas y textos de historiografía literaria referidos al siglo XIX venezolano. La novela de Miguel Eduardo Pardo (1era. edición 1899) formó parte de ese proyecto docente. Tiempo después (¿2014?), el profesor Carlos Sandoval me informó que en la Biblioteca Nacional (Caracas) reposaba la segunda edición (1903) de dicha novela. A través de su generosa mediación, obtuve entonces una copia de *Villabrava*. Volver a pensar y concretar ese proyecto hubiera sido imposible sin el apoyo de la Universidad de Stanford y del Institute of International Education Scholar Rescue Fund (IIE-SRF). A los amigos e instituciones que hicieron posible concluir este proyecto, mi sincero agradecimiento.

Nota de edición

Para la transcripción de la novela *Todo un pueblo*, hemos seguido la 1era. edición, Madrid: Imprenta de La Vida Literaria, 1899. *La Vida Literaria*, administrada y propiedad de Bernardo Rodríguez Sierra, fue una publicación semanal ilustrada dirigida por Jacinto Benavente. Esta revista dio acogida a escritores modernistas de España y América Latina. Se publicaron 31 números, desde enero hasta agosto de 1899. En su edición del 4 de mayo de 1899, número 17, pág. 17, aparece en esta revista un anuncio de la “Agencia Literaria de Bernardo Rodríguez”, anunciando las siguientes “Obras en Prensa”: *Maravillas*, novela de Enrique Gómez Carrillo; *Todo un pueblo*, de Miguel Eduardo Pardo, y *La tristeza voluptuosa*, de Pedro César Dominici. Esta misma información se repite en los N° 18 (Madrid, 11 de mayo de 1899, pág. 17), N° 19 (Madrid, 18 de mayo de 1899, pág. 17) y N° 21 (Madrid, 1 de junio de 1899, pág. 17). En *La Vida Literaria*, No. 24, Madrid, 22 de junio de 1899, pág. 17, aparece anunciada entre las novedades literarias la novela de Pardo (“Precio: Dos pesetas”), junto a la novela de Gómez Carrillo, *Maravillas, novela funambulesca*. Y la frase final: “¡¡¡GRAN ÉXITO!!!”. En el periódico madrileño *El Heraldo* (4 de julio de 1899, pág. 4), aparece una breve reseña del libro de Pardo firmada con las iniciales A.I.: “Es un libro de lucha, de anatema, de crítica social”; los personajes “son de allá, están vivos... y chorreando sangre”; “libro humano, de arrogante dibujo, de enérgico y poderoso estilo”; “Miguel Eduardo Pardo es un joven novelista que vale mucho y a quien yo no necesito descubrir ni presentar”. Igualmente hemos encontrado otra nota elogiosa de la novela de Pardo en *La Revue Diplomatique* (París) (46): 10, Dimanche 12, Novembre 1899, firmada por Antonio Juvé de Bulloix, “Todo un pueblo”.

Como ha sido señalado muchas veces por la crítica literaria, la segunda edición de la novela fue titulada *Villabrava*, publicada en París-México, por la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1903, en la colección “Biblioteca de los Novelistas”. Pero lo que parece haber escapado a los estudiosos de la obra de Pardo, es que esta segunda edición ofrece múltiples variantes respecto a la primera edición, variantes que van desde cuestiones de estilo, reescritura completa de algunos capítulos, cambios en los tiempos verbales, variaciones en los topónimos, supresión de palabras, frases y párrafos. Igualmente el autor introdujo cambios en la división espacial de los párrafos, en el uso de las cursivas y mayúsculas. La obra editada en Madrid por la Editorial América, en la Colección “Biblioteca Andrés Bello” [¿1919?], sigue las pautas de redacción de la segunda edición. Esta edición

puede consultarse en el portal www.cervantesvirtual.com. Es a partir de la edición realizada por la Editorial Cecilio Acosta en 1941, que se retoma la primera edición de 1899. Para la transcripción de la novela de Pardo hemos seguido la primera edición, corrigiendo las evidentes erratas ortográficas y gramaticales y, en otras ocasiones, actualizado las pautas de ortografía conforme a las normas modernas de publicación, todo ello cuidando de no afectar el estilo del autor. Hemos respetado el uso particular de comillas, cursivas, guiones, modernizado la acentuación, igualmente hemos añadido los signos de interrogación y exclamación cuando faltan al inicio de las frases. Hemos anotado a pie de página los cambios introducidos por Pardo en la reedición de su novela en 1903.

e
d
i
c
i
ó
n



Todo un pueblo¹

c
r
í
t
i
c
a

¹ La edición de 1903 lleva la siguiente dedicatoria: “A la Memoria de PILAR GERMÁN de mi valerosa e infortunada compañera...”, dedicatoria que aparece al final del libro. Esta segunda edición cierra con el anexo “La prensa y Miguel Eduardo Pardo”, donde se recogen fragmentos de opiniones y juicios sobre la vida y la obra de Pardo. Entre los autores citados están José M. Vargas Vila, Rubén Darío, E. Vicent, Luis Berisso, Pedro Emilio Coll, César Zumeta, Adolfo Luna, Pedro César Dominici, Nicanor Bolet Peraza, Rubén M. Campos, Mariano Abril, Gonzalo Picón Febres, Enrique Gómez Carrillo, etc., así como fragmentos editoriales de revistas y periódicos de España (*La Justicia*, *El País*, *El Imparcial*, *Álbum de Madrid*, *El Heraldo*) y América Latina (*El Cojo Ilustrado*, *El Perú Ilustrado*) [Nota de A.C.]

Prólogo²

Yo no sé quién me dijo que los prólogos en períodos cortos, de esos que parecen versos blancos –y malos– estaban muy de moda; que vestían mucho, y que *repujados* de sentencias, símbolos y elipsis, hipérboles, admiraciones y asteriscos, levantaban a más de cien codos sobre la humana gente a sus autores.

Poseído de un irresistible deseo de innovar, fui y me puse a amontonar palabras deslumbradoras, vibrantes, rojas, amarillas, verdes, azules, violáceas, magníficas, ¡sublimes! Luego metí a granel unas cuantas citas acaloradas y vistosas; apuntalé el edificio con dos o tres frases monumentales, de las que usan los escritores semihéroicos, o semitontos, para asustar a los profanos... Y no sé cómo tuve valor de leer íntegra semejante barbaridad. Me gané una jaqueca horrible y estuve a punto de tirarme por el balcón.

Entendiendo que no sirvo para tales proezas vuelvo los ojos a la prosa confianzuda y fácil. Yo creo que nadie se atreverá a prohibirme que escriba en prosa, ya que no puedo hacer en períodos blancos, digo en períodos cortos, el prólogo de un libro mío: sobre todo teniendo que hacer muy graves, muy francas y muy sinceras aclaraciones a propósito de su publicación.

Por de pronto, aprovecho esta sinceridad y esa franqueza para darle sin rebozo alguno a lo que escribo toda la fuerza, todos los atributos de mi personalidad. Conste, sin embargo, que tales personalísimas explicaciones no las doy al público para regocijo suyo, sino para satisfacción mía. Ruego, en consecuencia, al lector, que no se fije en ellas, que las pase de largo, si quiere, mientras *entro en materia*, como dicen los grandes publicistas de mi país.

Yo era cronista, nada más que cronista. Vivía en Madrid llenando cuartillas y más cuartillas, que enviaba casi a diario a los periódicos de América: unos periódicos me pagaban, y otros no me pagaban. Pero, así y todo, era feliz. Publicaba en *El Imparcial*, en *El Globo*, en *El Herald*; me reunía

² El autor dedica el presente prólogo a su querido amigo Luis Bonafoux, cronista y mártir [nota del autor]. [La edición original carece del título de Prólogo. En la edición de 1903 no aparecen estas palabras introductorias del autor. De aquí en adelante todas las notas son de A.C., salvo que se indique lo contrario, y siguen la edición de 1903].

con Dicenta, con Taboada, con Valle Inclán, con Benavente en el café, con Bobadilla en el Ateneo, con Manolo Paso en la calle, con Celso Lucio en el escenario del Apolo, con Palomero y con Fuente en todas partes, con Jacinto Octavio Picón en casa. Cuando asistía a un estreno de Echegaray me creía en el deber de felicitarle derramando lágrimas como avellanas, y cuando iba a los toros, gastaba un sombrero de alas anchas, tan extraordinario, que se reía del cordobés de Reverte.

Un día se me ocurrió volver a América, y ¡cómo serían los abrazos, al llegar, que entre mi familia y mis amigos me sacaron medio muerto de la estación! Conservo los periódicos que relatan el crimen.

Regresé a Europa, y a vuelta de unos meses torné a mis lares; abandoné la literatura por la política; salí por casualidad diputado al Congreso, y me apedrearon en la vía pública.

Por lo cual decidí encerrarme en mi despacho: y como no tenía nada que hacer y la funesta manía de borrar papeles es ya en mí un mal que no tiene cura, escribí *sin querer* el presente libreo.

–¡Maravilloso! ¡Todo un libro! –me dijeron los amigos a quienes leí unos cuantos capítulos. Salí de la lectura con la cabeza hinchada y el corazón repleto de alegría.

Al día siguiente me eché a la calle, y un señor, muy respetable por cierto, se me vino encima gritándome:

–¡Pero, hombre de Dios, cuándo sentará usted esa cabeza! ¿Es verdad lo que me han dicho?

–¿Qué le han dicho, amigo mío? –le pregunté asustado.

–Que ha escrito usted un libro espantoso, horrible contra la sociedad.

–¿?...

.....

Hay momentos en la vida de los pueblos, digo en la vida de los hombres... ¡Vamos, que hice la maleta y me escapé!

Si permanezco allí un día más, pierdo el poco juicio que me queda.

Cuando llegué a España, Rafael Guerrero no me conocía. Estaba flaco, lívido... y *verdoso a ciertas horas*. Aquí en París, me aconsejó Gómez Carrillo que comiera carne *saignante*; pero Bonafoux me dijo que lo que yo necesitaba era carne humana chorreando sangre.

Distanciado de aquellos mundos –lo juro– no me ocupé más de la dichosa novela. Relegada al olvido, destrozada casi, casi ultrajada por el tiempo, rucia de polvo, despidiendo toda ella penetrante hálito de vejez y reflejando en cada cuartilla la amargura de su existencia escarnejada antes de nacer a la vida literaria, esta pobre novela dormía un sueño de muchos meses en el fondo de un cajón de papeles inútiles, sin que una mano piadosa la sacudiese de su prolongado letargo y

la transformase, por vía de reivindicación, en libro honrado que viniera también honradamente a decirle al público:

–¡Mentira, todo eso que os han dicho es mentira! Yo no soy un libro demoledor, yo soy un libro inocente. Me ofenden, me calumnian los que otra cosa aseguran.

Y tan es así, tan convencido estoy de esto, que me decido a echar el libro a la calle sin pérdida de tiempo; y no sólo por las razones apuntadas, sino por otras muchas, a saber:

Varias obras muy valientes, muy atrevidas, muy pujantes, acaban de salir por ahí, escritas en un lenguaje que busca escándalo, y no han conseguido alborotar a nadie. Luego, la mía, que en un punto a rebeliones está por debajo de todas ellas, ni siquiera alcanzará el alto honor de una bullanga regional.

En esas varias obras y en ciertos y determinados capítulos, se toca, aunque incidentalmente, una tesis que tiene algún lejano parentesco con la tesis que constituye, *en absoluto*, mi novela. Consecuencia: si no la publico en seguida, va a resultar fuera de tiesto y pasada de moda. Así va, como estaba, acribillada de tachones y rayas arbitrarias, a manos del cajista. La crítica de pormenores y faltas gramaticales tendrá donde hincar el diente, pero los desaciertos naturales de un lenguaje brusco y desenfadado como el mío, nada importan, cuando lo que afecta al público, en realidad, es el fondo, la totalidad de lo escrito. Y es lo que deben tomar en consideración esos señores tan diestros, tan hábiles, tan dispuestos a caer con la velocidad del rayo sobre las pequeñeces de una obra. ¡Si no la tomaran en cuenta de pecado los monopolizadores de ideas para salir vociferando que “el asunto”, por lo vulgar y repetido, es tan viejo como el mundo y, asimismo, poco arriesgado y poco menos que trivial!

¡Ojalá lo digan!

Pero, ni aun diciéndolo ellos, me quedaré yo tranquilo. Todavía no me llega la camisa al cuerpo, todavía espero que tal cual defensor de la sociedad indignada se presente muy serio, muy patriota, a manifestar en campanudo artículo que mi libro merece la incineración en la plaza pública. Y será, no lo dudo, un hermoso día de fiesta para los alborotadores del mentidero, el día en que se llegue a demostrar que *Todo un pueblo* es todo un escándalo.

Fuera esta novela a manos del lector sin los prejuicios de los clarividentes, sin las murmuraciones de unos cuantos que apenas si la conocen de oídas, sin la suspicacia de otros y sin la prevención triste de muchos que ven en cualquier cosa que yo escribo reflejos del odio extinguido ya en mi espíritu, y tengo la seguridad de que nadie encontraría en el fondo de ella ni siquiera un propósito malvado.

No la emprendo contra la sociedad, como dicen; ni siquiera me revuelvo bravamente –ya lo ven ustedes en el prólogo– a usanza de otros autores que para ocultar el miedo de que están poseídos gritan a voz en cuello que vienen a matarse con Dios, y luego no se matan con nadie.

Yo no soy un embustero, lector, yo no estoy poseído del demonio: no quiero que la gente se asuste, no quiero que el mundo se alborote, ni se indigne, ni se subleve, no quiero que ustedes caigan con mi libro entre las manos, en terrible ataque de nervios, ni que me califiquen de energúmeno, audaz, épico, atrevido o medio heroico escritor. Para no ser nada, ni soy medio loco, así no pasará a la posteridad como ente original y desequilibrado.

No soy el protagonista de mi novela –aunque esto también es de uso corriente y permitido– porque mi protagonista es algo así como un alucinado que suspira y sueña y toma por el lado serio empresas que el mundo no permite realizar. Yo lo sacrifico todo al dolor de la verdad, no deseo ser como él, un batallador, para no ser una víctima.

Entre ese protagonista atormentado, que ansía una revolución gigantesca en medio de una sociedad podrida, y un Luis Acosta, personaje secundario, que ahí se mueve a su modo y quiere arreglarlo todo a puñetazos, prefiero ser esto... Un puñetazo formidable no es una razón, lo sé, pero es una realidad aplastante.

Y en suma: no he traído a las páginas más calientes de este libro a mis malos amigos disfrazados de Canelones, Berzas, Linazas y Tasajos, porque no soy tan malo como algunos creen. Fácil, pero muy fácil me hubiera sido *embutirlos* en aquel periodista flamígero, en ese pedagogo barato, en este general de guardarropía, en tal cual pillo, en fin, de los que andan sueltos por las calles de Villabrava, cuando debían estar con un grillete al pie. Por lo menos mi trabajo se habría reducido a copiar. Sin embargo, no aseguro que mañana, si me apuran, no me decida a zarandearlos de lo lindo en otra novela que escribo y que viene a ser como una continuación de la presente.

En cuanto a Villabrava, debían evitarme los maliciosos asegurar de una vez por todas que es sencillamente una ciudad indeterminada, supuesta. Quizás por esto, y sin quizás, Villabrava no pertenezca al surtido ordinario y sea de las que entran pocas en libra. Las ciudades creadas resultan casi siempre milagrosas. Tengo, no obstante, la vehementísima sospecha, por no decir la seguridad absoluta, de que aquellos mismos suspicaces, mal pensados y clarividentes seres que me echaron a volar el libro “inérito”, van a echar a volar también nuevas y ofensivas mentiras a propósito de Villabrava creyendo encontrar analogías entre esta y cualquiera otra ciudad de las muchas que se ofrecen ellas solas a la censura literaria.

¡Como si en el mundo no hubiera más que un solo pueblo pintoresco y loco, vanidoso y charlatán, guapetón y delirante, bullanguero y enredador, dado a hablillas y dado a engendrar revoluciones a todas horas! ¡Y donde las imaginaciones acaloradas por naturaleza, por el medio y por el clima, hacen de sus cosas más vulgares maravillas y de sus hombres de carne y hueso divinidades olímpicas! Sí; mi libro es todo eso y mucho más. Sin embargo, no puedo afirmar en absoluto que él constituya la historia de un pueblo entero, sino el reflejo de una época.

Miguel Eduardo Pardo

París, 1899

I

Al asomarse a la ventana de su casa, Isabelita Espinosa queda absorta, deslumbrada, casi ciega.

¡Todo arde, todo brilla, todo es luz! Todo parece que palpita y gime bajo los rayos de un sol fogoso y casi bravío que, abriéndose paso a través de las nubes, señorea por los espacios su deslumbradora fiereza. Nada detiene su invasión: después de incendiar la atmósfera llega a la cumbre de la montaña y la montaña adquiere cárdenos resplandores de volcán; hace de la llanura un océano de fuego; espanta las sombras de la campiña que van despavoridas a esconderse no se sabe dónde; entra en los patios, en los jardines, en los corredores mismos de las casas; relampaguea en los tejados, inflama las paredes; arranca vivos, sangrientos centelleos de las piedras del arroyo, y al revolcarse, despiadado y frenético, sobre la tierra desnuda, la tierra se estremece, abre su seno voluptuoso y exhala un tibio y prolongado soplo de lujuria...

Herida de súbito por tan violentos resplandores, la señorita que acaba de asomarse a la ventana pestañea con precipitación dos o tres veces; se lleva instintivamente una mano a los ojos, a guisa de pantalla, y explora con ansiedad la calle.

La calle está desierta, a pesar de ser una de las más céntricas de la población y de formar su más ancha y renombrada vía, entre la vieja catedral y la Plaza Nueva, que acaba de inaugurarse. A esta plazuela, destinada a la venta de flores y de pájaros, miran tres de las cinco ventanas que cuenta la casa de don Anselmo Espinosa; las otras dos caen sobre un callejón sucio, estrecho y mal empedrado, que sirve generalmente de refugio a los pilluelos y donde resuena a la sazón, entre mil zumbidos de invisibles insectos, un lejano canto de mujer, que trae de los corrales vecinos una que otra ráfaga de aire.

El calor es cada vez más sofocante y la luz del sol cada vez más intensa. Pero la señorita resiste aún a pie firme la intensidad del mediodía. Sin embargo, dijérase que va cansándose de su larga investigación, que empieza a ceder. Por lo menos ya no oculta su inquietud; se mueve incesantemente de este o de aquel lado; dirige la vista a todas partes: hacia la plazoleta, hacia la esquina, y calle arriba, calle abajo, pasea su inspectora e impaciente mirada. Por fin, esta impaciencia se cambia en disgusto y, no encontrando lo que busca en la incendiada travesía, se retira de la ventana dejándola entreabierta.

Momentos después un joven asoma por el fondo de la plaza; la atraviesa a pasos rápidos, cruza

la calle de igual modo y se acerca, decidido, a la casa de Espinosa. Allí se detiene o lo detiene un tropel de notas mágicas que, desprendidas de un piano, salen violentamente por la ventana. Son los preludios raros, fantásticos a ratos y a ratos insurrectos, del *Lohengrin*, que vienen a buscar espacio a su grandeza en sitio más amplio del que pretenden encerrarlo. La música wagneriana no debe hacer muy buen efecto en el espíritu del parado caballero, a juzgar por la cara que pone.

No obstante, permanece inmóvil, atento al ruido de la vibrante partitura. El sol cae de plano sobre su cabeza, pero tampoco se da por entendido. La enfadosa creación le paraliza todos los movimientos.

Después de un rato de audición... y de sol, se acerca más a la ventana, introduce resueltamente un brazo a través de los espaciados balaustres y golpea con los nudillos dos veces repetidas sobre las entornadas hojas.

Inmediatamente cesa el preludeo y aparece de nuevo Isabel, poseída, no ya de anhelante curiosidad, sino de extraña y visible turbación.

–¡Julián! –exclama al reconocer al joven–, creí que no venías. Te esperé mucho tiempo, y viendo que pasaba la hora, entré y me puse a estudiar.

El nombrado Julián, en vez de contestar a estas sencillas palabras, clava en el rostro de la muchacha una intensa mirada de reproche.

Es un mozo de regular estatura, delgado, pero recio y fuerte; trigüeño, pronunciadamente trigüeño, casi cetrino. Viste de negro y no del todo mal, aunque podía vestir mejor, con traje menos amplio y más adaptable a su edad. Unos ojos escudriñadores, insistentes, como los ojos de los miopes, juntamente con un pelo negro, indómito, y un bigote también negro y un poco alborotado, completan su fisonomía física. Hay algo más, algo que caracteriza y ensombrece a esa cara alegremente fea; y ese algo, que surge violento y duro del entrecejo, es una herida vieja, ya curada, una herida que, vista de perfil, creyérse una marca hecha con un hierro encendido.

La turbación de la muchacha crece ante la silenciosa persistencia del joven, y agrega como si contestara a una pregunta:

–¿Pero qué quieres tú, Julián, si papá se empeña en que yo figure en esa fiesta de la caridad? Él es uno de los miembros de la junta, y ya sabes con el calor que toma papá las fiestas benéficas. –Sí, ya lo sé –responde el joven, esforzándose en suavizar la entonación de su voz algo alterada por la contrariedad que estas palabras le producen–; ya lo sé. Con demasiado calor. Por eso cree él que es un deber tuyo contribuir a sus éxitos tocando trocitos de ópera.

–Cosa que, después de todo, no tiene nada de particular.

–Sí tiene. Por lo menos es una ridiculez andar a todas horas cantando en los coros de las iglesias y saliendo a los escenarios a divertir al público.

–Pero yo no lo hago por mi gusto.

–A disgusto tuyo o no, lo haces.

–Me lo imponen.

–¿De modo que si a ti te imponen que te vistas de mamarracho, te vistas?

–¡Ah, no, eso no! –contesta, muy decidida y con mucha ingenuidad, la señorita.

–¡Pues es lo mismo, mujer, lo mismo! ¿Crees tú que honra y enaltece mucho eso de figurar en las crónicas de los periódicos, después de cada fiesta, siempre bajo el mismo cliché? “La bella y espiritual Isabel, la hija de nuestro amigo el acaudalado banquero don Anselmo Espinosa, arrancó al piano por manera magistral la partitura del *Caballero del Cisne*”. ¡Esto quisiera tu padre: ser el Caballero del Cisne!

–¡Qué cosas tienes, Julián, qué exagerado eres!

–Me calificas de exagerado porque te rezo el Evangelio; bueno, no me importa. Lo que me importa es otra cosa: que no tomes parte en esa velada. Anoche me ofreciste obedecerme, y ahora sales con que si papá se enoja... ¡Qué se enoje! No irás. Puedes decírselo.

–¡Dios mío! ¡Y cómo le digo yo eso a papá! –exclama la muchacha, con angustia–. Se va a poner furioso; eso no puede ser.

–¿Qué no puede ser? –pregunta este, frunciendo el ceño–. ¿Es que no quieres?

–Sí quiero; pero no puedo.

–Podrás, ya lo creo que podrás. Busca un pretexto.

–¿Cuál?

–Cualquiera. ¡Qué sé yo! Te duele la cabeza, el corazón... En último caso te resistes. Cueste lo que cueste y suceda lo que suceda, faltarás ¿Quedamos en eso, sí o no? Responde.

Isabel no responde. Acometida de súbita tristeza inclina la cabeza sobre el pecho y deja caer los brazos con desaliento, en actitud resignada. Mientras, Julián, con su ceño habitual más profundamente pronunciado, ahora permanece impasible.

La pausa es larga y embarazosa.

Al cabo de un rato la muchacha balbucea una súplica, y esta súplica, que no tiene bastante vigor para salir clara y robusta de sus labios, se le asoma a los ojos transformada en lágrimas.

Julián, que la espía, levanta a su vez la mirada sorprendida hacia el rostro de la joven.

–¿Cómo, lloras? ¿Por qué lloras? ¿Es que te ofendo pidiéndote que me cumplas lo ofrecido?

–No, no es eso. Bien sabes que quiero lo mismo que tú quieres. Te digo que no es eso...

–Y ¿qué es entonces?

Isabel vacila un instante; después, con voz entrecortada, dice:

–¡Es que mamá, la pobre... está tan enferma! ¿Qué me importa a mí el sacrificio tratándose de ti? Pero ella, ella es la que sufre todas las intemperancias de mi padre...

Y luego, revelando en el acento, en la misma frase que pronuncia, toda una historia de dolor, añade:

–¡Ah, Julián, si tú supieras!

Quédase este un tanto suspenso al oír las melancólicas frases de la hija que evoca las tribulaciones de la madre y, sintiendo que allá, en el fondo de su alma, se despierta de pronto el dormido recuerdo de la suya, tiene un rasgo de nobleza, que se traduce de este modo:

–Mira, tienes razón; soy un terco insoportable. No había pensado en la pobre Juana que tanto nos quiere... Pero me indigna, ¿sabes? Me subleva don Anselmo. ¡Ojalá pudiera decirle!...

–¡No le dirás nada, rebelde! –le interrumpe, ya repuesta de su pena, Isabelita, haciendo ademán

de teparle la boca-. ¡Rebelde!

El exaltado joven se sonríe; arrepíentese de lo que va a decir, y cambiando de entonación deja escapar una interminable serie de incoherencias entremezcladas de ternezas.

–Perdóname, Isabel... No sé, a veces, ni lo que hablo. Y es que me vuelvo loco cuando me acuerdo de las intransigencias de tu padre. Me enfurezco, no lo puedo remediar. Ya ves tú: ahora mismo te iba a dar un gran disgusto, por contrariarlo a él... Pero tú me perdonarás; ¿es verdad que me perdonarás? ¡Tú que eres la más buena... la más bonita de las mujeres!

En vano ha querido imprimir el caballero apasionado acento a sus palabras; las palabras resultan frías en sus labios y hasta impropias.

Isabel es algo más que buena; es algo más que bonita: un verdadero prodigio de hermosura. Tiene diez y ocho años y tiene además, para realce de su rozagante y espléndida juventud, una infinidad de admirables y sugestivos encantos físicos, tales como sus grandes ojos garzos velados por largas pestañas; su pelo ondeado y rubio, como el oro, sus mejillas frescas y su boca pequeña y húmeda que es un verdadero nido de sonrisas. Y para complemento de hermosura, un cuello hecho a torno, un seno arrogante, decidido, de firmes y punzadores atractivos y un talle esbelto y muy bien formado, de donde arrancan en fugitivas y magníficas curvas unas opulentas y redondas caderas de estatua griega.

Isabel y Julián, sobre ser novios, son parientes muy cercanos: él, hijo de José Andrés Hidalgo –malamente asesinado hace dos años, a la vuelta de una esquina–, y ella, hija de don Anselmo Espinosa y Juana Méndez Hidalgo, prima del difunto José Andrés.

Los jóvenes negaban que el vínculo de la sangre hubiese alcanzado entre ellos el excelso grado de la jerarquía amorosa. Más recio³ de convencer, el intransigente padre creyó siempre en un enigmático y no muy disimulado cariño que encubría mal la parentela y que a menudo lo ponía fuera de sí, dándole margen a acaloradísimas disputas con su mujer sobre los fatales enlaces y funestísimos cruzamientos de familia. Juana, no obstante las reyertas y enfermedades que el noviazgo de la hija y el pariente le proporcionaban casi a diario, lo consentía y lo alentaba, en lucha con la hostilidad de su marido.

De aquella fiera paternal persecución⁴ se desprendían los furtivos coloquios, las citas azarosas, los apretones de manos al paso, a las salidas de los teatros, de los bailes, de las reuniones en que por casualidad se veían.

En Isabel el cariño fue como una espontánea y natural eflorescencia; brotó de su corazón bello y hermoso; tomó cuerpo, creció y creció cada día más; amó en Julián el contraste, la energía de carácter, la rebelión, la fuerza. En Julián puede decirse que el amor estaba sostenido por la contrariedad de un padre arisco: el señuelo más eficaz para los cariños que vacilan. Y aun así y to-

³ “Mas, recio de convencer...” (p. 13).

⁴ “persecución paternal” (p. 14).

do se veía que luchaba a brazo partido con un sentimiento extraño, inexplicable; y que por ende su amor, no estando completamente definido, más bien que pasión de enamorado parecía satisfacción de rebelde que triunfaba.

De aquí que las frases brotaran de sus labios ahora bruscas y tiernas juntamente, mezcladas de imposiciones y de afectos.

Isabel se ruboriza oyéndose llamar por él buena y bonita. Esto le basta para juzgarse feliz. Una sola expresión de su afecto la sugestionan; un llamamiento suyo la atrae, y confusa, temblorosa de dicha, se inclina sobre el alféizar. Él, olvidando su disgusto, olvidado del sitio en que se halla, viendo que la alegría se refleja en la cara de su novia, se apodera de una de sus manos, y mano sobre mano comienza entre los dos un diálogo suave, discreto, que flota como un vago y desmayado murmullo en aquel ambiente cargado de luz y de bochorno.

Mas cuando ya se entregan por entero a su deliquio, cuando Julián empieza a ser amante e Isabel a ser dichosa, se oyen dentro, en la sala, los pasos precipitados y enérgicos de un hombre que se acerca a la ventana.

Isabel apenas tiene tiempo para incorporarse y decirle con angustiosa voz a su novio:

–¡Vete, vete!... Es papá.

Aún no lo acaba de decir cuando aparece detrás de ella la terrible, enorme y apoplética figura de don Anselmo Espinosa. Isabelita se vuelve aterrada, muda de miedo y de vergüenza. A Julián la sorpresa lo deja clavado en la acera.

El irritado y cejijunto padre ni siquiera pronuncia una palabra; pero agarra brutalmente a la hija por un brazo y la sacude con tal fuerza, con tal ferocidad, que la muchacha vacila, da un traspiés y tiene que apoyarse en la ventana para no caer.

Vuelto entonces de su estupor, indignado de aquella acción inicua, loco de pena y de ira, con las mejillas inflamadas, con los ojos fulgurantes de odio, con las manos crispadas y cogidas rabiosamente a los balaustres, Julián Hidalgo se levanta sobre la punta de los pies y vomita, más que profiere, estas palabras:

–¡Cobarde!... ¡Es usted un cobarde, señor Espinosa!...

A este estentóreo grito de furor contesta don Anselmo cerrando de un golpazo formidable la ventana. Y el sol, aquel sol fogoso y bravío que señorea por los espacios su deslumbradora fiereza; que incendia la atmósfera y relampaguea en los tejados, y arranca vahos de inmensa lujuria al seno hinchado de la tierra, dijérase que se revuelve también y se enrojece aún más y golpea furioso, despiadado, frenético, con sus sangrientos rayos, la ventana que acaba de cerrarse.

II⁵

De herencia le venía a Julián Hidalgo el ser levantisco: de los abuelos rebeldes, de aquellos viejos épicos, caudillos de tribus vencidas, a quienes la historia de la conquista negó el valor y regateó el heroísmo porque no quisieron admitir la civilización a latigazos.

Insurrectos de esa talla, bravíos guardianes de sus mujeres y sus tierras, fueron los predecesores del primer indio anónimo que apellidó “Hidalgo” el invasor. El indio sometido, pero no domado, escondió el odio en no se sabe qué rincón del alma y lo transmitió a sus hijos. José Andrés lo extrajo íntegro, y el sombrío rencor de José Andrés peregrinó por la ciudad conquistada hasta hacer nido caliente en el seno hartado joven de Susana Pinto, criolla de pasiones prematuras, imprevistas, involuntarias, volcánicas todas.

De aquel rencor de hombre y de esta fiereza de hembra de juventud precoz, nació Julián, y nació rebelde como nació feo, por atavismos de raza, rompiendo bruscamente las entrañas de una madre casi niña que no podía darlo al mundo.

Los primeros años de Julián, revoltosos y terribles, ofrecen algunos menudos y variados lances a la claridad de esta historia.

Por una multitud de crímenes infantiles encerraron a nuestro héroe en un colegio donde, a vuelta de dos o tres semanas de lloriqueos y protestas, encontró para consuelo de sus penas, un amiguito tan travieso como él, y que atendía a la lista de los réprobos del severo instituto por el nombre de Luis Acosta. Luis era inteligente, muchacho audaz, simpático, pero díscolo y pendenciero hasta dejarlo de sobra. Decíase que era un expósito, hijo de nadie, y que el director del instituto le había hecho el favor de prestarle su apellido para igualarlo a los otros discípulos.

Esto lo decían *sotto voce*, en las tertulias de asueto, en el fondo del corral, cuando él estaba ausente; porque Luis “se mataba con cualquiera”, y gastaba cuerpo de gigante, y los tenía a todos metidos en un puño; sobre todos ellos a un tal Teodorito Cuevas, niño elegante –si los hay– tan ufano de su persona y de su nombre que solía firmarse al pie de las planas: “Teodoro César de las Cuevas y del Milagro de la Concha”. Este aristocrático feto pagaba a menudo las rabietas de Luis

⁵ Este capítulo, con título: “Julián Hidalgo. De la novela *Todo un pueblo*”, fue publicado en *El Sol. Semanario artístico-literario*, Año II, No. 45, Buenos Aires 24 de julio de 1899. pp. 2-3.

Acosta; cuando no le llenaba las botas de carbón, le rompía las narices de una bofetada.

El natural fogoso y emprendedor de Julián halló cumplido molde en el carácter de Luis, y de esta guisa, unidos y estrechados, marcharon de bracet por la senda de las diabluras infantiles: estas diabluras les proporcionaban con frecuencia muy tremendos y rigurosísimos castigos; pero los castigos que hacían reír a Luis enfurecían a Julián, enardeciéndolo hasta el punto de hacerlo airado y atrevido con sus maestros.

Una tarde se armó una gran pedrea en el jardín del colegio, y Teodorito Cuevas, que no pensaba más que en vengarse de los maltratos de Luis Acosta, parapetose detrás de un árbol y le arrojó brutalmente un cascote lleno de clavos y otras materias “criminales”; y lo hizo con tan mala fortuna que, en vez de partirle la cabeza a su verdugo, como él quería, encontró blanco en la frente de Julián, que andaba cerca. De aquella frente brotó sangre en abundancia, y hubo alaridos de espanto y carreras en tropel y lavatorios furiosos en el agua de la pila; y, para completar, una cura maravillosa de telas de araña, aceite y otros menjurjes que resultaron providencialmente eficaces, volviendo de esta suerte el alma al cuerpo de los desasosegados colegiales, temerosos, y con razón, de que el suceso llegara a oídos del inflexible director.

Y el director al fin y al cabo se enteró, es claro, y llamó a capítulo a todo el mundo y prometió un castigo ejemplar para el autor de la hazaña. Pero en cuanto supo que la agresión fue involuntaria, y que había partido de Teodoro, a cuyos padres rendía él consideraciones casi serviles por lo mucho que le sonaba el apellido, limitó la terrible reprimenda a un profundo y filosófico sermón sobre la influencia de las pedreas en los destinos de los jóvenes.

Aquello exaltó, en vez de calmar, la cólera de Julián, que esperaba ver colgado de las vigas del techo al elegante caballerito; y la cólera recogida e impotente se convirtió luego en una lágrima, en una de esas lágrimas que dejan huella invisible, pero eterna, en las mejillas de los niños. Y tan honda, o más honda aún que la herida de la frente hecha por la mano de un compañero de colegio, fue la otra, la hecha por la injusticia de los hombres: la que llevó a partir de aquel día en el fondo del alma el levantisco Julián.

La raza indómita de los Hidalgos, provocada y hostilizada en un espíritu infantil, empezaba a revelarse...

Y en esta situación de ánimo sorprendió al muchacho la época de exámenes y el reparto de premios, que él esperaba con ansia, satisfecho de haber ganado muchos. Bien poco le duró la satisfacción. Los maestros, que le habían tomado ojeriza por los muchos sobresaltos que les daba, repartieron sus tres premios brillantemente ganados en las clases de matemáticas, filosofía y letras entre otros condiscípulos.

Así, creyó morir de coraje cuando oyó en plena fiesta y delante de su padre, que aún vivía, y de su pariente don Anselmo, aquel continuo llamar a los demás alumnos.

A un desconocido Mengánez le dieron los de matemáticas. Y a un Fulano, también desconocido, el premio de⁶ filosofía.

⁶ “el primero de” (p. 21).

Oír aquellos nombres indeterminados y sentirse poseído de santísimo furor de protesta, todo fue uno. Se levantó súbito del asiento, y sin respetar ni la presencia de sus parientes, ni lo selecto del concurso, exclamó, enseñando los puños:

–¡Eso no, caramba! ¡Esos premios son míos... míos! ¿Por qué se los dan a esos jumentos, a esos...?

El asombro de los allí presentes no es para descrito: el director tomó un gran berrenchín; el tío, don Anselmo, dijo que aquella incalificable rebeldía estaba pidiendo algo así como el tormento de la Inquisición, y José Andrés, que en el fondo se regocijaba de la salida del muchacho, aunque otra cosa dijera, decidió separarlo del colegio para meterlo, no en la cárcel, como pretendía Espinosa, sino en la Universidad, que era algo más⁷ liberal que el Instituto. De la Universidad salió, sin completar sus estudios, a ponerse al frente de la secular posesión que su padre conservaba, como reliquia santa, allá en los mismos augustos montes donde fueron degollados sus abuelos.

⁷ “que era más” (p. 22).

III

Al poner el pie en aquella selva vigorosa y potente, entregada a la ciega energía de la procreación cargada de luz de sol, nutrida de aguas fecundantes, infatigable en su lujuria y magnífica en su salvajismo y en su fuerza, del pecho de Julián brotó un grito de admiración súbita.

El bosque sorprendido contestó rugiendo al saludo juvenil... Diríase que el augusto recinto, el inmenso refugio de sus mayores, reconocía en él al vástago de la vieja tribu; porque hubo como rumores de torrentes en las quebradas hondas y estremecimientos de árboles añosos, taciturnos testigos de injurias no olvidadas; y hubo también como diálogos de pájaros en huelga y palmas gigantescas que batieron sus lánguidos brazos en señal de regocijo, y un águila caudal extendió sus alas enormes y fue a cantarle en su idioma estridente de graznidos al abierto espacio, la llegada del último Hidalgo a la montaña inaccesible...

Jamás un alma joven y aturdida se abrió tan rápida y espontáneamente a la regeneración como la de Julián. Salió desgarrado y triste de la ciudad, y la sola influencia, el hálito fecundo de la tierra generosa que pisaba, le volvió la vida. Libre de la vulgaridad, de la pequeñez, de la rutina del medio ambiente que respiró su maleada juventud, una segunda juventud, sana, bella, floreciente y nueva se desprendió de la primera; recuperó su ser, casi perdido para toda cosa de provecho; se alegró de pronto su imaginación, y sus ojos adquirieron esa gozosa mirada de felicidad que puso la poesía en la pupila de Adán, cuando Adán despertó para asistir a la aurora del mundo.

Decididamente el espíritu de aquel mozo había sido hecho para la grandeza. Se asimiló el bosque como se asimilan ciertas personas, sin saberlo, las costumbres y las cosas, el idioma y el estilo del país extranjero que frecuentan; y el frecuente roce con la selva le comunicó a Julián toda su existencia: algo de su poder, mucho de su serenidad y un poco de su fiereza hermosa. Acabó por amar todo aquello que era suyo. Abismos y vertientes y picachos, merced a sus fantásticas creaciones, se despojaban a veces de su materialidad de cosas y adquirían, según sus sueños, figuras vivientes de personas que lo amaban. Los criados de la finca que lo vieron nacer y lo querían como a hijo constituyeron su hogar y a vuelta de dos o tres años recordaba apenas de una manera vaga, a modo de confusa pesadilla, casi con horror, la ficticia alegría de su pasado.

¡Qué feliz se consideró entonces! Faltábale no obstante una persona a quien comunicarle aquella ruda, semibárbara felicidad, y cometió la torpeza de manifestársela en extensa carta a su imprescindible amigo Luis Acosta.

Aquella carta fue su perdición.

Luis había llegado a gozar en la sociedad de los mismos privilegios que gozó de niño en el colegio. Vivía de una cuantiosa pensión que “el maestro” le fijó sin decirle su procedencia, y vivía bien, gastaba a manos llenas, entrando *porque sí*, porque le daba la gana, a todas partes, como Pedro por su casa, y tratando a todo el mundo con un desenfado inaudito, como si todo el mundo estuviera obligado a rendirle homenaje a su valor y al grueso bastón con que a veces ayudaba por modo elocuente sus habituales descaros.

Luis le contestó a Julián extensamente y le narró historias y le habló de todas aquellas rencillas y mezquindades de pueblo que él había olvidado. La correspondencia desde aquel instante fue asidua, semanal, indispensable: cuando Luis escribía sobre esta o aquella atrocidad, Julián, indignado, pedía regeneraciones inmediatas, hombres nuevos, cosas imposibles. Y en aquel ir y venir de informaciones y juicios y protestas, acabó por formarse en su alma una prevención sorda y tenaz: no sabía contra quién; pero en aquella prevención, que no halló en la selva donde posarse, tomó cuerpo al cabo, y se fijó en una parte de la humanidad que no trataba, precisamente cuando, urgido y solicitado por Susana, tuvo que regresar, nada menos que a enterarse del asesinato cometido en la persona de su padre.

Fue un crimen misterioso, extraño, horrible, realizado a la vuelta de una esquina. Nadie vio, nadie supo nada hasta el día siguiente, que se encontró el cadáver tirado sobre el arroyo, y junto a él un bastón roto y un puñal cuyo mango, de plata oxidada, tenía adherido, como muestra trágica del hecho, un mechón de cabellos ensangrentados. Primero se habló de un crimen político, después de una venganza, y, por fin, de un *acto pasional*, por lo que salieron a relucir sus facultades analíticas todos los Lombrosos, Tardes y Ferés de la gentil ciudad. Todo el mundo habló del crimen como si lo hubiera presenciado, y, sin embargo, el crimen quedó impune. Dijérase que por uno de esos raros *sports* de los pueblos poco socorridos de sucesos espeluznantes, quién más quién menos quería ser allí cómplice del asesinato de José Andrés.

El golpe, a pesar de la cólera de león que se traía Julián del bosque, lo anonadó; lo anonadó de tal suerte, que no se dio cuenta de que algo más siniestro, si cabe, que la muerte de su padre empezaba a flotar con temblores de deshonor sobre su desolado hogar... ¡Ignoraba todo! No sabía nada, no comprendía, no sospechaba siquiera que la por muchos títulos virtuosa Susana Pinto, la madre queridísima, la viuda infeliz, sufría en silencio unas tan brutales proposiciones amorosas de don Anselmo Espinosa que tocaban los límites del cinismo.

Aquel hombre impúdico, codicioso, sensual, turbado por las involuntarias voluptuosidades de la viuda, en plena sazón de belleza, agujoneado, en fin, por un repentino deseo que se le agarró a la sangre, quiso violar el respeto que debía al cercano parentesco; y Susana, temerosa del disgusto que tal relato pudiese ocasionar a su hijo, no se atrevió a decírselo.

Julián presentía, no obstante, algo inexplicable; presintió la lucha, adivinó la catástrofe de lejos, y todo ello fue en él instinto de raza, de aquella raza indómita, vencida, pero no domada, a latigazos en los laberintos mismos de su selva.

Adiestrado ya para el combate, se preparó inconscientemente y se declaró de una vez para siem-

pre aquel carácter impetuoso, vehemente, que no conoció nunca el perdón. Al primer rozamiento del colegio, a aquella injusticia manifiesta, se añadió la antipatía anticipada de la gente, y a esta la desgracia de su padre junto con el presagio de su deshonra. De ahí que todo mal proceder, cualquiera cosa, nada, le lastimaba la herida, y la herida tuvo siempre una boca abierta por donde manaba a veces sangre en abundancia.

Ni el tiempo, ni la alegría, ni el amor mismo de Isabel, triunfaron de la rebeldía insólita que se irguió desde entonces en la airada memoria de Julián Hidalgo.

IV

Para festejar debidamente la entrada del nuevo año se ha embellecido por espléndida manera con banderolas, arcos, lazos, gallardetes, juegos de luz e hileras maravillosas de farolillos de mil colores, la Plaza Central de Villabrava.

Aquello está que arde.

La alegría estrecha las distancias y comunica y despierta en todas las almas idénticas sensaciones de placer, porque aristocracia y pueblo se confunden, se amontonan, se estrujan y desfilan furiosamente apiñados bajo una granizada de tropicales notas que impunemente les dispara desde su doble trinchera de atriles la atronadora banda municipal.

El vocerío es extraordinario; los fuegos artificiales no cesan; la muchedumbre crece... Numerosas y respetables familias se autorizan el mágico placer de admirar, desde sus asientos, colocados a derecha e izquierda del paseo, aquel compacto desfile; y apuestos, elegantísimos mancebos, que con el sombrero ladeado y el bastón empuñado al revés, en señal de distinción, cruzan de punta a punta la revuelta plaza, se arrancan de vez en cuando el supradicho sombrero para saludar heroicamente a las damas que encuentran al paso.

Uno de estos heroicos saludantes es Teodorito Cuevas –más conocido por Teodoro de las Cuevas y del Milagro de la Concha–, condiscípulo de Julián ayer, y hoy figurín inmarcesible, terror de casadas y solteras, orgullo de la Plaza y pasmo de la arrebatadora cursilería villabravense, quien a fuerza de imitar la flamante indumentaria al “elegante” joven, porque había llegado de París en esos días, acabó por plagiarle definitivamente, no sólo las corbatas, los pantalones, los sombreros y los zapatos de punta afilada y primorosa, *si que también*⁸ un idioma especial, exclusivamente de Teodoro, y el cual idioma consistía en intercalar en toda conversación palabras exóticas y mal aprendidas en el trote del boulevard.

Teodoro saluda en este momento a una enmarañada, deliciosísima selva de plumas, sombreros, encajes, cintas e inverosímiles volantes que se destacan en primera fila y que pertenecen a las esposas e hijas respectivas del doctor Pérez Linaza y del general León Tasajo, famosos caballeros estos por su inquebrantable amistad y por el prodigioso número de muchachas casaderas que ofre-

⁸ “primorosa, y sobre todo esto un idioma” (p. 30).

cían a la juventud villabravense.

No se concebía en Villabrava a una Pérez Linaza sin una Tasajo al lado, como no era posible ver al general solo, sin su inseparable amigo; de tal suerte que la malicia, tan diestra en averiguar vidas ajenas, principió por saber cosas muy feas entre las señoras y señoritas mencionadas, terminando por colgar otras más feas aún al ardoroso afecto del valiente general y del perínclito doctor Linaza.

Las hijas de Tasajo eran tres; cuatro las de Pérez, distinguiéndose entre estas la menor de edad, pero la mayor y más robusta de cuerpo. La llamaban Providencia, y era, en efecto, una providencia monstruosa, colosal, abundante de pechos, sobrada de espaldas, rolliza de cintura, con unas caderas tan abultadas y *violentas*, que, vista por detrás, Providencia parecía una de esas poderosas yeguas normandas, cuyo trote reposado y lento semeja a veces el pensativo andar de una persona. Y esta yegua, decíamos, esta mujer inconmensurable, amaba; y el amor, no lo creerán ustedes, el amor la había hecho romántica hasta el punto de producirle los ardores, inquietudes y ansias propias de las grandes pasiones, unos tan architerribles ataques de nervios, que la dejaban desmadejada y tonta para muchos días.

El privilegiado mortal, causa y objeto de esta fogosa pasión era Florindo Álvarez, poeta acreditado de pindárico y “pararrayo”,⁹ no sólo por sus robustas estrofas, sino por la extraordinaria delgadez y altura corporales con que el cielo premiara al ennoblecido vate para completar su fachada de ente original. Pasaba como hombre bueno a los ojos de todo el mundo y era el mozo de más mala índole que había en la población.

Es él quien hace el gasto a la sazón en la enmarañada tertulia, derramando sobre ella las más frescas flores de su numen.

Pero “las niñitas”, como las calificaban sus padres, son harto alegres y revoltosas para sostener más de una hora la almibarada conversación del bardo glorioso, y cogen por los cabellos lo primero que pasa, variando así de tema y armando un zipizape por la menor majadería. Todo en aquel ardiente circulito merece un aplauso, una carcajada, un mote, un chillido *argentino*... Y a medida que van ocurriendo asuntos dignos de sus vibrantes regocijos, las lenguas de aquellos angelitos no descansan y van soltando chistes a granel, y entreverando frases y zurciendo epigramas y narrando cuentos a propósito de tal cual suceso, motivo de escandaloso comentario.

–Pero, ¿tú no sabías nada, criatura? –dijo Providencia.

(Entiéndase por criatura a Florindo)

¡Qué iba él a saber! Su cabeza era una olla de grillos por aquellos días. Estaba escribiendo un poema para el aniversario poético-musical de la Academia de la lengua,¹⁰ que debía celebrarse próximamente con un certamen despampanante. Enloquecido por los tropos y las consonantes, no se había dado cuenta de lo que pasaba en la casa de don Anselmo, comidilla actual de aquella encantadora reunión.

–¡Un verdadero escándalo, Florindo, un horror! Hubo gritos, protestas y desmayos. Después que

⁹ “protorrayo” (p. 32).

¹⁰ “de la Academia” (p. 33).

el osado Julián se fue, don Anselmo montó en cólera y de la cólera desbordada resultó un torrente de injurias para la esposa “consentidora”, para la hija “imbécil”, para el mozo “estrafalario”. Juana salió, como siempre, en defensa de los novios, y el desbarajuste llegó al colmo. ¡Qué interjecciones más gruesas! Qué ferocidad de ultrajes: no te puedes figurar. ¡Acabó aquel hombre por tirarle una botella a la cabeza!...

–¿A quién?

–¡A su mujer, Florindo, pareces tonto!

A Florindo le pareció imposible aquello. ¡Como él era así, tan cándido!

–¿Imposible –apuntó, enfurecida, una Tasajo que parecía una flauta– y un día de fiesta que pensábamos hacerle una visita a esa gente tuvimos que volvernos desde la puerta?

–¿Cómo?

–¡Como que había un escándalo dentro!

–Sí, es verdad –añadió la mayor de las Pérez Linaza, interrumpiendo a la que tenía la palabra–; don Anselmo le gritaba a Juana que era esto y lo otro; Juana decía que se iba a marchar de aquella casa; Isabel se echó a llorar, desesperada...

–Y los sirvientes –terminó Providencia– se asomaron riéndose por detrás de los visillos del comedor, para gozar a sus anchas de la pelotera.

–Eso sería una frívola discusión de familia.

–No seas majadero, Florindo. ¿Qué discusión ni qué ocho cuartos? Un desbarajuste. Parecía aquello una perrera. ¡Mira tú si fue grande el escándalo que los vecinos salieron a las ventanas! ¡Y eso que el vecindario es aristocrático!...

–Si no hubiera sido en la casa de don Anselmo –concluyó por decir otra– de seguro que interviene la policía.

–¡Oh, oh! –exclamó el inocente poeta, que no se atrevía a censurar definitivamente a su ilustre amigo Espinosa, porque le prestaba dinero cuando le hacía falta, cosa que ocurría con frecuencia–. ¡Oh, oh!

Y aquel ¡Oh! emitido tan patéticamente que conmovió a la hirviente tertulia, fue precursor de un saludo gloriosísimo, inesperado, estentóreo.

Arturito Canelón, el periodista que con Florindo Álvarez compartía en el país los dictados de “eminente joven”, escritor “ígneo” y “criollo luminoso”, apareció allí de repente, radiante de felicidad, rebosando satisfacción inmensa.

¡Arturito por allí, Canelón por allá!

–¡Ingrato!

Todas querían hablar a un tiempo.

–¡Perdido!

–¡Que no se le veía a usted!

–¿Dónde estaba usted metido, hombre de Dios?

–Nos tenía usted muy enfadadas, mucho.

–Si merecía que no lo quisiéramos...

–¡Inconsecuente, inconsecuente!

Hijo natural de un notable hombre público y de una lavandera, que murió, para su dicha, siendo él niño, Arturito Canelón le cayó en gracia a la familia legítima de su padre, y allí obtuvo todo y más de lo que necesitaba: mesa, educación y apellido. Al apellido le agregó la maldad un apodo: el de *Longinos ilustrado*, porque en una Jerusalén casera, el famoso Arturito representó el triste papel de ciego bíblico, no sólo para darle una lanzada a Jesucristo, sino para darse la satisfacción de pronunciar un discurso *antes del hecho*. Era el lado débil del flamígero joven. Y no perdía ocasión de demostrarlo en distribuciones de premios, en todas las fiestas benéficas y en todos los actos más o menos públicos que se celebraban con harta frecuencia, casi semanalmente, en Villabrava.

El público, al principio, se rio del aturdido y petulante jovenzuelo; pero este, adivinando de qué pie cojeaba aquel público reacio, acabó por adularle desde la tribuna con tales y tan deslumbradoras frases, con tan patéticos y bizarros ademanes, que la sociedad entera se rindió; la fiera estaba domada. ¿Cómo no? Canelón tenía en cada discurso frases hipnóticas, bellas, épicas delirantes para los poetas, para los periodistas, para los sabios, para los pintores y para los héroes de la gentil ciudad. Una turba de imágenes radiosas fluía siempre de sus labios, y aquellas imágenes tenían el color de las flores de Villabrava, el brillo de su cielo, la frescura de su brisa y el reflejo de su sol. Las mujeres, sobre todo, se volvían locas oyéndolo: oyendo aquellas cosas tan seductoras, tan *liliales*,¹¹ tan estupendas, que les decía Canelón. Ya no eran frases, sino sinfonías de frases aquellas de sus discursos *repujados* de “fulgores de ojos negros”, de “mejillas tempranas”, de “senos ebúrneos”, de cabelleras “clásicas”, de talles “aéreos”... Y las damas, temblando de emoción y de placer, agitaban desde sus asientos los pañuelos y los pintados abanicos, sacrificando los quilates más o menos subidos de su emperifollada nobleza en aras de la fraseología estrepitosa de cualquier¹² Canelón.

Empingorotado de esta guisa y bañado por la protectora luz que irradia, a veces, la improvisada gente de buen tono, se presentaba el joven Canelón en todo sitio público con aire de conquistador favorecido y *luminoso*, como podemos ver por el recibimiento que acaban de hacerle las Pérez y las Tasajo juntamente.

El radiante joven no salía de su apoteosis, y aceptó con admirable valentía aquel chaparrón de simpáticas injurias, repartiendo, en cambio, sendos, aterciopelados, blanquísimos jazmines que traía ocultos debajo de la levita, entre sus adorables detractoras. Después se acercó a Florindo y le sopló al oído un secreto, del cual secreto pescó parte de la reunión el nombre de Julián Hidalgo.

–¡Hemos oído!... ¡Hemos oído!... –gritaron, aplaudiendo, entusiasmadas de su propia perspicacia, dos de las siete señoritas.

–¡A ver, que se diga! –prorrumpieron las otras–. ¡Que se diga inmediatamente!

–¡Aquí no se permiten secretos!

¹¹ “*liliales*” (p. 36).

¹² “estrepitosa de aquel” (p. 37).

Canelón, acosado, abrió la boca...

Pero al instante se la cerró un formidable disparo, seguido de atronador vocerío, y de un gran estrépito de campanas echadas a vuelo.

El nuevo año, precursor de dichas imaginarias, anunciaba ruidosamente su presencia a los humanos. Por lo cual las señoritas Pérez Linaza y Tasajo se lanzaron frenéticas sobre sus dos amigos para estrechar contra sus respectivos pechos las manos que ellos, también emocionados, se apresuraron a ofrecerles.

Cuando cesó aquel ruido espantoso, Florindo lanzó al espacio un grito de inspiración intraducible, y Arturo lamentó no tener a mano un puñado de cuartillas para pintar con relampagueantes y milagrosas frases, aquella explosión de vítores y abrazos, de besos, de risas “sonoras”, de músicas vibrantes y de vibrantes repiques de campana que en medio de un tributo de luces de púrpura y de oro, *ofrendaba* la heroica Villabrava al Bienvenido.

V

Todo cuanto hablaron y dijeron las alegres y revoltosas¹³ señoritas de Pérez Linaza y Tasajo sobre el villano proceder de Anselmo Espinosa en su casa, absolutamente todo era verdad. Pero el odioso proceder de este energúmeno tenía una explicación: su origen.

Anselmo Espinosa¹⁴ nació brutalmente sobre los trapos podridos de una tienda de inmigrados; de esos inmigrados que llegan a todas partes sucios, andrajosos, maltrechos de cuerpo y de espíritu, pidiendo hospitalidad a veces y a veces trabajo, acabando por llenar de injurias y de hijos el país donde se instalan.

Los padres del muchacho nacido por casualidad, por sorpresa, en Villabrava, fueron a labrar tierras fecundas, no muy lejos de la ciudad, y a poco andar el tiempo se hicieron dueños de las tierras fecundadas.

Repentinamente murió la mujer, según los vecinos, de una tremenda patada que le dio el hombre en plena preñez. Y el hombre entonces se instaló con el producto de sus economías, que no eran pocas, en un populoso barrio de la capital. El muchacho, ya crecido, fue al colegio, y el padre al comercio de menudeos y rapiñas: el comercio progresó por modo rápido, y muy pronto fue comercio “al por mayor”; luego, en el corazón de la ciudad, “alto comercio”, casa grande, casa de importación y exportación, casa de banca al fin...

Muerto el laborioso y activo señor Espinosa, el afortunado Anselmo, que “florecía” en los treinta años, quedó dueño de aquella firma respetabilísima, de aquel crédito ilimitado, de aquel verdadero prestigio bursátil, cuyas solas operaciones producían desbarajustes y pánicos continuos en la Bolsa...

Cayó por manera furiosa sobre la banca codiciada y se aventuró en mil negocios de préstamos, hipotecas y contratos, los cuales contratos, hipotecas y préstamos, sin aumentarle el capital poco ni mucho, produjéronle, a vuelta de algunos meses, valiosas influencias entre los gobiernos de Villa-

¹³ “revoltosas susodichas señoritas sobre” (p. 39).

¹⁴ De aquí en adelante, todo este capítulo fue publicado en *El Cojo Ilustrado* (No. 163, 1 de octubre de 1898, pp. 690-691), con breves modificaciones bajo el título “De un libro”. Por ejemplo, la esposa de Anselmo Espinosa se llama Rosa Hidalgo (en la novela aparece como Juana Méndez Hidalgo); la hija de Anselmo, y novia de Julián, se llama Providencia (en la novela Isabel). El nombre de la ciudad se indica así: “V...”.

brava a quienes sabía dar dinero oportunamente. Merced a su oro, a su juventud y a su audacia, llegó a un hermoso reinado de aventuras, de escándalos, de banquetes, de ganancias y pérdidas inverosímiles en los clubs y en las carreras; de líos de mujeres y de desórdenes que la misma posición monetaria cubría de gloria. Y no obstante esa envidiable posición monetaria, Anselmo Espinosa, con su lujo y sus derroches se mantenía, o lo mantenían distanciado de la sociedad escogida. Franqueaba, sí, algunas puertas y era tolerado a veces en las grandes reuniones, pero en ninguna casa de familia podía decirse que lo aceptaban con verdadero regocijo. Inútiles fueron sus esfuerzos para mostrarse insinuante, flexible y distinguido: siempre había en él algo del padre burdo, del labrador gíboso; algo de su vulgar procedencia de inmigrado.

Aquel cuerpazo, aquella cara redonda y colorada, aquel pelo siempre erizado como el de un jabalí, aquellas manos regordetas y aquellos pies enormes no habían sido hechos para seducir, ni menos para conquistar voluntades en las bizarras lides del salón. Y esto lo sabía él y le ponía fuera de sí, porque su orgullo feroz, su desmedido orgullo de hombre acaudalado y soberbio, no le permitía el rechazo de una sociedad que se consideraba superior a él. Ese orgullo, es verdad, concluyó por imponerse en los casinos, en la calle, en las altas esferas gubernamentales; pero no logró dominar la arrogancia de ciertas damas de Villabrava que se creían descendientes directas de los más altos soberanos de la tierra. Listo, y sobre listo astuto, no se alejó de ellas. Por el contrario, se acercó aún más a las aludidas damas por todos los caminos que encontró fáciles; las halagaba a todas y a todas las defendía cuando los malos nacidos del país las herían con sus habituales inventivas. Y lo raro del caso era que Espinosa sentía lo que decía. Atormentado por su nacimiento humilde hubiera dado la mitad de su hacienda en cambio de un nombre sonoro, de un segundo apellido que le diera visos de nobleza. ¡Ah, lo que sufría Espinosa recordando a su padre! Nunca se vio hombre más apenado de su origen ni con más afán de borrar para siempre de su vida el recuerdo de su humilde procedencia.

Se casó con Juana Méndez Hidalgo por despecho, porque las otras no lo aceptaban y porque Juana llevaba al matrimonio, juntamente con sus atractivos, una gran dote. Pero al cabo de un mes, a raíz de la llamada luna de miel, sintió por ella toda la antipatía que un hombre acostumbrado al desenfreno puede sentir por una mujer a quien no amó de soltera. Por otro lado, la alianza desigual y anómala del atlético banquero y de la mujer rica, pero modesta, retraída siempre y siempre quitada de los ruidos sociales, no podía dar buenos y equitativos resultados: él tenía sus pretensiones de linaje, su obsesión, su deseo de bullir, de ser traído y llevado en reuniones y casinos; su orgullo, que se alzaba cada vez con más brío¹⁵ sobre la realidad de su pasado, y su gran cruz de caballero que le concedió un gobierno débil en cambio de un “chanchullo financista”. Aquella cruz se le subió a la cabeza y le hizo concebir la esperanza, no por cierto muy difícil en aquella tierra, de alcanzar el mejor día el disparatado honor de la Cartera de Hacienda.

A estas desaforadas aspiraciones de Espinosa, a quien la gente le había colgado ya un “don” tan campanudo y sonante como el grueso dije de su reloj, opuso su buena esposa una mansedumbre

¹⁵ “brillo” (p. 43).

cuasi¹⁶ evangélica que la hizo mártir, desgraciada y persona inútil en menos de cinco años. Y el hogar de don Anselmo fue lo que debía ser: un infierno; pero de este infierno surgió un ángel: Isabel.

Don Anselmo empieza a actuar de hecho en esta historia a los cuarenta y cinco años.

Se conserva aún robusto, fuerte; y sigue viviendo para “el gran mundo”, consagrándole su existencia toda entera: sus ideas en los salones y sus alardes de hombre generoso en los bazares de caridad. Opina con arreglo a las opiniones de las personas distinguidas, viste como ellas, imita sus gustos, sus costumbres, sus aburrimientos mismos, sus modales y hasta sus gestos dondequiera que los halla.¹⁷

¹⁶ “casi” (p. 43).

¹⁷ El fragmento recogido en *El Cojo Ilustrado*, y señalado en la nota 14, agrega estas líneas finales: “Lo único que no puede poner al nivel de esa gente nuestro egregio caballero es su figura rebelde a toda gentileza o por lo menos a esa gentileza que exigían generalmente los grandes de V... a los que con ellos osaban alternar...”.

VI

Casi absurdo, pero cierto y con vistas al escándalo, transformado en sensacional noticia periodística, cayó de plano en el “Club Criollo” el secreto que el esplendoroso Arturito sopló al oído de Florindo Álvarez la noche de Año Nuevo en la Plaza Central.

Y como a las cinco de aquella tarde, que calificó de “delirante” el pindárico poeta, rebosara de socios tertulianos el bullicioso círculo, voló de labio en labio, sin tropezar siquiera en una duda confortante el *pavoroso* secreto.

Julián Hidalgo, el rebelde, el osado, el criminal Julián se atrevía a anunciar, sin la aquiescencia de los sabios de Villabrava, una serie de conferencias que, sobrepujando al socialismo reinante, iban enderezadas a proclamar la anarquía ravacholesca en todas las esferas.

A suceso de tan extraordinaria especie y magnitud correspondía el prejuicio terminante del club entero. Mas sólo hubo allí, entre los comentaristas al uso, un solo grupo patriótico que tomara a pechos y con verdadero calor el espeluznante proyecto. Este grupo, es claro, lo formaban, junto con el indispensable Arturo, el sublime Florindo, el perfumado Teodoro y el eminente Francisco Berza, el sabio sin canas, el ilustre Francisquito, prodigio de saber,¹⁸ pozo de ciencia, que empleaba en las conversaciones más corrientes toda la espantosa erudición que extraía de las enciclopedias baratas y de las revistas europeas.

Este insigne Berza no había podido ir a Europa por más que solicitó un consulado que le permitiese vivir en París, Londres o Berlín, leyendo a Hegel; pero hablaba de aquellos países como si hubiese nacido en ellos, gracias a las guías, mapas y catálogos que constantemente se hacía mandar por sus amigos. La gente, sin embargo, acabó por creer en la erudición de Francisco el sabio y, rodando, rodando aquella fama, creció como una bola de nieve, y se llegaron a respetar sus juicios y conceptos como se respetaban los puños de Luis Acosta en todas partes.

Bien es verdad que de las cosas de Berza nadie sacó nada, mientras que de los terribles puños de Luis ofrecían muestras harto ostensibles algunas narices rotas y muchas bocas que cometieron la imprudencia de provocarlos.

Así se explica que en el círculo, donde acabamos de entrar, se tropiecen ustedes no ya con los puños, sino con los impúdicos pies de Luis Acosta tendidos sobre una mesa, haciendo alarde con es-

¹⁸ “y el eminente Francisquito, prodigio de saber” (p. 45).

ta desfachatada postura de un desprecio sin ejemplo por toda aquella respetable concurrencia de jóvenes distinguidos que solicitaban y encontraban allí la manera de aburrirse lo más cómodamente posible.

No muy lejos del sitio en que se encuentra Luis tirado a la bartola y haciendo furiosos molinetes con su nudoso garrote de bandido elegante, reñían su habitual partida de ajedrez el doctor Pérez Linaza y el general Tasajo.

Dadas sus excepcionales condiciones de valeroso militar, el perínclito Tasajo no permitía que nadie le interrumpiera con charlas y disputas sus transcendentales combinaciones de tablero; y cuando esto ocurría empezaba a dirigir iracundas miradas a los irrespetuosos charlatanes, acabando estas por unos tan horribles resoplidos de cólera, que ponían en verdadera consternación a los que junto a él se atrevían a levantar una voz más alta que otra. Las fulgurantes miradas del general caían en el presente instante sobre el corro donde manoteaban, gesticulaban y aullaban más de la cuenta nuestros ya conocidos y mencionados comentaristas.

–Yo creo con Florindo –exclamó Arturo, adoptando actitudes de tribuno para rebatir una opinión científica de Berza–, yo creo que el hecho es irritante y sobre irritante antipatriótico.

–Esa es la palabra: antipatriótico –dijo Teodoro Cuevas.

–Sobre todo –añadió el orador, después de una gran pausa–, tratándose de un país que jamás, y por mucho que se diga nunca se repetirá bastante, jamás fue reacio a las irrupciones del progreso y de la civilización.

–Y luego que el tal Julián es un pretencioso.

–Un loco, para mí es un loco –apuntó Florindo–. ¡Cuándo el mismo don Anselmo dice que no tiene la cabeza buena! Él, que es su pariente, sabrá por qué lo dice.

El ilustre Berza hacía, en tanto, signos negativos; él no estaba conforme ni con las elocuentes frases de Canelón, ni con las familiares expresiones de Florindo.

–Julián no es un loco –observó, al cabo de una larga y honda reflexión–. No es un loco en el sentido que generalmente se da a este vocablo en desuso.

–Y ¿qué es entonces?

–Un enfermo.

–¡Llámalo *hache*!

–No lo llamo hache, Florindo. Lo llamo enfermo, caso clínico; porque lo miro bajo el aspecto científico-moderno: caso patológico, si se me permite. Caso que la antropología denomina con el nombre de influencia morbífica, resultante de un fenómeno remoto... tal vez genésico...

(Movimiento de asombro de Luis Acosta, que empieza a incorporarse en el sillón donde le dejamos tirado a la bartola).

–Y al decir genésico –continuó el joven sabio– digo herencia de exaltación, histerismo rabioso que suelen transmitir los padres a los hijos y que termina en esa ferocidad mental que algunos alienistas célebres estudian sobre el cráneo de los odiadores de impulsión.

Un aristocrático gruñido de Teodoro corroboró por manera decisiva tan profunda afirmación. Y los demás estaban ya con tamaña boca abierta, esperando los nuevos raudales de ciencia que

debían brotar de aquellos privilegiados labios, cuando se incorporó del todo, bruscamente, el estrafalario Acosta, y dirigiéndose de un modo irrespetuoso a Berza, le dijo:

–Ya tú no eres un antropólogo, Paquito, sino un antropófago disparatador.

–¡Hombre! –contesta el acometido alienista–, ¡se trata de un *caso*!

–¿Qué caso ni qué ocho cuartos? Ustedes todo lo embrollan y lo tuercen con sus dislates fisiológicos, o como les llamen. En cuanto un hombre piensa y siente una cosa, y comete la tontería de decirla al público, ya le están aplicando ustedes malos nombres.

–Entendámonos, entendámonos, Sr. Acosta. No puede haber discusión posible cuando a los dictados de la razón se oponen las divagaciones de la ignorancia (Berza hablaba sin mirar la cara a su interlocutor). La ciencia clasifica de enfermos a los hombres exaltados. Manouvrier, Spencer y Lapouge lo confirman...

–Mira, Francisco, no me enredes ni me aturdas con tus nombres impronunciables. Yo no creo en ellos ni en “ellas”.

–¿Y cómo esas ciencias, o sus propagadores –interrumpió Acosta–, no se han atrevido todavía a declarar enfermo a Jesús, que fue el más osado de los revolucionarios?

Berza le dirige una mirada de lástima al contrincante.

–Porque Jesús era un hombre sano, un hombre pacífico, un hombre...

Y allí empezó Cristo a padecer. Aquella gente, sin darse cuenta, se distanciaba del asunto y se metía en un laberinto de consecuencias y deducciones atrevidas. Siempre ocurría lo mismo: empezaban por flores y acababan por legumbres, como si con esto quisieran confirmar que en aquella tierra fecundísima la flora se daba a dos pasos de la patata.

En consecuencia, Berza disertó largamente a su modo, y Acosta replicó que Jesús no fue sólo demagogo, sino el primer apóstol del anarquismo. Algunos socios, que se habían ido acercando al fragor de la disputa, protestaron; entre ellos, con su habitual aristocrático gruñido, Teodoro Cuevas. Luis se volvió furioso y lo llamó “mameluco perfumado”.

El perfumado mameluco no se dignó contestar.

Pero Canelón se encaró con el defensor.

–Según esas teorías tuyas, Ravachol, Vaillant y Pallás eran unos santos que llevaban un Jesucristo colgado al pecho.

–No lo llevaban colgado, lo llevaban dentro.

Un escalofrío de espanto recorrió los elegantes corredores del club, y León Tasajo lanzó su segundo resoplido.

–Ravachol –continuó Acosta– no fue un asesino vulgar que profanaba los cadáveres, como dicen; fue un ser extraordinario, acaso más grande que Jesús: este predicó el reparto, mientras él lo practicaba arrancando a un cadáver las alhajas para dar de comer a los pobres.

–¡Eso es atroz!

–¡Eso es una barbaridad!

–¡La apología del crimen! –decía Berza, paseando su mirada de sabio por todo el largo del corredor.

La disputa, como se ve, iba tomando giros peligrosos. Florindo Álvarez la detuvo con raro buen acierto, haciendo notar que se iban por los cerros de Úbeda.

–Eso es lo que yo digo –repuso Luis, calmándose–. Estamos aquí hablando de Cristo y de Ravachol para discutir a un romántico como Julián Hidalgo, que no tiene nada del primero, ni mucho menos del segundo.

–Pero que hará mucho daño al país con sus doctrinas.

–¿Y cuáles son esas *doctrinas*? ¿Las conocen ustedes acaso? ¿Saben ustedes las que piensa desarrollar ese mozo en sus conferencias?

–¡Doctrinas anarquistas!

–¡Mentira! ¡Quien haya dicho eso es un embustero y un sinvergüenza! (Luis no se mordía la lengua para decir estas y otras muchas atrocidades). Julián no es un anarquista, porque no sabe serlo; porque no se atreverá ni siquiera a poner una ni cien bombas de dinamita que hacen mucha falta en Villabrava... (Nuevos escalofríos en los corredores y entrada solemne de don Anselmo Espinosa). Y Julián –continuó– no es más que un alucinado, un revolucionario inocente, un visionario romántico. Un abismo lo separa de la realidad. Porque no se puede ni se debe pensar en regeneraciones, ni en rejuvenecimientos, ni en cosas bellas e imposibles en un país como este que se lo está llevando el demonio... ¡Moral, política y socialmente hablando!

Con esto, con una fulgurante mirada del general Tasajo y con tal cual término científico de Francisco el sabio, se creyó conjurado el peligro de aquella ardiente polémica que amenazaba degenerar en escándalo.

Pero no fue así, por desgracia. Faltaba el diluvio.

El diluvio era don Anselmo Espinosa, que, como ya se ha visto, entró de pronto al club, en el período álgido de la disputa.

En cuanto él oyó el nombre de Julián Hidalgo le dio un vuelco el corazón: ¡aquel corazón de padre ofendido que necesitaba por cualquier medio desalojarse de su justa corajina!... Mientras hablaban los otros, sus encarnizados ojos le rodaban con pavorosa velocidad dentro de las órbitas, y hacía esfuerzos prodigiosos para no soltar la lengua.

Pero esta se soltó al fin.

Porque ya se sabe, en tocándole a don Anselmo el registro sociológico, se volvía loco: dejaba de ser banquero para ser tribuno.

Aunque esto no es cosa del otro jueves en Villabrava. Así como los anarquistas, según Luis Acosta, llevan un Cristo dentro, todo villabravense que se estime lleva dentro un Demóstenes.

Don Anselmo Espinosa iba a probarlo.

–Peor, peor –exclamó de repente, ahuecando la voz, hinchando las narices, poniendo a contribución todas sus energías de varón adinerado en aquel frenético “peor” que dejó atónito a todo el mundo–. Mucho peor es todo eso que pretende *el señor Hidalgo*, querido Acosta. Pedir reformas sociales en Villabrava, ¡qué disparate! Implantar aquí las doctrinas de Kropotkine y de Tolstoi (don Anselmo no conocía más que de oídas a Kropotkine y a Tolstoi; pero allí pudo soltarlos

impunemente; a los demás les ocurría otro tanto de lo mismo). ¡La conquista del pan y la conquista de la sangre! ¡Ah, señores! Yo tiemblo con sólo pensar en el desbarajuste que surgirá de semejantes perturbadoras reformas. ¡El desenfreno a las puertas de la nación! Volveríamos a los siglos de tinieblas, a los siglos bochornosos, a los siglos lúgubres, a los siglos depravados en los que las clases desapoderadas y brutales se codeaban con las clases distinguidas. *Ello* sería la resultante inmediata de la igualdad... Y ¿qué es la igualdad?

A esta pregunta, que puso en creciente anhelo a los congregados, contestó León Tasajo, no con un resoplido, sino con un grito:

–¡Si por su discurso me comen la reina, le pego a usted un tiro, señor Espinosa!

Pero don Anselmo, a quien no asustaban ni tiros ni cargas de fusilería cuando emprendía la defensa de la sociedad, apenas si se dio por notificado.

–La igualdad, señores, es un crimen. La igualdad es la desmoralización; la igualdad es el desprestigio, el hundimiento, la pesadumbre eterna y el eterno enemigo de la sociedad, sobre todo de la sociedad villabravense que por su heráldica, por su historia y por otra multitud de razones, goza del orgullo de su estirpe indiscutible, a pesar de los que protestan. Aquí no necesitamos de reformas sociales, ni políticas, ni literarias, ni siquiera materiales. Tenemos carreteras y academias (*contando con los dedos*), ferrocarriles y ateneos, restaurantes y colegios, tiro al blanco y cervecería nacional, hipódromo y prensa periódica, teatros y matadero alemán, catedrales romanas y tranvías modelos...

¡Quién sabe adónde habría ido a parar la prodigiosa enumeración del caballero entusiasmado si en aquel punto y hora de su discurso no se levantara furioso y vomitando ternos el general Tasajo!

–¡Por usted he perdido la reina, por su discurso de catedrales y tranvías!... De los tranvías debía usted tirar –añadió el general, acercándose con no muy buenas intenciones al congresito de protestantes donde se movía Espinosa.

Aquella brusca salida dejó inmóvil, y con los cinco dedos de la mano estirados, al elocuente Demóstenes, que retrocedió un paso ante la actitud de su colérico interruptor.

Hubo un silencio expectante y harto enojoso para todos. Pero don Anselmo, como hombre de grandes resoluciones, recobró el terreno perdido; levantó la mano de los dedos contantes y ¡zas!... se la echó cariñosamente por encima de la espalda al enfurecido ajedrecista.

–¡Qué cosas tiene usted, general!

Los demás contertulios sonrieron asombrados, pero satisfechos, del desenlace; sonrió Arturo *luminosamente*; sonrió por manera poética Florindo; por modo circunspecto Francisco Berza, y hasta el mismo general dejó asomar por entre sus desmayados bigotes unos dientes horribles de largos y amarillos.

Sólo el descarado Luis Acosta soltó una de sus irreverentes carcajadas sobre aquellas hermosas sonrisas de paz y de amistad. don Anselmo Espinosa le dirigió, a través del abrazo, una mirada preñada de rayos olímpicos.

VII

Si gran día de regocijo fue aquel para los glosadores y charlatanes del mentidero, horrible día de tristeza fue, en cambio, para la desolada madre de Julián.

Susana no entendía, no quería entender nada de reformas, ni de credos, ni de religiones nuevas. ¿Qué sabía ella de algaradas democráticas, de reivindicaciones populares, de ideales que se titulan bellos, de apostolados que se llaman hermosos? ¿Qué le importaban semejantes propagandas, si jamás siguió a través de la historia de Villabrava el largo, doloroso proceso de sus sociales transformaciones? Ella no era más que una viuda honrada y una madre... “furiosamente” madre.

De aquí que, presa de mortal congoja, loca de dolor, sollozara entre los brazos del descarriado mancebo la sola frase que su insoluble pena le permitía articular:

–¡Hijo, hijo mío! ¡Cuánto me haces sufrir!

Julián, conmovido igualmente y dominado por un momentáneo abatimiento, quedó cabizbajo, silencioso, triste... Pero no cedió. Retuvo largo rato sobre su pecho la bella y juvenil cabeza de Susana, y luego, inclinándose, le dio un prolongado y tierno beso en la frente. Ya sabía ella lo que significaba aquel beso: a través de la caricia adivinó la resolución inquebrantable de su hijo, y le dirigió una intensa mirada llena de lágrimas; en aquel instante veía en él, en su cara abierta y expresiva, hasta en su cicatriz y en su ceño, al indio rebelde y orgulloso que lo engendró.

Contribuyó en no pequeña parte al desasosiego del mozo la lectura de una cariñosa y melancólica carta que le escribió con súplicas de verdadero amor la inconsolable Isabel. –Arpegio de ave herida, abandonada y triste, que solicita el arrullo del compañero ausente–. “¡Ven!... Si no vienes me muero... ¡He sufrido tanto, me han dicho tantas cosas!... ¡No sabes, no puedes saberlo!... ¡Un martirio! Y todo porque dice la gente que si vas o no vas a hablar de cosas santas (?)... Y ¿qué tienen que ver esas cosas con mi cariño, con el tuyo... con nuestro amor que vale más que todo eso?... Papá dijo a gritos, en el patio, esta mañana, que si tú das esas conferencias se rompe definitivamente el parentesco; dijo más: que si vuelvo a hablar contigo me mata; y si no me mata me lleva lejos de Villabrava, muy lejos, donde no sepas de mí... porque él no puede tener un yerno que confiese públicamente sus ideas... ¡Ves tú, Julián, lo que has hecho!”

Aún le faltaba a Julián la última prueba. Y de esta prueba se encargó su imprudente amigo Acosta que, sintiéndose mentor, aquel día se levantó más temprano que de costumbre, enderezó los pasos hacia la casa de Susana, y entrándose en ella de rondón fue sin parar hasta la misma alcoba

donde dormía el cuitado un no muy tranquilo sueño de criminal en capilla. Y lo despertó a grandes voces, no sin derribar antes una mecedora que encontró al paso y hacer añicos un vaso que tropezó sobre una mesa.

El ruido que hizo, el rayo de luz que se coló vivamente por la puerta de la habitación y los gritos de: “¡levántate, levántate haragán, que son las ocho de la mañana!”, fueron bastantes y sobrados para que Julián se sentara de un salto en la cama.

–¿Quién es, quién es? –exclamó, todo asustado, restregándose los ojos con singular encarnizamiento.

–¡Soy yo, hombre, no te asustes!

–Debía figurármelo. ¡Caramba!, y ¿qué te trae por aquí a estas horas? Nada bueno, de seguro. A ver, echa lo que llevas dentro antes que te ahogues.

Las intenciones de Luis no podían ser aquella mañana mejores ni más santas. Venía a decirle a su amigo que era un grandísimo majadero.

–Sí, un grandísimo majadero. No me mires con esos ojazos de espanto. Cuando me leíste tus cuatro conferencias no me participaste que las ibas a hacer públicas.

–Y ¿para qué las escribí entonces?

–¡Hombre, para ti solo!

–No seas tonto, Luis...

–Por tonto no arreglo yo el mundo como tú. ¿Sabes que eso tiene la mar de gracia?... ¡Arreglar el mundo! Yo no sé dónde demonio has sacado que Villabrava se regenera con palabras y buenos deseos. ¿Qué piensas tú que van a hacer los villabravenses en cuanto les vayas con tus clamores sociológicos? ¿Reírte la gracia? No, chico, no. Te matan, ya lo verás, te matan... Y bien mirado, tienen razón –agregó, adoptando su magnífica actitud de mentor, un si es no es despatarrado–. Si Dios hizo a los villabravenses de esta o de aquella manera, ¿a ti qué te importa? Le vas a decir a Dios: “Ea, amigo, aquí se equivocó usted; no es de ese modo sino del otro, que debe hacerse esto”. Deja a Villabrava que se la lleve el diablo y que se arregle como pueda. ¿Te parece bien la vida así, en constante zozobra, trayendo la intranquilidad a tu hogar y arrancando a diario el llanto a los ojos de tu novia; sufriendo el insulto de los periódicos y el comentario del club; provocando la risa de la calle y el odio de una sociedad que se encoleriza contigo, cuando ni siquiera supo ruborizarse el día que la mano de hierro de un hombre que la conocía mucho la abofeteó despiadadamente? ¿Crees tú que predicando se corrige? ¡Pues crees mal! Villabrava seguirá lo mismo que la hicieron... los que tuvieron el mal gusto de hacerla: con sus calles torcidas como sus conciencias, con sus orgullos estúpidos, con sus dolencias públicas, con sus chismes, con sus infamias, con sus apodos soeces, con sus delitos sin castigo, con sus mismos hombres y con sus mismas vergüenzas. Yo no estoy por las amenazas, sino por el cumplimiento inmediato de esas amenazas. Hechos y no palabras. Cárceles, *guillotinas*, fusilamientos... Eso es; muchos fusilamientos. Y cuando haga falta, tú ya conoces mi manera de pensar: muchas bombas de dinamita. ¡Fabricar pueblos nuevos sobre montañas de cadáveres y escombros!

Después de esta incoherente y espantosa parrafada capaz de poner los pelos de punta al más feroz

enemigo de la humanidad, Luis Acosta se reclinó, se acostó casi a lo largo de la mecedora, tan tranquilo, tan satisfecho, que no parecía el mismo que un momento antes soltara aquel montón de frases estrafalarias, con las cuales creyó él no sólo aturdir sino anonadar de una vez para siempre a su callado amigo.

Pero las dichas estrafalarias frases produjeron en Julián un efecto contrario, afianzándole aún más,¹⁹ si cabe, en sus sanos propósitos. El momento, a no dudar, era adecuado para asumir actitudes de apóstol; la época propicia al reto, a la batalla, al llamamiento de los grandes ideales. Porque en Villabrava, como en aquella mísera población romana que sometió Víctor Duruy al más despiadado de los análisis históricos, se había perdido ya el sentido de los símbolos excelsos. La impunidad excitaba al vicio y a este acudían, para darle mayores resultantes de dolor, cien fuerzas de abandono, de cobardía, de pecado, de encanallamiento, de resignación extraña; tanto más extraña cuanto más alta era la idea que tenía de su dignidad ese pueblo que pretendió pasar por una nueva Esparta, augusta, justiciera y valerosa, en la historia de las naciones clásicas... Julián Hidalgo era un raro caso de sinceridad en medio de aquel quietismo inicuo donde todo el mundo callaba porque todo el mundo se sentía más o menos cómplice de sus inmediatas consecuencias.

Para apreciarlas debidamente, para saber si el revolucionario joven tiene derecho a lanzarse a la romántica y cuasi épica justa de los ideales moribundos, arrojados a puntapiés de Villabrava, es indispensable que el lector conozca los usos y costumbres del pueblo en cuestión.

Las puertas de la egregia ciudad se abren de par en par.

¹⁹ La edición de 1903 termina así este capítulo: “afianzándole aún más en sus extraviadas ideas de reformador lírico... Para saber hasta qué punto tenía derecho al sacrificio de aquel mozo el pueblo en cuestión, vamos a abrir al lector sus puertas de par en par” (p. 62).

VIII

Desigual, empinada, locamente retorcida sobre la falda de un cerro; rota a trechos por espontáneos borbotones de fronda, pudiendo apenas sostenerse sobre los estribos de sus puentes; caldeada por un irritante y eterno sol de verano; sacudida a temporadas por espantosos temblores de tierra; castigada por lluvias torrenciales, por inundaciones inclementes; bullanguera, revolucionaria y engreída, era Villabrava una ciudad original, con puntas y ribetes de pueblo europeo, a pesar de sus calles estrechas y de sus casas rechonchas, llenas de flores y de mohos.

El modernismo le suprimió lo mejor de sus primitivas costumbres, para darle, en cambio, muchos otros usos, de esos que la civilización decreta en todas partes.

De aquí que, poseídos de un sagrado, respetabilísimo orgullo que nadie –que nosotros sepamos– se ha atrevido aún a contrariar, los villabravenses creyeran a pies juntillas que, merced a estos adelantos, su capital podía establecer comparaciones de belleza con las más hermosas del mundo, aunque algunos espíritus incrédulos lo negaban *sotto voce*, como si temieran ser oídos de ciertos periódicos que elogiaban los méritos de la gloriosa población, como los diarios portugueses a Lisboa: *O terror de París*.

Esta inexorable opinión robustecía con frecuencia los incontables excelsos escritores que esgrimían en ocasiones solemnes sus “bien tajadas” plumas en honor de la patria, *ora*²⁰ defendiendo su dignidad, cuando algún mal nacido la ultrajaba; *ora* cuando precisaba festejar (con su literatura pirotécnica), uno de los muchos onomásticos de héroes, sabios y artistas ilustres con quienes se enorgullecía la fecunda población.²¹

A más de estos sabios artistas y héroes muertos, para quienes la palabra, el recitado y la canción de los oradores y los vates inflamables fueron siempre ofrendas pálidas hechas a sus excelsitudes y renombres, tenía la privilegiada república aquel centenar de maravillas que enumeró con sus rubios, aristocráticos dedos don Anselmo Espinosa en el Club Criollo: carreteras y academias, ferrocarriles y ateneos, restaurantes y colegios, tiro al blanco y cerveza nacional, hipódromo y prensa periódica, catedrales romanas y tranvías modelos...

²⁰ Este y el siguiente “ora” son sustituidos por “unas veces”, “otras” (p. 64).

²¹ “fecunda villa” (p. 64).

La mayor parte de estas citadas maravillas –dicho sea sin la punzante ironía que la malicia querrá de fijo descubrir en nuestro sencillo lenguaje–, fueron obras de un famoso caudillo a quien llamaban “el tremendo nivelador”, y cuya mano vigorosa, al par que progresista, supo construirlas, a despecho de los fanáticos y los retrógrados, sobre los escombros de una secular hilera de conventos.

Bajo sus cesáreas, pero oportunísimas órdenes, en aquel pueblo habituado al desbarajuste, marcharon siempre temblando y sin chistar, administradores, diputados, jueces, ministros, presidentes y secretarios, cónsules, agentes, Alcaldes de cárcel, prefectos, gobernadores y hasta comisarios de policía. A los jefes levantiscos que se la pasaban dando carreras del club conspirador al monte vecino para armar revoluciones y comerse las terneras y las gallinas que encontraban al paso, porque no les dejaban la presidencia o cosa así, aquel inexorable reformador los sometió bajo su mano de hierro y llevó de esta manera la tranquilidad a los pueblos que, distanciados de la capital, vivían con el alma en un hilo, en *espera* del general recién alzado.

Ni un solo día dejó de sentirse su poder en Villabrava. Hombre político, sagaz, diplomático, enérgico, activo; gran señor, algo teatral y algo jactancioso en su porte y en sus mismas costumbres, pero conocedor profundo del carácter de la gente que mandaba, era el único jefe capaz de someter y hacer temblar a aquel pueblo pendenciero y alborotador, incorregible y medio loco.

Villabrava enaltecida era él: la ciudad, y con la ciudad la nación entera, le pertenecían.

Los más pequeños detalles de la vida del país pasaron frecuentemente en notas y apuntes curiosísimos por su despacho presidencial. Y como se metía en todo, todo lo cambió: acabó y arrasó con una multitud de cosas feas. Entre ellas, suprimió unas tradicionales, desafortunadas carreras de novillos en la vía pública, que aún echan de menos las damas y caballeros apegados al salvajismo de su época.

Para las dichas famosas carreras las calles más céntricas se colgaban de cintas, papeles y banderolas; las muchachas se ponían a la ventana, los galanes, emocionados, pasaban y repasaban sobre fogosos corceles por delante de ellas, dirigiéndoles miradas incendiarias. Luego rompía la orquesta, colocada *ad hoc* sobre un templete; se disparaban cien cohetes a la vez, se abría el encierro y salía el toro mugiendo... Los caballeros,²² que lo esperaban a la salida, corrían en tropel detrás del infeliz; le echaban mano a la cola, por medio de un movimiento *heroico*, al galopar del caballo, y de pronto ¡zas!, desnucaban al novillo frente a la dama de sus pensamientos. Y esta, satisfecha, orgullosa, entusiasmada por tan épica prueba de valentía y de amor, coronaba²³ al medioeval y medio-bruto caballero, que salía dando saltos²⁴ y más saltos por todo el largo de la calle entre los furiosos aplausos de la multitud.

Con lo que no pudo acabar “el tremendo nivelador” fue con las feroces riñas de gallos. Aún subsisten y ejercen en ellas de galleros eminentes muchos altos personajes de la política. Dicho sea esto en honor de la levantisca raza. Porque es hora de advertir que no siempre estaban los villabra-

²² “jinetes” (p. 66).

²³ “adornaba y coronaba” (p. 67).

²⁴ “dando saltos por todo” (p. 67).

venses dispuestos a acatar las órdenes del implacable mandatario.²⁵ A veces soplabla el viento de la rebelión y encrespaba el espíritu de la gente moza que no quería reconocer el origen divino de aquella suprema autoridad. Pero entonces ardía Troya. *El tremendo* se estremecía de furor, enarcaba las cejas, daba una patada formidable y con un solo grito, con una sola interjección a tiempo –en las cuales interjecciones fue él siempre algo olímpico– ponía término y fin a las más terribles y populacheras desobediencias.

Los que protestaban del grito olímpico iban sin más contemplaciones ni distingos a la cárcel. Y mientras tanto, el encolerizado jefe no perdía minuto, porque así como era violento de carácter, era emprendedor y genial. Sobre una ruina fabricaba un palacio, sobre un basurero levantaba un paseo, sobre el embovedado de un río una avenida. Fundó colegios, bancos, hospitales, universidades... y exterminó al caciquismo.

Así marchó la república villabravense, regenerada en parte, halagada, respetada, prometiendo un gran porvenir a los amantes del verdadero progreso y de la civilización sólida, permanente y bella.

Pero el autor de todo esto, muy superior a su tiempo y a los suyos, harto ya de lidiar con aquel país, de quien otro grande hombre dijo que era *ingobernable* y que, por ende, lo mejor que allí podía hacerse era *emigrar*, optó por la expatriación voluntaria e indefinida, precisamente cuando el país más necesitado andaba de su dictatorial inteligencia.

Desde aquel punto y hora puede decirse que los villabravenses no resolvieron ningún problema. Y merced a esta inesperada situación, se declaró allí una espantosa enfermedad moral que los alienistas del espíritu diagnosticaron de “fiebre de libertad desaforada”: fiebre que se agarró a la sangre y produjo los más raros fenómenos de alegría y tristeza a la vez. Les ocurrió a los hombres²⁶ en esta ocasión, lo mismo que a esos muchachos que pasan rápidamente del colegio a la universidad en solicitud de un bachillerato prematuro: el bachillerato se les sube a la cabeza, los emborracha y cometen cada barbaridad que tiembla el misterio.

Unida esta libertad al valor característico del pueblo bravucón, los ánimos se enardecían allí con harta frecuencia. Cuando había que elegir, por ejemplo, al primer mandatario, se fundaban periódicos terribles en los que se propinaban los electores de ambos bandos insultos feroces, zarandeando de paso las respectivas existencias de los candidatos.

“El jefe del partido *colorado* –escribía un periódico azul– es un pillo que robó el año 70 tres millones de pesetas”.²⁷

“¡Miente! –argüía el contrario– miente *tres veces* el papel rojo al *sentar* ²⁸ en su edición de ayer que nuestro *esclarecido* candidato es un pillo. ¡El pillo es el vuestro, *miserables!*”.

Y empezando, ya se sabe: armábase en Villabrava de tal modo y manera la refriega, que tocaba Dios a juicio. Se lanzaban a la calle hojas inmensas, monumentales, extraordinarias, del color del

²⁵ “órdenes del ilustre dictador” (p. 67).

²⁶ “los hombres de Villabrava” (p. 69).

²⁷ “de duros” (p. 69).

²⁸ “*al asentar*” (p. 69).

partido que defendían, con grandes títulos y menudas firmas de vivos y de muertos, de vagabundos y de hombres honrados juntamente; de las redacciones se salía en pandillaje pavoroso en son de desafío y de combate, pidiendo víctimas, clamando venganza, olfateando sangre... Aunque jamás²⁹ se dio el caso de que llegara la sangre de los exaltados, fuertes y valerosos paladines, a ninguna parte, a pesar del cúmulo de ultrajes que de entre ambos bandos se dispensaban sus respectivos directores.

Había directores de pastaflora, a quienes no les agradaba la bullanga y andaban siempre poniendo paz; pero había otros muy nerviosos, dispuestos siempre al duelo a muerte: a espada, a sable, ¡a lo que quisiera el adversario!³⁰ y por ende venían al punto las tremendas gestiones de honor que para tales casos se ponen en práctica.

Mas lo corriente era arreglar el asunto en pleno arroyo. Donde los contrincantes se veían allí se “saludaban” a tiros. Porque los villabravenses, como eran, o son así, tan valerosos, andan todos armados hasta los dientes.

A ponerse un revólver sobre los riñones es lo primero que aprenden esos muchachos; y crecidos ya, pero imberbes aún, con su arma abultándoles el bolsillo trasero, se creen unos entes sobrenaturales a quienes Dios envía al mundo para terror de sus semejantes.

De aquí que, hechos hombres, los villabravenses adquirieran³¹ cierto modo de andar fanfarronesco, tirado el pecho hacia adelante y la cabeza muy alta; el ceño fruncido, la expresión desdeñosa y el mirar descarado, fijo, inquisitorial, casi hostil, como si le fueran a pegarle a la persona que miran.

No obstante, eran en algunas otras cosas muy buena y muy unida aquella gente.

Apenas subía al poder, verbigracia, uno de los caballeros zarandeados en las elecciones presidenciales y los mismos terribles bandos políticos que, meses antes, lo pusieron, y se pusieron, de vuelta y media, olvidaban sus agravios, se confundían en “fraternal” abrazo y salían juntos y felices a pedir gollerías, es decir: ministerios, aduanas, direcciones, arzobispados, legaciones, secretarías y consulados en premio de sus correspondientes méritos y sacrificios. Y ocurría con frecuencia que los premiados eran, por exigencias de alta política, según la frase usual, los enemigos y los contrarios del que mandaba. Y esos contrarios y enemigos que en la elección habían puesto todo su odio, ponían luego todo su cariño patriótico a los pies del elegido y le formaban escolta y le hacían reverencias y lo mareaban a pedidos y hasta se tiraban escaleras abajo si “él” quería un cigarro, un vaso de agua u otra cosa cualquiera. Sujeto hubo, allá por las épocas del “tremendo nivelador” de marras, que en perspectiva de un empleo salió loco y trajo la jofaina de un lavabo para satisfacer la sed presidencial; y hubo ministro que a trueque de ser aplastado por su coche, se salía primero que los demás para tener el honor de abrirle la portezuela antes que el

29 “Pero jamás” (p. 70).

30 “que quiera el adversario! exclamaban airados, echando fuego por los ojos, y por ende” (p. 70).

31 “adquieran” (p. 71).

lacayo.³²

Lo cual no era obstáculo para que si el presidente se caía del sillón gubernamental, por no sentarse en él como Dios mandaba, lo llamasen pícaro y sinvergüenza, a las veinticuatro horas de caído.

En Villabrava, cuando las cuestiones no se arreglaban a patatazos, a revoluciones y a tiros, se terminaban por medio de certámenes, medallas, premios y diplomas. De las *juergas* políticas, motines y carreritas con la policía por las calles, se pasaba a las serenatas, a las ovaciones y a los vítores con la mayor facilidad.

Un poeta cualquiera, supongamos un poeta frenético, de los muchos que se usan en la gentil ciudad, juraba en clamoroso verso que Villabrava era la patria de:

Los flamantes triunfos legendarios;
la patria bendecida;
la que fue a despertar a los cóndores
en la montaña unguida...

Y se organizaba al punto una “Apotheosis” despampanante, en la cual apoteosis, después de amedallar y coronar al homérico poeta, otros poetas, más o menos “homeros” y esforzados, cogían la ocasión por los cabellos para rendirse a sí mismos tributos de admiración y de agradecimiento, en una ristra de décimas pletóricas también de “ripios patrios”, que dejaban conmovida a la nación por mucho tiempo.

Y esa nación tan sensible a la literatura pirotécnica, apenas si sentía un ligero estremecimiento de horror cuando, al leer sus periódicos, se encontraba con una sarta de crímenes monstruosos, de esos crímenes que, por más que los atenúen algunos píos y benévolos antropólogos, representarán a todas horas el verdadero estado psicológico de un país.

Apenaba el desdén, el mismo estilo guasón y casi impúdico que usaba la prensa para hablar de un “descabezamiento”, de una mujer acribillada a tiros, de un hombre cosido a puñaladas, de un estupro *bizantino* y de un degüello... Eran dignos de estudio los comentarios periodísticos y sobre todo los títulos que aplicaban a semejantes horrores: “¡Caracoles!”, “¡Carambita!”, “Atiza, chico”, “¡Demonio!”, “¡Anda con ese!”...

Esto, que resulta trivial, frívolo y hasta estúpido, es, escudriñado y ahondado, la más dolorosa prueba de la descomposición social de un pueblo entero. ¡Si por algo dijo uno de los pocos autorizados diarios de Villabrava!: “Aquí no hay justicia. Pero aún habiéndola, las leyes son impotentes cuando el corazón de un país está corrompido como el nuestro, ¡corrompido hasta la médula!”³³

³² “antes que lo hiciera el lacayo” (p. 72).

³³ Se guarda este recorte como se guardan muchos otros referentes a sucesos sangrientos acaecidos allá por la época en que se escribe este libro. Probablemente los necesitará el autor para pasárselos por la vista a los incrédulos [Nota del autor] [Esta nota de Pardo desaparece en la edición de 1903, A.C.].

Por otra parte, tenemos ya como cosa averiguada –aunque otra suposición viva y se anide en más de un espíritu intransigente–, que en Villabrava empezaba a luchar la juventud por el triunfo de las reformas que los modernos tiempos exigían. Tan bien fundada es esta creencia que, *por mor* de sus levantadas ideas y de sus constantes viajes a Europa, de donde venían hablando un idioma delicioso que no había por donde cogerlo de puro babilónico, empezaron a escasear las cívicas revueltas que periódicamente fomentaban los eternos, valerosos e incorregibles enemigos de todo gobierno que surgía. Por iniciativa de esa previsora juventud se reformaron algunos edificios deteriorados de antiguo; se construyeron cloacas, kioscos y urinarios públicos; se sembraron árboles en las mejores calles para el sostenimiento de la higiene descuidada, y entre las muchas cosas buenas que se reformaron allí, la marina y el ejército obtuvieron inusitados privilegios.

La marina recibió un refuerzo de siete “lanchas” cañoneras que eran el terror de los acorazados ingleses, y se nombró almirante de la escuadra a un señor que se mareaba. Se levantaron en los más importantes puertos fortalezas de sacos de arena que, vistas de lejos, infundían pavor al enemigo. Y se organizó el ejército de tal modo, que los soldados, capitanes, tenientes coroneles y jefes de más alta graduación, vestían como les daba la gana, improvisando cada quisque su equipo militar como le vino en gana. Y los componentes de un batallón se armaban a la diablo: estos de puñales, aquellos de fusiles de chispa, los otros de rémington, y los de más allá de escopeta de caza.

En cuanto a limpieza, no había por qué quejarse.

Ya no se levantaban aquellas nubes de polvo que, avanzando en todas direcciones, ponían en libre circulación por las aceras las inmundicias del arroyo, convirtiendo a la Florencia indiana – como llamaban a Villabrava– en un verdadero Tánger criollo; el municipio trajo mangas de riego y escobas mecánicas de Europa. Los cocheros se vestían de limpio; la policía de lujo; se suprimieron los burros de carga, que eran algo así como un padrón de ignominia para la capital, y con muy buen acierto el gobernador prohibió a las mujeres públicas que anduviesen desgreñadas y en chancletas por los alrededores de la Plaza Central, en las noches de retreta.

En este ramo de la civilización, sobre todo, la capital progresó rápidamente. Porque ciertas almas caritativas, de esas que ofician en los altares del amor libre, iniciaron hartas munificentes reformas en toda la línea, a saber: la introducción de diez o doce rozagantes vestales robadas al bullicio del Bowery en Nueva York, y el refuerzo de unas cuantas más, escapadas de los laberintos de Montmartre –que es en París el barrio por excelencia para esta clase de conquistas.

Las rozagantes heroínas fueron presentadas en determinados lugares públicos como la flor y nata del elemento perfumado y liviano de las antedichas ciudades. Desde entonces hubo en Villabrava restaurantes de lujo donde se pagaba, según la cara del consumidor, de cincuenta a cien francos por cena. Menudearon los bailes de máscaras en los teatros, las propinas de *á louis*, las broncas nocturnas y las quiebras inesperadas de algunas casas de comercio.

Relacionados con estos equitativos placeres se podían contar, sobre poco más o menos, quince o veinte sitios de recreo, donde los villabravenses encontraban motivo para holgar. Entre ellos se distinguía, por su democrático concurso, el Club Criollo, que el lector conoce, y el Club Villabrava

por lo contrario, es decir, porque en este sólo entraban los magnates, los linajudos, los seres escogidos, sublimes, divinos e intocables de la nobleza. Para eso precisamente se fundó el aristocrático Circulito: para distanciarse del Círculo *Criollo*, donde los socios eran, por lo regular, políticos, comerciantes, hacendados, escritores, periodistas, médicos y generales en abundancia.

Bajando unos peldaños más en la escala social, se encontraban los cafés, con salones para señoras; en los salones de “hombres solos” la asamblea, es claro, era híbrida, deliciosa, igual a todas horas, igual el barullo de copas, de carcajadas, de rodar de dados de *póker*, igual la vida,³⁴ igual las conversaciones, igual todo...

En un grupo de políticos se mataban por si un general tenía o no tenía el bigote a lo Víctor Manuel; y en una reunión de escritores de al lado, los que no se despellejaban se hacían la barba, por no hacerse otra cosa menos digna. –¡Oh!, ¡la nueva generación –decían– un prodigio, una verdadera cosecha de artistas, de pensadores, de vates laureados; un arca de Noé tripulada de genios de toda especie!

Allá más lejos, en tal cual mesa se hablaba de alfileres de corbata, de perfumes ingleses, de guantes, de calcetines de seda, de pomada húngara, de camisas bordadas, de brillantina, de polvos de arroz y de jaboncillo de uñas. Como ustedes pueden ver, estas conversaciones son tan adorables, tan interesantes y las manejan con tales gestos de elegancia y primor los *smarts*, *sportsmans* y *dandys* villabravenses, que nosotros, humildísimos ignorantes en indumentarias y toilettes arrebatadoras, nos resistimos a vaciarlas en las cuartillas, por temor de empalidecer su brillante colorido.

Allí tenían a su vez cabida los *Cúchares* modernos, y era de ver y oír cómo los jóvenes entendidos en achaques de tauromaquia, adoptaban graciosas actitudes de toreros, según el diálogo de *arranques*, pases, arrastres, quites y verónicas que caía sobre la mesa.

Así como el café Indiano era el refugio obligado de toda aquella dorada, afeitada y empolvada juventud, la Plaza Central fue por muchos años el baluarte inexpugnable de todo lo famélico,³⁵ desocupado e inútil de la indolente capital. Y de la misma guisa que fueron arrojadas ignominiosamente las recusadas de la sociedad, fueron saliendo de allí los sablistas de oficio, los músicos ambulantes, los periodistas inservibles, etc., quedando posesionados de la invicta plaza los políticos “influyentes”, los banqueros, la falange adinerada del comercio que no conocía otro idioma que el del “alza y baja del bacalao”, y a quien Luis Acosta bautizó con el apodo de “Mantecaje adinerado”; los escritores jóvenes aspirantes a cónsules, y los cónsules aspirantes a ministros; algunas criadas de servir de casas ricas y los siete sabios de Villabrava: venerados y venerables sujetos que formaban corro aparte para “deliberar”, arreglar el país y cebarse ferozmente en el goce de una charla augusta, patriarcal... y académica.

³⁴ Suprimidas las palabras: “igual la vida” (p. 77).

³⁵ Se suprime la palabra “famélico” (p. 79).

Había una iglesia de moda y una Asociación de Padres de familia como las de Madrid; un Jockey Club como el de Londres; un Bazar de Caridad como el de París; una noche de moda como en La Habana y un teatro curiosísimo que no tenía rival ni precedente, al cual teatro llamaban Coliseo y no tenía más que una fila de palcos, un piso de butacas y una cosa que sabe Dios por qué apellidaban paraíso; donde el humanísimo rebaño villabravense, en lo mejor y más serio de una representación –dejando paso franco a sus instintos– chillaba, silbaba, relinchaba y coceaba indistintamente, para aplaudir o protestar según su leal saber y entender. Dijérase que en Villabrava el bufante populacho tomaba a empeño vengarse de su triste condición de rebaño pateando desde arriba a la aristocracia pseudo-ilustre que ostentaba en los antepechos de los palcos sus riquezas y sus nombres. Mas, como decía Julián Hidalgo, si la titulada aristocracia villabravense era una aristocracia de guardarropía sin génesis conocido, el populacho era digno del análisis de un sociólogo despiadado.

Y léase bien que donde hemos escrito populacho no decimos pueblo.

El pueblo, el verdadero, el pueblo villabravense eminentemente trabajador; el que manejaba dinero y era honrado; el que en su hogar era hospitalario; el que iba a la mesa y era decente, y en el café era sobrio, y en la calle correcto, y en el templo augusto, y en la sociedad formal y en el taller capaz de todas las faenas y de todos los esfuerzos de una gran raza; ese no está confundido en estas líneas ni siquiera mezclado en esa turba que en el teatro armaba escándalos; y robaba en el garito, y vivía de las chancleras de la prostitución; y hacía barreras en las ventanas de los bailes para lanzar frases sangrientas sobre la honra de las damas que a ellos asistían. Eso no es pueblo: eso es plebe.

Tal vez, cegado por esta fatal confusión,³⁶ el municipio aunaba al pueblo honrado con la plebe descamisada, y apenas si ponía los ojos en los barrios apartados, siempre menesterosos de limpieza. Porque en cada arrabal había cien cloacas inmundas y en cada cloaca un hervidero de microbios; y por los culebreantes alrededores del barrio una legión de perros, de perdidas y de granujas pululaban impunemente, de tal suerte que hubieran asombrado al mismo Zola, si Zola se hubiese atrevido a cruzar por semejante mundo de canalladas, amarillento de vicio, hinchado de alcohol, repleto de carcajadas impúdicas.

Pero estos pormenores de vergüenza y de higiene públicas, ¿qué importan, si ya hemos registrado, para satisfacción del lector, los muchos y hermosos adelantos de la famosa Villa?... ¡Además caían allí unos aguaceros tan extraordinarios, tan fenomenales, tan estupendos, que las calles se volvían ríos, y estos ríos, al arrastrar la basura del arroyo, dijérase que arrastraban también otras basuras impalpables que empezaban a flotar en el espacio!

Había otra clase de basuras, no despreciables ciertamente, en el país; pero de su eficaz y gloriosísimo barrido se encargaban, sin hacer ascos ni melindres, unos activos, laboriosos y *aventajados* caballeros a quienes pomposamente apellidaban: “financistas”, ¡ministros de finanzas!

³⁶ Desde “Y léase bien” hasta “fatal confusión” está omitido en la edición de 1903 (p. 80).

Y este precisamente era uno de los pecados de los villabravenses: el pecado de calificar con desmesurados epítetos los hombres y las cosas que les pertenecían. Todo lo miraban a través de poderosos vidrios de aumento; y así como llamaban con aparatoso lenguaje a las calles más céntricas *bulevares o avenidas*, y a las iglesias *basílicas*, y a las polvorientas carreteras *grandes vías*, y a los teatros *coliseos*, y a los tranvías desvencijados carros de *ferrocarril*, y a las casas de cartón pintarrajeadas de blanco *palacios*; así también se daban a la triste tarea de calificar a sus hombres más o menos notables de “ilustres”, de esclarecidos, egregios, beneméritos, bizarros, etc. etc. Apenas un hombre que no le había hecho mal a nadie subía a la presidencia, ya los terribles villabravenses empezaban a ponerle motes: “el amado de los pueblos”, el “invicto”, el “geniazo³⁷ de la política”, el “padre de sus comilitones”, y lo abrumaban a títulos, a condecoraciones, a honores y a padrinzagos impíos.

Y para que todo fuera completo y la balanza no pesara de un lado más que de otro, cuando alguno de esos egregios, beneméritos, esclarecidos, ilustres e insignes y privilegiados seres cometía un desliz o una falta leve, o se equivocaba en política o en literatura, o no estaba *de acuerdo con la comunidad* –la más grave falta que podía cometer un villabravense rebelde–, ¡santo Dios qué algarabía! –¿Con que usted se permite disentir? ¡Pues no faltaba más! Y ¿usted quién es para abrogarse semejantes derechos? ¿Es usted *clarividente*; es usted *providencial*; es usted genio *sibilítico*?– Y era tal y tan menuda la tempestad de apóstrofes y protestas que le caían sobre la cabeza al desgraciado, que ya tenía para encomendarse a todos los santos del cielo, porque los mismos que el día anterior le *osequiaron*³⁸ [sic] con alabanzas a destajo, a destajo también le prodigaban luego los más feroces insultos.

No podían negar los villabravenses que surgían de una tierra caliente, volcánica, donde la sangre siempre estaba en ebullición, el espíritu siempre inflamado y las lenguas prontas a todas las hipérboles y a todos los dicerios.

Finalmente, y sin incurrir en falta de ponderativo abultamiento, puede asegurarse de una vez por todas que en Villabrava la gente se dedicaba al cultivo de la política, de las letras, de la abogacía y del *generalazgo* con el mismo ardor y patriotismo que en otros países *menos prácticos* al de la remolacha y otros frutos más vulgares. Allí no se hacían máquinas, pero se fabricaban doctores en un año; no había quien barriese las calles, pero sí quien barriese, como se ha visto, las arcas nacionales; no había una escuela militar, pero se encontraban los militares en las calles por turbas como los perros en Constantinopla. De tal suerte es verdad todo lo escrito, que a este respecto podía elaborarse una muy curiosa estadística con los cien mil habitantes que tenía Villabrava; porque había muchos centenares de políticos transformistas, muchos “poetas arrendajos”, muchas eminencias de papel de estraza y, sobre todo, muchos generales napoleónicos. De estos había que decir como de las armas de Roldán: ¡*Nadie las mueva!*

³⁷ “genio” (p. 82).

³⁸ “le dispensaron” (p. 83).

Pero donde había que ver a los villabravenses era en París... Ya encontrarán ustedes a algunos de nuestros personajes en “la capital del mundo civilizado”. ¡Magníficos, estupendos, milagrosos, dignos de la epopeya, únicos en su especie y en su historia! Todos *smarts*, todos *lyones*, todos *dandys*, todos *sportsmans*, estetas, decadentes, rubios, arrebatadores, haciendo de *aristócratas* y de *fatuos*, y provocando la sonrisa irónica de las mujeres cuando los veían pasar, chupándose, por único alimento intelectual, el puño de sus bastones a la moda.

IX

En un viejo y vasto local que, a pesar de ser vasto y viejo, resultó estrecho para la gente que acudió, curiosa de lo que allí iba a decirse, decidió al fin Julián Hidalgo celebrar su primera conferencia.

Componíase el mueblaje de un centenar de sillas para los asistentes y de una mesa, colocada a cierta altura en el fondo del salón, para el conferenciante.

Los rezagados no encontraron asiento, y más de cincuenta personas permanecieron en pie, obstruyendo las puertas. Hasta las señoritas Pérez Linaza y la generala Tasajo, que andaban siempre buscando donde había escándalos para tener oportunidad de desmayarse, solicitaron entrar, y no les fue posible satisfacer su deseo. Y excepción hecha de don Anselmo Espinosa, a quien un violento ataque de bilis postró en cama, honraban con su presencia el acto todos nuestros más conocidos personajes, a saber: Florindo Álvarez, en calidad de poeta épico; Arturo Canelón con su carácter de periodista, orador y revistero luminoso; el general León Tasajo acompañado de tres militares más; Jorge de la Cueva, cuyo traje arrebatador anonadaba al concurso; Francisco Berza como monopolizador de la sabiduría, y Luis Acosta, que fue a sentarse muy cerca de la mesa, en el fondo del salón.

Mientras, para matar el tiempo, los mencionados caballeros entablaban de silla a silla diálogos vivísimos, y algunos graciosos –que nunca faltaban en estas reuniones–, empezaron a dar muestras de mal reprimida impaciencia, golpeando las sillas con los bastones.

En este caldeado momento entró Julián Hidalgo, y a su entrada sucedió un silencio repentino, luego un murmullo indefinible, casi hostil.

Sin los aparatosos exordios que usan los oradores castelanos para decir cuatro majaderías en un discurso de mil páginas, el joven conferenciante después de un reposado “Señores” que vibró en sus labios como promesa de algo nuevo, entró con inesperada valentía por caminos no trillados, y así como repartió elogios señaló defectos, esbozó horizontes, nutrió de citas su doctrina, y puesta a censurar su crítica sangró al contacto de la realidad y fue cruel, pesimista, despiadada, no hallando medio más eficaz para extirpar tantos males arraigados en su patria, que algo así como una terrible, gigantesca segadora que, cortando a través de los extensos campos villabravenses, preparase sobre el lecho rasurado los gérmenes sedientos de aire y de luz de una nueva vegetación.

Mas como no queremos ser cómplices de tan descabellada pretensión, dejamos al audaz conferenciante toda la responsabilidad de sus ideas, cediéndole en absoluto la palabra.

X

Habla Julián Hidalgo:

–Lo que yo voy a decir –bien o mal dicho– está en la conciencia de todos vosotros. TODO es vuestro; todo me lo dais hecho: ideas e impresiones, sofismas y verdades, frases dolorosas y coléricas protestas... Alma, vida, corazón y nervios que se os escapan de los labios a todas horas y en todas partes; palabras y comentarios que se oyen igualmente en los alfombrados salones del poderoso y en los desolados cuartuchos del pobre; en los revueltos pasillos de los teatros y en las hirvientes reuniones del café; en los despachos y en las redacciones donde ponéis vehemencias y corajes que no os atrevéis luego a verter con la misma fe y con el mismo vigor sobre un puñado de cuartillas.

No es raro ni nuevo vuestro caso.

“La Verdad” en familia, la verdad entre amigos; la verdad envilecida por el montón anónimo o vulgarizada por la muchedumbre en cuadrilla grande –como si necesitara de muchos valedores juntos para ser creída– no levantará jamás rumores de indignación ni de protesta. Es irresponsable y es impune.

Pero la verdad, proclamada en nombre de eternos y sagrados derechos en un periódico, os asusta; y la verdad austera, valerosa, pujante, inexorable, de pie, en la tribuna, “saliendo del espíritu humano rápida y segura, como el proyectil de la entraña del cañón”, os espanta. No la queréis íntegra, sino a retazos; no la queréis sobria, sino con perplejidades y tanteos de frases lisonjeras; no la queréis desnuda, hermosa, inmutable como es ella, sino disfrazada, diluida en los convencionalismos sociales.

Por eso la practicáis a diario en la tertulia sin consecuencias, lamentando con monjiles aspavientos nuestro espantoso estado sociológico. ¡Moralidad de cascarilla y de buen tono, pero moralidad incapaz de una abnegación ni de un sacrificio a tiempo! ¡Pactar, transigir, cerrar los ojos, hablar mucho y no hacer nada: ese es vuestro lema!

Faltaba en Villabrava un hombre osado que repitiera en público lo que vosotros comentáis en privado. Yo sé que esto os indigna: no importa. Así como toda religión tuvo sus mártires, toda revolución debe tener sus víctimas. Yo sé que al repetirlo en el mismo desenfadado lenguaje que vosotros usáis –gozando de inaudita inmunidad– caeré abrumado por vuestra intolerancia. Sabré

caer como el titán de la fábula que cantó el poeta: “estremeciendo al mundo con el estrépito de mi caída”.

En consecuencia, vengo a deciros. Señores: Villabrava ofrece hoy a los ojos del mundo el espectáculo más doloroso de los tiempos presentes. Villabrava es un pueblo enfermo, y la enfermedad es tan cruel, tan impenitente, tan tenaz, que está pidiendo el experimento y el diagnóstico inmediatos de los más despiadados alienistas del espíritu.

El mal tuvo su génesis allá en las brumosas lejanías de un gran crimen. Naciendo del pecado natural era que a su desarrollo se incluyeran otros muchos para dar una sombría y desconsoladora resultante. Y así fue. La naturaleza contribuyó a su engrandecimiento agregando sus disturbios; la incuria propagó la infección; el vicio dejó caer su gota de virus; la maldad, su grano de odio; la ambición vino y clavó sus dientes; la envidia sus garras; los hombres políticos pusieron sus enconos; los engreimientos de clase sus injusticias irritantes; el fanatismo sus sombras; la miseria su dolor; el dolor sus lágrimas; la infamia sus calumnias; el alcohol su veneno, y hasta el aire mismo que se respira su anarquía.

¡Ah!, sí, el mal viene de atrás, de muy atrás, de la historia arriba, y vosotros conocéis la historia.

¡Villabrava era colonia!... Perezosa, letárgica, entregada a la holganza en medio de una fronda gigantesca; gozando del amor al arrullo de los pájaros, al olfateo casi lujurioso de sus flores; sesteando a la hora en que la tierra encendida por el sol fluía de sus entrañas hábitos de caliente bochorno; extática ante la quimera azul de un cielo siempre limpio o aletargada siempre por el fuego de los trópicos; Villabrava revelaba a todas horas la honda y profundísima tristeza de las “razas vencidas”. Colonia sin aspiraciones, sin entusiasmos, sin fe; colonia olvidada de la alegría universal, humillada por la opresión, injuriada por tres siglos de látigo... Eso era Villabrava.

Unos cuantos hombres que la historia llama “patricios”, avergonzados entonces de tanta mengua, se lanzaron a la guerra, colgaron a la cola de sus caballos la victoria y firmaron con la punta de sus espadas tinta en sangre la libertad villabravense.

Y la libertad, que debió ser origen de bienes incalculables, de orden, de paz, de igualdad, de liberalismo y democracia, empezó a trocarse a lo mejor en inesperado desorden.

¡Mudanzas singulares de los tiempos! A poco andar aquellos mismos iniciadores de la cruzada redentora hicieron traición a su historia y opusieron a las rehabilitaciones del pueblo la vanidad insensata de las clases.

De aquella raza híbrida, terriblemente amasada con lágrimas y sangre de aventureros y de indios resultó, a partir de aquel funesto día, una sociedad risible y deliciosamente dividida en castas; una sociedad sin génesis bien esclarecido, que tuvo, como las sociedades europeas, su aristocracia, su clase media y su plebe.

La primera, la más anémica y por ende menos copiosa que la abundante clase media, engendró seres degenerados y enclenques, los cuales seres, creyendo a pie juntillas en su alcorniada descendencia, se proclamaron de la noche a la mañana raíces, ramas, flores y capullos de aquellos árboles egregios que fueron orgullo genealógico del pueblo que por casualidad hizo nido en las

montañas de la engreída Villabrava.

Insoportables, frívolos, inútiles hasta dejarlo de sobra, no sabiendo siquiera lucir su frac y su apellido en los saraos, los nobles improvisados, a pesar de sus parentescos y enlaces con el primer mantecaje³⁹ adinerado del país, siguieron juzgándose de origen divino, milagros de la merced celeste, concepciones supremas del rancio feudalismo... Allá en las inconscientes profundidades de la candidez villabravense latió la idea equívoca y maleante de la tradición. Por eso, por arrancar de aquellas lejanías, se aceptó la farsa como artículo de fe y echó, por desgracia, hondas raíces en la conciencia nacional.

Con todos los vicios, pero con ninguna de sus virtudes, la clase recusada se crio ferozmente entre un remolino de pasiones y partidos: la prole fue fecunda, heterogénea, mestiza, fatal... Temeraria, indómita y perversa, a causa de las humillaciones recibidas, quiso que la pseudo-aristocracia bajase hasta ella, pretendiendo por descabellada manera que la promiscuidad abajo y no el enlace arriba, en la cima, era la noción más humana y más lógica de la quimera que los hombres llaman igualdad.

De ahí vienen todas nuestras grandes desgracias.

Jamás se ha visto en parte alguna rencor más reconcentrado y perdurable que el rencor que existe en Villabrava de clase a clase. ¡La democracia es mentira; la fraternidad, mentira; mentira el patriotismo, mentira! La única verdad es el rencor: el rencor disimulado y sonriente que se tropieza a todas horas a través de las demostraciones del cariño falso. Y así es como yernos y suegros, y primos y cuñados, y hermanos y sobrinos, y todo lo que es parentesco de familia y cruzamientos sagrados de amistad, todo está a merced de ese rencor y de esa farsa.

En el vértigo de nuestra existencia compleja y trabajosa, en lucha fiera con instintos, con ambiciones y con clases, nos parecemos a los náufragos que en esos grandes siniestros marítimos olvidan lo que fue un momento antes galantería, distinción y cultura, para reñir en el fondo del mar su derecho de vivir. Así como suben a la superficie esos náufragos con las manos “llenas de sangre y de lodo”, así también acabaremos nosotros por subir con nuestros furros y nuestros resentimientos escondidos en lo más recóndito del alma.

El destino se ha encargado de hacer lo demás.

Rota la ley, violado el respeto, entronizada la impudicia, irritada la envidia, perdida la consideración social, prostituido el sentimiento, humillados los caracteres, entendiendo la civilización por el descaró del arroyo y el progreso por el aspecto exterior de las ciudades, Villabrava es un pueblo perdido para “el ideal”.

La enfermedad, ya lo veis, es intensa; enfermedad de influencia trágica, de hondos y devastadores contagios. La enfermedad es moral, material e intelectual; porque el cuerpo humano en Villabrava carece de alimento, el espíritu de alegría y *la conciencia pública de articulaciones*. El mal existe –aunque no lo crean los optimistas voceadores de nuestra civilización– existe y “toca a

³⁹ “con el primer monteje” (p. 93).

las entrañas de la Patria, desgarrándolas”, existe arriba, abajo, en todas partes: en el suelo, en la atmósfera, en la masa de la sangre villabravense.⁴⁰

Queremos República modelo y no conocemos bien nuestros deberes ciudadanos; hablamos de progreso y rompemos los urinarios públicos porque nos estorban; alardeamos de hombres civilizados y armamos una bronca en cualquier sitio público por respetable que este sea; le pedimos circunspección a los cómicos y formamos griterías espantosas en los teatros; pedimos garantía para nuestras creencias y entramos a los templos a impacientar a los demás y a hacerles maldades a las mujeres; organizamos un centro social y lo acabamos a silletazos en la primera discusión que se presenta; exigimos a las señoras que vayan al café como en las grandes ciudades y tenemos que distanciarlas de los hombres porque a lo mejor entran unos guapetones de barrio y las echan del café a tiros de revólver; abrimos las ventanas de un salón de baile donde están nuestras hermanas y nuestras mujeres y fomentamos el desorden del público de afuera para solazarnos con sus dicharachos insulsos y sus silbas canallescas; queremos prensa libre y a las primeras de cambio esa prensa se convierte en antro de difamación. Y si tenemos algunos hombres que nos honran por sus obras, empezamos a tirarles de los pies apenas los vemos en la mitad de la escala que conduce a la cumbre; nos desgañitamos en cuanto se nos toca el registro nacional y rompemos en frases relampagueantes, en épicas sentencias, en candentes atronadoras protestas para enaltecer el patriotismo; y resulta que aquí el patriotismo, como escribe Burell, es “elástico y acomodaticio a todas las formas de partido”, cuando no a todas las conveniencias del momento.

¡Todo en nombre de la patria!

¡La patria!... ¡Si muchos de vosotros no sabéis lo que es *eso*! La patria con los gritos estereotipados de “Libertad”, de “Orden”, de “Progreso”, os sirven de pretexto para hacer mangas y capirotos de los gobiernos constituidos; para entrar a saco en la hacienda pública; para blasfemar furiosamente en la calle; para deshonar los hogares de aquellos que no piensan como vosotros; para armar escándalos y dar margen a la censura del extranjero; para llevar la consternación a los pueblos pacíficos; para interrumpir el trabajo de gentes honradas y elevar a la categoría de “inmaculados” a unos cuantos pícaros que debían estar en los banquillos, frente a los jueces... La patria es otra cosa; es el respeto mutuo, la estimación de hombre a hombre, el cariño de familia a familia, la lealtad de amigo a amigo. La patria es amor, no es odio... ¡Y aquí vivimos odiándonos!

Nos odiamos “porque sí”, por las ideas, por el traje, por costumbre, por la posición política, por el triunfo literario, por la conquista más o menos legítima en amistades y en amores; por esto, por lo otro, por lo de más allá... ¡Si parece Villabrava una tierra de monstruos donde estamos siempre pronto a devorarnos!

Aparejados a estos derrumbamientos, sacudiendo el suelo, apestando el aire, formando diluvios de lágrimas y océanos de sangre, tenemos otros males agarrados a nuestra mísera existencia.

⁴⁰ Los siguientes párrafos, desde “Queremos República” hasta “esperanzas de verdadera redención!”, fueron suprimidos en la edición de 1903.

Todo sirve de blanco fijo y seguro a la calumnia. Todo lo que estorba, o que se cree que estorba, se escarnece, se apedrea, se persigue, se difama... ¡Aquí se vive en medio de un torbellino de injurias y de comentarios que avergüenzan! La calle se nutre de cobardías; el café de historietas; el salón de equívocos sangrientos sobre reputaciones que tienen derecho al respeto; el centro literario es un nido de chismes; las tertulias, poco socorridas de asuntos amenos, tienen por ocupaciones gratas el susurro, la malicia y la inventiva. Hasta el arroyo se erige en juez y falla y se considera infalible e inapelable institución en este país, que ofrece ya el espectáculo de un Pandemónium monstruoso, degradado por la villanía. Y así va la vida villabravense: navegando entre un tejer y destejer de mentiras, entre redes de enemistades violentas e incomprensibles; de sospecha en sospecha, de emboscada en emboscada, transmitiéndose querellas, heredándose represalias, cruzándose venganzas y enojos y rencores que nos darán mañana, si Dios no pone remedio al mal, una triste posteridad de asesinos.

¿Qué se puede esperar después de semejante estado sociológico? ¿Quiénes serán *los redentores*? ¿Los pseudo nobles, los improvisados, los lechuguinos de salón? ¿Los hombres de la clase media que no han sabido ni siquiera ocupar con dignidad el puesto que les corresponde?... ¿Los hijos del pueblo que no conocen sus derechos ni sus deberes y que, por ende, no son capaces de emprender obra tan santa?... En los primeros, ni siquiera debemos creer. Lo que sí debemos creer de una vez para siempre, y tengámoslo por cierto, es que si en este país de mescolanzas impuras, donde a cada paso se encuentra un ennoblecido sin nobleza, viniera un inspector de razas y de seres humanos a juzgar de jerarquías, de títulos, de nombres, de engreimientos, de pretensiones y de genealógicas naturas, acabaría por levantar una pirámide tal de plebeyismo, que ni aun las águilas de más alto y poderoso vuelo serían capaces de llegar hasta su cumbre...

¡Y la clase media!...

¡Ah! Sí; lo que pone en mis labios una frase más de indignación, es ese otro elemento perdido, esa clase media sin ideales, sin voluntad, sin valor, sin fe en lo porvenir. ¡Esa enorme y augusta masa de seres en quienes la patria cifró un día esperanzas de verdadera redención!

Cuando se la esperaba erguida y magnífica, con la frente alta, con los ojos llenos de fulgores de triunfo, ávida de conquistas nobles en la ciencia, en el arte y en la industria; útil y vigorosa en el trabajo, sublime en el deber, abnegada en el derecho, insólita en el honor, la encuentra uno abajo, en el abismo, hundiéndose hasta las rodillas en el fango; mezclada, confundida, hecha montón juntamente con los otros, con sus mismos odios, con iguales mezquindades, con sus idénticos y torpes proceder.

Esa clase media que ha podido salvarse, que ha podido vencer, que pudo regenerar el país, no tiene ni tendrá jamás, perdón en la historia de su época. En vez de luchar varonilmente “contra los vicios y la corrupción de su tiempo”, ha utilizado ambas cosas en beneficio suyo.

¡Otra sería Villabrava si la clase media hubiera querido!

Menesterosa de orden, necesitada de consejos, sedienta de justicia, horrorizada por las turbulencias políticas y espantada de su triste estado social, esta pobre tierra *apenas si pedía un esfuerzo, un solo esfuerzo* impulsor de su renacimiento.

Pero, no, señores; la clase media no quería: ¡qué iba a querer! ¡Si médicos y abogados; artistas y literatos; banqueros y negociantes; jóvenes holgazanes y viejos achacosos; industriales y artesanos; todos sin excepción casi, y casi todos sin derechos justificables, han abandonado profesiones, han hollado amistades, han violado deberes, han pateado hasta lo más santo para entrar tumultuosa y desafortadamente en el desorden político; para meter los brazos hasta el hombro en las arcas nacionales; para pelearse como lobos a la vista de la presa de un cargo público cualquiera!

Así vemos cómo por una posición efímera corre el escándalo por el camino de la envidia; y se ensartan enredos, y se zurcen chismes en las altas esferas del gobierno; y se fabrican anécdotas sobre reputaciones inholladas y es negocio lucrativo el denuncia falso; y se atrinchera la infamia en los reductos inexpugnables del anónimo; y se traiciona al amigo y se asesina al compañero, y hace la emulación oficio de calumnia criminal; y para solaz de la opinión bastardeada, *a título de venganza política*, venciendo todo escrúpulo, va la imputación alevosa a sorprender la tranquilidad de los hogares: lo único inviolable, sagrado, aun en las más atrasadas naciones del globo...

Allá, en medio del horrible naufragio, resueltas a no dejar en el furioso oleaje la pureza de sus almas; formando un mundo aparte de silencio, de selección y de honor, luchan todavía heroicas, denodadas, nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hijas. ¡Quién sabe la suerte que mañana las espera! Cuando ese mundo bueno, amurallado de virtudes, acabe de ser violado, Villabrava habrá perdido su único pudor y su última dignidad...

A un cuadro tan sombrío como el que acabo de trazar corresponde, sin duda, una protesta solemne de parte vuestra. Ya os lo he dicho: me tiene sin cuidado vuestro enojo. Bien sabe Dios cuán duro oficio es este de predicar la verdad a los que no quieren oírla; y bien sé yo cuán mala y recia de sufrir es ella si lleva trazas de intolerante y ruda; pero no he traído yo aquí la adulación, sino la obligación: obligación que se ha considerado lícita en todas las edades y a todos los profundos analizadores de la Humanidad, cuando de males hondos y dolorosos se trata. Si en vez de conferenciante fuera yo novelista, sería como Balzac, cruel con la sociedad de su época; como Flaubert, severo con las costumbres de su época; como Tolstoi, pesimista y despiadado con las arbitrariedades de su época; como Zola, censor viril y en cierto modo sublime transformador gigante de su época; y si fuera hombre de acción –francamente, señores– sería inexorable como lo fue aquel hombre a cuya expatriación nunca bien sentida contribuimos los jóvenes con nuestra retórica estafalaria, con nuestros alborotos y con nuestra demagogia infantil, juzgándonos salvadores de todo un pueblo cuando éramos sencillamente cómplices de un gran crimen...

.....
(No se necesitó más para el escándalo. ¿Para qué se necesitaba más?)

XI

La sala entera, como sacudida por una descarga eléctrica, estalló en formidable protesta de patriotismo agudo.

Y era lógico. Hallándose allí reunidos los más nobles y bizarros valedores de los fueros nacionales, aquella protesta se formuló en nombre de sus santísimos principios y por manera enérgica, es decir, por medio de golpes de bastón sobre las sillas y por el más elocuente aún del insulto y del chillido. –¡Ha ultrajado a la historia! –vociferaban, estremecidos de irresistible pujanza. –¡La sociedad pide reparo inmediato! –¡Matemos al infame! –¡Es un miserable! –¡Un impío! –¡Sacrílego! –¡Bribón! –¡Canalla!

Y se alzaban puños amenazadores y crispados, y había bocas llenas de *espuma*, y en cada uno de los calificativos enderezados al audaz detractor ponían los vengadores de la patria una cantidad tal de impudicias, tal cúmulo de desvergüenzas, juramentos... y *cebollas*, que había para salir corriendo con los oídos tapados. ¡Dijéranse las Furias del Olimpo desencadenadas y metidas a villabravenses... belicosos! Porque ya se sabe, cuando los dioses querían castigar a un mal nacido, desencadenaban sobre él las Furias inexorables; y estas, a fuerza de chillidos y *cebollas*,⁴¹ sembraban el espanto en el corazón del impío y lo precipitaban luego de cabeza por un abismo insondable.

Así se explica que los villabravenses de procedencia casi mitológica y divina, parientes del dios del rayo y hermanos del dios de la guerra, valerosos y sublimes guardianes de aquella sociedad que se juzgaba propietaria de la merced celeste, no se contentaran esa tarde con jurar y “repartir” desvergüenzas, sino en poner en práctica el bárbaro proceder de sus ascendientes, tirando a Julián Hidalgo de cabeza por la tribuna abajo.

Para el caso había allí dioses de la talla de Arturo Canelón, que hacía de Mercurio; de Francisco Berza, representante de Minerva; de Teodoro Cuevas, que pretendiendo ser Plutón, resultó Véspero, lucero de la tarde; un Véspero francés de polainas, corbata azul y gardenia en el ojal de la *jaquette*. Al general León Tasajo le venía de perlas el papel de Júpiter Tonante; pero Júpiter desapareció, ¡oh mengua del militarismo villabravense!, al empezar la refriega. Entre tantos dioses

⁴¹ “y juramentos” (p. 100).

mayores, amén de los secundarios que formaban montonera, no podía faltar el rubio Apolo, y Florindo Álvarez hizo sus veces. Pero este Apolo furioso dijo cosas tan brutales y de tal modo las dijo, que se oyeron perfectamente en la calle, dando lugar a que muchos transeúntes, ajenos al suceso, se detuvieran a la puerta del local y tomaran parte en el escándalo.

Excitada por este súbito refuerzo, aquella denodada juventud sintió circular por sus venas la hirviente sangre de los héroes, próceres y mártires de su gloriosa independencia, y se prepararon a cobrar de una vez la afrenta recibida.

Los revólveres, dagas, estoques, puñales y otros alfileres de muerte que completan y resumen a todo villabravense de coraje, salieron de sus respectivas bolsas, vainas, fundas y bolsillos, convirtiendo el salón en un verdadero parque “criollo”, cuyo número de instrumentos cortantes y explosivos contribuyeron a encender en todos los pechos el ardor de que ya estaban poseídos. Quien más, quien menos, respiró allí exterminio y mostró trémula y vibrátil la nariz al olfateo casi voluptuoso de la sangre que se iba a derramar.

Julián Hidalgo no tenía por qué hacerse ilusiones; su muerte estaba decretada.

En vano apareció sereno queriendo crecerse ante el peligro; en vano Luis Acosta hacía furiosos molinetes con aquel terrible y nudoso *garrote* tan conocido en Villabrava por las palizas que oportunamente administró; en vano unos cuantos amigos generosos protegían con sus débiles cuerpos al *insolente* mozo. No había nadie capaz de detener el empuje de los intrépidos vengadores de la patria. Pero estábale reservado a un señor menos patriota, y por ende más práctico que todos aquellos señores, poner cese al alboroto. Y fue él, Juan Coriolano –el coronel Coriolano Bravo– jefe de la furiosa cuanto calumniada policía villabravense, quien los metió en cintura. Detrás de la policía venía Júpiter, es decir, León Tasajo, que, no pudiendo disponer del rayo, dispuso de sus piernas al comienzo del motín, como hemos visto, aunque con el plausible y magnánimo propósito de evitar un conflicto, dicho sea en su honor de militar, que nuestra ligereza le había regateado.

Ni el primer Coriolano produjo entre sus asustados conciudadanos el efecto que este otro Coriolano tropical a la puerta del hirviente salón. No venía al frente de un ejército invasor, pero sí a la cabeza de un piquete de gendarmes de muy mala catadura. Por lo cual se explica que a la algarabía de un minuto antes sucediera allí de repente uno de esos súbitos, profundos e inverosímiles silencios que las reuniones de hombres heroicos adoptan para dar pruebas inequívocas de su presencia de ánimo. No obstante esta actitud, digna de consideración y de respeto, el coronel, que tenía ojos de lince, vio cómo algunos muchachos azorados se guardaban en los bolsillos precipitadamente las armas “mortíferas” de marras, y quitándose de ruidos, dando una formidable arremetida, cogió por el cuello al primer patriotero, y le gritó:

–¡Marche *pa lante!*

–¡*Pa lante, pa lante!* –repitieron los oficiales, superando a su jefe y atropellando a todo patriota que encontraban.

–¡*Pa lante* le he dicho, amigo! ¿Usted no entiende qué es “*pa lante*”? –y se cimbraban, haciendo vibrar en sus manos la justiciera maceta que portaban, símbolo de su tremenda e inflexible autoridad.

Los villabravenses sí entendían aquel elocuentísimo “pa lante”, aquel delicioso idioma de su no menos deliciosa policía; pero como eran tan valientes, tan capaces de resistencias hazañosas, semejantes a las muchas que habían cometido sus padres en muchos gloriosos campos de batalla, se arremolinaban aquí, se detenían más allá, e iban saliendo poco a poco, amontonándose en la puerta, no sin lanzar centelleantes miradas de odio y de venganza a los miserables que, sin respeto alguno a sus nombres y prosapias, los empujaban de aquella suerte.

Y prueba de esto fue que, ya en la calle, cuando vieron que Julián, protegido por el coronel y sus “esbirros”, entraba en un coche y partía a escape, volvió el indómito coraje a sus inflamados pechos, por lo cual partieron también, frenéticos, detrás del vehículo, gritando:

–¡Para! ¡Para, *sinvergüenza*, para!

Pero el “sinvergüenza” no paró; los caballos iban como desbocados; el auriga sonaba y repiqueteaba terriblemente la fusta; el coche desaparecía entre una nube de polvo, y los belicosos perseguidores, irritados por no haber podido “beberse” la sangre toda de aquel rebelde, lanzaron unas cuantas piedras, acompañadas de otros cuantos tiros, sobre el coche escapado. Al oír los disparos, los gritos y las amenazas, en medio de aquella desatentada carrera, la gente corría despavorida. Se cerraron con estrépito algunas tiendas de comercio, y un señor que no las tenía todas consigo entró pálido y sin sombrero a una casa de familia pidiendo que lo escondieran en cualquier sitio, porque acababa de entrar a la ciudad el *general Comején* con su ejército de lanceros (Un general muy tremendo que andaba por aquellos días con sus bravos de a caballo por las afueras de la población, lanceando y degollando terneras porque le habían quitado el Ministerio de la Guerra).

Huelga decir que la villa entera, ignorando lo que en realidad ocurría, estuvo rezando y poniéndole velas a la Virgen de los Desamparados en espera de la entrada de Comején; hasta que *El Temporal*, periódico de gran circulación, volvió la calma a las sobresaltadas familias, narrando el suceso con todos sus pelos y señales, no sin elogiar de paso el acto heroico y “sin segundo” realizado por la juventud. ¡Hermosa, noble y hazañosa proeza! –añadía el periódico– que en su página más bella habrá de registrar mañana la historia de este pueblo ungido para las magnas luchas.

No le fue en zaga a *El Temporal* el periódico tenido en la localidad por moderado: *El Augusto*, donde colaboraban Álvarez, Berza y Canelón. Después de un valiente artículo de fondo, redactado por el mismo director, venía un “rondel” de Florindo Álvarez, titulado: *¡Maldito seas!*, al que servía de epígrafe el último verso del famoso soneto “A Voltaire”, de Núñez de Arce; luego seguía un estudio antropológico de Berza y, por último, un *¡Epopéyico!* de Canelón, donde se hablaba de proezas de luchadores medievales y otras archipujantes tonterías, todo ello enderezado a condenar la conferencia de Hidalgo. Y no contento Arturo con este desahogo metafórico, saliéndose de sus casillas y tal vez mal aconsejado por Florindo, que era de los que tiraban la piedra y esconden la mano, fue y “se metió” con Luis Acosta, dispensándole una sangrienta alusión a propósito de su “*valiente* actitud”. Esta imprudencia del luminoso articulista dio más tarde motivo a muy inesperados y trágicos acontecimientos.

XII

Mientras se desarrollaban estos y otros menudos sucesos en la noble y destartalada villa, Julián Hidalgo, en vez de salir a la calle resuelto a romperse el bautismo con el primero que encontrara – como era de suponerse, dado su temperamento borrascoso–, decidió encerrarse, sepultarse entre las cuatro paredes de su cuarto.

Fue la única vez que procedió con acierto aquel mozo falto de juicio, aunque sobrado de buenas intenciones.

Alrededor de su silencio voceó la ignorancia lo único que la ignorancia sabe vocear: injurias. Él creía oírlas, a veces, desde la altura de su cuarto, suspendido como un palomar sobre los anchos corredores de la casa que dominaba todo el norte de la ciudad. Entonces se asomaba al balcón y tendía la mirada colérica sobre aquel enmarañamiento de tejados sucios y azoteas mohosas, y calles estrechas que se retorcían locamente sobre la falda de la montaña. Los lejanos rumores de muchedumbre que el viento le traía a ratos se le antojaban amenazas, protestas, rugidos de la encanallada población, y acababa por exasperarse y apretar los puños y responder a la inmensa y anónima injuria que le golpeaba los oídos: “–¡Espera, espera... que aún me falta que decirte algo!”.

Imprudencia, locura, osadía, o lo que fuese, Julián Hidalgo llevó a la tribuna sus ideas como el escultor lleva sus audacias al mármol, y el pintor al lienzo, y el poeta a la estrofa, y el novelista al relato; por necesidad, por convicción, porque se lo pedía el alma, y el alma de Julián era joven y creyente, creyente y joven en medio del indiferentismo y de la vejez universales. Aquello y esto, es decir, la juventud y la creencia, ambas cosas necesitan un hombre para no palidecer ante semejantes apostolados; pero, a la vez, se necesita haber vivido un medio ambiente como ese en que él se movía para comprenderlos y justificarlos. Porque así como fue Julián tribuno, habría sido guerrero en una hora de subjetivismo revolucionario. En esa hora fatal se hallaba, aspirando al ideal bajo la perspectiva engañosa de la victoria. En la misma negrura que veían sus ojos de iluminado encontraba arte y poesía, y su corazón y su musa se entregaron por completo en los brazos de una causa dolorosa y quimérica, cuyo triunfo era poco menos que imposible.

Toda su existencia, sin embargo, se cifró en ella. Iba en solicitud de la tortura y del martirio con la misma alegría que se va en busca de la voluptuosidad y del amor. Por eso Isabel ocupaba un sitio secundario en su pensamiento. La lucha entre el amante y el apóstol fue ruda; pero, en aquella oca-

sión triunfó el apóstol. Él mismo no sabía si era amor lo que sentía por la mujer que le ofrendaba toda su ternura, todo su espíritu débil, aunque ardiente. La quería, la quería mucho, pero sin esos encarnizamientos, ardores y caricias frenéticas que acaso hubiera puesto en su pasión de enamorado a no entregarse todo entero al utopismo que le absorbía el pensamiento, el corazón y hasta el ser físico.

Todo se desvanecía frente a su “idea regeneradora”, como ante una mujer de arrogante hermosura se empequeñecen los contornos de las bellezas más perfectas. Su idea anonadaba, devastaba, arrollaba lo que al paso se le oponía: la caricia del amor materno, la conveniencia individual y el amor entrañable de la novia encantadora quedaron vencidos por aquella idea omnipotente.

Y en aquella omnipotente idea era, no obstante, donde se estrellaba su persona y donde dejó pedazos de su alma de artista rebelde y de poeta levantisco. A veces la visión sonriente, luminosa y magnética de Isabelita se presentaba de súbito ante sus ojos fascinados, le embelesaba y lo envolvía en un ambiente de felicidad inefable.

Era un instante, no más. Por uno de esos esfuerzos heroicos a que estaba avezado su pensamiento, destruía la visión consoladora; y la otra, la omnipotente visión, símbolo de su ardiente apostolado, tomaba de nuevo cuerpo en su cerebro, crecía, apagaba con sus violentos resplandores la vaga y melancólica sombra del primer ensueño y se enseñoreaba de su espíritu. Cuando su pensamiento y su corazón entraban de lleno en estas batallas espantosas, salían de ellas desgarrados, chorreando sangre, como los atletas que no pudiendo matarse de una vez en un solo encuentro, se emplazan para reanudar más tarde la lucha interrumpida.

XIII

Al par que Julián se entregaba a estas desoladoras luchas, su atronado amigo y compañero Luis Acosta, allá en el estrafalario entresuelo de su fonda, sostenía otras batallas de muy distinta índole por cierto. Debía de ser algo muy serio lo que removía en el telar de su cerebro el atrevido mozo, porque, de codos sobre la mesa que le servía de escritorio y biblioteca al mismo tiempo, con la cabeza apoyada en ambas manos, estaba embebido en la contemplación de un gran tintero de bronce que representaba un mono cabalgando sobre una rana.

Cuando aquella cabeza a pájaros meditaba, malo: ya podía darse por seguro un alumbramiento monstruoso, una barbaridad, una diablura.

Por de pronto, aquellas hondas reflexiones, más hondas aún que las de cualquier Paquito Berza sobre la solución de un problema antropológico, tendían hacia la radiante y magnífica persona de Arturo Canelón.

Él necesitaba cobrar aquella personalísima alusión que le dirigió desde las columnas de *El Augusto*, y a raíz de la conferencia de Julián, el imprudente Arturito.

Lo primero que se le ocurrió a Luis fue salir, buscar a Arturo y donde lo encontrara “romperle cualquier cosa” de un trastazo; pero esto era confesar que “el valiente” aludido en el artículo era él, por lo cual se dio a pensar en una venganza horrible y sin consecuencias. Tres noches llevaba en claro el desazonado mozo aguzando el ingenio en tal sentido, y tanto lo aguzó que en vez de encontrar una horrible venganza, como él quería, encontró una burla deliciosa que lo hizo desternillarse de risa. Para llevarla a cabo, y felizmente, necesitaba esperar una oportunidad, y esperó tranquilo y convencido de que ella se le presentaría sin poner mucho de su parte.

Así fue.

Por aquellos días decidió la flamante Academia villabravense repartir en el Teatro Nacional las cintas, coronas, plumas de oro y demás menciones honoríficas ofrecidas a los genios y geniazos triunfadores en su último certamen. Porque en Villabrava, ya se sabe, cuando un asunto más o menos serio, o más o menos trivial, no merecía los honores del escándalo, de los tiros de revólver, de las pedreas y de las carreritas de la policía por las calles, se *solucionaba* con un baile, con una serenata o con un Certamen artístico-literario. Lo más indicado era el Certamen. El proyectado, sonado y repiqueteado por la Academia, se efectuó en esta ocasión sin motivo justificable; por lo

menos, los asuntos históricos que a este respecto hemos recogido no esclarecen del todo tan importante acontecimiento. Si se tiene por averiguado que para esta fiesta célebre la asendereada corporación echó la casa por la ventana, resultando una verdadera solemnidad literaria, a juzgar por el kilométrico programa en que figuraban como notas de atracción una “oda” de Florindo, cuya lectura duró tres horas de reloj, y el discurso final, tornasolado y flamígero, que pertenecía por derecho propio al no menos flamígero y tornasolado joven don Arturo Canelón.

Esto no obstante, la fiesta fue estupenda y rica y abundante en gorjeos de tiples adorables, en *florituras* de pianistas insignes; en clamores de poetas en delirio. Cada número se premió con aplausos nutridos y algo estrepitosos. Pero donde los aplausos adquirieron carácter de ovación fue en los períodos más pujantes del discurso. Un triunfo que, a juicio de *El Temporal*, dejó “muy señalados derroteros en la tribuna villabravense”.

Canelón surgió del fondo del escenario, radiante, como siempre: ¡magnífico! Le atravesó a pasos lentos, con la fatua seguridad del que está convencido de la influencia que ejerce sobre el público. Lo acompañaron hasta la mesa que debía servirle de tribuna varios señores muy satisfechos de servir de marco a la elegancia, a la juventud y al aire un si es no es petulante del orador, el cual fue acogido por el concurso con palmadas repetidas. En este instante solemne, un fotógrafo espontáneo sacó una vista donde aparecieron, luego, los acompañantes de Canelón azorados, buscando sus asientos respectivos. Después hubo crujir de sedas en los palcos, anhelo creciente en las butacas, y, a raíz de un prolongado silencio... la voz robusta del máximo tribuno resonó, como una nota mágica, por los ámbitos de la sala electrizada...

Aquel mozo no tenía precio.

Nada ni nadie se escapó a su elocuencia; mujeres, hombres, cosas, poesía, arte, todo fluía de sus labios en una serie de palabras sonoras; aquí un ritmo, allí un apóstrofe; acá una sentencia grave y allá un período atronador: Castelar y Moret se daban las manos; Silvela y Salmerón se confundían.

Lanzado de esta suerte en el camino luminoso el egregio Arturito –sin que viniera a cuento– hizo un prolongado viaje por la “aurora del mundo”, por la edad floreciente “del espíritu humano”, por la “juventud” de Grecia, por la “vejez” de Roma y por “ese milagro de la Historia” que se llamó Renacimiento. Para terminar esforzó el dantoniano acento y habló, habló aún más; habló por los codos, lo que le vino en gana; arrancando bravos estentóreos a la sugestionada concurrencia aquello de “la sangre de César”, “el puñal de Bruto”, y “el casco del corcel de Atila” con que robustecen los tribunos de Villabrava sus grandilocuentes improvisaciones.

Al redondearse este magistral último párrafo, la gente, enloquecida, se puso en pie. En la galería hubo vítores; de las plateas salieron palomas encintadas, de las butacas ramos de flores, de los palcos brotaron suspiros, sollozos, lágrimas de niñas nerviosas y “vibrantes”; y a través de todo este cúmulo de “ofrendas”, lanzada de no se sabe dónde, pasó “silbando” una gran corona de ajos y fue a caer brutalmente a los pies del relampagueante orador.

Un alarido horrible, unánime, insólito, intraducible e incomprensible en tantos y tan distintos aparatos eufónicos allí reunidos, circuló por todas partes; cien miradas investigadoras y ansiosas se dirigieron al paraíso, a los pasillos; y algunos caballeros salieron en busca del “aguafiestas” de aque-

lla noche memorable. Pero fallida la esperanza de encontrarlo, el público se vengó de él haciendo una nueva ovación a su tribuno.

Más tarde, cuando todo el mundo salía comentando a su manera la villana acción, ya se susurraba en el vestíbulo un nombre odiado; ya se sospechaba quién era el autor. En un grupo donde peroraban Florindo Álvarez y Paquito Berza, dándole visos de misterio a lo que decían, salió el Cristo a relucir, o, lo que es lo mismo: Julián Hidalgo. La muchedumbre, sugestionada por la noticia, la echó a volar, sin que nadie, por caridad siquiera, se aventurase a poner en duda tan gratuita suposición.

Al día siguiente del suceso, el esclarecido y joven tribuno, apoyado por “la opinión pública”, escribió un artículo que ardía en un candil. De este artículo se desprendían los más viles calificativos contra el sospechado y sospechoso Julián Hidalgo.

Aunque este, encerrado en su habitación, distanciado de todo y de todos, sumido en sus hondos pesares, no se enteró de aquella infamia. Y todo Villabrava supo que no él, sino el entrometido Luis Acosta, habiendo encontrado en la Plaza Central al “ígneo” orador y articulista procaz, fue, y sin decirle oste ni moste, le cruzó la cara con un látigo.

Inevitable resultante de estos imprevistos latigazos fue un duelo original y complicado, único y sin precedentes en la heroica Villabrava.

XIV

Pequeña, metida en carnes, pero garrida aun en medio de esa adorable pequeñez y de esas carnes admirablemente distribuidas en curvas y ondulaciones de tornátil suavidad, Susana Pinto era el prototipo de la criolla en plena y seductora florecencia.

Se hallaba en la edad de esas mujeres de hermosuras triunfantes que con la sola esplendidez de sus formas eclipsan la belleza de sus hijas.

Más que madre parecía hermana de Julián.

Acaso su infecundidad, resultante inmediato de aquel heroico alumbramiento que desgarró sus entrañas siendo niña, contribuyó a conservar la bizarría de su juventud. Y así como la juventud se desprendía espontánea de las ondas de sus cabellos y del color de sus mejillas salpicadas de lunares y de hoyuelos, así la lujuria, una lujuria involuntaria, pero violenta y tentadora, se asomaba sin querer, entre relámpagos de pasión, a sus grandes ojos negros; se deslizaba a través de sus pestañas, tenía temblores, palpitaciones y olfateos en su nariz, vagaba como un soplo tibio y alentador en sus labios siempre entreabiertos, siempre húmedos; y surgía, en una palabra, de su andar elástico que bastaba para incendiar los sentidos de los hombres.

Y no obstante estas manifestaciones de voluptuosidad inconsciente, Susana fue respetada, mejor dicho aún, sagrada para toda aquella sociedad dispuesta a caer a todas horas, con la velocidad de un rayo, sobre toda sospecha. Tal respeto, a no dudar, vino a ser la prueba irrefutable de su honradez excitante, sí, pero honradez que tenía todo el orgullo de una conciencia bien puesta, y todo el valor, toda la fuerza, toda la energía de una fe... De aquí que siendo propicia a las pasiones impetuosas y capaz de irritarlas con su sonrisa inocentemente “diabólica”, Susana fuera, en la más completa acepción de la palabra, una hembra irresponsable.

Esta irresponsabilidad de hembra que fluía de su ser violentamente, se puede apreciar ahora en la actitud que acaba de adoptar para arrellanarse en una de las mecedoras de su gabinete.

Son las cinco de la tarde. Una ligera cortina de encajes, extendida sobre la puerta de la estancia, desvanece en parte la discreta luz del día, pero sus resplandores bastan para alumbrarla. Y así se ven esclarecidos todos los objetos, resaltando entre ellos por el bruñido de su grueso y sólido marco el retrato de José Andrés Hidalgo. Debajo del retrato hay un sofá, y junto al sofá, la mecedora donde arrellanada y envuelta en una amplia bata de percal está Susana. Tiene las mejillas encendidas, la respiración nerviosa y fuerte, esa fuerte y nerviosa respiración que sucede con frecuencia a las dis-

cusiones violentas; en sus ojos, sombreados por círculos violáceos, brilla uno como relámpago de cólera, y por sus labios húmedos y entreabiertos vaga aún el resto doloroso de la frase que acababa de pronunciar. Enfrente de ella, inquieto, pálido, don Anselmo Espinosa pasea con torpeza las manos por los anchos regazos del asiento donde se halla.

Por esta silenciosa pero tirante actitud, es fácil adivinar la escena que se desarrolla entre ambos personajes: una escena que debe haberse repetido muchas veces.

En don Anselmo no había muerto el deseo vehementísimo de poseer a Susana. La contrariedad, y sobre la contrariedad la virtud irreductible de aquella mujer, habían excitado su apetito. Un suceso inesperado –la prisión de Julián Hidalgo a causa del duelo de Acosta y Canelón, que conocerá el lector en su debida oportunidad– lo arrastró de nuevo hacia la madre. Nunca gozo más infernal se alojó en el alma de un ser humano, que el gozo recibido por la de don Anselmo cuando supo que a su pariente lo llevaban a la cárcel. Vio el cielo abierto, es decir, vio su senil aspiración alboreada de esperanzas, porque siendo Julián un estorbo para sus planes de conquista, suprimido el estorbo, aquello, según él y según los medios escogidos para su inmediata realización, era “cosa hecha”.

Desde ese instante, el deseo transformado en pasión le llenó la vida toda al enorme señor.⁴² Y en medio de su pasión poseía a la hembra mentalmente; la poseía con furia, con frenesí de bestia, a través de saciedades silenciosas imaginadas hasta en los diálogos con ella, en que siempre se veía rechazado. Cuando más lo rechazaban, más se aferraba a su delirio aquel hombre, consagrándole todas las humillaciones de que él era capaz.

En medio de una de estas crisis espantosas lo hallamos: implorando la satisfacción de su carnal codicia, y ofreciendo en cambio de ella la libertad de Julián, que él podía alcanzar con sus influencias, hablando con el Gobernador, con el Ministro, con el Presidente si hacía falta.

Iría a todas partes, adonde Susana quiera.

Lo suplica, lo repite conmovido cien veces, cien veces lo jura. Susana permanece inflexible; prefiere sufrir ella y saber el sufrimiento de su hijo antes de permitir que le toquen la punta de los dedos. ¡Eso nunca!

Ella sabe también que las súplicas de don Anselmo envuelven una amenaza: el rompimiento de las relaciones de familia, que la gente comentaría en detrimento suyo.

Todo eso lo comprende Susana, por desgracia, y todo eso la encoleriza, la desespera, la pone en un estado de exaltación próximo a la locura. ¡Ah, no, no! ¡Eso es inicuo, abominable, espantoso; el dolor mismo de Julián no tiene derecho a su deshonra! ¡No!

En vano solicita don Anselmo compasión; en vano se arrastra, se revuelve en su asiento como un condenado, se arrodilla casi a los pies de Susana, en vano promete terminar las desavenencias con Julián y darle, si quiere, la mano de Isabel. Aquel hombre que no permitía a Julián un diálogo inocente con su hija, a través de la ventana de la calle, llega hasta ofrecer su existencia entera en cambio de un abominable y oprobioso deseo.

⁴² “Y, turbado por ella, poseía mentalmente a Susana” (p. 121).

A Susana le produce asco todo esto; hace un esfuerzo para reprimirse, y no puede; se indigna, se subleva, se levanta del sillón violentamente; pero abrumada por el exceso de tantas agudas sensaciones sufridas en tan poco tiempo, opérase de repente una revolución en todo su organismo, y se deja caer de nuevo en el asiento, donde, vencida por la pena, se pone a llorar, ocultando el rostro entre las manos.

Sollozando de esta suerte, en medio de una gran desesperación en que ocupa sitio doloroso el recuerdo de Julián, la pobre mujer no se da ya ni cuenta de la presencia de Espinosa. Y este, aprovechando aquel instante de suprema angustia, se le acerca tímidamente para prodigarle consuelos que ella no oye. Sólo cuando él, engañado por el silencio de la viuda, se atreve a acariciar su cabeza con mano trémula, diciéndole en voz baja y llena de temor: –“Vamos, Susana, no te desesperes”–, esta se levanta de nuevo, de un salto, como una fiera mal herida, y con la osadía de la mujer ultrajada por el tuteo precoz, ofendida en su orgullo, le arroja un mundo de insultos a la cara.

XV

Canelón, naturalmente, se indignó muchísimo y trató de devolver la ofensa en el acto, allí mismo donde la recibió. Pero intervinieron varios amigos y, es claro, el agresor se fue tranquilamente, riéndose, como si hubiera hecho una gracia. Esto era lo que más le indignaba, y tanto, que salió por la noche, armado hasta los dientes, de café en café y de plaza en plaza, busca, buscando, por todas partes a Luis Acosta, que no aparecía por ninguna.

La resolución y la ira se pintaban con tales muestras de seguridad en su acardenalado rostro, que muchos de sus admiradores, a quienes comunicó el sanguinario pensamiento de matar a Luis aquella noche, previendo una espantosa catástrofe, decidieron, para evitarla, arreglar el asunto con un duelo, cosa que no le había pasado por las mientes al mantecoso Arturo. Alguien cree, en consecuencia, que no le cayó bien la idea del desafío; pero Teodoro Cuevas, que era del grupo y que no cabía de gozo ante la perspectiva de un duelo... visto de lejos, habló de “lavatorios de honra”, y no hubo más remedio que batirse, tanto más cuanto que muchos engomados y perfumados jóvenes de la buena sociedad habían presenciado la escena de los tremendos latigazos.

La noticia tuvo pronta divulgación y dio vuelta en redondo a la famosa ciudad, donde era cosa poco menos que imposible ocultar ni verificar un desafío formalmente.

Los desafíos en Villabrava resultan portentosos de puro ridículos; o se verifican a medias después de cien idas y venidas, de conferencias y padrinos, o se realizan a noventa pasos de distancia, con revólver y sin consecuencias. Nadie sabe allí por dónde van tablas en punto a lances de honor, ni falta que hace, pues lo corriente es *batirse* en la calle, a través de las puertas de las confiterías, o escudados por los árboles de la plaza principal y bien cerca del cuartel de policía para que la autoridad llegue a tiempo. Por lo general no salen muertos ni heridos de estos lances, en plena calle los combatientes, sino algún inofensivo transeúnte.

Mas Canelón, cumpliendo con sus sagrados deberes de caballero, nombró representantes suyos a Teodoro de la Cueva y a Florindo Álvarez –que no conocían el código de honor ni a tuertas ni a derechas–. Luis Acosta, siempre expeditivo y violento, quería arreglar aquello *en seguida*, al machete o al cañón; pero los padrinos de este se negaron a aceptar tan bárbaro procedimiento, manifestando que sólo a los testigos les tocaba elegir las armas de combate; y en consecuencia, Luis se vio obligado a salir en busca del general Tasajo y del abogado Jorge Sucre: estos aceptaron con

júbilo el delicado encargo. Se convino en guardar la mayor reserva sobre la hora y el sitio donde debía realizarse la espeluznante escena; pero Luis, que no podía hacer nada sin decírselo a Julián, le faltó tiempo para ir a contárselo todo, con sus más menudos pormenores, lo que provocó entre ambos una acaloradísima disputa, porque, según Julián, siendo él el ofendido en el artículo publicado, era él y no Luis quien debía romperse el bautismo con Canelón.

Para la protesta ya era tarde, no obstante la contundente lógica expuesta por Julián. El duelo se realizaría al día siguiente a las seis de la mañana, en el valle de los Aparecidos: un valle cercano a la ciudad y no muy lejos de un proyecto de río, célebre por las melancólicas endechas con que lo habían calumniado todas las generaciones de poetas villabravenses.

Y a las seis menos cuarto, dando no pocos rodeos y tras infinitos saltos y tropiezos, subía Julián Hidalgo, apoyado en un grueso bastón, la colina que cerraba por aquella parte el vallecito mencionado. Al ganar la cumbre del tortuoso cerro, se detuvo un instante y cobró los alientos perdidos en la trabajosa ascensión...

Minutos después percibió confuso murmullo de voces al pie de la colina, y apenas si tuvo tiempo de bajar precipitadamente hacia el valle, donde consiguió ocultarse detrás de una espesa arboleda. El murmullo se fue haciendo cada vez más intenso, y muy pronto llegaron a sus oídos, claras y vibrantes, las voces del general Tasajo, de Florindo y del abogado Sucre. Venían empeñados en acalorada polémica sobre cuestión de *revólveres*. Julián, atisbando por entre las ramas de los árboles, vio a Luis que se alejaba de ellos para dejarlos con entera libertad, y un poco más atrás, a Canelón y Teodoro, que llegaban de bracete con sendas gardenias en los ojales de la americana, aparentando gran serenidad. Dijérase, no obstante, que Canelón no las llevaba todas consigo: se apoyaba demasiado en el brazo de su amigo. Más que por miedo, creemos que este apoyo obedecía a la falta de alimento, porque Arturo llevaba en el estómago, en vez de desayuno, una respetable dosis de bromuro.

Decidido el asunto de las armas, que se llevó un buen rato de disputas y manoteos, se preparó el terreno. Sucre y Tasajo colocaron a Luis en el sitio que le correspondía entregándole un revólver atestado de cápsulas. Florindo y Teodoro hicieron lo mismo con Arturo, llevándole lo más lejos posible de su adversario; pero con tan mala suerte, que fueron a colocarlo casi al frente del grupo de árboles donde se ocultaba Julián.

Acto continuo, los cuatro testigos se retiraron a honesta y respetabilísima distancia.

A estas alturas había llegado el solemnísimos acto, y ya se disponía el general a dar las señales de combate, cuando salió, inopinadamente, Julián de su escondite.

Lo que entonces pasó no debería ni mencionarse. Es un punto negro en la historia de nuestro héroe, que ofrecerá de fijo a los criminalistas ancho campo para muchas transcendentales investigaciones. El solo hecho de relatarlo fiel y cumplidamente como ocurrió, estremece la pluma en las manos del novelista y le pone los cabellos de punta. Porque fue aquel un instante de verdadera consternación: de consternación y sorpresa para combatientes y testigos.

La inesperada salida de Julián, su actitud amenazadora, hostil y, sobre todo esto, lo insólito del caso, infundieron allí tal pavor que en algún tiempo nadie se atrevió a moverse. Julián se dirigió sin

vacilar, con paso firme, al sitio donde permanecía, pálido e inmóvil, Canelón.

–Oye, tú. No es con ese –le dijo, señalando a Acosta, y revelando en su tembloroso acento la ira que lo embargaba– sino conmigo con quien te vas a batir.

–¿Ahora? –exclamó Arturo, retrocediendo un paso.

–¡Ahora mismo, ahora!

–¡Julián, Julián! –le gritó desde su puesto, agitando los brazos, Luis Acosta–. No seas loco. ¡Apártate!...

El ofuscado joven no oía. Debió de perder la razón en aquel momento, porque de un salto furioso salvó la distancia que lo separaba de Canelón y rugiendo más que diciendo: “¡Es conmigo... conmigo, que te vas a matar!” le descargó un tremendo garrotazo en la cabeza.

El desprevenido duelista trató de rehuir el primer golpe; pero detrás del primero vino el segundo, y el tercero, y la acometida fue entonces tan violenta, tan recia, tan brutal, para decirlo de una vez, que el atropellado Arturo dejó caer el revólver, cuyo gatillo, levantado ya, se disparó al chocar contra el suelo, yendo a aplastarse la bala en una piedra que estaba cerca.

En vano corrieron voceando, precipitadamente, los testigos, para evitar el furibundo ataque. Hasta el mismo Acosta intentó detener al impetuoso agresor. Todo fue en vano: el muchacho acababa de satisfacer su cólera sobre el ensangrentado cuerpo de Arturo, quien rodó por el césped sin sentido.

León Tasajo, que andaba reñido con todo aquello que no fuese correcto en punto a cuestiones de honor, se indignó mucho y dijo que era la primera vez que en la ya larga serie de duelos villabravenses acontecía semejante iniquidad. Florindo derramó dos lágrimas como avellanas sobre el pálido rostro de su amigo, y es de justicia consignar que Luis Acosta se conmovió y estuvo a punto de reñir a Julián por aquel acto incalificable.

El único que no tomó parte en la desastrosa escena fue Teodoro, porque asustado al oír el tiro, y sobre el tiro los gritos que resonaban por todos lados, se dio a correr de tan prodigiosa y desatentada manera, que muy pronto llegó al río, y queriendo salvarlo de un salto, cayó entre un pozo, produciendo su caída un estrépito “terrorífico”. Unas lavanderas que acertaron a pasar, compadecidas de su desgracia, le ayudaron a salir de allí hecho una lástima. La gran flor que llevaba Teodorito en el ojal de la americana quedó flotando entre los remolinos del agua.

En tanto, Arturo Canelón, bañado en su gloriosísima sangre, fue trasladado en brazos de sus amigos a Villabrava, donde no se sabe cómo ni por qué misteriosa vía telefónica se tuvo conocimiento del hecho antes que el herido llegase.

El padre de Arturito, que gozaba de grandes y decisivas influencias en las esferas oficiales, dio parte a la autoridad competente, y Julián Hidalgo fue reducido a prisión antes de entrar a la ciudad. Los periódicos callejeros, que aún recordaban su famosa conferencia, se agarraron del suceso para echar los pies por el aire, y lo que en un principio pudo pasar como caso de violencia disculpable, se elevó muy pronto a la categoría de *crimen*. De tal suerte se explotó tan pérfida “insinuación”, que extraviado ya el público criterio, hasta el distraído jefe del Gobierno tomó cartas en el asunto. A él le tenían muy sin cuidado los horrores villabravenses, por lo cual andaba allí todo a manga por

hombro; pero en tratándose del hijo de un señor que era el más firme sostén de su política, ya era harina de otro costal. Ofreció a Canelón padre tener al joven Hidalgo en la cárcel mientras él presidiese la República; y fue inflexible en aquel asunto trivial, como fue débil, fatalmente, en otros de suma transcendencia. Ni la misma madre de Julián Hidalgo consiguió doblegar su voluntad.

XVI

A través de los numerosos grupos de hombres que charlaban en el vestíbulo de la residencia presidencial, un edecán condujo a Susana hasta el “Salón de espera”.

En este salón espacioso, sin alfombras, mal decorado y peor puesto,⁴³ con pocos muebles y muchos cuadros de un gusto artístico verdaderamente detestable, aguardaban también algunos otros hombres pegados a las paredes, humildes, taciturnos, como avergonzados de encontrarse en aquel sitio; pero firmes en sus asientos, espionando el instante en que el oficial de guardia dijera: –“¡El general!”–, para ponerse de pie y echarse a temblar en su presencia.

Los privilegiados, como si dijéramos los de casa, los que entraban y salían allí con sus sombreros puestos y con aire desenfadado y de confianza, miraban a los infelices del salón de espera por encima del hombro. En su mayoría eran los favorecidos, pretendientes, empleados, militares, comerciantes, algunos clérigos aspirantes a obispos, amigos particulares, diputados, magnates, muchas *lumbreras* de la política al uso y muchos “salvadores del país”, que en Villabrava abundan de manera prodigiosa. Estos representantes de la politiquería villabraveña, que tenían la dignidad por apariencia y el servilismo por culto, y cuyo único oficio era el de mentirse y engañarse a todas horas, formaban frecuentemente corros en el comedor y en el patio: hablaban mil majaderías y se dispensaban mil demostraciones de afecto, odiándose, en el fondo, todos ellos. Si a la casualidad pasaba “el general” y les repartía unos cuantos apretones de manos, y les preguntaba por la familia, se volvían locos de contento, y dándose por satisfechos desfilaban hinchados, radiantes, mirando con orgullo a los demás, como diciéndoles: –“¡Eh, qué os parece! ¿Habéis visto cómo me apretó la mano el general?”.

El espectáculo era desconsolador, pero cierto, rigurosamente cierto.

Hacía poco menos de diez minutos que Susana esperaba, y ya se sentía humillada, en términos que le costó hacer un grande esfuerzo para no levantarse y salir sin ver al Presidente. Pero en este momento llegaron obstruyendo las puertas varios generales: ¡como veinte! Entre ellos venía uno a quien llamaban “Maquiavelo”, porque era hombre de mucha trastienda y mucha mano izquierda, como dicen los españoles de los toreros prácticos. Al ver a Susana este Maquiavelo tropical, cuya fi-

⁴³ “dispuesto” (p. 133).

nura y melosidad con las damas no se compadecía de sus trasteos políticos, se ofreció espontáneamente a anunciar su visita al Jefe del Estado, no sin condolerse en alta voz y con cierto énfasis de que a señora tan distinguida y tan hermosa no la hubieran hecho pasar al salón que le correspondía.

Así fue como al poco rato, acompañado del invicto Maquiavelo, apareció el general a la puerta de su estancia e invitó a Susana a entrar a su despacho.

El general era un hombre moreno, rollizo, de recio aspecto, de gigantesco porte. Se encontraba en toda la fuerza de su edad y descubriase a primera vista, en su cara fresca y lustrosa, redondeada por una barba negra y abundante, al hombre sano de cuerpo, quitado de placeres y agitaciones mundanas. Tenía fama de reservado y receloso; y no era bien querido en Villabrava porque, habiendo llegado al poder con gran prestigio, gracias a su legendario valor y a sus triunfos de militar afortunado, fue harto débil y complaciente con una chusma de amigos que, manejando el tesoro público a la diablo, entre este fraude y aquel contrato leonino, en tal combinación y en cual negocio fraudulento, la dejaron limpia y maltrecha en menos de dos años. Pero, en punto a política rural, sabía el presidente más que todos sus colaboradores juntos. Tenía un profundo conocimiento de los hombres que lo rodeaban, y aprovechaba de ellos lo que mejor le parecía, dejándoles luego todas las responsabilidades a cuestas. Necesitando un día redondear un importantísimo negocio, nombró administrador de Aduanas a don Anselmo Espinosa, cuyo prestigio de banquero le facilitó llegar al fin que se proponía. Le interesaba, por ejemplo, desarrollar una intriga, pues nadie mejor que “Maquiavelo”, sujeto hábil en enredos, flexible, dúctil, jesuita y gitano en una sola pieza, hombre necesario a casi todos los gobiernos. Poseía un don absolutamente felino, cual era el caerse al suelo del alero de un tejado y caer siempre de pie.

Por aquellos días el viejo Canelón era el personaje en alza. Sin convicción ni creencia algunas, y aunque era emprendedor y animoso, no sabía como *Maquiavelo* cuándo debía arrodillarse ni cuándo debía levantarse de tan triste postura. Una combinación arriesgada le dio acceso en el gobierno, y por ende gozaba a la sazón de grandes “facultades” y extensos privilegios. De aquí que las súplicas de Susana no hicieran mella en el corazón del general, que no quería disgustar, por ningún respecto, al viejo Canelón. La pobre mujer habló como hablan las mujeres que abogan por sus hijos: con esos acentos tiernos impregnados de amor y de lágrimas, que ablandaban las piedras; con esa expresión única y sublime que pone Dios en los labios de las madres que suplican.

El general le negó de manera terminante, y sin réplica, sin excusa, la libertad del hijo.

Precisamente cuando formulaba tan rotunda negativa, asomó por entre el espeso cortinaje de la puerta principal del despacho la desgredada cabeza de un chalán:

–General, ahí traen el caballo negro que usted encargó.

Y el general, que se olvidaba de los más trascendentales problemas políticos y de los asuntos más urgentes en cuanto le hablaban de un animal, o cosa así, dejó a la madre con la sollozante súplica en los labios y se fue con el chalán a ver el caballo.

Susana se inmutó primero, se puso luego roja de vergüenza y estuvo a punto de desmayarse.

Mas por un movimiento de reacción súbita, de la cual ella misma no se daba cuenta, se levantó

sin pronunciar una palabra y salió digna, majestuosa, con paso firme, pero con los ojos llenos de lágrimas, por entre los grupos de hombres que, taciturnos y encorvados, esperaban en el vestíbulo la hora de echarse a temblar en presencia del general.

XVII

A consecuencia de esta desgraciada entrevista, unida a las muchas otras desazones que embargaban su ánimo apocado, Susana enfermó y estuvo algunas horas como atontada y pasó muchas noches sin dormir.

Días negros, días tristes, días espantosos, días pródigos en sufrimientos fueron aquellos de la prisión de Julián para la infeliz madre. Bien sabía ella que en Villabrava ocurrían cosas muy originales en punto a prisiones. Que hasta un criminal digno de los más negros castigos, por estas o por aquellas combinaciones políticas, saldría de la cárcel hecho jefe, reivindicado y respetado por todo el mundo, antes que su hijo, a quien se sacrificaba en cambio de un beneficio momentáneo, a quien la sociedad señalaba y distanciaba de su seno como a un apestado; a quien un hombre negaba el derecho de amar y un pueblo entero el derecho de vivir.

Para una madre como Susana, la prisión indefinida del hijo era poco menos que la muerte. Su desesperación no tenía límites, era inmensa. Contribuían a aumentar esta desesperación la soledad espantosa de su casa y la vista constante de la habitación de Julián, adonde ella iba con frecuencia a meditar y a llorar su desgracia.

Allí se sentaba frente al escritorio donde un montón de pequeñeces, de detalles, de cosas íntimas, adquirían dolorosas proporciones a sus ojos. Cada cosa tenía para ella algún significado triste, porque en cada sitio de aquel escritorio, que heredó Julián de José Andrés, había algo de este y algo de ella y alguno que otro regalo de Isabel; la pluma y la carpeta, el tintero y el sello, el lacre y las papeleras y los libros; todo, todo la acongojaba, la martirizaba, le traía a la memoria el amor inmenso de su hijo... Aguijoneada y acosada por su recuerdo, se sentía desfallecer y salía de allí a llenar toda la casa de quejas, acusando a todo el mundo de su desgracia, hasta que caía de bruces, rendida sobre la cama, bañando las almohadas de copioso llanto, como si Julián se hubiese muerto.

Mientras, los días corrían unos tras otros y ni una esperanza remota venía a calmar sus ansias.

Una tarde salió desesperada, como una loca, de ministerio en ministerio, de la gobernación a la prefectura, de la prefectura a todas partes donde creía hallar un personaje, una influencia, un hombre que la ayudase a conseguir la libertad, con tanta vehemencia y con tanto dolor solicitada. Regresó a casa desfallecida, sin alientos, llorando casi a gritos. El desengaño le produjo, como siempre que alcanzaba el grado máximo su pena, un desgarrador estrago físico y moral.

Sin despojarse de la mantilla ni quitarse los guantes, retorciendo el pañuelo entre las manos, se sentó en el sofá del gabinete, de espaldas al retrato de José Andrés. El agudo dolor, reviviendo en ella, la anonadó nuevamente, y sus angustias aumentaron a medida que la tarde avanzaba hacia esa hora inapreciable, melancólica, en que el espíritu se entrega sin defensa a sus preocupaciones más siniestras. No pidió luz ni llamó a nadie, y allí se estuvo sin saber cuánto tiempo, postrada, casi sin vida, sin más voluntad que para sufrir. De tal suerte, que no le impresionó la entrada de Espinosa al gabinete. Dijérase que lo esperaba, que se resignaba a oírlo. Y en aquel prolongado silencio, en aquel recogimiento doloroso, en aquella inmovilidad de estatua, Susana no tuvo ni valor para el enojo: la protesta no subía ya a sus labios.

Don Anselmo le dio la mano sin hablarle, se sentó y la dejó tranquila; la dejó que meditase, que sufriese, que llorase mucho... Pero al sentarse retenía aún la mano de Susana entre las suyas.

Susana continuó inmóvil, y después de un largo rato, un ligero estremecimiento circuló por todo su cuerpo: desfallecía... Se abandonaba, sin darse cuenta, a una de esas somnolencias tan habituales en ella, semejantes a uno de esos minutos horribles en que la vida toda, empujada por la fatalidad, va dócilmente al sacrificio, cansada de la lucha. Y en medio de su aniquilamiento, de su postración y de su pena, creyó que la fatalidad era el abismo donde debía hundirse al fin y adonde, apenas asomada, sintió el alma temblorosa, suspendida en el aire como en un vértigo, queriendo caer y sustrayéndose al mismo tiempo a la caída.

XVIII

Pero la caída de Susana, en esta ocasión, fue violenta, ignominiosa, estúpida.

Se entregó sin batallar, por manera débil y cobarde, deshonrando sus veinte años de virtud en un segundo de inconsciencia, rodando, rodando hasta el fondo de aquel abismo que presintió momentos antes, sin detenerse, fatalmente.

Tuvo, no obstante, un momento de miedo, miedo horrible al silencio de la casa, a los muebles, a las paredes, al sofá, que crujió bajo su peso de hembra, y sobre todo ese miedo un pavor espantoso que le acometió al fijarse en el retrato de José Andrés, que la miraba. La figura severa del marido parecía desprenderse del lienzo en el instante de aquella suprema falta, y Susana sintió flotar como una maldición sobre su cabeza, el espíritu indignado de aquel hombre. Desasiéndose entonces bruscamente de los brazos de Espinosa, se incorporó, quedando inmóvil en medio de la semioscuridad de la habitación, dominada por el pánico, clavada allí, sin poder dar un paso ni proferir una palabra... La vulgar, la innoble frase de Espinosa: “Esto es un hecho”, aquella frase, que en sus labios fue una injuria lanzada a través de una esperanza, se había convertido⁴⁴ en realidad y en sacrilegio.

⁴⁴ “convertido al fin” (p. 144).

XIX

Las puertas de la inmunda cárcel de Villabrava se abrieron al fin para Julián Hidalgo.

Portadora de la inesperada orden de libertad, fue la misma Isabel en coche con su padre hasta “la penitenciaría”. Julián, en el primer momento, no supo lo que le pasaba; no se atrevió a creer aquello. Lo palpaba, lo veía; era un hecho y aún se le antojaba un sueño.

No, no era un sueño. Isabel se lo explicó todo. Ella, Isabelita, se moría de pena; Susana se moría de dolor; Juana, su mamá, se moría también: todo el mundo se moría... Y su papaíto, que no era tan malo –¿verdad que no?– tan malo como él se figuraba, fue quien se empeñó con el viejo Canelón, con el general... con todo el mundo. Lo que había hecho papaíto por ella, por él, por los dos, no había con qué pagárselo... ¡El pobre era tan bueno a veces, tan bueno! Además él deseaba más que nadie que se terminasen los disgustos: al fin eran parientes. Y no estaba bien visto en la sociedad aquella desavenencia. –“Ya que os queréis tanto –le había dicho esta misma mañana–, yo no me opongo”... Luego, en voz baja y acercándose mucho a Julián. –“Verás tú qué felices vamos a ser; tú verás”.

Y decía todo esto Isabelita en términos tan conmovedores, tan tiernos, y estaba tan hermosa, tan insinuante, tan linda, que Julián, desconcertado, ni siquiera se dio cuenta de la presencia de don Anselmo, que un poco lejos del sitio en que los dos jóvenes formaban el interesante grupo, esperaba, visiblemente inquieto, su inmediato resultado. Julián no tenía ojos ni oídos más que para Isabel: viéndola, se embelesaba como un tonto, y oyéndola, oyéndola, la alegría se le subió de un golpe al corazón y le llenó la boca de frases sin sentido. Y es que estos hombres irrefrenables, heridos por el fracaso, o asustados por la felicidad que se les entra de repente en el alma, sin pedirles permiso, no ven nada, absolutamente nada más allá del mundo que se forma a su alrededor.

Por otra parte, Julián, a pesar de sus ímpetus y a pesar de su altivez, poseía un espíritu infantil, algo incauto. Y lo más lamentable era que con su aspecto de observador profundo, fue a todas horas un hombre distraído, sin penetración y sin malicia. Una mirada escrutadora lo ponía fuera de sí; una pequeñez lo alteraba hasta lo indecible. Un asunto grave, empero, pasaba por su lado rozándole y pasaba sin que él se diese cuenta de su gravedad. Aquello que debió causarle una profunda impresión, apenas le causó asombro. Y así se explica que a su libertad, alcanzada bajo la fianza de

don Anselmo, no le diese verdadera importancia: al fin don Anselmo era el padre de la mujer que él amaba y que tanto sufría por él.

En cambio le alteró, le ofuscó, le indignó saber que el viejo Canelón había exigido al general, en cambio de su libertad, el nombramiento de cónsul de Villabrava en París para su hijo Arturo. ¡Oh! “Aquello era inicuo, estúpido, vergonzoso. A un país así tenía que llevarse el demonio”...

Mas no fue a él solo a quien “ofuscó” el nombramiento de Arturo Canelón. A los amigos de este, a Florindo Álvarez y a Paquito Berza, que andaban locos detrás de aquel Consulado, los puso furiosos la distinción dispensada al compañero. ¿Cómo no? Todos los Paquitos y Florindos literatos y poéticos de Villabrava se creían merecedores de un cargo diplomático, por el solo hecho de dar a luz cada nueve meses unos cuantos folletos de versos “áureos” y artículos dislocantes. Era lo que él, el pindárico poeta decía: –“Hasta Angelito Marmelado quiere ser cónsul”–. Lo cual fue una inaudita irreverencia de Florindo. Porque Angelito Marmelado, impecable, genial y azucarado prosista, especie de Juan Valera en el decir y de Gabriel D’Annunzio en el crear, era acreedor como este a la admiración y al respeto de sus compatriotas, y digno, a su vez, como don Juan, de ser llevado entre ángeles y mariposas y perfumes al quinto cielo de la diplomacia villabraveña.

Un sentimiento parecido al de la envidia llevaba al irritado poeta a no permitir o a no querer que Canelón, su “hermanito” en letras, se fuese solo a viajar por esos mundos sin su amorosa compañía. Pero Florindo no tenía el padre alcalde, y por más que intrigó y puso en juego los ardides y artimañas del caso, maleando de paso, en el Ministerio, la reputación antropológica de Berza, que aspiraba a una Legación, o cosa así, no pudo conseguir su deseo. Y entonces era de oírlo en la Plaza Central poniendo de vuelta y media al Presidente, al Ministro, al Gobierno todo entero. Sin embargo, fue a despedir muy compungido a su adorado compañero al puerto vecino; le dio un beso en la frente “luminosa”, derramó una lagrimita y le ofreció ir a París en aquella misma primavera, acompañando a las Pérez Linaza, que partían muy en breve para “la capital del mundo civilizado”.

Por la noche se leían en letras tamañas como puños, los siguientes sueltos en un periódico importante de la localidad.

CUMBRES ALTAS. –“Nuestro insigne y *aurórico* tribuno don Arturo Canelón partió hoy para Europa, honrado con el nombramiento de cónsul general de la República en París. Demás está decir que la literatura, la ciencia, el arte, la política y todo cuanto encierra nuestra sociedad de cultura, belleza y elegancia, acudió a la estación de Villabrava a despedir al joven orador, cuya voz robusta y milagrosa parece que aún resuena en nuestros coliseos. Los amigos casi no lo dejaban subir al coche. Todos estaban conmovidos, trémulos, emocionados... *al par* que llenos de satisfacción al ver cómo se premia al mérito intrínseco en esta tierra de genios. Baste decir que las damas bañaron de copioso llanto las ventanillas de los carros y que fueron tantas y tan espontáneas las lágrimas derramadas que formaron arroyos, ríos y torrentes que se llevaban los corazones, los *rails*, el andén y la marquesina de nuestra estación”.

Y a renglón seguido, el otro sueltcito:

“AYER NOCHE fue puesto en libertad el señor Julián Hidalgo, bajo la fianza del honorable banquero don Anselmo Espinosa. Deseamos que el señor Hidalgo sepa corresponder a tan hermoso rasgo de nobleza”.

XX

Hace ya bastantes días que Isabelita Espinosa es feliz, muy feliz. Esa felicidad la pregonan el extraño, risueño fulgor que irradian sus ojos, el encendido color de sus mejillas, la risa que retoza en sus labios y cierto delicioso e inocente coqueteo que ha adquirido ya su esbelta y bellísima persona.

Mirad con qué presteza ha convertido Isabel el elegante comedor de su casa en gabinete de costura: la mesa está totalmente cubierta de cestillos, hilos, agujas, dedales y alfileros de todos tamaños y colores. No muy lejos de estos enseres, apoyado en un almohadón, hay un bastidor, en cuya prensada tela de raso azul se ve a medio hacer un complicado y caprichosísimo bordado.

Se dispone, de fijo, a trabajar mucho aquella tarde Isabelita; pero antes de emprender su tarea hace algunos viajes a las habitaciones interiores, y de paso se detiene frente a una gran pajarera erguida en todo el centro del jardín contiguo, para enviar a través de los alambres de la jaula sendos besos a dos de sus predilectos canarios. Cumplido este último imprescindible deber de cariño, la joven regresa al sitio donde la esperan los enseres de bordar; coge una silla, echa mano al bastidor y se pone a la obra con inusitado brío.

Gracias a la destreza de sus manos van surgiendo, como por vía de encantamiento, del fondo de la tela multitud de relieves tan delicados y artísticos que la vuelven loca de alegría; y aquella alegría se traduce en canciones, en palabras de satisfacción y en esos movimientos, desembarazos y donaires que se permiten generalmente las mujeres cuando se sienten solas.

Mas no está sola ya, como cree la gentil bordadora.

Detrás de su silla, de pie, observándola y sonriéndose maliciosamente está Julián, que ha entrado allí furtivamente, aprovechando su distracción, tomando las necesarias precauciones para no ser visto, ni oído, es decir, andando a tientas y de puntillas hasta colocarse junto a ella. Y en aquella actitud inmóvil permanece largo rato, acariciando y madurando, tal vez con regocijo, la fechoría que va a poner en práctica.

Juzgando, al fin, llegada la hora de llevarla a cabo, Julián se inclina sobre la desprevenida joven, la aprisiona por ambos brazos... y le da un beso en el cuello.

La sorpresa de Isabelita es grande, extraordinaria; pero no tan extraordinaria ni tan grande que le impida adivinar quién es el autor de la inconcebible audacia, porque, en vez de lanzar un grito terrorífico como lo requiere el susto, o como lo hubiera improvisado cualquier otro novelista de

más trágicos empujes, la muchacha se contenta con volver la cabeza; y luego, mostrando un enfado mayor aún que la sorpresa, exclama:

–¡Traidor!

El traidor quiere hacer un mohín gracioso y le resulta una mueca.

Por más esfuerzos que hace la muchacha, no consigue librarse de sus manos.

–¡Ay, Julián, por Dios, que me haces daño!

–No te hago más daño si me dejas que te bese otra vez.

–¡Ah!, no, eso sí que no.

–¿Por qué no?

–¡Porque no, vamos!... ¡Porque no quiero!

Mas él, impasible, como si no oyese, trata de besarle no sólo el cuello, sino toda la espléndida cabellera, que a la muchacha se le ha desbordado por la espalda, en las últimas sacudidas.

–No quiero... no quiero –añade, dando unas cuantas furiosas pataditas en el suelo–. Mire usted qué demonio... a que grito...

–¡A que no!

La respuesta no se hace esperar. Un par de “horribles” y oportunos chillidos que suelta la vengativa joven bastan para que Julián, asustado, abandone su presa, quedándose por un instante confuso, sin saber qué decir ni dónde poner la vista. Mientras, ella emprende, o finge emprender, de nuevo, su labor, mirando a hurtadillas una que otra vez al azorado mancebo. Al fin y a la postre los ojos de ambos se encuentran y *se ríen*.

¡Desgraciado reformador! ¡Quién te había de decir que todas aquellas rebeldías tuyas iban a caer como por encantamiento en estas redes tejidas por las manos de un ángel! ¡Qué desprestigio para ti! ¡Tonto, romántico, embustero! ¿Adónde han ido a esconderse tus energías? ¿Dónde fue a parar tu fortaleza? ¿Tu valor de indómito, dónde está? ¡Ah!, ¿conque todo era mentira, conque al fin venimos a saber que posees un corazón tan tierno y tan endeble que se estremece al halago de una mano menuda y cariñosa?...

–¡Tú tienes la culpa!

–¡No, tú!

–¡Eres tú!

–¡Pues bien, los dos!

–Ahora siéntate y seamos formales, porque estoy atareadísima y deseo concluir este dibujo para una colcha de papaíto. Mira, me falta seda y tengo que devanar en seguida. Pero no estés de pie, hombre, siéntate y dame esa madeja... Esa no, la verde... Las tijeras no, *gracioso*... No, Julián, por Dios, que me estás revolviendo todo... ¡Parece que estás en el limbo!

En el limbo, no; en el cielo era donde estaba Julián, contemplando los magníficos humanos encantos de su novia. Su fervorosa admiración es más que natural, lógica, de una lógica tal y tan abrumadora, que no da motivo alguno a la censura. Porque Isabelita sin corsé, dejando adivinar a través de su vaporoso traje las más gloriosas líneas de su cuerpo, las más juveniles tentaciones de su seno firme y redondo, que palpita y tiembla al menor de sus movimientos, tiene que producir,

por fuerza, extraordinario efecto en la imaginación menos exaltada. ¿Qué mucho que Julián se embelese contemplándola? Así es como en esta muda contemplación de curvas y contornos, el infeliz va; y ¿qué hace? Volcar con el brazo, sin advertirlo, ni quererlo, un canastillo de hilos que está cerca, produciendo en la labor un verdadero e irreparable desastre.

La bordadora, enfurecida, recoge entonces el canastillo desgraciado, lo enarbola y amenaza dejarlo caer sobre la cabeza del criminal ayudante; pero este atrapa en el aire aquella mano menuda, dispuesta a castigarlo, y la cubre de apasionados besos.

Tal vez, y sin tal vez, compadecida de tanta humildad, a usanza de las diosas de fantásticas leyendas que templaban sus rigores y sus cóleras al ver a los héroes que habían incurrido en su enojo, arrodillados ante ellas, la joven se siente sin fuerzas para rechazar estas nuevas vehementes pruebas de adoración irresistible, y las corresponde también con la misma vehemencia.

Minutos después la rubia y adorable cabecita de Isabel reposa sobre el pecho de Julián, y las agujas, los alfileres y las revueltas madejas son allí mudos impassibles testigos del más hermoso, melancólico y encantador idilio que cerca de una mesa de labor se ha desarrollado entre dos enamorados que se adoran y están solos... Y para complemento, aquellos dos canarios predilectos de Isabel, que contemplan la sugestiva escena desde el patio, aturdidos, gozosos y un tanto indiscretos, se posan de un salto sobre el último palillo de la jaula, se yerguen, se sacuden el dorado plumaje, vuelven a uno y otro lado sus blondas y picarescas cabecitas y comienzan un rítmico y atolondrado diálogo de gorjeos, como si quisieran publicar por medio de su armonioso lenguaje el poema que una pareja dichosa murmuraba allá en el comedor, entre suspiros y ósculos y juramentos de amor.

XXI

Formando lúbrico contraste con este legítimo goce de la vida, con esta gran ternura de dos almas jóvenes, sonrientes y dichosas, un amor maldito, un amor súbito, inexplicable, amor de zozobra, de iniquidad y de dolor, entraba como un huracán, arrollándolo todo –virtud, abnegación y honestidad– en aquel que hasta entonces fue inexpugnable y sagrado hogar de los Hidalgo.

Aquello que en Susana pudo pasar por vez primera como una debilidad, o mejor aún, como una falta hasta cierto punto disculpable tratándose de su hijo, a cuya libertad sacrificó toda una existencia egregia, acabó desgraciadamente por ser una cobardía. Para ludibrio de su naturaleza humana, el acto que rechazó indignada en un principio, lo aceptó muy luego, horrorizada acaso; mas lo aceptó al fin por costumbre. Y la costumbre se hizo ley.

A veces, en medio de sus horas de inmensa soledad, tenía sublevaciones bruscas de honradez; su antigua virtud reaparecía y formaba a su alrededor uno como baluarte de orgullo y de vergüenza. El recuerdo de su hijo amante y la memoria dolorosa de su marido muerto se levantaban ante ella, y entonces, desesperada, se increpaba a sí misma, con crueldad, con saña, aunque en voz baja, como si temiera oír su propio acento:

–¡Esto es infame!... ¡Esto es inicuo! ¡Dios mío, que hice! ¡Dios mío, perdóname!

Y se dejaba caer de rodillas frente a la imagen de Jesús, colocada sobre la cabecera de su cama. Allí permanecía muchas horas, llena de terror, sollozando, profiriendo frases incoherentes en medio del rezo tembloroso; pidiendo siempre perdón para el pecado cometido, sin pensar en el pecado que cometería al día siguiente... Porque, a no dudar, en Susana se produjo, desde su primera falta, un triste caso fisiológico. Luchaba, se indignaba, le producía asco “aquello”; aborrecía en el fondo a don Anselmo, pero no se sentía con bastante valor para rechazar al hombre.

En don Anselmo, el deseo y el goce y todo era distinto. Antes de poseer a Susana, la había desflorado con el pensamiento. Adivinó, como todo libertino, a través del amplio vestir de la mujer, a la hembra de formas portentosas; y la hembra superó a todo cuanto su depravada imaginación soñara. Sobre los ojos lánguidos y las mejillas encendidas y la boca jugosa e incitante que él había visto, triunfaron los ocultos y juveniles contornos de la viuda: palidecieron ante la criatura ideal de seno todavía sólido, que el tiempo jamás ultrajó; ante la criolla de talle ondulante y hechicero, de caderas opulentas, magníficas, tornátiles; caderas de belleza absoluta, de atracción casi diabólica...

El apetito de Espinosa, como el de la fiera a quien dan a probar una sola gota de sangre, se excitó al primer sabor, creció hasta lo indecible, y como fiera humana al fin, fue insaciable, encarnizado, brutal, salvaje... Desde aquel punto y hora le entregó a Susana, juntamente con sus sentidos, su alma entera. No sólo la libertad de Julián, la honra de su hija Isabel hubiera consagrado aquel hombre en aras de su frenética pasión. Pero en Espinosa la lujuria tenía atenuaciones. En Susana, no. Su caída, es verdad, tuvo una excusa: el hijo. La reincidencia tuvo su castigo inmediato: la sociedad. La sociedad de Villabrava, que se vengó de haberla respetado tanto tiempo, pregonando ahora por todas partes su deshonra.

Porque faltos de esos consoladores placeres que en otras ciudades constituyen la alegría del vivir y distancian de la maldad y de la calumnia, los moradores de aquel pueblón sin alicientes para el espíritu y sin sanos regocijos para la inteligencia, vivían en un continuo tejer y destejer enredos, chismes y anécdotas, poniendo en cada reputación una sospecha y en cada sospecha una injuria. Se olfateaban mutuamente las existencias; se sabían al dedillo sus costumbres; se echaban unos a otros en cara sus vicios, no para corregírseles, sino para aumentárseles; las mujeres se atisbaban a través de las celosías, y los hombres se escudriñaban, se abofeteaban, se herían de muerte a través de la indumentaria.

Había señora que se lanzaba a la calle por la mañana, no regresando a su casa hasta muy entrada la noche, después de haber recorrido todas sus relaciones, almorzando aquí, comiendo más allá, siempre en busca del hilo de una intriga para forjar dramas que chorrearan sangre...

Y lo que no descubrían, lo adivinaban.

No de otra suerte adivinó, o descubrió, una de esas almas *caritativas*, las relaciones de Susana y Espinosa. Las husmeó a distancia, siguió la pista a la pareja y publicó el hallazgo. Desde aquel mismo instante todas las narices se hincharon, todos los ojos se abrieron llenos de espanto, todos los labios se prepararon para verter especies y todas las orejas para recogerlas. Descubierta el pecado, las más castas y pudorosas familias de la villa pusieron el grito en el cielo, y entonces se vio, rojo, como nunca se había visto en la ciudad, el color de la vergüenza subir a las mejillas de cien damas que se alborotaron en nombre de la moral. Y en nombre de aquella moral excitada hasta la rabia se pusieron también las Pérez Linaza en movimiento, aunque en movimiento inusitado se encontraban preparando el equipaje para irse a París, dos días después de tan extraordinario suceso.

Mas no fue obstáculo este para impedir una larga y fogosa deliberación en la “sala de lo criminal”, donde hicieron de comentaristas, acusadores, fiscales, juececillos y jurado, juntamente con las Pérez, las Tasajo y multitud de señoras en cuyos pechos ardía de igual modo el santo fuego de la indignación. Las representantes más o menos legítimas de la oratoria chismográfica desplegaron allí sus mujeriles derechos, y en arrebatado vuelo fue la fantasía hasta las apartadas regiones de la inventiva a forjar de la debilidad de una infeliz la historia más atroz y canallesca que haya elaborado la infamia, no sólo a costa de una viuda indefensa, sino en descrédito de su hijo Julián, señalado por la villanía de complicidad insólita; en agravio de Isabel, vilmente sospechada de

consentimientos impúdicos, y en mengua de la reputación del mismo don Anselmo, odiado y destrozado por la envidia de los que no podían alcanzar los favores de la mujer que él tan indebidamente poseía.

XXII

Y era de ver cómo al día siguiente de aquella sesión abominable volaba con dirección a la casa de Espinosa la intrépida y ajamónada Providencia Pérez. Nunca ocasión más propicia encontró ella para visitar y despedirse de Isabel, de su querida Isabel.

¡Qué manera de entrar! ¡Qué torbellino! ¡Qué mujer! No dio tiempo a nada; ni siquiera a salirle al encuentro. Ella no iba más que un minuto, uno solo, a darle un millón de besos a su adorada amiguita... No quería molestias; que la recibiesen sin cumplidos, sin ninguno. Como era de confianza, en la misma alcoba podían hablar. Porque la esperaban en su casa sus hermanos y otras muchachas para terminar el equipaje: doce baúles que llevaban entre las tres. ¡Y eso que las pelmas de las Tasajo no las dejaban ni beber un vaso de agua!...

–Allá siempre metidas, hija, ¿qué quieres tú?, hay que dejarlas, para que luego no hablen. Son unas envidiosas. Lo mismo que las Mendes... En cuanto supieron que nos íbamos a París, ya estaban inventando viaje; y eso que no tienen en qué caerse muertas... Deben cinco meses de casa, figúrate... Ayer fueron a hacernos una visita las Gonzalito; unas tísicas locas, *chica*, unas marisabidillas embusteras. ¡Lo que dijeron!

Y sin saber cómo, sin querer, la atropellada Providencia, dando rienda suelta a la lengua, de noticia en noticia, de expansión en expansión, de enredo en enredo, fue y soltó todo aquel cúmulo de infamias que se hablaron en sus salones la noche anterior.

–¡Mentira! ¡Eso es una mentira! –gritó Isabel, sofocada ya, pálida, temblando de ira, creyendo que no se acababa nunca la historia vergonzosa que le contaba aquella desafortunada. Repito que es una mentira, una infamia, una calumnia.

–¡Si era lo que yo decía!

–¡También mentira! ¡Tú decías lo contrario. Te conozco!

–¡Isabel!

–Sí, te conozco: eres una hipócrita –repuso la airada joven, poniéndose en pie. Y luego, con voz brusca, impropia de ella, en la que delataba una cólera largo rato contenida, añadió–: Tú lo has dicho, pero no lo repitas, ¿oyes? No lo repitas, porque sería capaz de matarte.

Inmutose Providencia ante la resuelta actitud de aquella niña, a quien juzgó siempre tímida y resignada doncella. Mas diestra en el arte de fingir asombros y sorpresas, dijo muy alarmada y con

esa vocecita indefinible que usan las actrices para salir bien de las situaciones difíciles:

–Parece imposible, Isabel, que a mí, a tu *mejor* amiga, la trates de ese modo. ¿Me crees tú capaz de semejantes habladorías? Si me hubieras oído anoche, no pensaras hoy esas cosas tan malas. ¡Si saqué la cara por ti, mujer; y por ti hubiera puesto la mano en el fuego! Figúrate que me volví un Canelón de elocuente. A cierta señora que tiene la lengua muy larga... ¡muy larga!, la aturdí a insultos; y a Teodorito Cuevas, que hacía muchos aspavientos, lo puse verde...

–¡Infames! –decía la desesperada Isabel, retorciéndose las manos, paseando desatentada y furiosa por la ancha galería–. ¡Infames!... ¡Infames!

Mientras la habladora Providencia continuaba malurdiendo protestas, y excusas y defensas, escandalizada, indignada a la par que Isabel, no comprendiendo aún cómo tuvo el suficiente valor para oír con calma tantos horrores juntos. ¡Horrores!, porque nada más que horrores se dijeron allí. En su vida escuchó ella una sarta de dislates semejantes. –¡Mire usted que decir así, brutalmente, sin rodeos ni atenciones de ningún género, que Julián negociaba con la honra de Susana; que esta, en perspectiva de una posición monetaria que le permitiese sacar los pies del barro, se entregaba a don Anselmo como una cualquiera; y que don Anselmo, echando a un lado todo escrúpulo, por satisfacer un capricho libidinoso, sacrificaba a Julián la encantadora existencia de su hija!... ¡Qué monstruosidad! ¡Si es que no le cabía en la cabeza que pudiera haber gentes tan malas!– ¡Y qué bravura mostró Providencia en la defensa de Isabelita! Buena, buena era ella para dejar que pusieran en tela de juicio el honor de su amiga más querida.

Y ensanchando aún más su hidrópica persona, muy regocijada y satisfecha de este pérfido desahogo, se reclinó en el diván, tapándose media cara con el abanico, pero con el rabillo del ojo alerta, temiendo algún nuevo exabrupto de la cuitada.

Ya podía estar tranquila Providencia Pérez.

Aquel primer “rugido” que puso la indignación en la garganta de Isabel, ya no tenía fuerzas para brotar de nuevo, bruscamente, de sus labios. La pobre muchacha reconcentró en él de una sola vez todo el empuje de su alma, y ahora se sentía abatida, insensible casi a las mañosas frases de la intrigante. La cólera cedió a la pena, y la pena le doblegó la voluntad. Cuanto le quedaba de resolución, de energía, de coraje, fue desapareciendo, muriendo en ella bajo la dolorosa convicción de su desgracia, de su impotencia para acallar todos los procaces labios que hacían del honor de Susana, del nombre de su padre, de la dignidad de Julián y de su amor, toda una tragedia de escarnio.

Sólo la realidad, la horrible realidad de un presente sombrío, se ofreció de pronto a sus ojos acrecida por la sospecha; y de allá, de lo más hondo de sus entrañas, se le escapó una queja inmensa –signo inequívoco de su debilidad para la lucha– y cayó casi desvanecida, presa de mortal congoja, en los brazos de la Perfidia, es decir, de Providencia...

Cuando esta regresó a su casa, con la faz encendida, los ojos echando chispas, sudorosa y jadeante, moviendo sus enormes caderas de yegua normanda al compás de su inmenso abanico japonés, no dio abasto a todas las preguntas hechas a un tiempo. Las Tasajo, las Mendes, las Gonzalito, todas interrogaban, manoteaban, se reían, hasta que Providencia se desató, echó y vomitó

tó lo que llevaba dentro del cuerpo: –Hase visto la hipócrita, y que decirme a mí que no sabía nada. ¡Con sus hipos⁴⁵ de histérica!... Si la hubierais visto... ¡Qué convulsiones, qué lamentos! ¡Qué modo de tirarse encima de una! ¡Mira, “niña”, mira cómo me ha puesto el traje la muy sinvergüenza!...

⁴⁵ “sus ojos” (p. 169).

XXIII

¡Qué bella, qué trágicamente bella es la figura de Isabel Espinosa! Bajo su linda y doble envoltura de ángel y mujer, aquella niña ocultaba un carácter, un alma de raras y sorprendentes energías, alma de heroína y mártir a un tiempo mismo. Para su inmenso dolor no buscó apoyo en nadie, ni acudió al consuelo de las lágrimas. Fue un dolor seco, silencioso, reconcentrado, altivo. La noche que siguió al cínico relato de Providencia, la valerosa Isabelita entró a la alcoba de su madre, le dio un prolongado beso en la frente y se fue a su cuarto sin proferir una palabra.

El cuarto estaba a oscuras. Isabel buscó los fósforos, dio luz a una lamparilla y se tendió a medias en el lecho, vestida, apoyándose enérgicamente con un brazo sobre las almohadas y reclinando en la palma de la mano su rubia adorable cabecita, agobiada de pensamientos lúgubres. ¿Cuánto tiempo permaneció en aquella postura? No lo sabe, no lo supo jamás. Al melancólico azulado reflejo de la lámpara –que apenas tenía fuerzas para esclarecer la estancia– se estuvo muchas horas... ¡muchas!, contemplando fijamente una fotografía de Espinosa que se destacaba sobre un trípode de plata en medio de las pequeñeces artísticas de su tocador. Su misma intensa dolorosa contemplación le comunicó una como lucidez extranatural. Ante sus ojos extáticos pasaron en aciago desfile los personajes de aquel drama de familia, cuyo protagonista era su padre, y en su cerebro estalló entonces un gran ir y venir de pensamientos, de recuerdos, de cosas y escenas que antes no se explicaba. Comprendió por qué su padre se había interesado tanto en la libertad de Julián y por qué permitía que este la amase, sin oponerse como antes, tenazmente a su deseo. Su padre la canjeaba, y así como la canjeaba, quién sabe si hubiera sido capaz de venderla. Al hacerse cargo de esta monstruosidad, un sentimiento parecido al del odio se agitó dentro del pecho de Isabel. Tuvo una idea ingrata, horrible, espantosa: la de decirle a Julián todo lo que pasaba, todo...

Pero, ¿cómo y con qué derecho amargaba ella para siempre la existencia de su novio? ¿Qué frases usaría para decirle que Susana, su madre –¡su madre, a quien él juzgaba santa!– era la querida de Espinosa?... No, no podía ser. No se necesitaba más que una víctima. ¡Qué le importaba a ella el sacrificio de su juventud si su felicidad estaba ya rota y su esperanza perdida para siempre!... Y sus ideas tumultuosas, esparcidas, locas, volando en distintas direcciones, empezaron a flotar como puntos negros en medio de una bruma que se alejaba lentamente. Su agobiada cabeza se reclinó por completo sobre la almohada; el brazo en que se apoyaba descolgose lánguido sobre su

agitado seno, y después de un ligero temblor, se abatieron sus párpados y se quedó dormida...

Se despertó asustada, como si la hubieran llamado a gritos; pero no se extrañó de encontrarse allí, vestida sobre la cama, con el cuarto medio alumbrado todavía por la moribunda luz de la lámpara. Un segundo le bastó para coordinar sus ideas; reconstituyó los hechos, pensó en ellos de nuevo con fija obstinación, volvió a clavar la mirada insistente en la fotografía de su padre; se levantó y abrió la ventana, por cuyas rendijas se filtraba la clara luz de la mañana. Cuando aquella luz la bañó violentamente, su rostro resplandeció como el rostro de las mártires.

De su gran sufrimiento no quedó más que esa palidez lívida que delata lo supremo del espanto o las supremas resoluciones de la vida.

XXIV

La ruptura fue violenta, inesperada, atroz, casi brutal. La inició Isabel; la aceptó Julián, entre asombrado y colérico, después de pedir explicaciones terminantes, claras, precisas.

Ni claras, ni terminantes, ni precisas quiso ella darlas. –“No podían seguir amándose. ¿Por qué? *Porque no...* porque el amor era un crimen”.

¿Un crimen el amor?... ¡Si estaría loca! ¿Qué quería decirle con aquella frase enigmática de novela sentimental? Él necesitaba saber el motivo de semejante “terquedad”: lo exigía, lo imponía. Todo inútil. Isabelita fue inflexible, impenetrable. Estaba, como en la noche anterior, muy seria y muy pálida, y tenía un poco ronca y un mucho trémula la voz cuando le manifestó su resolución. Y ante esta resolución, cediendo a su temperamento levantisco, en uno de sus habituales, irreflexivos arrebatos, Julián la insultó despiadadamente, la llamó “coqueta”, “pérfida”... “mujer al fin”. ¡Sabe Dios con qué Teodoro Cuevas lo iba a sustituir!

Esta cobarde suposición del hombre a quien adoraba le hizo daño; sintió una angustia horrible; se le saltaron las lágrimas y estuvo a punto de confesarlo todo. Vaciló un segundo, quiso detenerle, pero ya él se había levantado del asiento; se iba... Se fue al fin furioso, ahogándose de ira, resuelto a no volver. –“¡Ah!... sí, no volverá”-. Isabel lo conocía; pero la atormentaba que se llevase en el alma aquella disparatada sospecha.

Julián salió medio aturdido. Ya en la calle vaciló entre tomar la derecha o la izquierda de la plaza; no sabía adónde iba ni qué iba a hacer. Irresoluto aún, echó a andar precipitadamente por la Vía Ancha. Después volvió una esquina y otra, siempre de prisa, acometido de creciente impaciencia, impulsado por una imperiosa necesidad de huir, de no ver a nadie, de hablar a solas con el espacio, como si el espacio fuera a darle inmediata solución a sus dudas, respuesta definitiva a sus terrores. Y mientras andaba de esta suerte, su pensamiento andaba también, mejor dicho, volaba exasperado, loco, por el campo abierto de los recuerdos.

La hora era propicia para las tristes remembranzas.

El último rayo de una tarde cálida, sucia, polvorienta, se hundía en el horizonte. Allá en el fondo de la vía alzabase en esbozo fantástico, surgiendo de una grotesca masa de techumbres desiguales, la vieja catedral, en cuya cúpula el sol había dejado un retazo de luz rojiza que parecía una mancha de sangre; algunos raquíuticos mecheros de gas empezaban a pestañear en la penumbra, y sobre un

cielo gris, ennegrecido casi, destacábanse vigorosamente, semejando las protuberancias de un dromedario monstruoso, los cerros deformes y retorcidos donde se apoyaba la ciudad confusa, bruscamente ensanchada a los ojos de Julián.

Continuó andando, andando, tropezando con los transeúntes, cruzando torpemente de una acera a otra con el corazón apretado... Hubo un minuto en que toda su desesperación se le subió a la boca, y sin darse cuenta, con un acento en que había lágrimas de despecho y de furor, llenó el inmenso espacio de blasfemias.

¡Ah! En el oleaje tumultuoso de su existencia, la melancólica mirada de Isabel proyectó un reflejo de dicha. Fue aquello como un paréntesis de luz en la negrura de su vida, y esa vida tuvo un mes de rubores, de sonrisas y de éxtasis. El día que se entregó al idilio, como un poeta en los brazos de su musa, se olvidó momentáneamente de todo. Acariciando con mano trémula la rubia cabellera de su amada, oyendo su voz que le entraba en el alma como una música del cielo, bebiendo en sus labios el deleite hasta embriagarse, el mundo se le antojó nuevo, como alumbrado por un sol de rayos de oro; las ventanas de su espíritu se abrieron y dejaron paso a aquel intenso resplandor que le parecía como mezclado de perfume de flores, de gorjeos de pájaros, de ráfagas de aire puro... Pero esta felicidad apenas comenzada se ensombreció de repente, se llenó de temblores súbitos, de miedos inexplicables, de presentimientos, de sobresaltos, de dudas, que tuvieron al cabo y al fin dolorosa y cumplida confirmación aquel nefasto día.

Ya se le ha visto tropezando aquí, vacilando más allá, andando siempre sin rumbo fijo. En la desatentada excursión se llevó más de cinco horas. ¡Más de cinco horas callejeando y maldiciendo lo existente! Entró a un café y bebió; tenía sed; bebió mucho... Pagó, se marchó y, otra vez fuera, volvió a quedarse atónito en el medio de la calle.

Era ya muy tarde. No se había dado cuenta del tiempo transcurrido. Se sorprendió al oír las once de la noche que daba un reloj lejano. La ciudad se disponía a dormir. Sólo algunos cafetuchos poco concurridos arrojaban resplandores de amarillenta luz sobre las sombras del arroyo; los últimos tranvías al trote de sus escuálidos y cansados caballos se cruzaban en los desvíos chirriando ásperamente sobre los rieles; los pasos precipitados de tal cual transeúnte se iban perdiendo, perdiéndose a lo lejos. Y de entre un montón de nubes grises empezó a surgir la luna lentamente. A su tenue claridad se iluminó a medias el espacio. Julián alzó la vista y vio negrear allá, en el fondo, detrás de la vieja catedral, casi tocando las nubes, los contornos de la montaña que a sus ojos volvían a adquirir las fantásticas deformidades de un monstruo que se le echaba encima...

Un estremecimiento singular recorrió todo su cuerpo; mil ideas encontradas y angustiosas se acumularon de nuevo en su imaginación. Y diez minutos después, sin saber por qué calles había caminado, se encontró en su casa, arriba, en su habitación, frente al escritorio, la pluma suspendida sobre un blanco pliego de papel donde, a guisa de comienzo de carta sólo había escrito con rasgos acentuados y violentos, el nombre de ISABEL...

XXV

Tras de la primera excitación vino para Julián un período de profundo abatimiento. Al arrebató breve y terrible sucedió la calma sombría y dolorosa. Luego esta sufrió una transformación violenta, a la cual siguieron, sin interrupción, día por día, muchos altibajos y alternativas de carácter.⁴⁶ Cuando no se levantaba de mal humor, con el ceño fruncido, dejando ver su cicatriz más pronunciada que de costumbre, amanecía alegre, cantando, fácil al halago, dispuesto al regocijo; decidor, ganoso de fiesta, de paseos, de alegres excursiones al campo, de caminatas fatigosas por los barrios extraviados.

Estos inesperados júbilos de Julián entristecían mucho a Susana. En cambio, cuando él caía en sus tristezas inmensas, ella se le acercaba, le rodeaba de cuidados, de caricias, de atenciones. Por las mañanas Julián encontraba todo listo: la camisa limpia, blanca, lustrosa; los pañuelos olientes, impregnados de suavísimo perfume; los pantalones cepillados, doblados cuidadosamente; las botas brillantes como espejos; todo hecho con regularidad matemática, con orden, sin ruido, sin que él se apercibiese. Igual o mayor esmero aún ponía ella en sus comidas. Dijérase que con estos detalles y requisitos de mesa y de indumentaria, la madre intentara apaciguar los días negros del hijo, los días en que su conciencia parecía que se levantaba armada, dispuesta a librar batallas con lo desconocido.

Ocurrían generalmente estas rápidas y violentas recaídas después de algún insomnio tempestuoso. Con su percepción de madre amante, Susana “las sentía venir” y redoblaba sus cuidados, sin dirigirle al mozo la palabra, sin mirarle a la cara, porque los ojos de Julián despedían entonces un extraño fulgor que le daba mucho miedo.

Una noche, ya muy tarde, lo oyó paseándose incesantemente por la habitación, y como viviera en aquel estado de inquietud y azoramiento que adquirió desde su primera falta, se levantó de puntillas y pegó el oído a la cerradura de la puerta.

Julián hablaba a solas; la figura de Isabel se presentaba con vigoroso relieve a su imaginación atormentándolo. Por más que ahondaba en “el misterio” de la ruptura jamás alcanzó su turbado

⁴⁶ En la edición de 1903, desde aquí en adelante, todo el resto del capítulo está suprimido. Lo que continúa en la edición 1903 luego de “alternativas de carácter”: “Un suceso, al parecer...” (1903, Cap. XXV, p. 178) corresponde al capítulo XXVI de la edición de 1899.

pensamiento a comprender que Isabel prefería sacrificarse antes que sacrificarlo a él haciéndose cómplice de las relaciones de Susana y Espinosa. No, esto no lo comprendía Julián, ni siquiera lo sospechaba. En la conducta de la exnovia sólo veía la traición, la ingratitud, y acababa por envolver su recuerdo en un torrente de frases brutales entremezcladas de rugidos.

Mientras se desahogaba de este modo, la pobre madre, a medio vestir, acechaba sus palabras a través de la cerradura y su rostro iba recogiendo sucesivamente la indignación, la tristeza y la cólera del hijo, como si las acusaciones fueran dirigidas a ella. Y como Julián no profería el nombre de la mujer a quien apostrofaba de aquella suerte, hubo un instante en que Susana estuvo a punto de empujar la puerta y entrar y caer a sus pies, porque escuchándolo, escuchándolo llegó a creer que él conocía la gran desdicha de su vida... Sintió un gran desvanecimiento y cayó al suelo. Al ruido que hizo salió el atribulado mozo y se encontró a la madre revolcándose sobre el pavimento, presa de espantosas convulsiones.

Desde entonces Susana empezó a sufrir de síncope terribles, en medio de los cuales, llevándose las manos al corazón, se lo oprimía y se lo apretaba furiosamente como si quisiera sujetar algo que pretendía salir de allí sin su permiso.

XXVI

Un suceso, al parecer de poca monta, pero digno de especialísima mención por sus inesperadas consecuencias, señaló una nueva etapa en la vida de Julián.⁴⁷

Ocurrió el tercer día de Carnaval.

Las más gentiles damas y los más apuestos caballeros de la *high-life* villabravense “inauguran” el Carnaval por modo solemne en todos los fiacres, victorias, carrozas, landós y otros vehículos de más o menos lujo, o más o menos desvencijados con que cuenta el servicio diario de la ciudad. Esta se engalana lo mejor que puede con sus mismas banderolas y farolillos, cintas y lazos, arcos y gallardetes que usa para los onomásticos de sus héroes⁴⁸ y sus sabios; y se consumen como en estos grandes días de la patria los mismos cohetes, los mismos petardos y los mismos fuegos artificiales de rueditas tormentosas y zigzags de mil luces de colores...

Durante los tres días, las señoras y señoritas se vuelven locas de contento, se estrujan, se besan, se regalan *bouquets*, ríen, cantan, bailan y arman encantadoras algarabías en las ventanas cuando pasan los coches cargados de jóvenes que, a puñados, les arrojan *confettis*, flores y galletitas de dulces, amén de los más bellos gestos, signos y sonrisas que en estas reñidas y galanas batallas saben esos niños disparar con admirable puntería de un coche a una ventana. Pero, allá, el último día degenera la batalla civilizadora en batalla de salvajes. Porque en la llamada calle Real se amontonan los jóvenes “más graciosos” de la población y, confundiendo con la astrosa golfería, formando filas y murallas inexpugnables, gozando de la inmunidad del número, empiezan a tirar en medio de relinchos, carcajadas y pateos, pelotas de almidón, frutas, cascotes, arena, tierra y hasta piedras, a los que se atreven a desafiar las populares iras atravesando por el revuelto sitio en coche descubierto.

Y⁴⁹ en coche descubierto salieron Julián Hidalgo y Luis Acosta aquella tarde y pasaron dos veces por la calle Real. La primera vez, una tímida bola de papel cayó a los pies de Luis –que no hizo

⁴⁷ “una nueva etapa a su angustiosa existencia” (p. 178).

⁴⁸ Desde “y sus sabios” hasta “luces de colores” está suprimido en la edición de 1903.

⁴⁹ “De esta guisa salieron Julián Hidalgo y Luis Acosta aquella tarde; y no una, sino dos veces cometieron la imprudencia de pasar por la alborotada calle Real. La primera vez, una tímida bolita de papel cayó a los pies de Luis; pero la segunda, ya preparados los grupos ‘por si volvían’, como volvieron, no una inofensiva pelota de papel, sino mil

caso-, pero la segunda, ya preparados los grupos, “por si volvían”, como volvieron, no una bola de papel, sino mil pelotas de papel y fango, lluvias de arena, de cal y de tierra, granizadas, en fin, de piedras y cascotes, cayeron sobre los dos jóvenes.

Luis,⁵⁰ indignado, tapándose como pudo con el brazo para que no le alcanzasen a la cara los inmundos proyectiles, quiso arrojar del coche sobre un grupo que lo abrumaba. Julián se empeñó en detenerlo haciéndole comprender con frases y razones de gran peso que iba a cometer una imprudencia. Mientras discutía y forcejeaba con él, del emborrascado grupo salió una voz canallesca, portadora de una injuria horrible en que iba envuelto el nombre de Susana.

Entonces Julián perdió el juicio: él no entendió bien lo que dijo aquella voz infame, pero oyó el nombre de su madre y soltó a Luis; pasó por encima de su cuerpo en un salto asombroso y cayó ciego, desesperado, sobre el grupo, rugiendo y dando locas puñadas. Detrás de él salió su violento compañero y se armó, naturalmente, una bronca fenomenal; porque a la vez que Julián paseaba triunfante su furor por todas partes, Luis se despachó a su gusto: al empuje de sus atléticos puños rodaron unos cuantos hombres por el suelo, volaron algunos sombreros, y la acometida fue, en fin, tan osada, hecha con tal decisión y valentía, que los más diestros en lanzar, un minuto antes pelotas de barro, piedras y cascotes, fueron los que más pronto *hicieron el vacío...* Pero vino el orden público, sujetó a los dos locos, y entonces la multitud rehecha, encorajinada y valiente, quiso matarlos como a perros.

De este vulgar incidente⁵¹ de la calle se enteró Susana y fue presa de otros síncope que, a la larga, se hicieron crónicos, degenerando con todos sus horrores convulsivos, con todas sus monstruosidades físicas, con todos sus desgarramientos morales, en un verdadero caso de histerismo. Pero Julián atribuyó los nuevos ataques nerviosos de Susana, no sólo a la grande y fatal impresión que le ocasionara el suceso, sino, entre otros muchos disgustos, a la muerte repentina de

pelotas de fango, lluvias de arena, de cal y de tierra, granizadas, en fin, de piedras y cascotes, cayeron sobre los dos jóvenes” (pp. 179-180).

⁵⁰ Obsérvense las variantes en los dos siguientes párrafos en la edición de 1903: “Luis, indignado, tapándose como podía, con las manos, para evitar el golpe de los inmundos proyectiles, quiso arrojar del coche. Julián lo detuvo; Luis forcejeaba. En este instante, del emborrascado grupo de la calle, salió una voz canallesca, portadora de una injuria horrible en que iba envuelto el nombre de Susana. Entonces Julián perdió el juicio; él no entendió bien lo que dijo aquella voz de infamia, pero oyó el nombre de Susana y soltó a Luis; pasó por encima de su cuerpo de un salto y cayó ciego, desesperado, sobre el grupo, rugiendo y dando locas puñadas. Detrás de él saltó su violento compañero y se armó, naturalmente, una bronca fenomenal.

“Un gardián [sic] del público llegó a tiempo y, ayudado de otros más, sujetó a los dos locos a quien la multitud hubiera hecho trizas, encorajinada como estaba” (p. 180).

Luego se vuelve a retomar la edición de 1899: “De este vulgar incidente...”.

⁵¹ Variantes en este párrafo: “De este vulgar incidente se enteró Susana y fue presa de extraños síncope, que, a la larga, se hicieron crónicos, degenerando con todos sus horrores convulsivos y con todos sus morales desgarramientos, en un verdadero caso de histerismo.

Julián atribuyó estos últimos ataques de su madre, no sólo a la gran y fatal impresión que el suceso le ocasionara, sino entre otros muchos disgustos íntimos, a la muerte repentina de Juana Méndez, la mujer de don Anselmo Espinosa” (pp. 180-181).

Juana Méndez, la mujer de don Anselmo Espinosa.

Jamás se atrevió Julián a manchar la existencia de Susana con una duda.⁵²

La injuria, aquella sangrienta injuria que salió de un carnavalesco montón anónimo, le desgarró los oídos; pero no llegó nunca a saber lo que querían decirle, ni lo necesitaba. No intentó averiguar de qué magnitud era el ultraje. ¿Para qué? Su madre era su madre. ¡Impecable, inmaculada, santa! Ni una sospecha siquiera turbó su pensamiento. Porque ni su pensamiento ni su corazón tenían derecho a dar cabida a semejante idea. Una sola vez pasó esta rozándole con sus alas negras la conciencia. Se quedó aterrado. Mas al punto, su inmenso amor de hijo se irguió sobre la ingrata sospecha y la aventó de un golpe. Entonces, por vía de expiación, corrió anhelante y casi lloroso al lecho donde Susana dormía y le cubrió el rostro de besos.

El médico consultado sobre el mal de la enferma no le dio gran importancia, y opinó por el cambio de aires. No había por qué alarmarse. Desórdenes del organismo. Cuestión de nervios, casi nada. Bastarían los baños fríos, mucha tranquilidad, buena alimentación... Y ya vería él cómo terminaban pronto los síncope, los llantos sin motivo y las repentinas angustias de la señora. Estaba él por el cambio: aires nuevos, de montaña, o de mar...⁵³

–¡Aires de montaña! –contestó⁵⁴ resueltamente Julián.

Se agarró a esto como un náufrago a una tabla.

¡Ya era tiempo!

Desde⁵⁵ el día que Julián Hidalgo confesó públicamente sus ideas, estorbaba en la ciudad. Lo sabía, lo sentía; sentía juntamente con un grande escozor y un gran desasosiego, la catástrofe que se adelantaba lentamente, ignorando por qué punto del horizonte iba a asomar. A partir de aquel vulga-

⁵² El siguiente párrafo dice así, edición de 1903: “¿Con qué derecho? Susana era su madre, ¡impecable, inmaculada, santa! Una sola vez pasó una idea horrible, rozándole con sus alas negras la conciencia, y se quedó aterrado. Mas al punto, su inmenso amor de hijo se irguió sobre la ingrata sospecha y la aventó de un golpe. Al día siguiente, por vía de expiación, corrió anhelante y casi lloroso al lecho donde Susana dormía y le cubrió el rostro de besos” (p. 181).

⁵³ Suprimida las palabras “o de mar...” en la edición de 1903.

⁵⁴ “exclamó” (p. 182).

⁵⁵ Se transcriben todas las variantes y rescrituras desde el inicio de este párrafo hasta “en toda la comarca”:

“Ya empezaba él a presentir que algo extraordinario y fatal iba a ocurrir, trastornando de nuevo su existencia. Al sufrimiento del amor de Isabel se unía el mal de su madre; y a estos dos grandes pesares, la hostilidad creciente de todos. Aquella hostilidad, mayor cada día, la vio en el rostro de las gentes; en las miradas, en las sonrisas enigmáticas, en la actitud de los grupos que, apostados en las esquinas, se abrían en dos alas para dejarle paso y luego señalarle con el dedo.

¡Ah! sí, él sentía que a sus espaldas flotaba siempre el insulto; el insulto silencioso de los cobardes. Y sentía, además, un grande escozor, un grande, inexplicable desasosiego; él estaba allí estorbando, y estaba solo. Hasta Luis Acosta lo abandonaba para irse a formar parte de una revolución regeneradora, que había estallado no se sabía dónde, en el interior de la República.

Necesitaba salir de allí, y se marchó al fin con Susana.

Hicieron el viaje hasta el puerto vecino de La Guaita, en un tren cuyos rieles van tendidos por sobre abismos; y de allí hasta el balneario de Amacuto en un tranvía de vapor que goza de honores de sud-express en toda la comarca” (pp. 182-183).

rísimo suceso del Carnaval, le abrió un hueco en el alma a la desgracia próxima; porque adivinaba algo fatal y extraordinario en su existencia. A la ruptura de su amor con Isabel se unió el mal de Susana, y a este, la hostilidad creciente de todos, porque en todos resurgía sin embozos la animosidad. La vio en el rostro de las gentes, en las miradas, en las sonrisitas enigmáticas, en la actitud de los grupos que, apostados en las esquinas, se abrían en dos alas para dejarle el paso y luego señalarlo con el dedo. A sus espaldas flotaba siempre el insulto silencioso: el insulto de los cobardes.

Un día, al pasar por casa de las Tasajo, oyó como rumores, cuchicheos y de risas contenidas detrás de las ventanas; se le paseó una gran rabia por todo el cuerpo y estuvo a punto de revolverse para insultarlas. Decididamente, él no podía vivir en Villabrava. ¡Estaba solo, solo contra todos! Hasta Luis Acosta lo abandonaba para irse a formar parte de una revolución armada. Era lo mejor, irse, ocultarse en la selva, volver a ser lo que fue: un semibárbaro dueño de su libertad, lejos de la pequeñez, de la miseria, de la murmuración, del odio de la sociedad.

Y se marchó al fin con Susana.

Hicieron el viaje hasta San Juan –que es el principal puerto de la República– en un tren cuyos rieles van tendidos por sobre abismos, y de allí hasta *Cocuyo* en un tranvía de vapor que goza de los honores de sud-express en toda la comarca.

*Cocuyo*⁵⁶ es una parodia ridícula de los grandes balnearios europeos. Los periodistas tontos de Villabrava lo citan con⁵⁷ los nombres de Biarritz, Ostende, New-Port, etc. A veces, juzgando hartamente la comparación, exclaman muy frescamente: “De *Cocuyo* al cielo, es decir, a Villabrava”. Y *Cocuyo* es sencillamente una playa en semicírculo, con una especie de malecón que barre el mar a temporadas.

Visto de lejos, desde un buque, por ejemplo, con sus casuchas blancas, rojas, azules, amarillas, dispersas unas y amontonadas otras sobre los cerros, como agarradas a los peñascos para no caerse ladera abajo, *Cocuyo* es de un aspecto desconsolador. Pero en tierra ya es otra cosa. Ofrece, para solaz de viajeros aburridos, un parque nutrido de árboles, una iglesia morisca, tres hoteles, varios baños de tablas, su cerro incivil⁵⁸ y un río muy “simpático” y bullanguero, cuyos estratégicos recodos, estanques, pozos y caídas, medio ocultos por las peñas, aprovechaban en sus buenos tiempos, cuando *Cocuyo* no era Biarritz, las antiguas familias villabravenses para bañarse animosamente al aire libre.

Ocurría,⁵⁹ sin embargo, con harta frecuencia y con hartísimo sobresalto para el femenino pudor, que algunos jóvenes imprudentes, con pretexto de bañarse “más allá”, trepaban de improviso por aquellos lugares precisamente, cuando las trémulas ondinas iban a echarse al agua. Entonces se

⁵⁶ Desde aquí en adelante la edición de 1903 sustituye *Cocuyo* por Amacuto.

⁵⁷ “lo comparan a Biarritz” (p. 183).

⁵⁸ “pedregoso” (p. 183).

⁵⁹ Este párrafo está suprimido en la edición de 1903. En su lugar se dice lo siguiente: “Aquello ahora ha cambiado completamente y sirve de refugio a lo más granado de la sociedad mencionada” (p. 184).

formaba una algarabía espantosa; las bañistas sorprendidas lanzaban verdaderos alaridos de terror, se escondían detrás de las piedras, se tapaban la cara con las manos y salían luego escandalizadas, jurando de dientes afuera que aquellos atrevidos no las volverían a ver haciendo de náyades en los pocitos.

Cuando⁶⁰ Susana y Julián se detuvieron en Cocuyo, este se hallaba favorecido por lo más “granado” de la sociedad *smart*. Julián decidió permanecer allí dos días, la madre se resistió, pero él dijo que el viaje era fatigoso, que era preciso descansar. Y contra la voluntad de Susana se instalaron en el Nuevo Hotel: amplio y hermoso edificio de madera, donde las damas y los jóvenes elegantes del país, para distraer sus ocios, bailaban, cantaban, y se descuartizaban de lo lindo, moviendo la lengua con sin igual destreza alrededor de sus respectivas reputaciones. Julián cayó allí, naturalmente muy mal, y hubo cuchicheos y “cordón sanitario”, como si fueran apestados los que llegaban.

Susana comprendió al punto su situación: la comprendió mejor que su hijo y le dio prisa para continuar el viaje.

No, no podía ser; él quería que su madre reposara; la ascensión a la montaña era fatigosa, tenían que hacerla a caballo... trasponer el pendiente cerro... Siete horas de camino cuesta arriba por el ribazo y luego cinco horas más a través de malezas espesísimas, de masas, de murallas de juncos casi inexpugnables...

Lo que hubiera que pasar lo pasaría ella. No la arredraba el viaje seguido. Doce horas... ¿qué eran doce horas, y en los mejores caballos de la finca, que había llevado el viejo Mateo desde la noche anterior hasta Cocuyo? ¿Qué esperaban allí?

Tenía razón Susana: ¿qué esperaban?... Y emprendieron de nuevo la marcha, precipitadamente,

⁶⁰ Véanse desde aquí hasta el final del capítulo todas las variantes introducidas en la edición de 1903:

“Cuando Susana y Julián llegaron a Amacuto, este se hallaba lleno de bañistas. Julián quería permanecer allí dos días, pero la madre se resistió. Al entrar en el Nuevo Hotel, amplio y hermoso edificio de madera, donde las damas y los *clubmen* elegantes, para distraer sus ocios, bailan, cantan, ríen y se descuartizan de lo lindo moviendo la lengua con sin igual destreza alrededor de sus respectivas reputaciones, Susana comprendió al punto que caía mal. Hubo rumores y cuchicheos y conciliábulos secretos, y se decretó ‘cordón sanitario’ para los recién llegados, como si apestasen.

Susana insistía para que continuasen inmediatamente el viaje. Julián, atascado, se opuso. La ascensión de la montaña era fatigosa; tenían que hacerla a caballo, en los caballos que ya había traído el viejo Mateo de la finca, desde la víspera; pero eran siete horas de camino cuesta arriba por el ribazo peligroso, y luego, cinco horas más a través de malezas espesísimas, de murallas de juncos muy difíciles de atravesar.

Lo que hubiera que pasar lo pasaría: no le arredraba nada. ¡Vamos, Julián, vamos pronto! Y lo dijo con tanto anhelo y tan resueltamente que Julián cedió.

Así emprendieron la marcha, sin descansar, a prisa y corriendo, con atropellamiento de gente perseguida.

Al obscurecer, se les vio, desde la playa, ascendiendo, ascendiendo por la abrupta cordillera, encorvados sobre sus jadeantes cabalgaduras, como si los agobiase aún el odio de la sociedad que los arrojaba de su seno. Y ellos también se detuvieron arriba, a mirar al pueblo retorcido como un caracol en el fondo y en los áridos regazos del cerro. Y, más allá, el pueblón de Villabrava negreando entre las siluetas de sus torres; y luego, luego más bruma, más bruma aún: la bruma del mar, la lejanía, y en la grisácea lejanía destacándose la espesa columna de humo de un vapor que se acercaba al puerto” (pp. 184-185).

como si los persiguieran.

Al obscurecer se les veía ascendiendo, ascendiendo por la alta cordillera, encorvados sobre sus jadeantes cabalgaduras, como si los agobiase aún el odio de la sociedad que los arrojaba de su seno. Y ellos también se detuvieron a mirar el pueblucho, retorcido como un caracol, abajo en los áridos regazos del cerro, y más allá, el pueblón de Villabrava negreando entre las siluetas de sus torres; y luego más bruma aún ¡la del mar! en cuyos horizontes empezaba a destacarse vigorosa la espesa columna de humo de un vapor...

XXVII⁶¹

Por un lado⁶² despedía el rencor a Julián Hidalgo y a su madre, y por otro lado, ese mismo rencor, transformado de pronto en regocijo, se dispuso a recibir en el puerto de San Juan a las afrancesadas, atolondradas y semidesquiciadas hijas del doctor Pérez Linaza, que regresaron a la patria después de tres meses de ausencia, precedidas de veinte baúles-monstruos, de diez grandes maletas-paniers, y de una docena de cestos y cabachs, y líos y paquetes que espantaron a los mismos mozos de las estaciones “criollas”.

¡Lo que derrocharon, lo que gozaron, lo que hicieron esas locas en París! ¡Santo Cristo de Villabrava, qué barbaridad! ¡Qué furia de paseos por el Bosque, que excursiones a Versailles, a Saint-Germain-de-Prés, qué desbordamiento⁶³ de cintas, y encajes y enaguas de seda, y perritos lanudos “desbordándose” por sobre las portezuelas de los coches; qué abrigos de pieles, y guantes hasta el codo y colas de tres metros de largo para la Gran Ópera; qué “arremetidas” a las joyerías de la rue de la Paix, a los almacenes del Louvre, a las casas de modas, y qué noches aquellas del Boulevard: qué noches!

61 Como advertimos en la nota 46, la edición de 1903 reescribió y reajustó los capítulos XXIV y XXV de la edición de 1899. De este modo, este capítulo XXVII corresponde al XXVI de la edición de 1903.

62 Ver las siguientes variantes de la edición de 1903:

“Por un lado despedía el rencor villabravense a Julián Hidalgo y a su madre; y por otro lado, ese mismo rencor, transformado de pronto en regocijo, se dispuso a recibir en La Guaita a las afrancesadas y semidesquiciadas hijas del doctor Pérez Linaza, que regresaban a la patria después de tres meses de ausencia, precedidas de veinte baúles monstruos y otros tantos *paniers*, maletas, sombreros y paquetes que espantaron por su volumen, peso y contenido, a los mismos empleados de la Aduana.

¡Lo que derrocharon, lo que hicieron aquellas locas en Paris! ¡Santo Cristo de Villabrava, qué alboroto de mujeres: qué furia de paseos, de excursiones, de idas y venidas al Bosque, a Versailles, a St-Germain y a Fontainebleau! ¡Qué desbordamiento de cintas, encajes y enaguas de seda; qué abrigos de pieles, qué colas más ‘ruidosas’ para los bailes de la Gran Ópera; qué arremetidas a las joyerías de la calle de la Paix, a los almacenes del Louvre; y qué noches ¡ay! qué noches, aquellas del boulevard y de los Campos Elíseos en verano!” (pp. 186-187).

63 La primera edición de la novela lleva al inicio de sus páginas una advertencia donde se lee: “En el presente libro se han deslizado, entre varios errores, los que siguen: / En la página 192, “desbordamiento de cintas” por “amontonamiento de cintas” (1899). Lo singular es que este error no fue corregido en la edición de 1903, donde se repite la expresión “desbordamiento de cintas” (1903: 186). La nota de 1899 finaliza del siguiente modo: “Los descuidos de puntuaciones, etc., se dejan a la inteligencia y a la piedad del lector”.

A la sazón asombraba a París con sus excesos, sus desnudeces, su hermosura y su histerismo, la ex ilustre y ex princesa de Caraman Chimay. Providencia Pérez empezó, como todo el mundo, por admirar a la descocada señora y acabó por calcarle los trajes hasta el punto de presentarse a la Renaissance a ver a la Duse con los pezones de sus redondos pechos montados sobre los bordes del escote.

Esta inaudita desfachatez de Providencia se comentó mucho en los alborotados conciliábulos⁶⁴ de la colonia, porque había allí por aquella época muchas empingorotadas familias villabravenses, de esas que hacen por temporadas su habitual peregrinación a París, según la altura a que se encuentran en sus pródigos países el café, el bacalao y la política. Representaban unas el elemento *snob* y, si se quiere, aristocrático, y otras el *rastaquerismo* incurable; pero lamentando casi todas con anticipación el regreso a la polvorienta y desdichada patria, donde la tierra generosa cosechaba en un año lo que habían de consumir sus vanidades en un mes.

A su vez representaban en Europa a Villabrava algunos eminentes, egregios y anonadantes jóvenes a la moda, entre los que se contaban Teodoro Cuevas; dos o tres personajes políticos al uso, que se vestían de máscara para hacer conquistas de hembras fáciles en las revueltas del boulevard; varios comerciantes ricos, de los que gastan más dinero del que consumen en los restaurantes de lujo –donde los camareros de diez años de práctica adivinan sus procedencias a través de sus billetes de mil francos–, y media docena de cónsules escapados de sus puestos que iban con harta frecuencia a compartir sus ímprobos labores al patio del Gran Hotel, con el nunca bien ponderado y luminoso cónsul general don Arturito Canelón.

En el susodicho patio discutían a voces todas las tardes estos señores sobre los destinos de Villabrava. Y cuando los concurrentes al Hotel los miraban formando grupitos deliciosos, gesticulando, manoteando, desgañitándose, moviéndose entre sus enormes fenomenales levitas claras que, llegándoles a los talones, les daban un no lejano aspecto de cocheros de casa grande condecorados, se sonreían con sonrisa indefinible o los señalaban con el dedo, murmurando por lo bajo: *Ce sont des rasta...* A veces, las discusiones subían de punto y tomaban aspecto de altercados furiosos, y la gente, creyendo que iban a matarse los del coro, llamaban al *concierge* y salía este sobresaltado a poner paz, diciendo con cierta, ironía, no exenta de desprecio: *Ne prenez pas toute la place, messieurs les décorés.*

Una tarde, la consabida disputa degeneró en contienda, porque un periodista americano fue de guapo y dijo que casi todos los villabravenses que visitaban París eran unos “títeres”.

–¡Más títere será usted! –respondió Arturo, dándole un empujón, sin poder reprimir su patriótico coraje.

El periodista disidente, al verse agredido, tiró un manotazo al azar y se encontró con la cara de Teodoro Cuevas, adonde iban a parar casi siempre todas las bofetadas que se perdían en París; a este manotazo contestó por el elegante joven un doctor de los del grupo, y sintiéndose héroe un general, sacó un revólver como un trabuco, otro desnudó un estoque que parecía una lanza y se ar-

⁶⁴ “círculos” (p. 187).

mó una bronca descomunal.

Al día siguiente dijo Rochefort en *L'Intransigeant* que del Gran Hotel habían sido arrojados por escandalosos unos salvajes de levita, sin recordar que él es el más escandaloso, el más salvaje e incivil de los periodistas europeos.

También escribió sobre este asunto, y sobre otros no menos curiosos, el flamante Arturito⁶⁵ la siguiente poética misiva:

París y septiembre de 1896.

Sr. D. Florindo Álvarez y Delgado.

En Villabrava.

Mi esclarecido hermano en letras:

Hame producido inusitado regocijo la última bizarra al par que deslumbradora carta tuya, porque ella me trae en su retórica inspirada recuerdos vivos y encendidos de nuestra apartada zona virgen. Sin contar con el olor... el olor del país que viene en cada frase tuya, que es como ráfaga de aire tórrido, como himno triunfante, como sinfonía alborotada de fronda en orgía.

Muéveme también tu misiva a expresarte el profundo agradecimiento que dejome en el fondo del alma el alto concepto literario que te mereció mi postrer artículo “Ígneas”, fruto prematuro, aunque robusto, de las nupcias de mi musa asimilativa y del numen conquistador de Catulle Mendes.

A propósito de Catulle: alégrame participarte que hace cosa de dos días hemos almorzado juntos; asistiendo a los postres Alfonso Allais el genial, Max Nordau, el satánico; y Moreas el griego parisiense de juventud crepuscular.

Por cierto que estuve a punto de contraer una indigestión ese día. Porque al llegar al Gran Hotel me encontré con una discusión indigna sobre los hombres de nuestra heroica Patria, viéndome en la necesidad de castigar enérgicamente al insolente que a la patria denigraba. ¡Esa patria que, como tú sabes, por su singular posición geográfica, por sus gentiles costumbres, por la belleza de sus mujeres, por las inspiraciones de sus artistas, de sus poetas, de sus oradores, de sus legisladores y filósofos, se encuentra hoy en lo que podemos llamar con el historiador: “¡la edad de oro del espíritu humano!”.

⁶⁵ De aquí en adelante todo el capítulo está suprimido. Luego de “el flamante Arturito” continúa lo siguiente:

“una despampanante misiva para una revista de su pueblo. Un mes después de publicada, se recibió en Villabrava la noticia de su muerte debida a un ataque de apoplejía fulminante.

Su poético amigo Florindo Álvarez, que era muy mala persona, al saberlo, fue y dijo en el club que el fallecimiento del esplendoroso cónsul tuvo por verdadera causa aquel flamante y retórico parto de su numen fecundísimo.

La muerte del inofensivo orador villabravense produjo –¿por qué no confesarlo?– silenciosa alegría entre sus queridos compañeros: dejaba un hueco *cerúleo* en la literatura excelsa del país, un hueco que todos, o casi todos, querían llenar, empezando por Florindo que, en el fondo, envidiaba sus glorias y hacía mofa de su desaparición inesperada. La risa de Florindo saludaba de lejos aquel cadáver, porque Florindo Álvarez no era, como decían, un poeta de sentimientos nobles: era un poeta que había nacido asesino; o, mejor dicho, un asesino que nació poeta por casualidad” (p. 190).

Es tal el orgullo que yo experimento recordando aquí a Villabrava, querido Florindo, que a veces levanto los ojos al cielo y pregunto lleno de temblorosa dicha: –¡Dios mío, qué méritos he contraído yo antes de nacer para que me hayas dado una patria tan grande! Una patria donde todo, desde la historia hasta la fábula, resulta de tal magnitud que no dejan sitio para cosa alguna de tamaño natural.

A mí me sublevan estos críticos malhumorados que censuran a nuestro pueblo por sublime, por heroico: porque se parece a Grecia; porque tiene su Esparta, su Arcadia y su Atenas; sus Pericles, sus Fidias, sus Arquímedes, su Aristodemo, y su Licurgo, su Temístocles y sus Hipócritas a montones; sus guerreros invencibles y sus poetas flamígeros y monstruosos. Pueblo digno de ser cantado desde la cumbre de la más alta montaña de la tierra; pueblo donde todos los hombres tienen los sentidos luminosos abiertos de par en par como grandes ventanas de cielo a la belleza; donde todos los brazos trabajan, donde todas las lenguas se mueven, donde todos los cerebros piensan alto y todos los corazones sienten hondo... ¡Oh! pueblo mío, cuando te nombro lanzo un grito frenético de entusiasmo cuasi napoleónico y sin “cuasi” eminentemente tropical.

Mallarmé delira por conocerlo. Este Mallarmé se queja porque no le escribes; no obstante envíate por mi conducto un elocuente abrazo en cambio de tu libro *Vibrátiles*, cuyas bravas, arrebatadoras endechas le darán margen a un artículo en *Le Journal*. En este periódico me dedicó ayer un trabajo originalísimo Octave Mirbeau: te enviaré cien números para que los repartas ahí y aplastes a mis enemigos; Copee me leyó en días pasados un drama que, a mi juicio, peca de articulaciones hieráticas. Mañana comeré en Armenonville, en ese poético pedazo del Bosque, con Maurice Barrés; me dice Jules Lemaitre que va a escribirle a nuestro sabio don Ovidio para que le dé el sentido exacto de la palabra “monocotiledóneo” que le trae a mal traer hace más de una semana. De Zola no me preguntes nada: es, como diría nuestro insigne Berza, un caso clínico, de senilidad trágica, de voluntad desviada, de inteligencia caída en la penumbra, de fecundidad que no es un regocijo sino un odio. Le tengo lástima.

Mándame seis libras de chocolate de primera que me ha pedido Jean Lorrain.

Te considero contentísimo con el regreso de Providencia a las memoriosas playas villabravenses.

Con Teodoro Cuevas que se va en este vapor irán tus encargos: tres bastones *exclusif*; una docena calcetines de seda *fond noir*; un *pardesus* [sic] demi-saison; siete pares guantes *crème*, grand bouton; dos camisetas lilas “estetas”; una caja pañuelos *cifré* y veinte docenas corbatas *haute nouveaute*, Loïe Fuller.

Repárteme sendos efusivos abrazos entre los amigos. No se te olvide lo del chocolate y publica los párrafos culminantes de esta carta que va con el corazón de tu amigo, ARTURO.

No conocía bien el fraseólogo escritor a su poético amigo Florindo Álvarez.

Muy mala, pero muy malísima persona era el tal Florindo. Tenía a menos hacer una obra buena completa; y cuando la hacía dejaba en ella uno que otro granito de maldad.

En vez de limpiar de polvo y paja la eufónica cuanto disparatada y mentirosa epístola –antes de

llevarla al periódico– fue y la publicó íntegra sin quitarle punto ni coma. Así produjo un deplorable efecto entre los graciosos de la noble villa lo del chocolate, y cayó también muy mal aquello de los Hipócritas. Porque el inofensivo fraseólogo, “arrastrado” por la improvisación, no paró mientes en el error y puso Hipócritas por Hipócrates.

Los villabravenses listos la cazaron al vuelo; pero los quisquillosos y los patrioterros se revolviéron contra el autor del inconsciente ultraje; y olvidando el cúmulo de elogios despampanantes que les prodigaba en aquella misma malhadada carta, lo pusieron como hoja de perejil; lo llamaron hijo *espúreo*, e hijo espúreo, también, de la patria lo declararon al punto aquellos mismos que no tenían derecho para tanto.

Al recibir la noticia de esta infame, injusta y canallesca campaña, el joven cónsul de Villabrava en París, cuyo único defecto consistía en ser relampagueante retórico, fue víctima de un ataque apoplético y murió nueve horas después, jurando que él jamás había pronunciado en vano el nombre de su patria...

La muerte de Arturo Canelón produjo silenciosa alegría entre sus imitadores: dejaba un hueco “cerúleo” en la literatura, un hueco que todos querían llenar. Por otra parte aquella muerte debió pesar como un pecado enorme, como un crimen enorme sobre la conciencia de Florindo. Pero no pesó. ¡Qué iba a pesar! Florindo Álvarez era un poeta que había nacido asesino; o, mejor dicho aún, un asesino que nació poeta por casualidad.

XXVIII

Una vez instaladas en la caliente histórica tierra, ⁶⁶ las Pérez Linaza acabaron de perder el poco juicio que tenían.

Se mudaban de traje a todas horas y se echaban a la calle, deseosas de lucir los relumbrantes trapos del Bon Marché; ⁶⁷ sintiendo muy de veras que en Villabrava no se pudiera, como en París, recoger y ceñir bien las faldas sobre las caderas, para enseñar mejor los encajes de las historiadas enaguas. Providencia, sobre todo, se puso insoportable. Ella hubiera querido enseñar muchas cosas. No encontraba ocasión de ostentar públicamente ciertos desnudos parisienses, entre ellos su escote Caraman-Chimay, con el cual daría golpe, concitando la envidia de las Mendes y dejando bizcos a muchos hombres.

A fuerza de darle vueltas a la imaginación, encontró un pretexto, una idea. La idea, en realidad, fue de su novio; porque eso sí, para ideas sugestionables, portentosas, estupendas, ⁶⁸ el fértil y despreocupado Florindo. ¡Pues no se le ocurrió solemnizar o hacer que solemnizase ruidosamente el doctor Linaza su “feliz arribo” –aunque fuera al mes de su llegada– satisfaciendo de este modo el ardiente deseo de Providencia!

Aquello de solemnizar “ruidosamente” su vuelta a la Patria no le cayó muy en gracia al jefe de la atolondrada familia. –No está la Magdalena para tafetanes –decía–. Las *niñitas* han gastado muchísimo; ha sido un verdadero desastre ese pavoroso viaje a París. ⁶⁹

Pero entre Florindo, las Tasajo y multitud ⁷⁰ de denodadas e intrépidas damas, que contribuyeron con sus luces y prestigios al éxito de la empresa proyectada, convencieron al arruinado viejo, y quedó desde aquel momento decidida la fiesta. Y puestas a inventar aquellas gentes después de mil disputas y mil opiniones encontradas, y otras tantas interminables conferencias, arreglaron un programa “magno”, original y raro de festejos. Comenzaron los preparativos, y en seguida los ensayos de cuadrillas, minués, rigodones, trozos de ópera, ⁷¹ número

⁶⁶ “la caliente tierra” (p. 191).

⁶⁷ “los deslumbrantes trajes que llevaron” (p. 191).

⁶⁸ “sugestionables y estupendas” (p. 191).

⁶⁹ “Las niñitas han gastado muchísimo en este pavoroso viaje a París” (p. 192).

⁷⁰ “y otra multitud” (p. 191).

⁷¹ “trozos de ópera, y tarantelas al piano, amén de un poema simbólico-representable...” (p. 192).

de violoncelo y flauta y tarantelas al piano, amén de un poema simbólico y “representable”, que para el caso escribió el fecundo Florindo.

Los ensayos de este poema dieron margen a nuevas disputas, porque los apuestos mancebos y distinguidas damas que se prestaron a *desempeñarlo*, querían hacerse los trajes a capricho. Por fortuna, Florindo, como jefe dictatorial que era y creador además de la obra⁷² inmortal, se negó a tan locas pretensiones e impuso que cada quisque vistiese cumplida y dignamente, según el carácter que en ella le correspondía; por lo cual los mejores sastres y las más renombradas modistas de Villabrava trabajaron desesperadamente sobre los terciopelos, rasos, cintas y lentejuelas que la elegante juventud debía lucir aquella memorable noche. También sirvieron de pretexto los ruidosos nocturnos ensayos para que la casa del magnánimo doctor se convirtiera en un *cabaret du ciel*, donde si el sacrilegio y la impiedad⁷³ no tenían cabida, en cambio el amor, la coquetería y la confianza desplegaron todos sus derechos de miradas, sonrisas, tuteos, apreturas, voces y tiroteos de frases equívocas, que daban una no lejana idea de las grandes facultades que para todo género de combates poseía aquella muchedumbre aristocrática.⁷⁴ Algunas señoras escrupulosas se enfadaron; dijeron que se iban...⁷⁵ Pero no se fueron. Antes por el contrario se presentaron las primeras el día de la fiesta.

Jamás una gran solemnidad “despampanante”, entre las muchas que realizó la esplendorosa burguesía villabravense, obtuvo más ruidoso y extraordinario éxito. ¡Sólo el numen delirante de un “Monte-Cristo literario” sería capaz de salir victorioso de aquel torbellino de flores, de aquella deslumbradora iluminación, de aquel oleaje de volantes, colas, cintas y corpiños, cuya aglomeración producía vértigos!... ¡Ah!, si el pobre Arturo Canelón se hubiese encontrado allí, nadie mejor que él describiría⁷⁶ el aspecto de los corredores hechos prodigios de arte; del jardín, que era una maravilla, un panorama, un bosque de estrellas de colores, donde se levantó un esbelto teatrillo para representar el simbólico poema.

Con motivo de la representación, ellas y ellos circulaban atolondradamente por toda la casa; entraban y salían por las habitaciones interiores, y llegaron muchas veces a invadir en tumulto los cuartos de las criadas, siempre en solicitud de los enseres indispensables que sus respectivas indumentarias requerían. Y merced a estas alegres excursiones, se armaban en los dichos cuartos unos líos de jóvenes desenfadados y de aturdidas cuanto pudorosas doncellas, que a tener de ellos conocimiento las mamás, ¡sabe Dios qué habría pasado!

Concluido y aplaudido convenientemente el monumental poema, donde todos se excedieron en trajes ligeros de ninfas y *ninfos* adorables, comenzó el concierto wagneriano y mágico de Pattis, Tetrzzinis, Massinis, Tamagnos y Marconis criollos.

⁷² “de la obra, se negó a tan locas pretensiones e impuso la indumentaria, por lo cual los mejores sastres...” (p. 193).

⁷³ Edición de 1903: omite “y la impiedad” (p. 193).

⁷⁴ “muchedumbre distinguida” (p. 193).

⁷⁵ “se iban; y fueron, sin embargo, las primeras que se presentaron el día de la fiesta” (p. 193).

⁷⁶ “nadie como él para describir el aspecto...” (p. 194).

Y luego, allá a las once, en medio de un barullo infernal, se abrieron los salones de baile y apareció radiante, en todo su esplendor, ese mundo villabravense que bulle y brilla en las grandes fiestas. La espuma, la *high-life*, lo más bello, dorado y engomado de la sociedad, confundido con una no escasa multitud de personas sin nombre y sin prestigio. Porque en Villabrava, a pesar de sus rangos aristocráticos y sus divinas procedencias, casi todas las familias andan emparentadas o liadas con muchas gentes sin puesto determinado en la sociedad.⁷⁷ Y aunque sospechadas, comentadas y despellejadas a diario en todas las tertulias, lo mismo las Linaza que otras de su jaez, no podían prescindir de invitarlas a sus fiestas rumbosas, ya por la posición monetaria que tenían, ya por sus ocasionales influencias políticas⁷⁸ y por otra multitud de circunstancias a que se veía esclavizada eso que allí se llama “la espuma”, por mal nombre.

Apenas apareció este híbrido resplandeciente mundo a las puertas del salón, el revuelto y curioso público de afuera que llenaba las ocho grandes ventanas de la casa estalló en un ¡oh! inmenso de admiración y de rabia a la par.⁷⁹

En los primeros momentos todo fue muy bien. Hubo paseo solemne de hombros desnudos y de fracs que se rozaban con los hombros por todo el largo de la sala: las damas ondeando las colas sobre la aterciopelada alfombra y los caballeros inclinándose mucho sobre su pareja para⁸⁰ que los demás creyesen que gozaban de privilegios envidiables. Al cruzar Providencia por el medio del paseo llevando a Florindo casi a rastras, una segunda exclamación, más atronadora e incivil que la primera, brotó de la muchedumbre de las ventanas. La monumental señorita lucía su audaz descote Caraman-Chimay: estaba completamente desnuda de los senos, como en París, con los pezones apenas ocultos por una ligera malla de encajes.⁸¹

Desde aquel instante, la concurrencia que sudaba, se estrujaba y pateaba en la calle, dejó como siempre paso franco a sus instintos y empezó por poner motes a los bailadores, para acabar gritando y dando golpes⁸² furiosos sobre los balaustres. Un verdadero escándalo, en que señoras dignas de todo respeto fueron injuriadas por el anónimo montón, y caballeros de reputaciones intachables castigados con las más horribles frases de la canallería andante. Y a medida que degeneraba en populachaje horrendo el público de afuera, el señorío de adentro perdía también algunas de esas fórmulas que exige la galantería entre las personas cultas.⁸³

Por ejemplo, después de medianoche, cuando se abrió el *buffet*, se declaró⁸⁴ entre los hombres

⁷⁷ Omitido “en la sociedad” (p. 195).

⁷⁸ “políticas; ya, en suma, por multitud de circunstancias extraordinarias a que se veía esclavizada la espuma, o lo que allí calificaban de espuma por mal nombre” (p. 195).

⁷⁹ “un ¡ah! inmenso, donde iba mezclada la admiración con la envidia” (pp. 195-196).

⁸⁰ “inclinándose mucho sobre los escotes de ellas para...” (p. 196).

⁸¹ “lucía su escote audacísimo, sin importarle un bledo la opinión de sus amigas: estaba completamente desnuda de los senos, como en París, con los pezones apenas ocultos por un ligero volante de encajes” (p. 196).

⁸² “motes a las parejas, acabando por gritar y dar golpes...” (p. 196).

⁸³ “andante. Y lo que es más triste aún, a medida que degeneraba en insolencia la algarabía de afuera, el señorío de adentro perdía también algunas de esas fórmulas que exige en todo baile la cultura” (p. 197).

⁸⁴ “declarose” (p. 197).

la grosería sin rodeos. A codazos y empujones se abrían paso en el comedor. Daba vergüenza aquella desaforada acometida a los sandwiches,⁸⁵ pasteles, trozos de pollo y rajas de salchichón, sin contar los dulces, vinos, frutas y sorbetes que abundaban sobre los aparadores.

Cien brazos se extendían, cien mangas se engrasaban al pasar por sobre los manjares, cien manos se disputaban sobre los platos una tajada.⁸⁶ Un joven elegante que no había hecho más que pasearse por los corredores en toda la noche, la emprendió con una pierna de pavo, arrancándola fiera y denodadamente sin trinchete, y otro⁸⁷ se robó una botella de vino Borgogne. Las señoras que llegaban del brazo de algunos caballeros⁸⁸ fueron casi atropelladas por media docena de barbilindos que traían los chalecos atestados de comestibles.

Francisco Berza, el sabio, no quiso comer sino después de haber obsequiado a todas las damas que encontró al paso; pero apenas las hubo servido se lanzó también,⁸⁹ como los demás, a la invasión, y arrasó con todas las fuentes de pepinos, rábanos y aceitunas que había escondido de antemano detrás de⁹⁰ una vajilla.

Y Florindo, el insigne Florindo, no pudiendo resistir al entusiasmo que la fiesta aquella le producía, tomó la determinación de beberse íntegra una botella de Champagne. Media hora después se daba en los corredores de bofetadas con Teodoro Cuevas, porque encontró a este comiéndose con Providencia un fiambre⁹¹ en uno de los bosquecillos más retirados del jardín.

Los apaciguadores espontáneos, que nunca faltan en esta clase de reyertas, trataron de separar a los encorajinados rivales; y, es claro, aumentose el escándalo en vez de calmarse. A los apagados rumores de la lucha se mezclaron las voces de los intermediarios, y con aire de borrasca y de tumulto llegó el ruido de la inoportuna bronca hasta el salón, donde la juventud, descuidada y feliz, ondulaba al compás de un vals de Strauss. Cesó inmediatamente el baile y salió la gente muy alborotada a ver lo que ocurría.

Cuando el doctor Pérez Linaza se enteró del suceso llevose con trágico ademán las manos a la cabeza y pidió que se lo tragara la tierra. En su carácter de heroína, protagonista y causa del desastre, Providencia se desmayó, y una hija del general Tasajo, que andaba en dares y tomares con el perfumado Teodorito, al tener conocimiento de la escena del jardín, se creyó también en el deber de caer privada del sentido al par de Providencia.

Y así, con este ridículo espectáculo, y con aquel escándalo inaudito, terminó esa rumbosa y resonante fiesta, que dio por inmediatos resultados la ruina de un padre de familia y el rompimiento de los amores de una tonta y de un poeta majadero.

⁸⁵ “sandwichs” (p. 197).

⁸⁶ “cien manos arañaban otras ciento para coger una tajada” (p. 197).

⁸⁷ “y otro señor” (p. 197).

⁸⁸ “del brazo de hombres un poco más correctos” (p. 197).

⁸⁹ “después de obsequiar a una multitud de damas; pero apenas las sirvió se lanzó él también” (p. 198).

⁹⁰ “escondido detrás de” (p. 198).

⁹¹ “unos ‘sandwichs’” (p. 198)

XXIX

Apoyada, erguida sobre dos altos peñascos, formando un atrevido puente en el corazón mismo de la selva, se veía desde lo más hondo del valle Guajiral, la vetusta casa de los Hidalgo.

Allá en las épocas de conquista debió de ser algún monstruoso barracón de paja y barro que sirviera de guarida inexpugnable a toda aquella raza de levantiscos y soberbios Guaicaipuros, que preferían su salvaje independencia a los estrépitos de una civilización arrolladora. Aún quedaba como señal del poderío de los Hidalgo, cuando los Hidalgo se llamaban Marañones, Peonías, Caupolicanes y Atahualpas, algunos troncos de árboles gigantescos, vestigios y baluarte de una gran terraza que precedía al reedificado barracón. Troncos misteriosos, viejos, casi secos; seculares y mudos testigos de luchas épicas que representaban para Julián toda la historia del heroísmo de sus mayores. José Andrés los veneraba; se los enseñó a venerar a él; y aquella veneración, aun entre los Hidalgo civilizados, se transmitía religiosamente de padres a hijos, junto con el honor y la dignidad que llevaban en la masa de la sangre.

Daba acceso al hermoso recinto una empinada y tosca escalinata, por cuyos extremos, apoyándose en las grietas y en los desnudos peldaños, trepaban vigorosas y enredándose las plantas, hasta formar nutridos pintorescos encajes de verdura sobre los barandales del vestíbulo. Con su atmósfera de tradición seguía la casa, amplia, severa, silenciosa. A sus espaldas se veía un jardín con salida a la montaña, y surgiendo del fondo de esta, un torrente que atronaba la finca entera con el estrépito de sus caídas.

Julián no pudo contener un sentimiento de orgullo al entrar de nuevo en aquel refugio santo donde los esperaban a él y a Susana, amontonados al pie de la escalinata, los viejos y leales criados que tanto lo querían: aquellas buenas y rudas gentes, cuyos acentuados rasgos de indios le hacían recordar a la brava, a la heroica tribu vencida en los laberintos mismos de su selva...

¡Solo, al fin solo!

Volvió a respirar con ansia el hálito fecundo que brotaba de las entrañas del bosque: de aquel bosque inmenso, soberano y *suyø*; donde todo era grande y poderoso: poderoso y grande, como la aspiración inmensa de su vida.

No se abrió de súbito su alma a la regeneración, como la vez primera que fue a la selva. El mal había ahondado mucho y era difícil borrar tan pronto la huella de su devastadora invasión.

Al principio, la solemnidad del bosque le produjo miedo. Y comenzó otra lucha silenciosa en su pensamiento. Lucha feroz, la lucha épica del atropellado de la vida contra los temores imaginarios; la lucha a brazo partido con⁹² el desaliento, con el disgusto, con las penas del pasado, con las sugerencias del insomnio; con las tribulaciones físicas y morales de la enfermedad de su madre, que acabó por triunfar de sus males en pocas semanas de sosiego. También él necesitaba vencer, y venció al fin en aquella pelea⁹³ encarnizada de su imaginación y de su alma. La fe y el vigor renacieron juntos en su espíritu. Se sintió otro y hasta adquirieron su aspecto, su ademán, y todo él, un brío reposado y casi solemne que se sobreponía muy por encima de sus angustias, de sus tormentas, de sus dudas.⁹⁴ Tormentas, dudas y angustias, fueron sepultadas por una multitud de aspiraciones y proyectos que se complacía en combinar a solas y juntamente⁹⁵ con ellos invadió su alma un vehementísimo deseo: el deseo de escribir una obra colosal, “titánica”, eminente revolucionaria y nueva, exenta de pasiones, limpia de rutina, con gallardías de lenguaje,⁹⁶ con altivez de miras, con puntos de vista culminantes. ¡El ideal encarnado en un libro!... Y comenzó a trabajar, lleno de salud y de entusiasmo.⁹⁷

Se cansó pronto; abandonó el trabajo intelectual y se dedicó a los ejercicios gimnásticos y a las grandes excursiones a pie, por los más intrincados laberintos de la montaña, con su magnífica escopeta de caza al hombro y su gran cuchillo al cinto, adiestrándose en el tiro y ganando en fuerzas lo que había perdido en luchas.⁹⁸

Volvió a asimilarse al bosque. Ya podía tender los brazos y decirle: –“¡Soy el mismo, aquel que respiró tu ambiente y adquirió tu fuerza y tuvo mucho de tu selvático poder. Ya soy tuyo otra vez!”.⁹⁹

Pero aquella selva hermosa y deforme, cruzada de torrentes, llena de barrancos hondos, de sendas retorcidas sobre rocas gigantescas, guardianes taciturnos de la casa secular, en medio de su frondosidad que se derramaba triunfalmente por llanuras inmensas y por regazos de montañas atrevidas, dijérase que esperaba alguna nueva prueba de la fidelidad de Julián, antes de contestar, rugiendo de gozo, como la primera vez, a sus promesas...

⁹² “a brazo con” (p. 202).

⁹³ “riña” (p. 202).

⁹⁴ “se sintió otro hombre y hasta adquirió su aspecto, su ademán, y todo él, en suma, un brío inesperado que arrollaba sus angustias, sus tormentas y sus dudas” (p. 202).

⁹⁵ “juntamente. Con ellos invadió su alma en vehementísimo deseo” (p. 203).

⁹⁶ “con gallardías hermosas de lenguaje” (p. 203).

⁹⁷ “lleno de entusiasmo” (p. 203).

⁹⁸ “perdido en luchas inútiles” (p. 203).

⁹⁹ La frase: “Ya soy tuyo otra vez” no aparece en la edición de 1903.

XXX

También ejerció su rápida y decisiva influencia en el alterado organismo de Susana el hálito fecundo que brotaba sin cesar de las entrañas del bosque.

La naturaleza triunfaba sola, sin ayuda del régimen facultativo, sin el apoyo más o menos eficaz de los farmacéuticos menjurjes con que pretendieron combatir, en la ciudad, los terribles achaques de la enferma. La salud acudió pronto, y con la salud del cuerpo vino la animación del espíritu; y a la habitual pereza de Susana, sucedió una actividad extraordinaria, desbordante, ruidosa... La finca entera se estremecía de júbilo cuando ella reía, cuando ella entonaba como un pájaro alegre sus sonoros cantos de juventud.¹⁰⁰

Se levantaba¹⁰¹ muy temprano, al rayar el alba, y en vistiéndose se iba al establo con el muchacho que cuidaba las vacas, a darse trazas de ordeñadora, soltando las crías, recogiénolas, luchando con ellas para arrancarlas de las ubres de la madre y obtener al fin, con no poco trabajo, algún jarro de caliente y espumosa leche¹⁰² que bebía con ansia. Luego regaba el jardín, que era poco menos que un bosque en pequeño; surtía de agua el abrevadero de las aves; arreglaba los grandes tiestos de plantas¹⁰³ del vestíbulo y, terminada esta faena, se salía al campo a corretear, como una chiquilla, por los cercanos prados, hasta caer rendida de gozoso cansancio sobre el musgo.

Regresaba a las diez, cargada de montones de florecillas húmedas, de manojos de yerbas olientes, de frutas maduras; y en seguida volvía al trabajo, ayudando a la limpieza de la casa o metiendo mano diligente en los preparatorios del almuerzo de Julián. Y como este se fuera de caza, ella aprovechaba la soledad durmiendo reparadoras siestas en su hamaca, tendida a lo largo del corredor. Después salía al camino a esperarlo, y esperándolo, muchas veces la sorprendía la hora del crepúsculo, y se sentaba en el ribazo a contemplar con deleitosa fruición el sugestivo, melancólico espectáculo que ofrece toda selva a la caída de la tarde. Por la noche, ayudada del viejo Mateo, desencadenaba los dos grandes y fieros mastines que guardaban la finca. Llamaba a Julián

¹⁰⁰ “cuando ella entonaba como un pájaro alegre sus cantos de felicidad reconquistada” (p. 205).

¹⁰¹ “Levantábase” (p. 205).

¹⁰² “jarro de espumosa leche” (p. 206).

¹⁰³ “los tiestos de las plantas” (p. 206).

para jugar a los naipes, y con Julián solía acercarse la servidumbre a formar corro, a mirar lo que hacían los señores, a entablar franca y regocijada plática con ellos, como en familia.

Dos meses llevaban en esta vida apacible, dos meses de regalada, dulcísima existencia, sin que una zozobra viniese a turbar la encantadora paz de que gozaban. Pero estaba de Dios que esta encantadora paz se interrumpiese.

Cierta tarde, echándose ya la noche encima, el formidable ladrido de los perros anunció la presencia de un extraño en la terraza. Era un posta que venía expresamente desde Villabrava. Sin saber por qué, Susana se echó a temblar. El posta traía una carta, y la carta era de don Anselmo Espinosa.

Madre e hijo se miraron con extrañeza. ¡Una carta de Espinosa! Ninguno de los dos se atrevía a abrirla. Le dieron vueltas y más vueltas; la examinaron una y otra vez, como si bajo su endeble envoltura se ocultara la próxima ignorada desgracia.

Al fin Julián rasgó el sobre.

Noticiaba Espinosa una gran pena suya, un gran dolor... Su pobrecita hija Isabel estaba anémica, y la anemia amenazaba degenerar en tisis. –Y a vuelta de la triste noticia, venía una reseña quejosa de sus zozobras de padre amantísimo, de viudo solitario, sin saber qué partido tomar... –*Estaba* por enviarles la muchacha a ver si se curaba.¹⁰⁴ Él no podía atenderla ni dejarla al cuidado de una familia extraña. Al fin ellos eran parientes, y a ellos acudía; sobre todo necesitando la anemia de Isabel atmósfera sana, hálitos confortantes¹⁰⁵ como los del Guajiral. La pobre chica, ignorando el mal que la destruía, se empeñaba en quedarse en la ciudad; pero él, antes que todo, era padre, y consideraba aquello como caso de conciencia. De suerte que, sin más vacilaciones,¹⁰⁶ decidía llevarla a la finca... ¿Le negarían ellos allá un rincón, un refugio a su querida enfermita?...

Susana y Julián se quedaron perplejos, no sabiendo qué contestar al pronto, mirándose, interrogándose en silencio. Diríase que algo muy extraordinario y penoso, algo que tenían miedo de saber o de explicarse, les paralizaba el pensamiento y la expresión...

Tres días después del repentino aviso, don Anselmo se presentó con Isabel en la posesión de los Hidalgo.

¹⁰⁴ “tomar, vacilaba en enviarles la muchacha a ver si se curaba” (pp. 207-208).

¹⁰⁵ “hálitos de montañas confortantes” (p. 208).

¹⁰⁶ “De suerte que, sin pensarlo más, sin darle vueltas, decidía...” (p. 208).

XXXI

La enfermedad de aquella muchacha era una insigne mentira, una argucia, de las muchas burdas argucias que venía poniendo en práctica Espinosa para acercarse a Susana. Exasperado por su repentina ausencia, creyendo tener sobre ella inalienables derechos de marido, con miedo al olvido, y con el sinsabor de la sospecha –porque preveía, adivinaba de lejos el arrepentimiento de Susana– don Anselmo no se paró en pequeñeces, y convirtiendo la inmensa tristeza de la hija en enfermedad angustiosa, se sirvió de ella para llegar más pronto al regazo de la amante.

Mas advertida de la infamia, Isabel se resistió a obedecer. –No iría a la finca. ¡Nunca! ¡Aunque la mataran, no iría!

–¿Que no iba? Pues no faltaba más. –Él era su padre. Allí todo el mundo tenía que marchar sumiso, o se vería en el caso de mostrar su carácter, enérgicamente, como él sabía.

–¡No voy!... –gritó Isabel, resueltamente.

Entonces él, enfurecido por la respuesta, y viendo cómo la rebelde “chiquilla” le trastornaba todos sus planes, se desató en injurias de villano, y a la villanía de las injurias añadió la vileza aún más humillante de los golpes... Le pegó brutalmente, como pegan los padres canallas a sus hijas de veinte años: con las manos, con los pies, hasta saciarse.

Pero en esta ocasión, la acometida de D. Anselmo fue harto bárbara. Se echó encima de Isabel rugiendo como una fiera. A su empuje, la muchacha cayó al suelo aturdida, y en el suelo le descargó nuevos golpes: tuvo intenciones de patearla.¹⁰⁷ Al fin se desahogó toda su cólera, y la atropellada joven pudo levantarse a duras penas, tambaleándose, con el traje hecho jirones, con la vista extraviada, con los cabellos sueltos, con la cara roja de ira y de vergüenza.

Su orgullo de mujer ofendida pudo entonces más que su resignación de hija castigada. –El hecho de ser su padre no le autorizaba a ser un verdugo... ¡Lo odiaba! Se lo dijo al fin. ¡Lo odiaba con toda su alma!... –Como no tengo madre, porque me la ha matado usted –añadió, llorando–, cedo a su voluntad. No puedo hacer otra cosa. Iré. ¡Pero tenga usted cuidado, papá, que ya estoy harta!...

Cuando llegaron a la finca, el primero en verlos desde la escalinata fue Julián.

Es verdad que el sufrimiento había puesto en Isabel esa palidez mate que se confunde con la ane-

¹⁰⁷ “nuevos golpes, hasta el punto de ensangrentarle la cara” (p. 210).

mia, y que había adelgazado un poco; pero era la misma muchacha admirablemente bien formada, acaso más gentil, más airosa, con su talle esbelto, con sus caderas pronunciadas, redondas, con su seno firme y altivo. Sólo en sus grandes ojos garzos se podía notar algo extraño, algo así como un fulgor siniestro que despedían las pupilas, algo de esos reflejos que guardan los rencores errantes.

Julián se adelantó a recibir a los viajeros bajando hasta el ancho terraplén, apresurado y solícito. Saludó con aparente alegría a don Anselmo, y luego ofreció galante apoyo a Isabel para que desmontase. Y aunque ambos demostraban grande aplomo, sus manos se estremecieron simultáneamente al estrecharse.

Al lado de Espinosa volvió Julián disimulando la emoción que el involuntario temblor de la mano de Isabel le produjera, mientras esta ascendía por la empinada escalinata que daba acceso al vestíbulo de la casa. Arriba la recibió Susana: le tendió los brazos; pero, antes de abrazarse, las dos mujeres se miraron fija y detenidamente. Con esta mirada se escudriñaron el alma. Y holgaron las palabras. Susana comprendió al instante que Isabel se había enterado al fin de lo que ella juzgaba “su secreto”, y sintió que la cara se le encendía de vergüenza.

Don Anselmo entró precedido de Julián; pero en él nadie notó el menor embarazo: entró como siempre, hablando mucho, con el sombrero puesto, demostrando su “tradicional” vulgarísima confianza de pariente adinerado. No quiso quedarse aquella tarde en la finca, ni a comer siquiera. Solicitado por sus grandes negociaciones bursátiles, tenía que regresar inmediatamente a Villabrava. Julián le dijo que era peligroso repasar la montaña después de las seis; pero él no hizo caso. Llevaba su revólver. Ofreció volver en una de las próximas semanas. El mejor día se presentaba allí. Y les dijo adiós, llamándoles a todos juntos muy cariñosamente: “queridos hijos”. – Hijos míos, adiós– les repitió, montando a caballo con más arrojo que garbo de práctico jinete.

Al despedirse empezaba a cerrar la noche. Se alejó¹⁰⁸ al trote largo a través del bosque, apareciendo y reapareciendo en los claros y revueltas del camino, hasta que se perdió bruscamente en un recodo, en medio de una espesa masa de sombras.

¹⁰⁸ Este último párrafo comienza así en la edición de 1903: “Y se alejó...” (p. 213).

XXXII

Si bien entre Susana e Isabel las relaciones fueron durante los primeros días un tanto desabridas y tocadas de reserva, acabaron al fin por suavizarlas, temerosas ambas de despertar las sospechas de Julián. Tal maña y habilidad se dieron, y de tal guisa extremaron la prudencia para hacer mejor y más llevadera la vida en familia, que sus hondos y silenciosos desasosiegos pasaron en absoluto inadvertidos a las observaciones del mozo.

La actitud de este era, a su vez, bastante falsa. Condenado por la fatalidad a vivir temporalmente cerca de la mujer que fue su novia, experimentó en un principio grandes desazones. Se sentía cohibido y apenas le dirigía la palabra; usaba en la mesa una corrección que movía a risa, sin regatearle por esto las atenciones y galanterías que creyó lícito y decoroso emplear con ella a título de amigo.

Pero a veces su temperamento bravío se soliviantaba, originándose en su espíritu bruscas tempestades de indignación, recuerdos coléricos de amante desdeñado, reminiscencias penosas de aquella inaudita despedida que trastornó en parte su existencia. Y sintiendo que cóleras, y recuerdos, y amarguras juntamente se le subían a los labios a modo de brutal protesta, salíase impaciente de la casa, y a campo traviesa, por dédalos de sendas retorcidas y de incultos parajes, se iba lejos, muy lejos, hasta ensotarse en lo más hondo o intrincado de la ceñuda serranía.¹⁰⁹

Allí se pasaba las horas muertas echado sobre la hierba, mirando al cielo, inmóvil, sin osar nada contra su pensamiento, viajero de alas quiméricas que revoloteaba aturdido por las temblorosas lejanías de aquel amor que fue un idilio, por las nieblas¹¹⁰ impenetrables de aquella ruptura que era un misterio.

Al súbito despertar de sus mal dormidas sensaciones, evocando días bellos y sonrientes noches voluptuosas, tibias, impregnadas de tentadores deleites, su imaginación soñadora percibía como en esbozo fantástico la pálida y suspirante figura de Isabel, que le envolvía de nuevo en un ambiente de felicidad inefable, y a fuerza de soñar, la figura intangible se iba transformando a sus ojos lentamente, materializándose, adquiriendo forma humana, haciéndose carne. El espíritu de Julián se turbaba entonces, su corazón latía con inusitada violencia; sentía como alientos tibios de mujer

¹⁰⁹ “se iba lejos en lo más hondo...” (p. 115).

¹¹⁰ “de alas temblorosas que iba tras la lejanía de aquel amor que fue un idilio, por entre las nieblas...” (p. 215).

flotando sobre sus labios; su frente se bañaba de sudor, y al llamamiento poderoso del deseo vibraban todos sus nervios, vacilando su cabeza como en un vértigo.

Para ocultar tal vez estos impetuosos llamamientos se dedicó con más ardor que nunca a la cacería, y apenas salía de la cama ya estaba calzándose las polainas, poniéndose el sombrero de alas anchas, ciñéndose al cinto las pistolas y el cuchillo de monte y echándose la escopeta al hombro.

Si en una de estas furiosas salidas, antes de salvar los linderos de la finca, se le ocurriera volver la cabeza, quedarase de fijo suspenso, indeciso, en seguir o en tornar a casa. Porque desde allá, desde lo alto del mirador, a través de las copas de los árboles, alguien¹¹¹ le espía [sic], le seguía con la vista ansiosa, hasta ver cómo se perdía su silueta allá en el fondo azulado de los campos lejanos. Él lo ignoraba; ignoraba que allí había un ser que también sufría, acaso más, mucho más que él; y que como él sentía humanos estremecimientos, palpitaciones de dichas incompletas, soplos de felicidad remota. Pues turbada por la aproximación del hombre, tuvo Isabel al igual de Julián sus transportes voluptuosos: imaginábase reclinada sobre su pecho, acariciada por sus manos ardientes, besada por sus labios trémulos, donde la pasión, exasperada a veces, tenía entre súplicas y congojas y rítmicos arrobos, gritos y palpitaciones sensuales.

Y cual si fuese ley la afinidad entre amantes separados y señuelo poderoso la distancia no acortada estando juntos, mientras allá, en un rincón del bosque, con el pensamiento incendiado de deseos, él rehacía su melancólica figura hasta el extremo de sentirla junto a sí hecha hembra de turbadores contornos; ella también fantaseaba alrededor del nostálgico deliquio, entornando los párpados, para imaginarse mejor aún el tipo varonil y semibrusco, pero fascinador, de Julián. Y pensando en su orfandad, pensando en que estaba sola, sola en el mundo, sin más familia que la de un hombre¹¹² brutal que la ultrajaba de palabra y de hecho, y a cuyas indignas relaciones venía a servir en la finca de pretexto, sin poder protestar ante la triste evidencia de los hechos, tendía Isabelita los brazos temblorosos de angustia hacia el espacio radiante, hacia el punto donde acababa de desaparecer la silueta de Julián, sintiendo desesperante necesidad de gritarlo, de llamarlo, de decirle que volviera¹¹³ y se la llevara lejos, muy lejos, donde nadie supiera de ella, donde nadie fuera a pedirle cuenta de sus acciones, donde nadie estorbara sus goces de amor, de aquel amor silencioso, más silencioso cada día, cada día más triste, cada día más grande y más intenso...

¹¹¹ Este párrafo termina así en la edición de 1903: “alguien le veía y le llamaba entre súplicas y congojas y rítmicos arrobos de alondra abandonada” (p. 216). Lo que continúa en la edición de 1899, luego de “le espía...”, hasta el final del párrafo fue trasladado como final de este capítulo en la edición de 1903. Véase nota 113.

¹¹² “padre” (p. 217).

¹¹³ Así finaliza este capítulo en la edición de 1903: “de decirle que volviera; y le espía, le seguía con la vista ansiosa, hasta ver cómo se perdía su silueta allá en el fondo azulado de los campos lejanos. Él lo ignoraba, ignoraba que allí había un ser que también sufría, acaso más, mucho más que él, y que, como él, sentía humanos estremecimientos, palpitaciones de dichas incompletas, soplos de felicidad remota. Pues turbada por la aproximación del hombre, tuvo Isabel, al igual de Julián, sus transportes voluptuosos: imaginábase reclinada sobre su pecho, acariciada por sus manos ardientes, besada por sus labios trémulos. Hubo instantes que, en medio de su pasión exasperada, deseó que Julián se la llevara lejos, muy lejos, donde nadie supiera de ellos, donde nadie fuera a pedirle cuenta de sus acciones, donde nadie estorbara sus goces de amor, de aquel amor silencioso, más silencioso cada día, cada día más triste, cada día más grande y más intenso” (pp. 217-218).

XXXIII

Fue una verdadera sorpresa para los descuidados moradores de la finca la vuelta de don Anselmo Espinosa. No lo esperaban, lo habían olvidado tal vez; tal vez se habían forjado la peregrina idea de vivir los tres muy solos, eternamente solos, en aquel inmenso selvático refugio. Extraños¹¹⁴ mucho la inopinada visita, y, en medio de la contrariedad que esta les produjo, no acertaban a formular sus exclamaciones y preguntas: –¿Cómo, él allí? De veras que no lo esperaban. ¿Y por qué no avisó antes?

–¡Qué iba a avisar, si en Villabrava no le dieron tiempo para nada! ¿No sabían ellos lo que pasaba?¹¹⁵

¡Ellos ignoraban todo, todo!¹¹⁶

Pues él traía noticias muy graves de la emborrascada ciudad. Venía un poco mal y un mucho fatigado, con sus pesares a cuestas y con grandes vivísimos deseos de ver a su adorada hijita...¹¹⁷ Por de pronto necesitaba descansar, sacudirse el polvo del camino, lavarse. Después hablarían.

A pesar de su mal disimulada inquietud, Isabel y Susana salieron a prisa y corriendo a preparar¹¹⁸ alojamiento al inesperado huésped. Se quedaba a dormir. Era sábado¹¹⁹ y quería pasar el domingo en familia. Para el caso, como hombre prevenido al fin, se trajo una maleta de mano con ropa blanca suficiente.

La habitación que le destinaron miraba al jardín, comunicándose con la de Julián por un largo pasillo. Para dirigirse a ella tuvo Espinosa que pasar por frente de la alcoba de Susana, atravesando¹²⁰ por una oscura galería atestada de muebles viejos, sobre cuyas amarillentas y desconchadas paredes se veían, entre retratos antiguos, colocadas unas cuantas panoplias, una verdadera colección de armas raras, rotas estas, retorcidas aquellas, primitivas todas, todas evocando memorias de aquella numerosa raza de indios bravos, cuyo último representante era

¹¹⁴ “Extrañaban” (p. 219).

¹¹⁵ “pasaba allá abajo?” (p. 219).

¹¹⁶ Frase suprimida en la edición de 1903.

¹¹⁷ “adorada Isabelita” (p. 219).

¹¹⁸ “y Susana empezaron por preparar...” (p. 220).

¹¹⁹ “sábado y don Anselmo quería...” (p. 220).

¹²⁰ “atravesando luego una oscura galería sobre cuyas” (p. 220).

Julián Hidalgo.¹²¹ Cuando Espinosa entró en esta galería experimentó un miedo inexplicable y pueril y apresuró el paso, volviendo dos o tres veces la cabeza. Una hora después, radiante, satisfecho, remozado casi, merced a un regenerador y oportuno lavatorio, se presentó en el comedor.

La mesa estaba lista, engalanada como para una fiesta, con muchos requilorios, ramos de flores, gran diversidad de frutas de la huerta, pastas y vinos de varias clases, de los vinos añejos de la gran bodega de la finca.

Antes de sentarse, don Anselmo propuso el aperitivo, o los aperitivos de ley –costumbre muy arraigada entre villabravenses de buenas tragaderas–. Algo fuerte, abrasador, *whisky* o cosa así, lo que beben los hombres para sentarse a la mesa; porque él era de los que se echaban, como agua, entre pecho y espalda, cuatro *cocktailes* y otros tantos *cognacs* y se quedaba tan fresco. Esto no obstante, en el curso de la comida,¹²² con la mezcla de vinos y la charla, se fue poniendo un poco alegre: su misma vulgar y ruidosa franqueza dio margen a expansiones que no solían reinar allí durante la comida. Esta se prolongó y hubo que traer lámparas; el vivo resplandor de las luces contribuyó a la animación y, de plática en plática, llegaron a los postres, cayendo de pronto la conversación en Villabrava.

Julián, que parecía distraído, con la vista algo extraviada y el pensamiento puesto no sabía dónde, volvió la cabeza vivamente. Susana e Isabel no ocultaron su disgusto. Les hacía daño el recuerdo de la ciudad. No querían oír hablar de ella.

–¡Cómo no! Si era precisamente punto de transcendencia a la sazón. Ya él, Espinosa, lo había dicho. Allá estaban ocurriendo cosas intolerables: grandes, inesperados, terribles acontecimientos. La patria se iba a ahogar en sangre, o por lo menos, la arrojaban a pedazos¹²³ por la ventana sus malos hijos; unos bribones disfrazados de “apóstoles redentores” que, so pretexto del profundo malestar en que se hallaba el país, se erigieron por su cuenta y riesgo en jueces, árbitros y dueños de la conciencia pública, y fundaron un Congreso aparte con pujos de Asamblea “demagógica”.¹²⁴ Querían repetir *la etapa sangrienta del noventitres*. Y al pronunciar con terrorífico acento la “pavorosa” frase consagrada,¹²⁵ a don Anselmo se le erizaban los cabellos.

Quedose atónito Julián, con los ojos muy abiertos, costándole gran trabajo creer en las noticias que le daba Espinosa.

¹²¹ “entre retratos antiguos, unas cuantas panoplias cruzadas de armas raras, casi todas primitivas, todas evocando memorias de aquella numerosa raza de Indios bravos, de los cuales sólo quedaban escasos pero enérgicos vestigios en la figura de Julián” (p. 220).

¹²² “propuso el aperitivo de ley –costumbre muy arraigada entre villabravenses de buenas tragaderas– algo fuerte, *whisky* o cosa así, lo que bebían los hombres para sentarse a la mesa; porque él era de los que se echaban, uno tras de otro, cuatro o cinco *cocktailes* y se quedaba tan fresco. Así fue como en el curso de la comida...” (p. 221).

¹²³ “la iban a arrojar...” (p. 222).

¹²⁴ “Llegado a este punto de su narración, cree el autor de oportunidad recordar que así como este todos los demás hechos que a tan terrorífica Asamblea se refieran son supuestos. Sobre todo, partiendo del presente acontecimiento, su nueva novela en preparación: *Los Redentores*” [Nota del autor] [Nota suprimida en la edición de 1903].

¹²⁵ “la pavorosa frase, a don Anselmo...” (p. 222).

–Y ahí es nada –continuó este, haciendo un sinnúmero de horrorosos visajes–. La Asamblea redentora organizó comités, juntas, circunscripciones, y jefaturas en los Estados, inaugurándose solemnemente en nombre de la Moral, bajo la presidencia del general Sablete. Sablete, ¡chico!, ese vagabundo, ese impúdico que, como dijo alguien, está más abajo, *pero mucho más abajo del vilipendio*.¹²⁶

–¡Qué barbaridad! –exclamó Julián, sonriéndose y recordando con cierto regocijo que Espinosa fue íntimo amigo de Sablete cuando Sablete era gobernador de Villabrava, y a título de gobernador le pedía grandes sumas de dinero, dinero que no volvió a ver jamás en sus días el burlado capitalista.

No queriendo distraerlo de su relato, el impaciente mozo lo trajo de nuevo al punto de partida.

–En resumen amigo Espinosa, ¿qué sucede en Villabrava?¹²⁷ Algo tiene el agua cuando le bendicen, algo muy serio ocurre en el revuelto pueblón cuando esos señores, después de haber contribuido con su tolerancia a la catástrofe, se levantan ahora en nombre de la moral ultrajada para pedir regeneraciones de costumbres y de vida.

Don Anselmo titubeó. No sabía él explicar bien lo que pasaba allá abajo, a pesar de poseer sus puntos y ribetes de tribuno de club, amén de su laringe a prueba de explosión salmeroniana. Pero el otro insistió y entonces él, a vueltas de mil rodeos, dijo lo que pudo o lo que quiso.

–Figúrate que en sus discursos inaugurales los titulados Redentores creían poner una pica en Flandes señalando, entre gritos de semitrágico terror, espantosas crisis económicas, desventuras de pueblo, abominables tiranías, escándalos monumentales, peculados, monopolios y hasta terremotos... Eso es irritante. ¡Patrañas, mentiras todas! ¡Hace más de cincuenta años que no hay un terremoto en la República! Luego dijeron que Villabrava era nada menos que la ciudad absorbente, el gran pulpo, centro y descrédito de todas las desdichas. Hablaron de medianías que reinaban; que con las medianías venía el desbarajuste, siendo este tanto más extraordinario cuanto mayor era la nulidad de los hombres. ¡Qué te parece! Y que no había gobierno, ni orden, ni leyes; que hasta el hogar, ese hogar amurallado de virtudes de quien tú mismo hiciste excepción y mérito cumplidos a pesar de ser un intransigente, era a la razón presa de las garras de la infamia, traído y llevado con pregón de desgracia inventada, con sello de ludibrio anónimo por el medio de la calle... ¡Que ellos arreglarían el país!¹²⁸

¹²⁶ “está más abajo del vilipendio” (p. 222).

¹²⁷ “regocijo que cuando Sablete fue gobernador de Villabrava, le pidió más de una vez grandes sumas de dinero a Espinosa, dejando burlado al fin al hábil capitalista. Pero no queriéndolo distraer de su relato, el impaciente mozo lo trajo de nuevo al punto de partida. ¡A ver, a ver, en suma qué era lo que pasaba allá abajo!” (pp. 222-223). Lo que continúa en la edición de 1899, “Algo tiene el agua...” hasta “–Figúrate” está suprimido en la edición de 1903.

¹²⁸ “–Figúrate –continuó don Anselmo a vuelta de mil rodeos– que en sus discursos inaugurales los titulados Redentores creían poner una pica en Flandes señalando entre gritos de semi-trágico terror, espantosas crisis económicas, desventuras de pueblo, abominables tiranías, escándalos monumentales, peculados monopolios... ¡Patrañas, mentiras todas! Hablaron de medianías que reinaban; que con las medianías había venido el desbarajuste, siendo este tanto más extraordinario cuanto mayor era la nulidad de los hombres. ¡Qué te parece! Y que como no había gobierno, ni orden, ni leyes; y que hasta el mismo *patrio-honor* –palabras que él había oído al más elocuente diputado de

–Tendrían que quemarlo por los cuatro costados –interrumpió Julián–. Es la única manera de arreglarlo.

–¡Ahí vamos a parar! Los tales redentores fomentaron, con sus furibundos programas, el desorden; desencadenáronse los odios; todo el mundo se armó hasta los dientes; no se veían más que revólveres y trabucos por todas partes; hasta los pacíficos y elegantes *smarts* hacían alardes de gastar puñales como facas y bastones como viguetas. La ciudad parecía un campamento; menudearon las broncas de cantina; recrudecieron los asesinatos; la calumnia fue idioma de caballeros en política, y el anónimo canallesco correspondencia diaria entre gentes que hablaban de honor, entre literatos que parecían personas decentes.¹²⁹

Y don Anselmo haciendo maravillas de sus conocimientos y relaciones, quiso citar nombres distinguidos de escritores que no trataba.

–¡No los nombre usted, los conozco! Los conozco a todos. ¡Pobres gentes! En vez de hacerse necesarios, se inutilizan, pierden el tiempo mordiéndose en privado, elogiándose en público sin tasa ni recato, llamándose a todas horas maestros: maestros áureos, maestros ígneos, maestros *liliálicos*, neuróticos, rítmicos, pirotécnicos, nostálgicos; montones de fuerzas jóvenes, de inteligencias nuevas, propicias a todas las reivindicaciones, que abandonan labores y profesiones honrosas para cruzarse de brazos en la plaza pública a esperar ministerios, a esperar diputaciones, a esperar presidencias, cacicazgos y títulos académicos porque saben llenar cuatro cuartillas de papel. ¡Y el resto de la República que pague!¹³⁰

–Eso mismo querían los Redentores, y por quererlo todo de una vez han hecho fiasco. Tiró el diablo de la manta, y se tiraron ellos los trastos a la cabeza, dividiéndose en dos bandos; y mientras unos empezaron por pedir enmiendas y trazar líneas de luz y marcar declives, como los ingenieros, para encauzar el río de la moralidad, los otros, los expeditivos, se echaron a la calle. Y así fue como unidos a los descamisados, organizados¹³¹ en vociferante turba, los redentores incendiaron el banco, destruyeron ferrocarriles, invadieron varias casas respetables, intentaron asesinar al “general”¹³² y dejaron en las fachadas del palacio de Gobierno las tristes señales del motín. ¡Pero lo que más me indigna –decía Espinosa, alzando la voz a medida que narraba– es que semejantes bandoleros se ha-

la acalorada Asamblea– era a la sazón presa de las garras de la imbecilidad entronizada, traído y llevado con sello de ludibrio por el medio de la calle... ¡Que ellos arreglarían el país!” (p. 223).

¹²⁹ Cierra el párrafo las siguientes palabras, edición de 1903: “¡Los literatos también metiéndose en estos líos! Florindo, García Fernández...” (p. 224). Las siguientes dos líneas están suprimidas en esta edición de 1903.

¹³⁰ “No los nombre Vd. Los conozco; los conozco a todos. ¡Pobres gentes! En vez de hacerse necesarios, se inutilizan, pasándose el tiempo y la vida en morderse en privado y en elogiarse públicamente sin tasa ni recato, llamándose unos a otros maestros; maestros áureos, maestros ígneos, *liliálicos*, neuróticos, rítmicos, pirotécnicos, nostálgicos. Montones de fuerzas jóvenes, de inteligencias nuevas, propicias a todas las reivindicaciones, mozos, en fin, que abandonan labores y profesiones honrosas para cruzarse de brazos en la plaza pública, a esperar ministerios, a esperar diputaciones, presidencias y títulos académicos, ¡porque saben llenar cuatro cuartillas!... ¡Y el resto de la República que pague!” (pp. 224-225).

¹³¹ “convertidos ya en...” (p. 225).

¹³² La frase: “intentaron asesinar al ‘general’” fue suprimida en la edición de 1903.

yan atrevido a hacer estrepitosos llamamientos a nuestras puertas, a las puertas de *los hombres honrados*, para que los ayudemos a destruir, a incendiar, a demoler todo lo grande, todo lo noble,¹³³ todo lo santo que existe en Villabrava!¹³⁴

–Y vosotros, los hombres honrados –repuso Julián– no queréis destruir por medio del escándalo, ¿verdad? Os conviene más hacerlo en silencio... ¡Los hombres honrados, los puritanos! Precisamente los peores... Hombres honrados porque no saquean la Hacienda pública, porque no arruinan las Aduanas, porque están distanciados de la política. En cambio asaltan la Bolsa y hacen trampas y bancarrotas inesperadas y se llaman hombres honrados; hombres honrados y se parapetan detrás de los libracos del comercio para robar mejor a sus clientes; hombres honrados que forman trincheras de los mostradores de sus cafés, de sus tiendas de víveres, de sus puestos de carne, para envenenar al público consumidor; hombres honrados porque hacen iglesias o porque van a ellas a darse golpes de pecho sin perjuicio de faltarle a sus mujeres por la noche con una perdida; hombres honrados y arreglan las bodas de sus hijas con el primer rufián que les compre su virginidad en buenas talegas de oro; hombres honrados y se presentan en quiebra a lo mejor y fomentan la revolución de cualquier caudillejo que les ofrece perspectivas de contrabando y fraude. ¡Los hombres honrados son unos pícaros!

–Unos pícaros nosotros los hombres honrados –exclamaba escandalizado don Anselmo, dando frecuentes y terribles saltos sobre la silla como si lo pincharan; en tanto hablaba Julián con su acostumbrada fogosidad, con el tono brusco que solía usar cuando discutía. Se alteró sin querer, apenas se tocó el registro villabravense. Porque en él –aunque otra cosa aparentara– existía eternamente el rebelde intacto, firme, inexorable, animado de los mismos levantiscos propósitos, poseído de la misma voluntad.

A juzgar por aquellos terribles saltitos, al irritado Espinosa no debió de sentarle muy bien lo de “los pícaros”. Como no estaba exento de pecado lo juzgó alusión harto directa y se puso hecho una furia, cometiendo la imprudencia de replicar con una de las muchas brusquedades de su uso, saliendo a relucir como culpable del villabraveño desbarajuste el tremendo nivelador de marras, cuyos malos ejemplos –según él– dieron a la larga tan negros y deplorables resultados.

Contestó Julián diciendo que eso precisamente era lo que faltaba en Villabrava: un hombre como el nombrado caudillo, un hombre enérgico, un carácter, un déspota, una mano de hierro que los

¹³³ Se suprime la expresión “todo lo noble” (p. 226).

¹³⁴ El resto del capítulo fue suprimido en la edición de 1903. Así termina este capítulo en esta edición:

“Y moviose tanto y de tal modo don Anselmo para decir esto, que en uno de sus bruscos ademanes se le salió del bolsillo trasero y cayó de plano al suelo el revólver que había olvidado dejar en su cuarto; y el cual revólver usaba a todas horas, esclavo él también de las malas costumbres de su pendenciero pueblo.

La caída del mortífero aditamento asustó mucho a las dos mujeres y produjo tan expresivo gesto de desagrado en Julián, que don Anselmo se turbó un poco y se apresuró a recogerlo.

A partir de este instante, la sobremesa se hizo penosa y la conversación quedó por completo cortada.

Julián hizo ademán de levantarse, e Isabel, como obedeciendo a un deseo largo tiempo contenido, tomó de pronto una mano de Julián y le dijo, casi en voz baja y rápidamente: –Ven, Julián, vámonos fuera. Y él se dejó arrastrar, sin voluntad y sin fuerzas para negarse al cariñoso llamamiento” (p. 226).

aplastara a todos ellos. –Y entablose al punto disputa acalorada y violenta, prorrumpiendo Espinosa en grandes exclamaciones de horror o en coléricas protestas según extremaba Julián sus acusaciones, y enfureciéndose este cada vez que su rollizo contrincante replicaba.

Moviose tanto y de tal modo don Anselmo que en uno de estos bruscos ademanes se le salió de un bolsillo y cayó de plano al suelo el revólver que usaba a todas horas –esclavo de las malas costumbres de su pendenciero pueblo–. La caída del “mortífero” aditamento produjo muy mal efecto en Julián, y Espinosa se apresuró a recogerlo.

Las mujeres se asustaron mucho; luego permanecieron mudas, temerosas de aumentar con sus palabras y consejos la disputa.

Dijérase que los dos hombres esperaban esta ocasión para devolverse entre réplicas y frases rudas todas las malas voluntades de antaño, todos los enconos y resquemores de tiempo atrás almacenados. Porque así como don Anselmo veía siempre en Julián al insolente mozo que, cogido rabiosamente un día a los balaustres de la ventana de su casa, lo llamó cobarde, así también veía Julián en don Anselmo al hombre antipático y pagado de su posición monetaria, representante de aquella sociedad que sin derecho alguno lo injurió, lo rechazó y casi lo arrojó de su seno, porque era un caso de sinceridad en medio de un triste mundo de mentiras.

De repente, Julián y Espinosa se miraron como si fueran a pegarse; de repente resucitaba el viejo rencor, el rencor oculto, el rencor de toda la vida. Y ese rencor callado y grande que el tiempo fue depositando con implacable saña en el fondo de los corazones, iba a estallar por modo tempestuoso, a gritos, como si estuvieran en la calle.

Susana lo comprendió al instante y terció en la disputa oportunamente, queriendo poner paz, mostrándose conciliadora y dulce, para evitar todo conflicto. Pero don Anselmo un si es o no es turbado por el mucho vino que bebió durante la comida, no supo ocultar en las formas debidas su desabrimiento y se levantó al fin de la mesa tirando la servilleta sobre un plato, con rabia, con esa rabia grosera que revelan generalmente los hombres vulgares cuando están poseídos de ira. Instintivamente se levantó a su vez Julián encolerizado: acaso le iba a decir que se fuera, que se fuera pronto de allí; pero no pudo dar un paso ni decir una palabra.

–¡No, Julián, no! –y al mismo tiempo el brazo de Isabel se extendió como una barrera frente a él.

Volvió entonces el mozo la cabeza y al ver a la resuelta joven, en cuyo rostro se retrataba al par que la angustia la firmeza, con los grandes ojos suplicantes y el brazo todavía tendido imperiosamente, rozándole el pecho, se detuvo: se sintió sin voluntad y sin fuerzas.

Susana no profirió una sola palabra; se quedó inmóvil, como si la hubieran clavado en el asiento, mientras Espinosa se dirigía a su cuarto sin enterarse de lo que ocurría a sus espaldas.

Toda la cólera de Julián, pues, se desvaneció repentinamente, y permaneció allí extático mirando a Isabel, asombrado, turbado casi. –Ven –le dijo ella– ¡vamos afuera! –y él se dejó arrastrar como un autómata.

XXXIV

De bruces sobre el rústico barandaje del vestíbulo permanecieron juntos, pensativos largo rato, con las manos fuertemente entrelazadas, como si quisieren protegerse de un peligro cercano, con las miradas sumergidas en la obscuridad de la noche augusta del bosque, tan sólo turbada por el impetuoso rugir del torrente que se rompía entre su cauce de peñascos, detrás de los jardines de la casa.

Isabel y Julián continuaban absortos en la muda solemne poesía que brotaba del fondo de la selva. En medio de este gran silencio podía oírse el simultáneo y violento latir de sus corazones asustados. Tenían los labios cargados de frases, de congojas, de suspiros, de interrogaciones y respuestas tumultuosas: ¡se iban a decir tantas cosas, tantas, que la emoción misma que sentían les embargó la voz... y nada se dijeron!

Se miraron entonces de hito en hito, anhelantes, trémulos, con honda y penetrante fijeza, con ansia de leerse a través de las pupilas sus más escondidos pensamientos, adivinándose al fin, en la palidez de sus semblantes, todas sus tristezas, todas sus esperanzas, todos los nostálgicos deseos de su pasado, todas las carnales melancolías de un presente lleno de vehemencias y desesperaciones invencibles.

De pronto Julián se incorporó y, retirando el brazo con que se apoyaba en el barandal, rodeó la cintura de Isabel, atrayéndola dulcemente. Y ella, trémula, palpitante de dicha, se acercó, se abandonó, se volvió con todo el busto, irguiéndose a su vez, y quedándose ambos de esta guisa frente a frente, en pie sin hablarse. Y sin tomar precauciones, sin que ella sintiese una ola de rubor subirle a las mejillas ni él juzgase pecado imperdonable la reconciliación en aquella forma, como si obedeciese a un mandato divino, como si ejercieran legítimo derecho de desposados, se abrazaron con un abrazo inmenso, allí, en pleno vestíbulo, fundiéndose sus vidas en un solo beso, en un beso prolongado, en un beso ardiente, en un beso profundo...

Aquello debió ser largo, muy largo y muy hermoso. No se dieron cuenta del tiempo transcurrido. La voz de Susana, que parecía venir de muy lejos, los sacó de su éxtasis. –“Ya es tarde, Isabel, nos vamos a acostar.”– Lo dijo desde un ángulo del extenso vestíbulo, donde, arrellanada y lánguida, como siempre, en un sillón, sostenía discreta y al parecer indiferente plática con Espinosa.

Sin perder su reposado continente, don Anselmo retiró su silla al ver acercarse a los jóvenes.

Pero estos no se fijaron en la rápida maniobra. ¡Qué iban a fijarse!...¹³⁵ ¡Qué sabían ellos lo que pasaba a su alrededor: eran demasiado felices para ocuparse de la existencia de los demás!

Cuando Julián se dirigió a su habitación, serían sobre poco más o menos las once de la noche. Marchaba a pasos lentos, casi vacilantes, como si estuviese aún agobiado por el peso de la felicidad. Sus manos buscaron al azar los objetos que por hábito más que por necesidad imprescindible solía colocar sobre el velador junto a la cabecera de su cama: el reloj, un libro, los cigarros y una pistola de dos cañones, que sacó de un armario.¹³⁶ Después dio unas cuantas vueltas por el cuarto, cerró la ventana que daba al jardín, descorrió una cortina, arregló las ropas del lecho y empezó a desvestirse con gran pereza. De la misma suerte entró en la cama, mató la luz de un soplo y se dispuso a dormir.

Los ruidosos detalles de los que se disponían a hacer lo mismo en las otras habitaciones, embargaron no obstante su atención, y oyó a su madre, que antes de acostarse, cruzó varias veces de un lado a otro en zapatillas; oyó sucesivamente el rodar de un mueble, el golpe brusco de unas botas que cayeron al suelo, el roce áspero de un pasador que aseguraba una puerta. También oyó un lavatorio feroz en el cuarto de Espinosa; voces apagadas y risas reprimidas¹³⁷ en el de las criadas y, por último, allá en la alcoba de Isabel, percibió un rumor de ropas. Después, nada: un gran silencio reinó en toda la casa.

Pero Julián sentía un vago, inexplicable malestar: el reposo no acudía a su espíritu tan pronto como él deseaba, y empezó a revolcarse, intranquilo y febril, como un condenado, entre las sábanas. Ya no pudo conciliar el sueño. Sonaban roncas, tristes, las horas, unas tras otras, en el viejo reloj del comedor, y el angustiado mozo, víctima del insomnio, hacía esfuerzos inauditos por refrenar su imaginación que, incorregible y al azar, errante y loca, se empeñaba en perderse por un dédalo de reflexiones inquietantes.

De súbito, cual si despertase de un sueño profundo, como si lo hubiesen sacudido bruscamente en medio de ese sueño, Julián se sentó repentinamente en la cama. Acababa de oír un ruido extraño, un rumor levísimo de pasos, y el roce de una mano que iba a tientas a lo largo de las paredes. Conteniendo el aliento, queriendo ahogar hasta los latidos de su corazón, con el oído alerta, se mantuvo en aquella actitud más de un cuarto de hora.

El ruido había cesado. Por un instante creyó que en realidad se había dormido y que aún era presa de una extraña alucinación de sus sentidos. Y en esta persuasión iba a reclinar de nuevo la turbada cabeza sobre las almohadas, cuando percibió, claro y distinto, el gemir de una puerta que se abría. ¡Ahora sí estaba bien despierto! Separó de un tirón las sábanas, saltó impetuosamente de la cama y, echando mano de la pistola, descalzo como estaba, salió del cuarto.¹³⁸ Avanzó por el pasi-

¹³⁵ La frase: “¡Qué iban a fijarse!...” está suprimida en la edición de 1903.

¹³⁶ “de su cama; y, cerca de esta, puso luego el reloj, un libro, los cigarros y una pistola de dos cañones que sacó de un armario” (p. 229).

¹³⁷ “voces apagadas y mal reprimidas” (p. 230).

¹³⁸ “del cuarto descalzo” (p. 231).

llo sin luz, con los brazos extendidos, con los ojos muy abiertos, como si a través de la obscuridad fuera a descubrir y a encontrar lo que buscaba. Llegó hasta el comedor como un loco, sin saber adónde iba. En el extravío de su marcha a oscuras, impelido por la imperiosa necesidad de descubrir, de saber el motivo de aquel ruido que le sobresaltara, tropezó con varios muebles, produciéndose un estrépito infernal en toda la casa. A este estrépito siguió el ladrido hostil, repetido, furioso, atronador, de los perros que despertaron fuera.

Julián se detuvo entonces, asustado de lo que acababa de hacer. Por un instante perdió la serenidad, vaciló, sintiose el alma sobrecogida de angustia y estuvo a punto de retroceder de nuevo hacia su cuarto.

No se movió, sin embargo. Resignado y resuelto a averiguar lo que ocurría a aquellas horas en su casa, se mantuvo a pie firme, suspenso, ahogando su jadeante respiración, apretando con mano convulsa el arma que llevaba.

Pero los perros continuaron en el vestíbulo, aporreando furiosamente las puertas de la sala, como si quisieran franquearlas, desgarrando el silencio de la noche con sus feroces ladridos, conmoviendo y alarmando la finca. Julián se impacientó; él que iba a sorprender exponíase a ser sorprendido como un ladrón si la servidumbre se despertaba y salía; y justamente en el cuarto de los criados había ya grande agitación, movimientos de personas que se levantarán en desorden; en medio de este desorden resonó una voz áspera, seca, voz de mando, la voz del viejo Mateo que metía prisa, lanzando interjecciones enérgicas.

Desorientado aún, pero siempre a tientas y de puntillas, Julián se apresuró a ganar la galería, o lo que a él, envuelto en aquella obscuridad, se le figuró la galería. Casi al mismo tiempo, dejando escapar un agrio chirrido, idéntico al que él oyera un momento antes desde su cama, abrióse violentamente una puerta, y la trémula luz de una palmatoria, sostenida por una mano que temblaba al par de la luz, proyectó sus vacilantes resplandores sobre las paredes iluminando de plano a Julián. En seguida de la mano salió un brazo desnudo, luego un hombro cubierto por una manta, y por fin la figura de una mujer: la de Susana.

Salía de su aposento, sí, pero salía con la faz desencajada, horriblemente pálida, como si acabara de cometer un delito. Parecía una muerta.

¡Su madre! Él no la esperaba; perdió por completo el aplomo; se quedó inmóvil, pegado a la pared con los brazos caídos, con la boca entreabierta: iba a hacer una pregunta atroz, horrible, espantosa... Pero no pudo, se le anudó la voz en la garganta, balbuceó una excusa... Y confundido, lleno de vergüenza, por la situación singularísima en que se hallaba allí, en ropas menores, atolondrado, tropezando otra vez con los muebles, a pesar de la claridad que arrojaba la palmatoria, se volvió a su habitación.

Y apenas salió Julián del comedor, apareció Isabel a la puerta de su cuarto.

Al reconocerla, Susana no pudo reprimir una exclamación que se acercaba al espanto mucho más que a la sorpresa, y por un movimiento instintivo retrocedió dos pasos hasta el umbral y entró rápidamente en su alcoba, perseguida siempre por la anonadante y colérica mirada de la joven. Isabel lo había oído todo, lo había sospechado todo. Aquellos pasos cautelosos que sobresaltaron a Julián no podían ser otros que los de su padre, que se dirigía al cuarto de Susana.

XXXV

Azuleó la mañana en el Oriente, y el bosque despertó, despertó de improviso, rompiendo con su enérgico y vigoroso desperezo de monstruo la niebla que como una inmensa sábana de encajes lo envolvía.

Entre la vaga claridad del alba destacaron los perfiles de sus crestas las montañas, y detrás de estas asomó su radiante disco el sol y comenzó su marcha victoriosa hacia la tierra. De la tierra brotó entonces uno como rumor de vida nueva: el rumor de la vida de los campos, que ascendía en prolongados estremecimientos de júbilo al espacio, y de todos los escondrijos de la selva salieron en tropel los pájaros, entonando himnos de atronadora alegría.¹³⁹ El jardín de la finca era como una apoteosis de colores, un tumulto de hojas húmedas, y sobre el tumulto de hojas, brotes nuevos de rosas, cuyos pétalos sedientos de aire, semejaban labios de mujeres ávidos de besos. En los corrales lanzaban melancólicos balidos las ovejas al olor del cotidiano pasto; y sacudiendo las ondeantes cadenas mugían dulcemente en el establo las vacas de leche, reclamando del ternero el desahogo de sus hinchadas ubres.¹⁴⁰ En tanto el sol, que alumbraba ya por todos sus flancos la montaña, envolvía en fulgurante luz las cabeceras del torrente, y el torrente parecía un deslumbrador y espléndido penacho de oro y púrpura, que azotaba furioso las rocas en su fantástica caída.

No obstante estas alegres irrupciones de la naturaleza despertada, en el viejo caserón todo era triste. Hasta los pasos de la gente que dentro se movía, levantándose y aliándose sin prisa, revelaban ese rumor de abrumadora pena que se adivina a través de las paredes del recinto¹⁴¹ donde acaba de ocurrir un gran disgusto.

Y así fue como contrariadas, mohínas, reflejando en sus rostros las tristezas del insomnio, salieron de sus respectivas habitaciones Susana e Isabel. Un poco más tarde salió también Espinosa, y esquivando el encuentro con ellas, se fue directamente a la terraza, donde se entregó a la lectura de los periódicos que trajo el día anterior¹⁴² de la ciudad.

El único que permaneció en su cuarto fue Julián; no quiso salir de él en toda la mañana. Allá a las

¹³⁹ “himnos de alegría” (p. 235).

¹⁴⁰ Desde “El jardín” hasta “hinchadas ubres” está suprimido en la edición de 1903 (p. 235).

¹⁴¹ “a través del recinto” (p. 236).

¹⁴² La frase “el día anterior” omitida en la edición de 1903 (p. 236).

doce, cuando lo llamaron a almorzar, dijo que no tenía apetito, que se había desayunado tarde, acabando por pedir algo de fiambre para llevarse al campo, porque se iba de caza y pasaría la tarde fuera.

Y con efecto, al cabo de una hora apareció a la puerta de su cuarto, listo de un todo, como para una gran batida; con sus botas altas hasta las rodillas, el pañuelo de seda al cuello, la amplia blusa sujeta a la cintura por una faja de cuero, en la faja el gran cuchillo de monte, y al hombro, ya cargada, limpia y reluciente, su magnífica escopeta.

Huyendo del contacto de los demás, trató de ganar el bosque por el jardín; pero Isabel estaba al cuidado; lo vio, corrió tras él, lo alcanzó, se agarró silenciosamente a su brazo y lo acompañó hasta el comienzo de la montaña.

Aunque el trayecto era breve, como marcharan aprisa, acosados por los rayos de un sol que incendiaba la pradera, se detuvieron jadeantes bajo uno de los frondosos y amenos bosquecillos que daban acceso a la selva, y en él permanecieron largo rato, vacilando mucho antes de dirigirse la palabra.¹⁴³

Al fin habló Isabel; habló con aquella voz trémula que salía medio envuelta en lágrimas de su garganta, cuando pretendía ocultar alguna pena muy honda. –No tardaría, ¿verdad que no tardaría? Lo esperaba, esperaba que regresase pronto, antes del obscurecer. Mientras más pronto, mejor. Porque ella sentía una angustia tan horrible, sentía una tristeza tan grande, tan grande... que hubiera preferido que se quedase.– Y lo decía de tal modo, con tal súplica en la mirada, con tales balbuceos en la expresión, que sus palabras, temblonas y torpes, produjeron en Julián el efecto de una revelación fatídica.¹⁴⁴

Él la oyó sin contestar, y mientras la oyó no apartó de ella los ojos escrutadores, fijos, profundos.¹⁴⁵ Ante la insistencia de estos ojos, donde brillaba como una pregunta el reflejo de su desesperación insoluble, Isabel se turbó y bajó la vista, arrepentida de haber dicho demasiado.

Hubo un nuevo silencio, que rompió Julián, como si temiera adivinar más de lo que sabía, despidiéndose, con un “adiós” breve y doloroso...

Y se lanzó en carrera desatentada a través de la selva imponente, enmarañada, bravía, cuyas oleadas de levantisco follaje, derramándose por las faldas de los cerros e invadiendo la pradera, formaban en todas partes bóvedas, pirámides, túneles y verdaderas catedrales de verdura, por donde apenas podía filtrarse, avergonzado de su impotencia, uno que otro rayo del sol que incendiaba la llanura.

Al ruido de los pasos de Julián, los pájaros volaban asustados, y algunos inmundos reptiles corrían a armarse para el ataque y la traición en sus oscuras guaridas; pero él, embebido en su do-

¹⁴³ “la palabra, tal era el estado de sus almas” (p. 237).

¹⁴⁴ “Porque ella sentía una angustia horrible que no sabía explicarse; y además una tristeza tan grande, tan grande... que hubiera preferido que se quedase en casa. Si es cierto que me quieres –agregó– no te alejes mucho, Julián, no te alejes. Vuelve pronto. –Y lo decía de tal modo, con tal súplica en la mirada, con tales balbuceos en la expresión, que sus palabras, temblorosas y torpes, produjeron en el mozo el efecto de una revelación” (pp. 237-238).

¹⁴⁵ “La oyó sin contestar, y mientras la oyó, no apartó de ella los ojos escrutadores y profundos” (p. 238).

lor.¹⁴⁶ sin cuidado, sin miedo a los peligros, se internaba, se internaba en el augusto bosque, siempre a la ventura, penetrando por laberintos de juncos y retorcidos chaparrales, salvando barrancos que producían vértigos, venciendo repechos, trepando por altos ribazos, por sendas trazadas en peligrosos zigzags, sobre los mismos peñascos. Después de mil revueltas y rodeos, llegó a cierta altura de la montaña, donde las rocas aglomeradas al borde de un abismo servían de nido a las águilas soberanas del espacio.

Al borde de este abismo, menos insondable que su inmenso dolor, lloró Julián Hidalgo su deshonra...

Fue aquella una agonía silenciosa, de muchas horas largas, una agonía muda, una agonía desesperada,¹⁴⁷ una agonía que se prolongó toda la tarde. Cuando se levantó, sucumbiendo a la desgracia, con el corazón sangrando,¹⁴⁸ aturdido por las lágrimas, aturdido por el recuerdo, aturdido por el pensamiento, estuvo a punto de caer por el barranco abajo.¹⁴⁹

Declinaba la tarde. Por encima de los blancuzcos cerros de Cocuyo,¹⁵⁰ enviaba el sol sus últimos adioses a la selva, y la selva se ensanchaba,¹⁵¹ se erguía, vigorosa y triunfante, para contestar con su misterioso lenguaje de rumores el adiós del luminoso viajero.

Julián, en pie sobre el peñasco, contempló asombrado aquel inmenso esplendor de las cosas. Su hermosa posesión se extendía abajo, magnífica, ondulante, como manto regio de tornasolados verdes, estos claros, aquellos oscuros, todos deslumbradores, fantásticos. Era como una prolongación de la finca con su inmensa cola de cafetales opulentos, con sus apreturas de bosquecillos de naranjos y limoneros enhiestos, fraternizando con trozos de campo inculto; de tierras rebeldes, seguidas de tierras fecundantes; de nutridos plantíos de cañas, de maizales de cabelleras rubias, de espaciados cuadros de cocoteros que elevaban al cielo sus redondos frutos maduros; de platanales agrupados y doblándose al peso de sus robustos vástagos a la orilla de las hondas quebradas. Allá lejos azuleaban las colinas, y sobre la empinada serranía se arremolinaban, adquiriendo formas caprichosas, multitud de nubes heridas por el sol. El jardín de la casa, desde aquella altura, semejava una alfombra de terciopelo, en cuyos ángulos las flores amontonadas parecían grandes manchas de colores; al otro extremo la explanada, después de la explanada la áurea pradera que descendía en oleadas hasta la entrada del Guajiral, esfumándose, perdiéndose en un resto esplendoroso del lejano horizonte; y en medio de todo esto, el caserón de sus mayores empequeñecido por la distancia, pero siempre con su aspecto patriarcal, severo, gris, silencioso...

Julián experimentó extraña e inexplicable turbación a la vista de la finca, y una nueva violenta sacudida conmovió todo su ser. Sintió como si una mano inexorable lo arrastrase hacia ella, y asal-

146 "en su indefenible [sic] angustia" (pp. 238-239).

147 "una agonía desesperante" (p. 239).

148 "sangrando el corazón" (p. 239).

149 "por el pensamiento, en poco estuvo que no cayese rodando de cabeza por el profundo barranco" (p. 239).

150 La edición de 1903 repite "Cocuyo" (p. 239).

151 "y la selva parecía que se ensanchaba" (pp. 239-240).

tado de súbita sospecha, acometido de irresistible deseo, atormentado aún por el tropel de reflexiones que asaltaban su imaginación, se decidió a regresar.¹⁵²

Bajó a prisa y corriendo, espoleado por la impaciencia, el estrecho y torcido caminejo¹⁵³ que en peligrosos culebros conducía al comienzo del valle. Bajó atropellándolo todo, casi rodando: parecía que lo empujaban. En menos de media hora venció el descenso, los despeñaderos, los zarzales, donde dejaba el traje a jirones y se arañaba las manos y se rompía los pies. En un remolino de juncos estuvo a punto de perder la escopeta. Al entrar por fin en el túnel que daba salida a la pradera, recibió en pleno rostro las húmedas emanaciones que de su fondo surgían, y juntamente con esta caricia de frescura, cuando de allí salía, encorvándose y apartando las ramas que le hacían daño, llegó hasta él un susurro de voces.

Al principio no supo de dónde partían las voces,¹⁵⁴ algo confusas y apagadas, mas púsose al punto en acecho, y merced al aire que entró en ráfagas violentas por la boca del túnel, las percibió cada vez más claras. Entre ellas venía entremezclado¹⁵⁵ uno como rumor de lucha. Se acercó entonces cautelosamente, escudándose con la maleza crecida a su antojo en aquel sitio; y como aún estaba distante y no veía bien, dio un rodeo al matorral que le impedía mirar y¹⁵⁶ adelantó otros cuantos pasos.

Crujieron bajo sus pies las hojas secas, produciendo inoportuno ruido, y se detuvo. El corazón le latía con violencia, lo ahogaba, quería salirse del pecho al escuchar mejor y con más precisión lo que cerca se hablaba.

—¡No, por Dios, aquí no!

Fue la voz de Susana, que rasgó trémula, angustiada, el silencio de la selva.

Aquellas palabras atronaron los oídos de Julián. No esperó más. Abrióse una brecha con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, a través del follaje que le cerraba el paso, y se quedó helado de espanto, sin fuerzas para gritar, sin voluntad para tomar una determinación inmediata.

¡Eran ellos! Susana y Espinosa forcejeando; protestando ella, suplicando él, riéndose los dos en medio de las protestas y las súplicas. Susana luchaba débilmente, y Espinosa, adivinándolo¹⁵⁷, no se daba por vencido: la abrazaba, la besaba. Temblando de lujuria, sus manos impacientes le tantearon¹⁵⁸ el seno, buscando a tientas los botones de la chambrá: esta se abrió al fin, y brotaron

¹⁵² Los dos párrafos anteriores, fueron reescritos para la edición de 1903:

“Julián, en pie sobre el peñasco, contempló asombrado el fulgurante espectáculo que ofrecía la naturaleza y envuelto en su inmenso esplendor el caserón de sus mayores, empequeñecido por la distancia, pero siempre con su aspecto patriarcal, severo, silencioso.

A la vista de la finca, experimentó una nueva extraña turbación y violenta sacudida estremeció todo su ser. Sintió como si una mano inexorable lo arrastrase hacia ella, y asaltado de súbita sospecha, acometido de irresistible deseo, atormentado aún por el tropel de reflexiones que lo turbaban, se decidió a regresar” (p. 240).

¹⁵³ “el estrecho caminejo” (p. 240).

¹⁵⁴ “partían estas” (p. 241).

¹⁵⁵ “venía mezclado” (p. 241).

¹⁵⁶ “y no podía ver bien, dio un rodeo al matorral que le estorbaba y...” (p. 241).

¹⁵⁷ “adivinándola” (p. 242).

¹⁵⁸ “le tentaron” (p. 242).

por entre los encajes de la camisa los opulentos pechos de la viuda, que no supo defenderse.

En el primer momento Julián quiso huir por donde mismo había venido, pero los pies le echaron raíces y se quedó petrificado, rígido. Después se tambaleó como un ebrio, se agarró a un árbol para no caer. Fue sólo un minuto; iba a rodar al suelo como herido por un rayo. En aquel instante Susana, como atraída por una fuerza magnética, volvió la cabeza... extendió los brazos, y un gemido desgarrador, como gemido de mujer estrangulada, se escapó de su garganta. Espinosa se volvió también sorprendido, velozmente, y quedaron los dos hombres mirándose cara a cara.¹⁵⁹

En los ojos de Julián brilló un relámpago de ira, se estremeció todo su cuerpo, y palideció intensamente, con esa palidez que pone el odio en el semblante de los indios de raza.

Por un movimiento instintivo, que no advirtió Susana, don Anselmo sacó del bolsillo aquel revólver compañero inseparable de su vida. Pero mudo y resuelto, con rapidez, con firmeza, Julián se echó la escopeta a la cara: apuntó, oprimió el gatillo levantado, sonó un disparo en la inmensa selva, una explosión de humo quedó flotando entre los árboles, y cayó en tierra Espinosa: cayó de rodillas, buscando apoyo.

Por encima de él, loca, desmelenada, pasó Susana de un salto, y corrió despavorida hacia el bosque.¹⁶⁰

Mientras tanto, en las angustias de la muerte, ayudándose con las manos, el herido hizo un esfuerzo, se incorporó a medias en el musgo y disparó dos veces seguidas sobre Julián.

La fiera despertó entonces; se tanteó el cuerpo. No había herida ni sangre; pero la sangre de sus levantiscos abuelos subió a su rostro, le invadió el alma. Se sintió salvaje como ellos. Recogió su vida entera en un solo minuto: la primera injusticia del colegio y el primer dolor de su juventud, la muerte violenta de su padre¹⁶¹ y la caída ignominiosa de Susana; el sacrificio de su novia y la actitud agresiva de todo un pueblo que celebraba con insolentes risotadas su deshonra... Y ciego y desatentado, se lanzó sobre Espinosa blandiendo el cuchillo de monte, cuya limpia hoja relampagueó por modo siniestro en el espacio.

Un grito trágico, uno de esos gritos que erizan los cabellos y ponen espanto¹⁶² en el corazón de los hombres más osados, lo retuvo. Levantó la vista, y vio a Isabel que aterrada, magnífica, y en-

¹⁵⁹ “En aquel instante mismo Susana volvió la cabeza... extendió los brazos, y un gemido desgarrador, como el gemido de una persona estrangulada, se escapó de su garganta. Espinosa se volvió a su vez rápidamente, y quedaron los dos hombres mirándose cara a cara” (p. 242).

¹⁶⁰ Reescritura desde “los indios de raza”:

“Don Anselmo comprendió al punto que aquel muchacho era capaz de todo en aquel instante, y por un movimiento instintivo que desgraciadamente no advirtió la espantada Susana, sacó del bolsillo aquel revólver, compañero inseparable de su vida. Pero mudo y resuelto, con increíble rapidez, Julián se echó la escopeta a la cara y, sin darle tiempo al miserable, apuntó, oprimió el gatillo del arma, sonó un disparo en la inmensa selva, una explosión de humo quedó flotando entre los árboles, y cayó en tierra Espinosa: cayó de rodillas, buscando apoyo.

Por encima de él, loca, desmelenada, pasó Susana de un salto, y corrió despavorida bosque adentro” (p. 243).

¹⁶¹ “la muerte misteriosa de su padre” (p. 244).

¹⁶² “ponen miedo” (p. 244).

grandecida por el dolor, avanzó hacia él tendiéndole los brazos.¹⁶³

Julián hizo ademán de detenerla a distancia, como si quisiera decirle con el ademán y con el gesto: —¡No, no te acerques! ¿No ves que he sido yo quien lo ha matado?

Pero Isabel no hacía caso, continuaba marchando decidida, en la misma actitud trágica, sublime. Y cerca ya, protegiendo con su cuerpo el cuerpo del moribundo que se retorció sobre la hierba ensangrentada, echó los tendidos brazos al cuello del indio¹⁶⁴ colérico, y se colgó a él y le vertió en los labios toda su alma empapada en lágrimas.

Y en tanto el último rayo del crepúsculo, filtrándose por entre el espeso follaje,¹⁶⁵ caía sobre la limpia hoja del cuchillo, sobre el lívido rostro de Espinosa y sobre el grupo amante, dijérase que rugía de satisfacción el bosque entero; y que, como la vez primera que Julián entró en él, hubo extraños rumores en los hondos barrancos, estremecimientos de árboles seculares testigos de horrores no olvidados; y águilas gigantescas que, extendiendo sus alas enormes, cruzaron con poderoso vuelo por las cabeceras del torrente y fueron a contarle¹⁶⁶ en su épico idioma de graznidos al abierto espacio, la hazaña de un Hidalgo que acababa de cobrarse en sangre la injuria hecha a su tribu por el representante de aquella sociedad infatuada que lo había arrojado de su seno.

¹⁶³ “lo retuvo. Aquel grito partía del alma de Isabel que llegaba desatentada, pero magnífica y engrandecida por el dolor, tendiéndole los brazos” (p. 244).

¹⁶⁴ “Indio” (p. 245).

¹⁶⁵ “por el tupido follaje” (p. 245).

¹⁶⁶ “cantarle” (p. 245).

EL
NÚMERO
YO Ediciones

Álvaro Contreras Berbesí



Álvaro Contreras (Venezuela, 1966), profesor jubilado de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela). Ocupó los cargos de director del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” y Coordinador de la Maestría en Literatura Iberoamericana en esta casa de estudios. Ha publicado *La barbarie amable* (2004), *Un crimen provisional. Relatos policiales de vanguardia* (2006), *Escenas del siglo XIX. De la ciudad letrada al museo silvestre* (2006), *Narrativa vanguardista latinoamericana* (2007), *La experiencia decadente. Pedro César Dominici: ensayos y polémicas* (2011), *Estilos de mirar. Ensayo sobre el archivo criollista venezolano* (2012), *El poeta y la revolución. César Vallejo en el país de Stalin* (2020). En coautoría con Carlos Sandoval (Selección, prólogo y notas), *Costumbrismo venezolano* (antología particular) (2018); en coautoría con Julio Ramos, *Farmacopea literaria latinoamericana. Antología y Estudio Crítico (1875-1926)* (2023). Actualmente el profesor Contreras tiene categoría de Visiting Scholar en la Universidad de Stanford.

s
e
r
i
e

Voces 3 perdidas

Documentos

“Es una verdadera obra de combate –me dice– en la cual la frase palpita y sufre como un organismo humano. Léela, chico. Todas las vehemencias, todas las pasiones, todas las desesperanzas y todas las tristezas de Pardo, están allí. Y en medio de todo eso, una mirada azul, una mirada femenina, tierna, doliente y sensual, vaga cual una sombra de Ofelia endulzando la violencia del cuadro... Te gustará, chico...”

Pedro Emilio Coll, citado por Gómez Carrillo en *Lettres d'Amérique*

“La crítica no perdonó a Miguel Eduardo Pardo la valentía de autopsiar toda una sociedad. Se dijo que *Todo un pueblo* era obra de un resentido social, producto de un complejo de inferioridad por mestizaje. Pese a tales afirmaciones, fue la primera novela urbana por su materia, escrita con excelente prosa de sátira”

Domingo Miliani



Instituto de Investigaciones Literarias
“Gonzalo Picón Febres”

EL
NÚMERO
YO Ediciones

